E. M. TORRES

Ni una sola cita



Ni una sola cita

E. M. Torres



Ni una sola cita

ISBN: 9788419941015
ISBN ebook: 9788419941565

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: E. M. Torres
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Gema.

«La vida es como un viaje en un libro,

cada página te lleva a un nuevo capítulo»

Reese Witherspoon.

Prólogo

Cuando Diddie, una yorkshire preciosa adoptada, llegó a casa de Teddie, no tuvo un buen recibimiento. El macho era muy suyo, aquel era su territorio y no estaba dispuesto a compartirlo, por lo que la hembra fue acosada sin descanso y agobiada por los continuos desprecios que ese perro estúpido le profesaba sin razón.

Entendía que era nueva en su casa, pero el animal tenía que comprender que se iba a quedar allí, que no pensaba trasladar sus bonitos bigotes a ningún otro lado.

Era gruñón, se pasaba el día refunfuñando, ladrando todo el tiempo: «No toques mi comida», «No te acerques a mi cama», «No te muevas», «No andes tan graciosa», «No me lamas», «No te sientes en esa postura que me hace latir el corazón con tanta fuerza».

Sabía que en algún momento cedería, solo había que dar tiempo y demostrar que no pretendía causarle daño, que no quería ocupar su lugar, que, en todo caso, solo aspiraba a hacerle compañía y así, quizá, vivir una vida juntos llena de felicidad en la que poder revolcarse por el barro, aunque a él no le gustara.

Entender que no todo el que se acerca pretende hacerte daño, que, si abres tus sentidos y permites conocer y que conozcan tanto tus defectos como tus virtudes, puede ser que te encuentres con alguien especial. Alguien como Diddie, esa que hizo al macho cambiar de opinión. Aquella que hizo que Teddie se entregara en cuerpo y alma a una auténtica desconocida a la que le gustaba dormir sobre la cama de su dueña, aunque estuviera prohibido, y dejarse acariciar por todo el que pasaba por la calle, despeinando su bonito pelo.

Y es que dicen que a veces los polos opuestos se atraen. A veces, tu media naranja llega cuando menos lo esperas y de quien menos te interesa.

Etapa 0



Grand Prix

En el altar, las flores de un blanco inmaculado enmarcaban la bonita escena. La novia miraba a su futuro marido con la misma devoción que lo hacía este al deslizar la alianza por su dedo anular.

Sin darse cuenta, Alison se frotó de manera tosca el mismo dedo, recordando que hacía poco más de tres años había estado en la misma situación que su amiga Luján, la que en ese momento colocaba el anillo en el dedo de Mark, el hombre con quien compartiría el resto de su vida.

Alison apartó el funesto recuerdo a un lado y se reprendió por pensar que a su mejor amiga le pudiera pasar lo mismo, pero es que de un tiempo a esa parte su creencia en el amor había pasado a ser nula; de eso ya se encargó Connor, el impresentable.

Volvió a repasar el plan del día y resopló con disimulo al darse cuenta de que por delante le quedaba por sobrevivir a unas cuantas horas de martirio, debido a la presencia de su ex en la boda. Todavía no podía creer que Luján consintiera que Connor fuera invitado.

Un nerviosismo no esperado se posó entre sus manos, por lo que, para disimularlo jugueteó con el *bouquet* de rosas nacaradas que cada una de las damas de honor estaba obligada a llevar.

El día no había comenzado bien. Rompió las medias con los diminutos diamantes de su pulsera; tuvo que dejarse el pelo suelto, porque el peluquero que debía peinarla había tenido problemas con su coche; y para colmo de males, tuvo que ponerse las bragas que usaba para los días de mucho periodo, unas tipo faja de color *nude* que le llegaban hasta la cintura, puesto que no había hecho la colada en toda la semana. Colada que había enviado a la lavandería poco antes del enlace. Un verdadero desastre.

De nuevo, sus ojos se posaron en la larguísima cola que lucía el vestido de la novia. Luján era más que una amiga, incluso más que una hermana. Desde que se trasladó a España al comienzo de su adolescencia, nunca se habían separado, tan solo durante los tres negros años en que Alison se había ido a vivir a Cleveland, abandonándolo todo: trabajo, amigos, casa propia e incluso familia, aunque de esto último poco se podía arrepentir.

—Aaaahhhhh… —un suspiro opresor salió de su garganta, consiguiendo que parte del público, incluida la novia, la mirara con cara de pocos amigos.

—¡Alison! —la riñó su amiga entre susurros.

—Lo siento. —Gesticuló, tragando saliva mientras sonreía con desgana y un poco avergonzada por no poder controlar sus pensamientos.

La realidad era que no entendía el porqué de su negatividad en un día tan bonito. Vale, quizá fuera el hecho de que aquella boda la había obligado a volver a Cleveland, pero, a pesar de lo pasado, le encantaba aquella ciudad, así que no, aquella no era la razón de su malestar. Por lo tanto, decidió hacer un repaso de lo que la rodeaba. A saber: la novia estaba feliz, exultante, más bien, y bella a rabiar; el novio se veía a leguas que bebía los vientos por ella, el brillo de su mirada lo delataba. Las familias se llevaban muy bien, y eso, quieras que no, era un gran paso, porque, seamos honestos, ¿cuántas familias se sobrellevan? Pocas, muy pocas, así que este hecho es uno de los mayores logros de la naturaleza. Sigamos: los amigos también se alegraban por esa unión, mostrando en sus rostros eternas sonrisas sinceras. Incluso las mascotas, Teddie y Diddie (dos yorkshires enanos), que habían sido trajeados para el evento, mostraban un semblante solemne y respetuoso, sin moverse de sus puestos junto a los novios en el altar.

Entonces, ¿por qué ese desasosiego en su corazón?

Con disimulo, echó una rápida ojeada a los hombres que se encontraban al lado del novio, sus *best men*, y allí encontró la respuesta. Todo era debido a él, a Connor Brooks, ese ser diabólico que la alejó de su querida España para llevársela a Cleveland con la promesa de amarla toda la vida, para, seguidamente, ponerle los cuernos. ¡Cabrón, hijo de puta!

Una vez más, tuvo que tragar el nudo de rencor y tristeza que bloqueaba su respiración, pero esa vez controló sus acciones para evitar que su amiga se pudiera arrepentir de haberla invitado.

Sí, se decía, ya habían pasado tres años, tiempo de sobra para olvidar, pero es que le estaba costando más de lo normal. El golpe había sido muy duro, le había pegado en pleno pecho, descargando con fuerza todo el dolor que alguien puede soportar por parte de la persona a la que ama.

Connor le regaló una media sonrisa tentadora que hizo que a Alison le entraran ganas de vomitar. ¿Todavía creía que podía engatusarla con gestos de niñato? Quizá al principio sí, pero ya había pasado demasiado tiempo; además, tenía muy claro que, si algo pretendía con ella, era debido a que había acudido solo al evento y no tenía con quién «bailar pegado». Cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, evitando así muchas cosas, como, por ejemplo, acercarse a él y darle el guantazo que no le dio en su día, ese que todavía tenía que descargar en algún momento sobre su preciosa cara.

Tenía claro que ese no iba a ser el mejor día de su vida y lo malo era que apenas acababa de empezar.

* * *

Nunca podría haberse imaginado que se divertiría tanto en una ceremonia de boda. Y, sin embargo, así era. Desde que Liam entró en el templo y se sentó en uno de los bancos más alejados del altar, sus ojos se fijaron en la chica de cabello rizado de colores y piel llena de tatuajes que hacía gestos exagerados. Unas veces como si se estuviera aguantando las ganas de

orinar y otras como si quisiera pegarle a alguien o echarse a llorar sin consuelo. Lo extraño de todo era que jamás había creído que volvería a fijarse en una mujer así. Desde aquella olvidada, enorme equivocación, sus gustos se habían vuelto bastante exigentes. Solía rodearse de chicas rebosantes de *glamour* y condición pudiente, adornadas con joyas ínfimas y caras, y no con dibujos que decoraran su piel aquí y allá. Y, sin embargo, ahí estaba, aguantando la risa tonta que aquella mujer, obviamente española y tan dispar a lo conocido, le estaba provocando.

Normalmente, no habría perdido su tiempo en una muchacha con esas características; le recordaba demasiado a esa mujer del pasado que tanto le hizo sufrir; sin embargo, creyó intuir algo especial en ella. Era tan bonita y graciosa que se prometió a sí mismo que haría todo lo posible por conocerla, dejando vagar su imaginación sobre las cosas que le podría decir para no ahuyentarla.

De esa guisa continuó, hasta que llegó el momento del beso que dio por concluido el enlace, tras el cual tuvo que apartarse a un lado para dejar pasar a sus padres, que, desesperados, querían felicitar a su prima Luján. Hacía tantos años que no se veían que no podía dar crédito al cambio tan enorme que había experimentado. Estaba tan bonita con aquel vestido que no pudo evitar recordar su niñez.

Una sonrisa de alegría asomó a sus labios cuando sus padres lo llamaron para que saludara a Luján, quien, entre besos a unos y a otros, le echaba miradas rápidas, haciendo un evidente esfuerzo por tratar de reconocerlo.

—No me puedo creer que tú seas mi primo, el inglés —dijo la novia, tomando a Liam por las manos para mirarlo descaradamente de arriba abajo.

—Ni yo que tú seas la niña que siempre iba vestida de princesa, aunque en este caso no hayas cambiado en absoluto —contestó, evidenciando el vestido de novia.

Ambos rieron con ganas mientras se fundían en un abrazo. Pues, aunque no habían sido muchas las veces en que se habían visto, cada vez que lo habían hecho era como si hubiesen estado juntos el día anterior. Era obvio que entre ellos aún existía el mismo *feeling* que los había unido antaño, el mismo que los había empujado a cometer una fechoría tras otra, encubriéndose luego, negando cada una de las desastrosas evidencias.

—Disculpad —se excusó Mark con dulzura—. Pero debemos seguir saludando. Luego podemos continuar hablando más relajados. —El ya marido de su prima se acercó buscando intimidad—. Esto es una locura.

Liam sonrió.

Poco a poco, el templo se fue quedando vacío. Los recién casados se habían retirado hacía rato a un parque botánico cercano al hotel donde se celebraría la fiesta, para hacerse las fotos que darían forma al futuro álbum que aburriría a más de un amigo en alguna visita al nido amoroso. Los invitados, a su vez, se fueron marchando; unos a hacer tiempo mientras llegaba la hora de la recepción, aplastando sus traseros en alguna cafetería de los alrededores; y otros, simplemente, al estacionamiento del hotel, donde esperarían charlando hasta el momento acordado.

Liam y sus padres no iban a ser menos, y después de terminar de saludar al resto de familiares por parte de madre, a quienes no habían visto desde hacía siglos, se dispusieron a marchar hacia

el hotel, donde habían alquilado una de las mejores *suites* para la comodidad de sus padres.

Sin embargo, justo cuando Liam hizo girar sus talones para ir hacia la salida, el perfil de un vestido negro con lunares blancos y tul debajo de la falda llamó su atención. Enfocó la vista para averiguar quién era la dueña del tejido y de esos leves lamentos que intentaba, notoriamente, ocultar. Sabía a ciencia cierta que se trataba de una de las damas de honor, ya que la novia había elegido un modelito tipo años cincuenta para vestir a sus acompañantes. Lo que no tenía ni idea era de la sorpresa que se iba a llevar al comprobar que se trataba de «Ricitos de oro», decidiendo casi sin pensarlo que no podía dejarla así: sola y apenada en mitad de un templo hecho de piedra muerta y fría.

—Tengo que atender una llamada —afirmó, intentando disimular cuáles eran sus verdaderas intenciones

—¿Hoy también, hijo?

—Es importante, mamá.

—Creía que te habías tomado unos días de descanso.

—Ya sabes que sí, pero estos de la televisión no entienden que necesite unas vacaciones. —La madre de Liam puso mala cara—. No os preocupéis, serán solo unos minutos. Venga, decidle a Charles que os lleve al hotel. Enseguida nos encontraremos allí.

—Pero si nosotros nos vamos en la limusina, ¿cómo llegarás tú?

—Mamá, deja de preocuparte. Soy un hombre de recursos. Recuerda que recorro el mundo entero en cuestión de semanas.

—No nos lo recuerdes —dijo su padre molesto, levantando una ceja—. Ese trabajo es el que te mantiene alejado de nosotros.

—Papá, ¿tú también? Déjalo, marchaos, por favor. Quedan 10 minutos para la videoconferencia. La atiendo y estoy con vosotros *tooodo* lo que queda de día, ¿vale?

Después de un par de tiras y aflojas más, los vio salir del templo.

Seguidamente, de forma sigilosa, se metió en la boca un caramelo de menta con la intención de apaciguar ese extraño nerviosismo con el que no había contado, y se sentó en un banco cercano a la columna donde Ricitos de oro intentaba esconderse, esperando a que no quedara nadie en la iglesia para entablar conversación. Asimismo, cruzó los dedos por no recibir una buena reprimenda por meterse en asuntos que no eran de su incumbencia; además de echar a un lado la presión de las advertencias que su alter ego repetía sin cesar: «Esa chica lo único que le traería serían problemas». No había nada más que verla para saber que esto era una realidad, por mucha gracia que le habían hecho sus gestos en el altar.

Pero ¿qué más podía hacer? No lo podía evitar, algo mágico tiraba de él, de tal forma que lo obligaba a ayudarla. Algo hacía que le interesara aquello que le tuviera que contar.

Miró el estilete de charol rojo que sostenía lo que parecía una pierna de infarto y, sin hacer ruido, respiró hondo, preparándose para lo que pudiera pasar.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿puedo ayudarla en algo?

De manera instantánea, Alison dejó de llorar, sorprendida por esa voz varonil super *sexy* que le había hablado en una especie de español con marcado acento británico. Miró a los lados,

buscando de dónde provenía, además de cerciorarse de si era a ella a la que hablaban o a otra persona que se había quedado rezagada después de la estampida. Vale que la boda era una mezcla de españoles y americanos, pero la realidad es que no esperaba que alguien se dirigiera a ella usando el español de esa manera tan… interesante. Lentamente, tras limpiarse las lágrimas con la yema de sus dedos, se giró sobre sí, quedando aún pegada a la columna y fue poco a poco asomándose para buscar a hurtadillas al dueño de esa voz que se había metido en su piel de una manera rara, aunque agradable. Si bien, se sorprendió al encontrar la cara del chico casi pegada a la suya, lo cual le hizo dar un paso hacia atrás por la impresión.

—Hola —saludó Liam con una sonrisa en los labios, saboreando el desconcierto en la cara de esa preciosidad de mujer tan parecida a Marilyn Monroe, esa preciosidad que tanta gracia le provocaba y que había despertado ese algo en él tan especial, a lo cual no sabía poner nombre, por lo que resolvió definirlo como que le gustaba bastante.

Alison se alejó un poco, acompañando el movimiento con el sonido del roce del tul entre sus piernas. El aliento a menta del chico la había despertado de ese triste instante en el que había estado sumida para transportarla de manera instantánea a otro placentero e insólito, uno que le había provocado ciertas cosquillas extrañas en la zona de su bajo vientre. Muy raro, la verdad.

Sin ser consciente, posó sus manos sobre la zona de su estómago a modo de tratar de parar ese hormigueo no invitado. Un gesto en vano, era imposible frenar la sensación. Esos ojos azules la miraban de tal manera que sentía que algo en ella estaba a punto de romperse, algo que había construido alrededor de su corazón: un muro que la protegía de cualquier necesidad o sentimiento hacia el género masculino, aunque solo fuera sexual; ese menester lo aplacaba con artículos comprados en el *sex shop* del barrio de más allá. Sin dolor, sin un «nos vemos mañana», y ese mañana nunca llega. Sin un «te quiero, princesa» dicho con piel de cordero sobre una de lobo.

—Discúlpeme. No era mi intención asustarla —dijo Liam, preocupado por haber sobresaltado a la chica, la cual le miraba de forma singular, como si no diera crédito a lo que tenía enfrente. Quizá, sopesó un instante, lo había reconocido.

—Tranquilo, no pasa nada —mintió Alison, forzando a sus labios a recrear una sonrisa. La evidente preocupación del chico hizo que aquellas hormigas mutaran en algo más fuerte, y eso no lo podía consentir.

De esa manera, Alison decidió tomar las riendas de la situación, como siempre hacía cuando la tierra temblaba bajo sus pies: usar como escudo un carácter fuerte y seguro y esconder así su verdadera debilidad. De forma disimulada, llenó sus pulmones de aire y tendió la mano al hombre que tenía enfrente para presentarse de manera formal.

—Puedes tutearme. Soy Alison Brooks… ¡Joder!… —maldijo en ese mismo instante, retirando la mano sin esperar a que el chico se la estrechara, como si algo la hubiera quemado. Los nervios y la presión del día la habían traicionado, pronunciando así el apellido de su ex como suyo propio. Fueron pocas las horas que estuvo casada con ese indeseable, pero suficientes para amargarle la vida eternamente.

—¿Perdón?

Liam era casi incapaz de reprimir la carcajada que empujaba en su garganta. Esa chica era graciosa hasta enfurruñada, si bien debía reprimir sus impulsos, ya que no quería ofenderla. Se la veía molesta, incluso juraría que luchaba por reprimir un llanto que se hacía obvio por cómo se arrugaba su barbilla. Estaba casi seguro de ello, pero la chica, al pronunciar su nombre, había bajado la mirada al suelo y no le era posible confirmar ese hecho.

Guardó las manos en los bolsillos del pantalón de su traje de chaqueta gris y dejó que pasaran unos segundos mientras pensaba qué pieza podría mover para alejar a la muchacha del atolladero de tristeza en el que se había vuelto a meter.

—Entonces… —dijo Liam titubeante— Perdona por mi pregunta, pero… ¿tu nombre es Alison Brooks Joder? Es decir, y de nuevo te pido perdón, pero no sé muy bien cómo decirlo. A ver… —Frunció los labios un instante y tomó una pequeña respiración profunda, una tipo «de perdidos al río»—. ¿Tu segundo apellido es Joder pronunciado con jota española… o con la jota inglesa? Ya sabes, como *Youder*…

Alison fue incapaz de frenar la enorme carcajada que le produjo aquella inocente pregunta, y es que el chico se la estaba haciendo de verdad. Su cara reflejaba una duda verdadera y en ella también se veía la vergüenza que le causaba el hacerla.

Por otra parte, Liam se sintió recompensado, puesto que había conseguido aquello que se había propuesto: hacer reír a la muchacha. Por supuesto que él sabía el significado de la palabra «joder», al igual que sabía que Alison la había usado para maldecir por algo que había pasado.

Ambos estuvieron unos segundos riendo sin parar. Incluso Alison tuvo que limpiar algunas lágrimas que se habían acumulado en la esquina de sus ojos.

—Perdona, por favor —habló la joven entre risas, doblada sobre sí—. Pero es que… hacía tiempo que no escuchaba algo tan gracioso…

—Me alegro de que te haya divertido… —continuó Liam del mismo modo, con una mano apoyada en la columna, tratando de tomar aire entre palabras—. Pero… la realidad… es que no entiendo por qué nos reímos…

Alison cayó de sopetón en la cuenta de que aquel hombre era inglés. A ver, era obvio que dominaba el español a la perfección, pero si le había hecho aquella pregunta era porque tan, tan perfecto no era. Lo malo de todo es que, en ese momento, era ella quien tendría que dar explicaciones y dudó de si quizá el chico se enfadaría por haberse reído de él. Sus labios se estrecharon en una fina línea por la preocupación. Deseaba que el Inglesito tuviera un humor extraordinario y no la tachara de maleducada. Aunque seguro, después del día que llevaba, en donde todo parecía estar en su contra, aquel hombre terminaría por reprenderla y, encima, con toda la razón del mundo, ella tendría que agachar la cabeza y aguantar el chaparrón.

—Verás… mmmmm… —Alison hablaba mientras restregaba sus manos, dando vueltas de aquí para allá, buscando una respuesta que era incapaz de encontrar—. ¿A ver cómo te explico esto? Joder es… ¡Joder! —volvió a quejarse sin poder evitarlo y enseguida se dio cuenta de su nueva metedura de pata—. Perdona, perdona… —rogó. Por increíble que pareciera, le era imposible pensar con claridad, la tranquilidad del chico mientras la miraba con aquellos preciosos ojos de mirada penetrante, con aquel traje que le sentaba como un guante, con aquellas

enormes manos premonitorias de lo que, posiblemente, guardaba en la bragueta de su pantalón… ¡Asco de libido traicionera!—. ¡Mierda! —maldijo, poniendo sus manos en jarras—. ¡A ver cómo coño explico esto! Mmmm… Joder es una expresión mala.

Liam observó desde su posición relajada cómo Alison paró su desconcierto y se lo quedó mirando fijamente. Era evidente que aquella chica poseía un carácter, como solía definir, de montaña rusa, con altos y bajos sin parar, cambiante en segundos. Una verdadera locura. Una divertida locura…

Arrugando el entrecejo, se hizo el desentendido para llevar el juego al límite. Por Dios, nunca se lo había pasado tan bien con una mujer; a pesar de confirmar aquello que pensaba de esa clase de chicas.

—Fufff… ¡Qué complicado!… Joder es una palabrota.

—¿Palabrota?

—Me cago en… —Miró hacia un lado. El acento tan pronunciado de aquel hombre la desesperaba y atraía con la misma intensidad—. Respira, Alison. —Tomó una estruendosa inspiración a modo de relajarse—. Joder es algo que se dice cuando estás enfadado o… ¡Yo qué sé! Se dice y punto, tú no lo digas nunca y ya está.

Liam vio una especie de rayo furioso cruzar la mirada de la joven y decidió parar aquello de tal forma que ninguno de los dos quedara mal, permitiéndole seguir conociéndola.

—*Ok*. —Se apoyó en la columna cruzando los brazos por delante—. A ver si lo he entendido. ¿Joder es igual que «*Fuck it*» en inglés?

—¡Exacto!

Por fin la alegría volvió al rostro de la muchacha, iluminando todo su ser. Para disfrute de él y tranquilidad para ella, todo se había resuelto de la manera más apropiada.

—Ah, vale. —Sonrió el inglés, complacido—. Ahora comprendo el motivo de tu risa…

—Shshshshshshshshsh… shshshshshshshsh…

A lo lejos escucharon que alguien chistaba sin parar acercándose a ellos. Ambos miraron hacia el lugar desde donde provenía el sonido, y lo que vieron los puso en guardia. Era el párroco de la iglesia que se acercaba a ellos con la cara roja como un tomate, evidenciando el enorme enfado que tenía.

—Shshshsh… shshsshshshshsh… shshshshshshshshshsh… Pero ¿qué son esas expresiones tan abominables en la casa de Dios, nuestro Señor? —gritaba, mientras recorría el pasillo central de la iglesia, acortando los metros que los separaban—. ¡Fuera de aquí, maleducados! ¿¡Habrase visto estos jóvenes de hoy!? ¡¿Qué falta de respeto es esta?! ¡Sodoma y Gomorra! ¡Eso mismo!…

Liam, sin pensarlo dos veces, tomó a Alison de la mano y la arrastró hacia la salida, corriendo como almas que lleva el diablo, mientras a lo lejos se escuchaba la voz del párroco cada vez más lejana, un hombre de Dios que, al parecer, decidió quedar parado a mitad de camino de la salida, debido quizá a su sobrepeso.

—Perdónalos, Señor, y alumbra su camino de…

Eso fue lo último que lograron escuchar.

Cuando cesaron la carrera, se encontraron junto a la fuente sin agua que coronaba el pequeño jardín que rodeaba la iglesia. Allí, sin decir palabra, continuaron cogidos de la mano, tratando de tomar un aire que parecía no llegar a sus pulmones. Reían con la garganta seca, mientras hacían movimientos en un intento de que el oxígeno apaciguara el cansancio por la huida *express*.

En un momento en que ya casi estaban en calma, Alison se dio cuenta de que aún seguían tomados de la mano y calibró el hecho… el hecho de que se sentía demasiado cómoda con el contacto del Inglesito. Era como si su mano no terminara en la punta de sus dedos, sino que siguiera en la de él. Era similar a una prolongación de su cuerpo. La calidez que desprendía su piel era perfecta para ella y por un momento, solo por un nanosegundo, se imaginó que esos dedos recorrían su nuca, el punto más débil de su fisonomía.

Liam también se dio cuenta del hecho, aunque mucho antes. Sin embargo, de nuevo se hizo el inocente para seguir disfrutando de aquello tan especial. Pudo leer el deseo que estaba causando en ella y, de manera sigilosa, se fue acercando a Alison, hipnotizado por la boca de labios carnosos y color carmesí. Ansiaba probarlos, deseaba unir su boca a la de ella y hacerse un único cuerpo. No obstante, cuando los separaban tan solo un par de centímetros, Alison escapó del embrujo al recordar que el beso tan solo es la antesala a la desgracia.

—Por favor, no te enfades conmigo. —Se apartó tranquilamente un par de pasos del muchacho —. Yo… —Alison buscaba una excusa convincente, algo que, como diría el cura, los alejara de esos derroteros de perdición. Una excusa que hiciera olvidar lo que estaba a punto de suceder—. Verás, en la iglesia, yo no me reía de ti, sino contigo. ¿Comprendes?

Liam soltó una carcajada tan explosiva que los pájaros de los árboles cercanos salieron volando. De todas las cosas que podría haber dicho, eso era lo último que esperaba.

—Claro que lo comprendo y me parece de lo más divertido. —Entendió que la situación que había estado a punto de darse era inadecuada, además de un sinsentido, por lo que resolvió que mejor era olvidarlo y seguir como si nada—. ¿Qué le vamos a hacer? Cosas que nos pasan a los ingleses.

Se quedaron sonriendo, aunque en silencio, durante un largo minuto, en donde algo mágico comenzó a conectarlos más allá del beso que estuvo a punto de producirse, llenando el ambiente de una carga eléctrica, producto de la obvia atracción sexual que se estaba despertando en ellos, como si fueran imanes irresistiblemente atraídos. Era increíble, pero entre los dos saltaban chispas. Liam se recreó mirando la belleza, ingenuidad, algo de desamparo y vergüenza coqueta con que la chica se comportaba; y Alison, sin darse cuenta, había bajado la barrera contra hombres que un día construyó y quedó expuesta y ensimismada por el que tenía enfrente, pero sobre todo por el poder que tenía para hacerla reír y sentirse a gusto con un completo desconocido.

El zumbido de un móvil proveniente de algún lugar cerrado sacó a ambos del atontamiento. Alison fue rápida en reflejos y, sin pensarlo dos veces, sacó un diminuto teléfono de entre sus pechos, cosa que, por increíble que pareciera, sonrojó a Liam. Jamás habría imaginado algo parecido por parte de una dama, pero, claro, por un rato había olvidado que aquella no era una

dama: aquella, tal y como su aspecto daba a entender, era una chica de esas a las que les da igual todo… Al menos, eso creía.

Entretanto Alison hablaba de manera casi ininteligible por la rapidez con que lo hacía, Liam hizo un repaso de lo sucedido sin apartar ni un segundo la mirada de la chica. Era bella, una mujer muy diferente a lo que normalmente le rodeaba, una joven fuera de lo común, al menos para él, de curvas sugerentes y voluptuosas justo donde tenían que serlo, una mezcla entre lo exótico y lo anglosajón. Una verdadera maravilla. Cierto era que jamás se habría esperado que guardara un móvil en el escote y también que nunca habría escuchado esa sarta de palabras malsonantes por parte de una señorita, pero, para su enorme sorpresa, a una gran parte de él, lejos de molestarle, más bien le divertía.

Alison, ajena a lo que el extranjero estaba pensando, cada vez se enfadaba más consigo misma. Luján, al otro lado del teléfono, echaba chispas, y con toda la razón del mundo. Todo el operativo de fotografía estaba parado por su culpa. Le había prometido a la novia que, haciendo uso de su profesión, sería ella la que le haría las fotos en los jardines botánicos, ya que de lo demás se encargaría una agencia diferente para que pudiera atender la otra parte del evento. Por otro lado, no podía olvidar que era la dama de honor y también era su cometido ayudar a la novia con el vestido y demás labores para que saliera en la foto perfecta y con semblante relajado. Y, desde luego, la fiera que le gritaba desde el otro lado era de todo menos un ser relajado.

Estaba metida en un buen lío, y todo por Connor Brooks. Por su culpa, se había quedado rezagada para llorar las penas en intimidad y la furgoneta en la que tenía que haber ido se había marchado sin ella. Era obvio que los operarios de la otra agencia preferían que no fuera ella quien hiciera las fotos; de otra forma, habrían ido a buscarla. En aquel momento, se preguntó si había hecho bien en tomar tanta responsabilidad en la boda, pero, aparte del vestido de la novia, realizar su trabajo como fotógrafa profesional era su regalo para los novios. Luján, como su mejor amiga, se merecía eso y mucho más. Se lo merecía todo por haber estado junto a ella en los momentos más tormentosos de su vida. Se lo merecía todo por haber estado en los buenos. Y, sobre todas las cosas, se lo merecía todo por estar ahí en cualquier circunstancia, por conocerla mejor que nadie y aceptarla tal cual era.

—Tranquila, Luján. Estaré allí en cinco minutos, te lo prometo.

Alison apretó fuerte el teléfono en su mano y cerró los ojos en un gesto de «soy una completa estúpida y la he liado bastante».

Sin decir nada, salió corriendo hacia la carretera, dejando a Liam completamente descolocado. Este, sin embargo, no perdió el tiempo y prendió la marcha tras ella.

—Alison, ¿qué ha sucedido? —dijo preocupado, ya que el semblante de ella era todo un poema de terror.

La muchacha, sin hacerle mucho caso, le explicó lo ocurrido y ambos buscaron un taxi para que los acercara hasta el jardín botánico, donde esperaban la novia y los operarios de la otra agencia.

Una vez llegaron, Liam se hizo a un lado cuando Alison pasó junto a él como un huracán, buscando su cámara como el mayor de sus bienes y dando órdenes a diestro y siniestro en un

lugar donde hasta la novia la miraba mal por lo ocurrido. El hombre era consciente de que allí no pintaba nada y, no obstante, le era imposible marcharse. Sin embargo, cuando se aseguró, desde su posición alejada, de que las aguas tormentosas volvían a su cauce, decidió ir hacia el hotel, donde se tomaría una copa de algún licor para relajarse. Desde que había conocido a esa chica, tan solo una hora atrás, los sucesos habían pasado uno tras otro de forma vertiginosa. Esa chica era un ciclón y lo malo de todo es que estaba encantado por ser devorado por ella.

Boxes

Canapés y bebidas de todo tipo pasaban de aquí para allá, llevados por los camareros que, serviciales, ofrecían las viandas a los invitados.

La novia y el novio aún no habían regresado del parque botánico; se rumoreaba que la culpa había sido de la primera dama de honor, quien, como siempre, había hecho de las suyas.

No obstante, eso quedó en el olvido pasado un rato, puesto que, al igual que para unas cosas era un completo desastre, para otras, como por ejemplo la organización del convite y demás, era un sobresaliente. Todo estaba perfecto: los arreglos florales, la música, la comida, el entorno, la iluminación, todo, todo, todo, estaba, escrupulosamente, estudiado y así lo hicieron saber los novios al llegar, consiguiendo que finalmente Alison fuera perdonada por la metedura de pata que hizo demorar el resto de los eventos, exactamente, treinta minutos.

Desde el momento en que se inauguró el convite, Alison tuvo que estar toreando las impertinencias de su ex, quien no paraba de acosarla con comentarios subidos de tono y el incesante flujo de piropos estúpidos e insípidos que soltaba a la menor ocasión. Para colmo de males, incluso se abalanzó sobre ella robándole un beso en el cuarto de baño. Estaba más que harta de él y sus gilipolleces y, si no hubiese sido porque era la boda de Luján, se habría marchado hacía tiempo. De ese modo, haciendo uso de esa profesionalidad perfeccionista delirante que la caracterizaba, se enfrascó en una labor terrible para así ausentarse de su mesa, lugar en el que se encontraba Connor y sus tentáculos. Primero se marchó a la mesa de los niños, y luego, después de pasar un buen rato haciendo el payaso con ellos y darse cuenta de que podría volverse loca si seguía allí, decidió largarse. Así, además de haber hecho su trabajo como fotógrafa, supervisó ella misma cada plato, cada adorno e incluso se aseguró de que los uniformes de los camareros estuvieran perfectos a cada momento, logrando miradas asesinas por parte de estos después de un rato. Solo se permitió descansar cuando los novios abrieron el baile, ya como marido y mujer, momento en el que se sentó en la primera silla más cercana sin pararse a pensar en que, seguramente, pertenecía a alguien.

—¿Estás cómoda? —preguntó una voz masculina conocida por ella, a su lado.

¡¿Otra vez?!

Alison crispó sus labios y, en contra de sus instintos asesinos, levantó la vista para encontrarse con Connor, quien le sonreía amablemente. Por supuesto, todo era fingido; sabía que el muy desgraciado solo quería engatusarla. Era obvio que, tras haber recibido sus continuos rechazos,

había decidido cambiar de técnica. Sintió una punzada de irritación ante su presencia, pero decidió ser más o menos educada, sobre todo por respeto al lugar donde se encontraba.

—Sí, gracias —respondió tensa.

—Te he visto muy ocupada durante toda la noche. Has hecho un gran trabajo —dijo Connor.

Alison no sabía si tomárselo como un cumplido o como una crítica encubierta, aunque supo de inmediato que sería lo último, pero decidió no darle importancia.

—Es mi trabajo, ¿no? —respondió encogiéndose de hombros, evidenciando cada vez más su incomodidad—. Ahora déjame sola.

Connor asintió.

—Bueno, solo quería decirte que lo has hecho genial —dijo guiñándole un ojo, antes de levantarse y desaparecer en la multitud.

Aquel gesto la irritó hasta límites insospechados. ¿Qué se había creído? La había tomado en una posición indefensa. No iba a dar una escena en mitad de la celebración de boda de su amiga. ¡Maldito fuera! ¿Cuántas veces tendría que hacerle entender que no quería saber nada de él? Se estaba aprovechando y lo sabía.

Después de comprender que el muy sinvergüenza solo quería incomodarla, aceptó que tenía que hacer un esfuerzo para dejar pasar el asunto. Alison suspiró aliviada al constatar que estaba muy lejos de ella y que, con suerte, no volvería a molestarla… con mucha suerte, en realidad. Fue hacia la barra para pedir algo bien fuerte al camarero y permitirse relajarse un poco más.

Liam la había estado observando durante toda la velada. Desde el momento en que la divisó en el altar, no podía quitarle el ojo de encima. Aquella mujer era una polvorilla, iba de aquí para allá sin parar, tanto era así que se había dado cuenta de que no había probado bocado debido al ajetreo. Algo que se prometió resolver en la primera oportunidad que tuviera. Y, por fin, se había presentado, aunque tuvo que esperar a que ese tipo que la miraba como un trozo de carne delicioso se alejara de su lado. No le gustaba ni un pelo la manera en que la había tratado. Efectivamente, no había estado fuera de lugar, pero él conocía ese comportamiento. Se había dado cuenta de que ese hombre era un lobo bajo la piel de un cordero. Pero, a fin de cuentas, era ella quien tenía que manejar aquello, aunque si él podía apartarla tampoco estaría mal, sobre todo porque la chica le atraía como la miel al oso.

Desde que la dejó en la sesión fotográfica no había podido volver a acortar distancias con ella, llegando incluso a opinar que tendría que estar atento para no dejar pasar ninguna oportunidad… y menos mal que así había sido. Ahí estaba el reencuentro.

—¿Quieres?

—¿Perdón?

Liam pudo apreciar las mejillas arreboladas de la primera dama de honor cuando vio el plato lleno de canapés fríos que este le ofrecía. Estaba preciosa. Su peinado salvaje hacía ya rato que se había ido al garete, consiguiendo que sus rizos se dispararan en todas direcciones, cosa que le confería un aire despreocupado que le sentaba genial. Del mismo modo, pudo también apreciar, para su sorpresa, cómo la sonrisa asomaba a sus ojos, mandando a paseo esa expresión furiosa, en el instante en que se dio cuenta de quién era el varón que le hacía la pregunta y se preocupaba

de su inanición. Aquello lo llenó de felicidad, una felicidad extraña que despertaba sentimientos divertidos a la vez que trascendentales, una contraposición de sensaciones que le daban un vértigo placentero.

Alison, sin saberlo, también compartía los mismos sentimientos; sin embargo, ella sí se había dado cuenta de lo que ocurría. Estaba a gusto con la compañía de ese hombre, algo en ella le advertía de que ese era un lugar feliz, el sitio perfecto para reposar, divertirse y quizá algo más. No obstante, era consciente de que jamás permitiría que aquello pasara. No le daría oportunidad a Cupido para que tocara su corazón y le jodiera la vida. Había comprobado en propias carnes que el amor a primera vista, como solía decir, era una «puta mierda» y debía mantener alejada a cualquier persona que pudiera hacer tambalear sus firmes creencias. Aunque le hiciera gracia el chico… mucha gracia… demasiada, a pesar de ser un estirado en el que normalmente no se habría fijado. Sin embargo, para su desgracia, no era mujer de prejuicios y consideraba a todo el mundo por igual hasta que le demostraran lo contrario. Y aquel chico había empezado con buen pie: primero, en la iglesia, preocupándose por sus lágrimas; y luego, con aquel plato de canapés, delator de que se había dado cuenta de que no había comido nada.

—Hola. Nos encontramos de nuevo, Alison… ¿Qué más?

Ambos rieron con ganas por la complicidad que encerraban las palabras.

—Mejor lo dejamos en Alison a secas, por propia supervivencia. Además, creo que todavía no te has presentado como Dios manda.

—En eso tienes razón. Está bien, Alison a secas, mi nombre es Liam Peterson.

A Alison le gustó cómo sonaba su nombre, al igual que le encantó la forma que tenía de mirarla: una mezcla entre dulce y felina, como si se tratara de una fiera que se relamiera los labios al ver a su presa e imaginarla entre sus fauces, degustándola lentamente. La muchacha cruzó sus piernas con disimulo en un intento de parar el pulso que se había creado en su vagina, fruto de unos pensamientos deliciosamente pervertidos en los que se imaginaba dejándose hacer por esa fiera, sobre una cama con sábanas perladas esparcidas sobre el suelo y un sudor revuelto entre uno y otro; junto a susurros de placer que llenarían el aire de sexo y de… El recuerdo de su ex, tirándose a otra tipa, interrumpió aquellos pensamientos que en ningún momento debían haber ocurrido. Odiaba la ligereza con que su cerebro funcionaba, era capaz de montar una película pornográfica en tan solo unos nanosegundos. Hizo uso de aquella misma ligereza para cortar de raíz lo que estaba pasando, puesto que no quería gustar a aquel chico, y es que todo indicaba que así era y eso no podía ser. No, no y no.

—Por lo que veo, te gusta jugar con los nombres. —Tomó un canapé del plato—. Y, digo yo, ¿no eres ya demasiado mayorcito para ese tipo de jueguecitos? —Se metió el canapé entero en la boca y comenzó a masticarlo con avidez. La verdad es que no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta ese momento.

—En eso tienes razón, me gusta jugar. Sobre todo, a ese juego en el que una mujer y un hombre salen a bailar —añadió, tendiéndole su mano.

El intento de Alison se había ido, literalmente, al garete. De sus piernas se apoderó un tembleque nervioso que el propio Liam pudo apreciar, para tranquilidad de su ego. Era obvio que

esa chica se sentía atraída por él, al igual que era obvio que luchaba por ocultarlo, cosa que se afianzó al ver cómo esta ignoró su invitación al rechazar su mano y levantarse de la silla con la clara intención de marcharse, no sin antes colgarse una careta de desdén hacia él, supuso que para ahuyentarlo. Si bien, Liam era un hombre paciente y perseverante, que conseguía lo que se proponía, aunque tuviera que luchar como un jabato, aunque tuviera que aguantar a esa montaña rusa de idas y venidas en sus cambios de humor.

—Eres muy gracioso, Inglesito —escupió, buscando una salida alrededor de la sala.

—¿Inglesito? —quiso mostrarse enfadado para poder recuperar el contacto de su mirada y así alejar a la dama de honor de sus negras intenciones. El resultado fue perfecto.

Alison fijó sus ojos en los de Liam y leyó lo que parecía ser un enfado.

—Perdona —rogó levemente preocupada, una cosa era no querer gustarle y otra comportarse como una estúpida; y todo por culpa de la presencia de su ex. Él era el responsable de su irritación continua, esa que la estaba haciendo comportarse como una arpía. Hasta ella misma se daba cuenta de sus cambios de humor—. Se me ha escapado, no sé cómo…

—No importa —dijo Liam, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón en un gesto sencillo y despreocupado—. Total, inglés sí que soy. —Mostró una sonrisa de medio lado embaucadora—. Eso no lo puedo negar. Además, yo también tengo un mote perfecto para ti.

El primo de Luján logró despertar la intriga en la chica, la cual se puso a la defensiva, recuperando así parte de la compostura.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber qué mote es ese tan perfecto para mí?

—Ricitos de oro.

Una tensión se instaló entre ambos, una tensión difícil de ubicar. Podría ser tensión por incomodidad, por enfado o sexual, lo mismo daba, seguramente se trataba del resultado de una mezcla de todas.

A los pocos segundos, uno de los rizos dorados que componían el arcoíris de su cabello cayó salvaje sobre su frente, reafirmando lo dicho. La situación desató en ellos unas carcajadas tan estruendosas, que la mitad de los bailarines que danzaban en la pista de baile se giró para conocer a los dueños de aquellas risotadas que sonaban por encima de la alta música que tocaba una orquesta en vivo. Así estuvieron durante varios segundos. Era increíble lo que ocurría entre ellos, cómo por cualquier tontería desfilaban las sonrisas y carcajadas, olvidándose del mundo, de los problemas y del vaivén en el carácter de ella. Alison estaba derrotada, al menos por el momento, y, de nuevo, bajó a media asta aquel muro grueso lleno de resentimiento y odio.

—Está bien, Liam.

—Liam, alias «Inglesito» —puntualizó.

—Confieso que has despertado mi curiosidad. Acepto tu invitación a bailar. —Echó un vistazo a la pantalla de su móvil para mirar la hora, cosa que llamó la atención del extranjero—. Pero solo un baile, ¿de acuerdo?

—¿Y eso? ¿Acaso el hechizo que te hace tan bonita acaba a medianoche?

—Mira qué simpático es el Inglesito, oye… Déjate de hechizos y vamos a la pista de baile antes de que me arrepienta.

La pareja se enredó con el resto de los bailarines. Al llegar al centro de la pista, la música que antes animaba al jolgorio pasó a ser lenta. Liam, aunque por dentro estaba encantado por el cambio de tercio, se mostró titubeante, cosa que encantó a Alison, porque pudo ver que la fachada de engreído tenía una fisura que lo hacía un poco más humano. No es que no fuera encantador, el chico perfecto que toda madre quiere para sus hijas, pero ya había tenido suficiente de ese tipo después de su ex. Tras esa experiencia, se prometió no dar oportunidad a ni uno más; prefería a roqueros, moteros e incluso a punkis, chicos malos a los cuales se les veía venir. No quería a príncipes que después se convirtieran en sapos. De eso había tenido más que de sobra.

Pero el Inglesito… El Inglesito estaba despertando cosas en ella en las que no quería caer y, sin embargo, ahí estaba, cogiendo la mano de Liam como invitación a que le rodeara la cintura para comenzar el baile.

El varón sintió el calor del cuerpo femenino a través de la tela de su camisa, para él era una suerte haber llegado hasta ahí. Con ternura, enredó la otra mano de la chica entre sus dedos y la alzó hasta depositarla sobre su corazón. La postura era preciosa e íntima, como una pareja de novios enamorados que bailan pegados mientras se hacen confesiones de amor. No obstante, entre ellos no existían las palabras, solo el lenguaje silencioso de las miradas hipnóticas. Entretanto danzaban sin menearse del sitio, el mundo parecía desvanecerse a su alrededor. La música paró, reemplazada por un ritmo más enérgico; sin embargo, ellos no se dieron cuenta y siguieron a lo suyo ajenos a lo que ocurría alrededor. Los demás se convirtieron en meras sombras, mientras ellos continuaban perdidos en su conexión magnética, sin prestar atención a los cambios que ocurrían a su alrededor. Era una danza invisible, una coreografía de emociones y deseos entrelazados, que los mantenía atrapados en un hechizo inquebrantable. En ese momento, el destino jugaba sus cartas y los unía más allá de lo físico, sumergiéndolos en una dimensión en la que solo existían ellos dos y el torrente de emociones que los envolvía.

Pasó un tiempo innumerable hasta que el sonido de un teléfono los volvió a traer a la realidad. A regañadientes, Liam se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, sacó el móvil y miró el número que aparecía en pantalla.

—Lo siento, Alison —se disculpó con un rictus serio—. Es del trabajo, ¿puedes esperar un segundo?

Alison afirmó con la cabeza y se fue hacia la barra a pedir una copa de algo fuerte que le diera el valor necesario para poder digerir lo que le estaba ocurriendo con aquel hombre. Una vez tuvo la copa bien agarrada entre sus manos, se giró sobre sí y observó cómo Liam andaba nervioso entre las sillas y mesas del salón, haciendo aspavientos con las manos para mostrar su desaprobación en la conversación que mantenía con la persona que le daba órdenes a través del teléfono.

El chico, después de varios minutos de charla, rozó el botón digital rojo sin dar crédito a lo que había escuchado. De tal forma, se dirigió hacia Alison, quien lo esperaba apoyada en la barra del bar. Luego miró al camarero.

—*Excuse me, same for me, please* —pidió en su lengua materna, indicando el vaso de Alison,

dando a conocer el verdadero tono de su voz. Una voz de barítono cautivadora que hizo que la mujer lo mirara sin apenas pestañear por el cambio tan brusco y excitante—. Lo siento —se disculpó con la dama de honor, regresando a ese tono agudo que tanta gracia le hacía y que, por lo visto, solo tomaba cuando hablaba en español—. Espero que me perdones, pero estaba esperando esa llamada. La verdad es que es raro que me llamen a esta hora —miró su reloj de soslayo—, siendo de madrugada en Inglaterra, pero, bueno, las cosas de la televisión son así. En cualquier momento, en cualquier lugar. El horario televisivo es un poco… mmmm… excéntrico; eso es. —Continuó observando cómo el camarero rellenaba una coctelera con el contenido de diferentes botellas y cómo luego la agitaba con tres golpes secos.

—¿Trabajas en televisión? —preguntó Alison con aire incrédulo, pensando en si quizá ese no sería un juego para que picara el anzuelo por eso de: «Oh Dios mío, trabaja en la tele», y todo el mundo se postra a sus pies como si fuera un Dios y así llevársela a la cama.

—Ah, sí. Creía que me habías reconocido… Pero ya veo que no. Sí, en un programa de viajes —dijo Liam sin dar mayor importancia al asunto, mientras observaba cómo el camarero derramaba el contenido de la jarra en un vaso de coctel que después decoró con la rodaja de una fruta en forma de corazón, lo que provocó que frunciera el ceño y depositara la decoración sobre una servilleta de color negro que andaba por ahí.

—¿Un programa dedicado a los viajes? —inquirió la muchacha, mordiendo la fruta que Liam había rechazado—. Nunca me habría imaginado algo así —añadió con la boca llena, mientras el primo de Luján trataba de disimular su incomodidad ante la actitud de la mujer, poco acostumbrado a que las mujeres se comportaran de esa manera frente a él, hablando con la boca llena y sin ningún tipo de reparo, y, sobre todo, sin reconocerlo... Liam trató de recomponerse, haciendo acopio de su saber estar.

—¿No? Pues la verdad es que no sé si ofenderme, ja, ja, ja… —rio—. A ver, ¿has oído hablar del *Travel Channel*?

—¿Del *Canal Viajeros*? —La chica esperó la afirmación de Liam—. ¿Sinceramente?

—Ajá —balbuceó él, bebiendo de su copa.

—Pues, si he de ser sincera, la verdad es que no —soltó de sopetón la fotógrafa, sin consideración, lo que chocó de nuevo a Liam por el poco tacto con que la chica se expresaba en ocasiones—. Lo siento. He visto el *Canal historia*, me chifla la *BBC*, el *National Geografic*, el *Canal de Arte* y todo lo que tenga que ver con la fotografía —enumeró con los dedos—. Pero el de viajes… —Se quedó pensativa un instante, después del cual su cara se iluminó al recordar algo—. Ah, sí, espera un segundo. —Miró a Liam fijamente, estudiando sus facciones mientras arrugaba su frente—. ¿Tú eres el chico que va recorriendo el mundo haciendo documentales sobre sus viajes? —Liam asintió lentamente, gozando del hecho de que por fin lo reconociera—. ¿Ese que se queda a dormir en hoteles de lujo, que se codea con la alta sociedad de los sitios que visita y enseña qué se siente al viajar a todo lujo? —El hombre volvió a afirmar con un leve meneo de cabeza, mirándola divertido—. Tú eres… —Siguió elevando un poco la voz e indicándolo con un dedo que hacía mover con el gesto nervioso de su mano de arriba a abajo—.

Tú eres el del programa *La tierra del Peregrino*… Tú eres… Tú eres *The Pilgrim´s land* —concluyó fascinada como una niña pequeña que resuelve un acertijo.

—Pues sí, ese soy yo. —Levantó su copa, haciendo un brindis imaginario—. Uff, me alegra que por lo menos sepas sobre mi programa, porque de lo contrario me habría llevado una enorme desilusión.

—Pero eso no puede ser —dijo más para sí misma que para su acompañante—. Es decir, no es que sea asidua. Ya te he dicho que no veo esos canales, pero sí que he visto, mientras almorzaba en mi antiguo trabajo con mis antiguos compañeros, algún que otro episodio. Raquel, una chica española que es capaz de hacer una maleta en cinco minutos para salir de viaje como alma que lleva el diablo, es una flipada de tu programa.

—¿Flipada?

—Sí, eso quiere decir que le encanta. Siempre fantaseaba con poder hacer un viaje a tu estilo alguna vez en su vida y no yendo en autobús arriba y abajo, durmiendo en cualquier lugar para ahorrar todo lo posible.

—Ah, vaya. Al menos alguien de tu entorno sabe sobre mi trabajo.

—¡Por Dios, jamás habría acertado que tú fueras ese tío que se enreda con los pijos de cada frontera! —Rio a carcajadas doblada sobre sí.

—¿Pijos?

—Sí, hombre. La gente adinerada que tiene todo el día el «o sea» y el «*oh, my God*» en sus bocas, personas ricas. Ya me entiendes. —Le empujó el hombro con una mano.

—Ah, ¿no? Eso es interesante, ¿y se puede saber por qué?

—Pues, porque… Mírate, no te pega ni con cola.

—¿No me pega ni con cola?

—Sí, bueno, eso quiere decir que… Fuff… *Look, we can speak in english if you prefer.*

—¿Hablas inglés?

—Sí, es mi primer idioma.

Liam, sorprendido por el hecho de que supiera hablar inglés perfectamente, sopesó la propuesta un segundo.

—No, no, no. La verdad es que prefiero practicar el español, así aprendo cosas nuevas como la jerguilla esa que usas, aunque algún día me explicarás cómo es que hablas tan bien en inglés. —Por nada del mundo quería que Alison dejara de expresarse en español; lo hacía de una forma tan sensual y divertida que incluso pagaría por escucharla todo el tiempo, aunque, por otro lado, la voz dulce que tomaba al expresarse en su propia lengua le había ocasionado unas cosquillas muy especiales en cierta zona, por el momento, tabú de su cuerpo.

—Está bien, Inglesito. Como prefieras —aceptó—. Pues eso, viéndote aquí, codeándote con el pueblo llano como uno más, no me invita a pensar que pudieras ser ese hombre *posh* que, cada vez que termina uno de sus viajes, se va a su enorme casa del centro de Londres a reposar. Aunque, por otro lado, ahora que lo sé, vestido como estás con traje de chaqueta, tan repeinado y con esos modales de lord inglés estirado, he de confesar que me recuerdas mucho a ese tipo.

—¿En serio doy imagen de tipo estirado? —quiso saber, divertido.

—Te lo juro.

—¿Un *snob*?

—Ajá. Lo siento —contestó Alison, sin pelos en la lengua.

—Ja, ja, ja. Por mí, no lo sientas. Eso es perfecto porque es exactamente lo que soy.

—¿En serio?

—A ver, cómo te lo explico… Yo soy como soy. Un hombre al que le gusta vivir bien, las cosas caras e ir a restaurantes prohibidos para la mayoría de las personas, en su coche de lujo. El otro, como bien has dicho, es el protagonista del programa *The Pilgrim´s land*, o sea, yo de nuevo. Tengo la suerte de poder trabajar durmiendo en hoteles de lujo, me pagan por mezclarme con gente de un estatus social elevado y estar rodeado de lo mejor.

—No sé muy bien cómo tomarme eso.

—Tómalo tal cual. Te puedo asegurar que no me avergüenzo de lo que soy.

—Bueno, al menos eres sincero.

Un silencio se coló entre ambos, durante el cual aprovecharon para observarse, midiendo así sus caracteres. Alison fue la primera en romperlo.

—Me gustaría hacerte una pregunta.

—Dispara —dijo Liam, dando un pequeño sorbo a su copa.

—Si tanto te gusta estar enredado con personas de la alta sociedad, rodeado de lujo, etc., dime, Inglesito, ¿qué pintas tú en esta boda donde la mayoría de la gente pertenece a la clase media tirando a baja? Es más, ¿qué haces perdiendo el tiempo conmigo? Es obvio que tú y yo no pertenecemos al mismo mundo.

—Soy primo hermano de Luján. —En ese momento Alison abrió la boca, sorprendida; jamás habría apostado por ello, puesto que Luján nunca le había hecho referencia alguna sobre él—. Sí, aunque te sea difícil de concebir, soy familia de la novia, por parte de madre para ser más concreto, de ahí que sepa castellano. Y, aunque no lo creas, también he pasado mis penurias… —Se quedó pensativo, recordando una etapa amarga de su vida—. Pero eso es algo de lo que no me apetece hablar. Y con respecto a ¿qué hago perdiendo el tiempo contigo? —Sonrió de medio lado e hizo un profundo repaso con su traviesa mirada por la cara y el cuerpo de Alison—. Espero que podamos averiguarlo en breve.

Aquel gesto no sentó del todo bien a la chica, quien se sintió una especie de mercancía, un trozo de carne que aquel ricachón quería poseer… No tenía muy claro si empezaba a caerle mal o si, por el contrario, le gustaba todavía más. Su sinceridad la apabullaba positivamente, pero, por otro lado, los tíos que se vanagloriaban de lo que poseían le daban ganas de vomitar. De ese talante, optó por anteponer sus principios, dejando sus discusiones mentales para otro momento.

—¡Eh, eh! —le advirtió poniendo la palma de su mano frente a la cara del chico, como si de una señal de stop se tratara—. ¡Para, fiera, no te aceleres! ¿Crees que, por ser monísimo de la muerte, trabajar en la televisión y tener dinero vas a conseguir que me enamore perdidamente de ti? La llevas clara, vamos. —Giró el taburete donde estaba sentada para quedar de espaldas a él, mientras daba sorbos a su copa de forma nerviosa sin parar.

—Ah, ¿no? Déjame que piense —dijo Liam, divertido.

—Tú piensa, piensa, que al final te va a terminar estallando la cabeza —sentenció.

—Hagamos una cosa… —Asió el pequeño respaldo del taburete de su acompañante y lo giró con el propósito de dejarla frente a él de nuevo. Alison lo desafió al momento con un gesto serio; sin embargo, el chico prosiguió como si nada—. Por lo que me has contado, deduzco que vives en España, esto me lleva a hacerte una pregunta: ¿cuánto tiempo te quedas en Cleveland?

—No creo que sea de tu incumbencia —se expresó cortante—. Pero, para que me dejes tranquila, te diré que un tiempo indeterminado.

—Una cita.

—¿Una cita? No comprendo —dijo, levantando una ceja.

—Dame una cita y te demostraré que soy capaz de enamorarte.

—Esto es el colmo de un ego desmesurado. —Se bajó del taburete con tranquilidad, dio un paso adelante con la intención de alejarse de allí, pero, pensándolo mejor, tras atusar sus rizos de colores con una de sus manos, desanduvo lo poco recorrido y escupió el resto de palabras al hombre con el que había bailado unos minutos atrás—. Me parece muy presuntuoso por tu parte considerar que puedes enamorarme con una sola cita. Debes de estar muy seguro de ti mismo para caer en ese error. —Hizo el amago de marcharse; no obstante, Liam la agarró con suavidad del brazo para impedir que se alejara. En ese momento, Alison lo miró a la cara y este le regaló una sonrisa sincera.

—Con que un error, ¿eh?

—Sí. —Se soltó de su agarre con la misma suavidad con que él la había sujetado—. Un enorme y estúpido error. Puede que sienta atracción por ti —se sinceró con aversión—, algo meramente sexual, pero ¿enamorarme de ti…?, ya te digo que no. Me doy cuenta de que eres como el resto de tipos de tu «estatus» —marcó las comillas con los dedos—, engreído y enamorado de sí mismo. Te aseguro, Inglesito, que ni con un millón de citas me enamoraría de ti. Estoy vacunada contra tipos como tú.

—Vaya. —El presentador se recostó en su asiento con la mano en su pecho, como si las palabras de ella lo hubiesen herido de verdad—. Me dejas casi sin palabras. Casi —puntualizó—. Alison —atrevido, la tomó esta vez de la mano—, te pido disculpas si te he ofendido, pero no te puedo engañar: yo soy así. Si me empezara a comportar de manera distinta, sí que te estaría engañando, ¿no crees?

La fotógrafa miró hacia el lado opuesto de la sala. Allí se encontró con la mirada libidinosa, asquerosa y babosa de su ex, quien con un dedo le indicaba que se acercara. Una arcada le vino a la garganta, por lo que, alejando sus ojos de aquel espectro del pasado que al parecer no la dejaría en paz en toda la noche, miró a la cara del hombre que tenía al lado, estudiando su gesto. Se dio cuenta de que sus palabras, al igual que antes, eran sinceras. Su disculpa era real y, sobre todas las cosas, valoraba que no la engañara. Era un gilipollas, eso casi seguro; su forma de ver la vida no iba con ella. Pero prefería mil veces pasar el rato con un gilipollas sincero que con uno que le hubiera mentido de la manera más mezquina.

—Dame una cita. Una sola —rogó, esperanzado—. Tómalo como un juego para pasar el rato o como una lección para tener la oportunidad de darme una patada en el culo cuando yo termine

perdidamente enamorado de ti. Además, no debes de olvidar que, según tú, soy monísimo de la muerte; eso debe contar algo.

En su interior, Liam buscaba la forma de remediar su metedura de pata. A pesar de las palabras nada elegantes que ella le había dedicado, se sentía fascinado por Ricitos de oro, por su lengua envenenada, por su negativa, por los tatuajes que habían estropeado la palidez de su piel, por sus ojos torturadores. Por ella.

—Muy bien. —Consiguió sacar una sonrisa, aunque desconfiada, a Alison—. Acepto el reto, más que nada porque las perspectivas si me marcho no son nada halagüeñas. —Le dedicó una última mirada a su ex, a quien le había faltado tiempo para meter mano a una de las damas de honor—. Si quieres, puedes considerar esto como una cita, aunque yo no lo vea como tal. Y, Liam —lo previno sentándose de nuevo—, te aviso que eso del enamoramiento ni está funcionando ni funcionará, más bien todo lo contrario; ¡con tanto lujo y tanta pamplina! Conozco a alguien que está podrido de dinero y no tiene la necesidad de ir contándolo por ahí. Es más, lo fascinante de esa persona es que casi nadie sabe que lo es, disfruta de la vida sin estar atada a nada. Así que pierde todo el tiempo que quieras soltando tu verborrea, que precisamente por eso no me vas a engatusar. Aprovecha el tiempo, *cowboy* de ciudad, que el tictac de la cita ya está en marcha. —Chupó una rodaja de limón que cogió de un cuenco que había por ahí.

A Liam esa acción le dio un poco de asco, a la vez que le resultó cómica.

—No, no, no —se quejó divertido—. Esto sería como una precita, no me líes.

—Ja, ja, ja. Si es que a veces eres hasta divertido. Quizá por eso es por lo que me quedo, porque ni yo misma entiendo qué estoy haciendo.

—Me alegro de que sea así. Pero, Alison, se te olvida que este encuentro es fruto de la casualidad. Para que sea considerado cita, tendría que haberte pedido quedar en algún sitio bonito a una hora determinada, y eso no ha ocurrido, ¿verdad?

Con suma delicadeza, olvidando el asco que antes había sentido, el inglés le quitó la rodaja de limón de entre sus dientes y se la llevó a la boca, disfrutando del placer de imaginar que eran los labios de Alison los que saboreaba. Esto excitó a la chica sobremanera, pero por suerte, disimuló perfectamente su emoción y continuó mostrando un rictus desenfadado, aunque inamovible.

—Inglesito, o lo tomas o lo dejas. Cita ahora o ni precita ni *ná* de *ná*.

—Tú lo has querido. A partir de ahora usaré todas mis armas de seducción. Y te hago una promesa: en vista de cómo se está resolviendo el asunto y de la rapidez con que se están sucediendo los hechos, te prometo, Alison a secas, que mañana me echarás de menos y que nunca más te alejarás de mí.

Liam levantó la copa animando a Alison a hacer un brindis para dar más énfasis a su promesa, tras lo cual se volvió al camarero y pidió otra ronda más de lo que fuese que estaban bebiendo.

Calentando motores

La luz que entraba por las ventanas hizo que Alison fuera poco a poco emergiendo de un sueño extraño y placentero del que luchaba por no salir. En él, compartía caricias con Liam; besos, unas

veces robados y otras consentidos; y el sudor de su piel que pasaba de la *heladez* al hervor en cuestión de segundos. Soñó con la timidez que la hizo sonrojar al conocer el cuerpo del varón y con la lascivia que la hizo estar segura de sí misma cuando aquel maravilloso espécimen le desabrochó el vestido y lo dejó caer, resbalando por su sedosa piel, dejándolo revuelto a sus pies. Fantaseó con su tacto, con el olor de su piel, con sus gemidos y el roce de su miembro sobre su vientre, antes de caer sobre el colchón abrazados y quedarse dormidos, exhaustos.

Creyó intuir un leve movimiento a su lado; no obstante, haciendo caso omiso y sin abrir aún los ojos, se dejó llevar de nuevo por Morfeo hacia un mundo en el que ella era el centro de todo, donde Liam la cortejaba con todo su cuerpo mientras la miraba con ojos llenos de ternura, y donde la pasión quedaba en segundo plano, dejando como protagonista una veneración nada egoísta. De forma vívida, imaginó que acariciaba su espalda de arriba abajo con la yema de sus dedos, provocando pequeñas descargas eléctricas que hacían despertar su dermis de una manera nada inocente. Esa vez todo ocurrió de manera diferente, pues lo que en un principio comenzó como algo suave y monótono se transformó en algo potente, en un volcán que lo abrasaba todo. Y no pudo evitarlo, no pudo evitar repetir el nombre de Liam sin parar mientras gozaba de forma muy real de aquel orgasmo, de aquel sueño húmedo, hasta que la imagen de la cara de Connor se coló sin permiso, arruinando su gozo.

Tras un rugido como protesta, se incorporó sacudiéndose de encima la evocación de Brooks y abrió los ojos, relegando cualquier resto de este al olvido. Las cortinas opacas que debían evitar que entrara la luz del día estaban descorridas. La luz incidió en sus ojos de tal forma que, sin pensarlo dos veces, dejó caer de nuevo su torso sobre la cama y se tapó la cara con una de las almohadas que estaba balanceándose en el filo del colchón, decidiendo si se caía o no.

Todo le daba vueltas. Sufría un dolor de cabeza terrible y tenía la boca pastosa y seca como un desierto. Y, sin embargo, se sentía feliz. No sabía por qué, pero a pesar de todas esas percepciones, tenía sensación de libertad. Hacía tanto tiempo que no se sentía así… Era como si se hubiese liberado del peso que aplastaba su alma. Como si ese enano imaginario que había estado sentado sobre sus hombros y su pecho se hubiera marchado por fin, dejándola respirar, devolviéndole esa ligereza de la que había gozado hacía muchos años.

Poco a poco se retiró la almohada de la cara. Continuó con los ojos cerrados, pues aún necesitaba de un poco más de tiempo para acostumbrar sus pupilas a tanta luz.

Cuando logró abrirlos, se dio cuenta de que estaba bastante entrada la mañana. Sin siquiera sopesarlo, se fue directa a la ducha. Por suerte para ella, solía dormir desnuda y no tuvo que entretenerse en desvestirse. Dios, qué resaca más indecente sufría. Mientras se aseaba, comenzó a recordar los sucesos de la noche anterior. Al final, había preferido aceptar el juego de la cita, precita o lo que fuera que le propuso Liam, el primo de Luján (todavía no podía creer que eso fuera un hecho), a quedarse sin un escudo que la protegiera de los tentáculos y el veneno de Connor Brooks, quien, al verla acompañada por el presentador, después de un par de intentos en los que Liam tuvo que intervenir para evitar que esta le partiera la cara, decidió dejarla en paz, yendo a corretear a alguna otra dama de honor a la que destrozar la vida. A partir de ahí, el ir y venir de cócteles de diferentes sabores se sucedió sin parar. Fue entonces cuando los recuerdos

comenzaron a presentarse difusos. Al parecer, la borrachera había sido de esas que hacen historia. Le venían *flashes* de momentos en los que se veía bailando con Luján, riéndose con su recién estrenado marido y haciendo brindis a la pareja con la lengua enredada, y siempre, siempre, acompañada de Liam, quien la seguía en cada una de sus acciones, fueran vergonzosas o no.

Recordó un paseo entre los jardines del hotel, la cara de Liam apenas a dos centímetros de la suya, el timbre de un teléfono, las risas cuando decidió meter sus pies en el arroyo de carpas que estaba en medio de algún lugar rodeado de arbustos espinosos que arañaron sus pantorrillas, las palabras dulces de Liam a su oído, el entrelazar de unas manos, las risas al imaginar que viajaban por la Ruta 66 a lomos de una Harley-Davidson vestidos de cuero negro y las manos de Connor Brooks acariciando la piel de sus muslos.

¡Joder!

Salió de la enorme ducha con el entrecejo arrugado. ¿Qué coño hacía su ex entre los pliegues de su memoria? Claro, con lo pesado que fue, no era de extrañar que sus evocaciones estuvieran enredadas con pesadillas. Aun así, aquellos recuerdos eran extraños, un compendio de locura que aumentaba por el hecho de hacerla sentir bien. ¿Qué le sucedía? Y, sobre todo, ¿qué había pasado la noche anterior? Solo una cosa tenía clara: hasta que no viera a Luján y a Liam no podría disipar sus dudas.

Miró el reloj de su móvil y vio que aún le daba tiempo de bajar a desayunar, por lo que decidió vestirse rápido y dejar lo de secar su pelo para más tarde. De ese modo, resolvió el entuerto con una cola de caballo, unos *jeans* de cintura alta superpegados, y una camiseta de Guns & Roses anudada a un lado, junto con unas Converse rojas, las cuales estaban hartas de patear las calles.

Mientras bajaba en el ascensor, dio gracias a Dios por haber echado el corrector de ojeras en su diminuto neceser… Gracias a él, se disimulaban los estragos del abuso del alcohol en su cara.

Tal y como deseaba, Luján estaba junto a su recién estrenado marido desayunando y, en cuanto la vio en la entrada del restaurante, la convidó a sentarse con ella con un rictus en el semblante que cabalgaba entre grave y lastimero, junto con un deje de decepción.

—Cuéntamelo todo —ordenó su amiga tras haber rogado a Mark que fuera a por un zumo de naranja y un *croissant* de chocolate. Alison la miró extrañada, porque no entendía qué era aquello que le tenía que contar que fuese secreto, importante y urgente, por lo que Luján se llevó como respuesta un signo de interrogación dibujado en su cara—. No te hagas la loca, ¿eh? —advirtió, mientras le servía café de un termo negro—. Lo que vi anoche no tiene nombre. La verdad es que no sé cómo llegaste a hacerlo. Porque lo vi con mis propios ojos, porque, si me lo hubiera contado alguien, no le habría dado ningún tipo de credibilidad.

—Pues me dejas atónita, porque no tengo la menor idea de lo que me estás hablando. Es más, creo que me estás asustando. A ver, ¿tú estás en serio o se trata de algún tipo de broma de recién casada?

—¡¿Broma?! —Resopló fuerte y miró hacia todos lados, nerviosa—. Mira, Alison, yo jamás haría una broma con eso… Después de lo que sucedió, yo…

—*Morning!*

Ambas amigas se giraron para ver quién saludaba con tanta alegría mañanera, aunque aquel acento solo podía pertenecer a una persona.

—Buenos días, primo. No hace falta que te presente a Alison, ¿verdad?

—Ya sabes que no —contestó este, sonriendo a la fotógrafa, juguetón.

Los nervios de Alison estaban a flor de piel, no sabía cómo saludar al presentador porque no sabía qué había ocurrido entre ellos. En consecuencia, echó mano de su descaro para sobrevivir a la situación, tratando de obviar el pellizco que había recorrido su bajo vientre como un rayo.

—Buenos días, Inglesito, ¿qué tal…?

—Hey, Liam, ¿desayunas con nosotros? —interrumpió Mark, quien acababa de llegar con el encargo de su amada.

—Claro. Voy a por un poco de comida. ¿Quieres que te traiga algo, Alison?

—¿Eh? Ah, no, no. Ya voy yo ahora. Gracias.

—*Ok*.

Cuando Alison miró a su amiga, vio que esta la observaba con intensidad.

—A ver, ¿qué pasa?

—¿Pasar? En serio, Alison, lo de anoche.

—Lo de anoche, ¿qué? En todo caso, creo que tú eres la que tiene que contar, ¿no? ¿Fue memorable tu noche de bodas? —canturreó divertida mientras levantaba las cejas, juguetona, y guiñaba un ojo cómplice a Mark.

—Pero, ¿es que estabas tan borracha que no recuerdas nada? —exclamó más que preguntó la recién casada.

Mark levantó las manos a los lados cuando Alison le frunció el ceño.

— Por el amor de Dios, Luján, di qué pasó anoche, estoy que no vivo.

—No puedo creer que te hayas olvidado.

Alison les resumió sus *flashes* de memoria a corto plazo. Luján miró a su marido, preocupada, pegó su espalda a la silla y hundió los hombros.

—Ay, Alison, ¿por dónde empiezo…?

—Pues, ¿por dónde vas a empezar, mujer? Necesito que me cuentes qué pasó anoche —rogó nerviosa, para después sorber café y arrugar su cara tras haberse quemado el borde del labio—. A ver, ¿dónde he metido la pata? Tampoco es para tanto, yo soy soltera y tu primo también, ¿no?

—Sí que soy soltero —dijo Liam despreocupado, mientras tomaba asiento con una bandeja llena de comida.

El semblante de la fotógrafa se tornó a un rojo intenso y quiso que la tierra abriera sus fauces en ese momento y la engullera.

—Esto va a ser muy doloroso —murmuró Luján más para sí que para el resto.

Alison levantó la cabeza y la miró extrañada tras el comentario. Algo no iba bien, algo no iba bien… y ella era la protagonista… y no quería… no quería. ¿Y si no preguntaba, se iba a casa y a seguir como si nada? A veces el desconocimiento era el triunfo, ¿no?

Pues no. Ella sabía que no podría vivir sin saber. Pero, vamos, que no entendía que pudiera ser un problema haber tenido un flirteo con Liam. A no ser que estuviera casado… *Oh, my God*!

Estaba casado, ¡estaba casado!

Los ojos de Alison cayeron sobre el dedo anular del primo de su amiga, el cual estaba entretenido untando su tostada con mantequilla de cacahuete, ¿de verdad un tipo como él tomaba mantequilla de cacahuete? En fin, su dedo anular estaba libre de cargos y de marcas… Sin embargo, algunas personas no se ponían los anillos de casados. ¿Y qué otra cosa podría ser, sino eso? Por mucho que él acababa de decir que era soltero, podía estar mintiendo.

Su corazón iba a mil por hora, y más que cabalgó cuando el presentador la miró fijamente un segundo y añadió:

—Después de esta noche tan intensa tengo un hambre voraz, ¿tú no, Ricitos de oro?

Alison abrió la boca todo lo que daba de sí, mientras observaba cómo el ricachón le daba un gran bocado a su tostada y le sonreía mientras masticaba muy orgulloso de sí mismo. Liam era un engreído, sí, pero jamás habría pensado que sería tan descarado e iría aireando por ahí lo ocurrido entre ellos. Y aquello, aquello… aquello era pasarse.

—¡Habrase visto! Eres un idiota. —La dama de honor le tiró la servilleta a la cara—. ¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

—Alison, no vayas por ahí… —advirtió la recién casada.

—¿Ahora qué?, ¿te pones a favor de tu primo? Claro, cómo no…

—Ja, ja, ja —reía Liam entretanto con la situación.

—¿De qué te ríes, so engreído? Desde luego, todos los tíos son iguales. Mucho que si enamorar, que si soy diferente, que etcétera, etcétera. ¡Bah, todo esto es una mierda!

—Alison, por favor, baja el tono.

—¿Que baje el tono?

—Mujer, yo solo digo que tendrás hambre después de una noche tan completa.

—¡¿Cómo voy a bajar el tono?! Tu primo en un *asshole*. Un verdadero gilipollas. —Hizo el amago de levantarse para irse.

—¿Adónde vas? —preguntó Liam, inocente.

—Me voy. No voy a permitir que nadie se ría de mí. Ya estoy hasta el moño de tíos como tú. Supongo que ya habrás hecho la muesca en tu cinturón, sumando otra conquista… Otra tía con la que has tenido sexo y poco más.

—¿Pero de qué hablas, Alison?

—¡Que de qué hablo…! Pues de lo de anoche.

—¿De qué de anoche?

—Pues…

—Anda, siéntate, cielo —intervino Luján—, me parece que sí que va a ser doloroso… —Su amiga miró alrededor, en busca de ayuda—. Camarero, por favor, un *gin tonic*… —El chico la miró extrañado—. No me mire así y tráigalo, por favor.

—Pero, señora —contestó el muchacho algo nervioso—, el hotel no permite servir copas tan temprano.

—Tráigalo y punto.

—Pero, señora… —objetó, mirando hacia el *maître*.

Luján entendió que nada podría hacer.

—Uff, está bien. Entonces, una tila triple, por favor.

El camarero asintió, lejos de decirles que si querían una tila podrían cogerla del bufé, pero la mirada y diligencia con la que Luján le había hablado le advirtió que era mejor servírsela él mismo para evitar un posible espectáculo en su turno de trabajo.

Durante un largo medio minuto, todos se miraron con intensidad, esperando a que alguien empezara a hablar, aunque en realidad todos miraban a Luján.

—Ojjj, está bien. Alison, anoche…

—Ooooooohhhh, pero mira quién está aquí. Si es mi amorcito…

Los ojos de Alison se perdieron en el infinito, la piel bajó su temperatura *ipso facto* e incluso sintió cómo se le descomponía el cuerpo y amenazaba con romper allí mismo sin esperar a llegar al baño.

Alison miró al lado en el momento en que Connor Brooks corría la silla que estaba a su costado y le plantaba un beso en los labios.

—Esta mañana estabas tan profundamente dormida que decidí no despertarte. He ido a la farmacia de enfrente para comprarte los analgésicos que solías tomar después de una resaca —decía, mientras sacaba la caja de la bolsa y cogía una pastilla que puso en el plato de Alison. Luego llenó un vaso de agua, el cual le ofreció, y ella lo tomó como si fuera un muñeco, como si aquello que pasaba no fuera con ella, incapaz de reaccionar. De sopetón, aquello por lo que iba a flipar se había descubierto. El «tierra, trágame» se quedó corto. Por su cabeza se paseaban las palabras suicidio y asesinato a la vez.

No, no, no… ¡NO!

¡Mierda y más mierda!

¡¿Se había acostado con su ex?!

Aquello debía de ser una puta broma. ¿En qué mundo paralelo podría ocurrir algo así? Y, sin embargo, allí estaba su mayor equivocación, mimándola mientras ignoraba al resto del personal. Obligándola a tomar una puñetera pastilla que no había pedido. Allí estaba, manejando su vida otra vez. Embaucándola. Haciéndose pasar por el hombre atento y perfecto con el que la mantuvo engañada durante tanto tiempo. No podía ser. No podía ser real. Y, no obstante, allí estaba.

Pero ¿por qué? ¿Por qué todo no podía ser mucho más sencillo y haberse resumido en haber tenido un lío con el engreído del presentador? Eso podía soportarlo, con eso podría vivir y sería superfácil de olvidar, ¿no?

No. Ella tenía que lucirse a tope. ¿Cómo no iba a ser la protagonista de cada evento? Como siempre, había metido la pata, pero esta vez se había pasado mogollón. Se había faltado el respeto a sí misma.

Sin apenas darse cuenta, fue saliendo poco a poco del aturdimiento en el que se había sumido y lo primero que vio fue la mano de Connor acariciando su muslo debajo de la mesa. ¡¿En serio?! Se puso de pie rápidamente, consiguiendo que todo el restaurante mirara la escena y, sin más preámbulo, le soltó la bofetada que tanto tiempo llevaba reprimiendo.

—Pero, ¡¿qué haces?! —gritó Brooks, poniéndose también de pie, mientras se sujetaba la cara con la mano y se miraba la palma para cerciorarse de si tenía sangre o no. Así le había dolido.

—¡Hago lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo! —gritó, mientras su cuerpo temblaba sin parar de pura furia.

—¡Pero, ¿tú estás loca?!

—De eso estoy segura. ¡Tras haber pasado la noche contigo no puede ser de otra manera!

—*Fuck it!… This is incredible.…*

—Increíble es que haya caído de nuevo en tus redes… Me das asco. ¡Asco!

—Ah, ¿sí? —preguntó, levantando una odiosa ceja el muy maligno—. Pues anoche bien que te abriste de piernas para mí.

Sin pensarlo, Alison fue a darle otro guantazo en la otra mejilla; sin embargo, Liam se lo impidió, llevándose una mala mirada por parte de ella.

—No lo hagas. Te vas a arrepentir —le advirtió, señalándole el derredor, evidenciando que eran la comidilla de la gente que allí desayunaba. Luego miró al tal Brooks con un gesto de advertencia—: La señorita tiene razón, es usted un cretino. Será mejor que se vaya porque, si no, seré yo quien termine lo que le he impedido a ella. Y, créame, se lo tiene bien merecido.

Alison miró a Liam, dejó caer sus brazos y cerró sus puños, impotente. Decidió marcharse de allí, tenía que salir de aquel lugar si quería evitar una locura, pero antes quiso dejar claros sus pensamientos a ese que un día fue algo suyo:

—Me marcho porque, si no, soy capaz de cometer una locura. Pero antes quiero dejar claro una cosa: te odio, Connor Brooks; te odio tanto que el tan solo notar tu presencia a quinientos metros me revuelve el estómago. Eres el mayor error de mi vida y estoy segura de que, si anoche tuve algo contigo, fue engañada. Ah, y te aseguro que no fue nada memorable porque no recuerdo absolutamente nada. Gracias a Dios no lo reviviré; al menos eso tengo que agradecerlo.

—No volverás a dejarme tan fácilmente —la amenazó Connor—. Esta vez no.

—¿No? Mira cómo lo hago.

Y, de ese modo, con toda la dignidad de la que pudo hacer acopio, abandonó el restaurante, seguida sin darse cuenta de Liam, quien necesitaba asegurarse de que no cometería ninguna estupidez.

* * *

Liam fue tras ella hasta llegar a la calle, donde Alison siguió andando sin un rumbo prefijado. La dejó marchar durante quince minutos, sin interrumpirla, a pesar de verla llorar sin parar. Nunca había podido soportar ver a una mujer llorar, por lo que durante la intensa caminata tuvo que reprimir sus ganas de abrazarla y darle consuelo.

De esa forma, llegaron a un parque y luego a un pequeño lago donde los chiquillos jugaban con unos barcos que navegaban a mando a distancia. Alison se acercó a la orilla, tanto que el agua mojaba las puntas de sus zapatillas rojas. Al parecer este hecho le daba igual, pues ni se inmutaba al sentir la frialdad del agua en su piel.

Liam se acercó un poco más, incapaz de aguantar por más tiempo el sufrimiento de la fotógrafa.

—Alison…

—Jamás me creí capaz de faltarme al respeto de esta manera —dijo en apenas un susurro mientras se abrazaba a sí misma—. A lo largo de mi vida he hecho muchas estupideces, pero esto… Esto me ha superado. Esto ha sido lo peor jamás.

—No debes ser tan dura contigo misma.

—Sí, debo. Porque tú no sabes cómo es él. No tienes ni idea.

—No sé cómo es él, pero sí sé cómo eres tú.

—No seas tonto, Liam. —Lo miró un segundo para enseguida regresar sus ojos a las ondas que hacían que el agua se moviera—. No me conoces de nada. Nos conocimos ayer, ¿recuerdas?

—Lo sé… Pero vi la forma en que huías de ese durante la boda. Vi la forma en que el tipo se comportaba, así que creo que más o menos puedo ponerme en tu lugar. No te hagas esto. No te lo mereces.

—No sé cómo he podido ser capaz. Me siento sucia —gruñó, apretando su carne con las manos como garras—. Te juro que soy capaz de arrancarme la piel con tal de quitarme cualquier molécula que me pueda quedar en el cuerpo. Es asqueroso… es…

Tras un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, comenzó a llorar de verdad, sus miembros se encogían con cada lamento. Su tristeza se palpaba en el aire y Liam ya no podía ser testigo por más tiempo de su estado sin intervenir. Así, la abrazó por la espalda y la llevó hasta el césped. Allí se sentó y acunó a Alison entre sus brazos. Ella se dejaba hacer, no puso impedimento a ninguno de los mimos. Necesitaba sentirse arropada, necesitaba dejarse llevar como una chiquilla; echar todo lo que oprimía su corazón hacia fuera. Llorar su desgracia y lamentar aquello de lo que, gracias a Dios, no se acordaba. Sentir lástima de sí misma y vivir por unos minutos en ese pozo negro.

Poco a poco dejó de llorar y, tras haberse limpiado los mocos y lágrimas en su camiseta, miró a Liam y se echó a reír. Confuso, sí, pero lo necesitaba.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Todo —dijo asqueada, señalándose a sí misma y a Liam—. Este espectáculo… lo de tu camiseta…

El presentador miró su camiseta.

—Ah, bueno. No pasa nada. Para eso estamos.

—Gracias, Liam.

—No hay por qué darlas.

El periodista observó el rostro de la joven, su agradecimiento era real y estaba ahí, entre sus brazos, tan vulnerable que se le encogió el alma al entender cuánto daño se había hecho a sí misma. Conocía esa sensación. Por desgracia, había sido su compañera durante un tiempo y no quería que ella pasara por algo así, que fuera capaz de arrastrarla a un pozo tan negro donde la propia oscuridad pudiera herir sus ojos, donde la inexistencia del sonido pudiera hacer que se le

reventaran los tímpanos y volverse loca, donde el tacto pudiera ser algo tan vacío que quemara como cuando se mantiene un hielo en la palma de la mano sin moverlo, dejando que se derrita, sintiendo que la carne muerta que va dejando detrás nunca más volviera a sentir.

Alison apartó la mirada, había sido testigo de la manera tierna en que Liam había escudriñado dentro de sus ojos, tratando de buscar en el interior de su alma. Y, si era sincera, no sabía si aquel gesto la incomodaba o le gustaba, lo que sí sabía era que, en ese momento, y quizás para siempre, no quería complicaciones, sobre todo con el sexo masculino. Brooks había dejado mucho dolor tras de sí. Aquel que quisiera algo serio con ella debía demostrar muchas cosas. Por supuesto, no lo decía por Liam, ese hombre seguro que solo buscaba algo pasajero con lo que distraerse, pero ella…

El presentador desconocía que sus acciones, su manera de comportarse, podían herirla, podían hacer que bajara la guardia y exponerse por completo. Y no, no podía permitirlo, tenía que ser tajante con esto. Es más, ni siquiera entendía cómo podía estar calibrando sobre este asunto después de lo que había hecho.

—Jamás he soportado ver a una mujer llorar —confesó, sin dar mayor importancia a su declaración, lejos de avergonzarse por ello.

Alison le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Yo no estaba llorando, estaba sudando por los ojos —se defendió, para luego mostrar una pequeña sonrisa en los labios, debido a esa otra que se había aposentado en la comisura de Liam por su comentario. Sin embargo, el recuerdo de lo ocurrido volvió a golpearla, atrayéndola de nuevo a un lugar oscuro, lejos de la luz resplandeciente del halo del reportero—. Estoy tan avergonzada que daría cualquier cosa por alejarme de todo un tiempo.

Se quedaron en silencio un rato. Durante ese tiempo, Liam empezó a crear algo en su cabeza. Una posibilidad, algo que se hacía cada vez más firme y real. Algo que a ambos beneficiaría.

—Alison, quizá pueda hacerse realidad —dijo risueño.

—¿De qué me hablas? —preguntó, hastiada por cuánto rodeaba su vida, mientras se incorporaba para sentarse a su lado.

—Te lo contaré. Anoche, durante la celebración de la boda, mis jefes me llamaron desde Inglaterra con la excusa de aprovechar mi viaje a América.

—No entiendo nada.

—Déjame terminar —advirtió, sonriendo.

—*Ok* —asintió, entretenida en arrancar algunas hojas del césped.

—Mis jefes quieren que haga un documental para mi programa sobre la Ruta 66. Algo diferente a lo que normalmente hago. No han tenido otra idea que obligarme a alquilar una caravana e ir hasta la Costa Oeste. Una locura, sí. Sobre todo, porque no tengo a nadie del equipo conmigo y quieren que empiece a grabar desde ayer. Ya me entiendes… Pero, ahora que lo pienso, sí que puedo hacer el programa.

—¿Cómo? Si no tienes a tus ayudantes. ¿Acaso vienen de camino?

—Qué va. Algunos, aprovechando que me había tomado vacaciones, también se marcharon a hacer su vida y otros, al faltar parte del equipo, los asignaron a otros programas.

—Entonces, ¿cómo pueden querer que hagas algo así?

—Su respuesta ha sido que me busque la vida y tire de influencias.

—Vaya. ¿Así es como hablan al gran Peregrino? —preguntó Alison levantando una ceja en tanto dejaba entrever una diminuta sonrisa.

Al parecer no estaba todo perdido.

—Así. —Sonrió a su vez Liam—. Pero ya tengo la solución.

La fotógrafa hizo un gesto interrogativo.

—Tú.

Alison arrugó el entrecejo.

—¿Yo? No te sigo.

—Pues que tú eres fotógrafa y seguro que tienes nociones de grabar con una cámara.

—Ah, *nononononono*… —se negó en rotundo, mientras tiraba las hojas maltratadas y se levantaba con una energía antes inexistente. Fue como si de repente el suelo bajo ella se hubiese convertido en brasas.

—¿Por qué no? —Liam fue tras ella tratando de cerrar su paso, en tanto ella seguía adelante esquivándolo—. Yo creo que es perfecto.

—No, no y más no.

—Espera, Alison, por favor, escúchame. —El periodista la agarró del brazo con delicadeza, consiguiendo que parara su avance y le prestara la atención que necesitaba, aunque no lo mirara a la cara—. Hace un momento has dicho que darías cualquier cosa por alejarte de todo durante un tiempo. Yo te necesito —rogó.

—No.

—Te invito a hacer algo muy loco —comenzó a hablar ligero, a la desesperada—. Te invito a formar parte de algo grande. Te pagaré, por supuesto. Tendremos que hacer un contrato con el programa, claro. ¿Acaso no te gustaría trabajar en lo que te gusta?

—Mfmmfmmfm…

—Vamos, Alison. Te invito a vivir unos días haciendo lo que más te gusta. Te invito a vivir con tu cámara colgando. Viendo cosas maravillosas. Hablando con gente extraordinaria.

—¿Ricos?

—Esta vez no, lo siento. Esta vez se trata de entrar en ranchos y entrevistar a gente de a pie. Personas con cosas que contar, verdaderamente interesantes.

Alison se detuvo, girando su cuerpo hacia Liam, y se cruzó de brazos sin dejar de mirar al suelo. Liam seguía sujetando su brazo con delicadeza, esperando su respuesta.

—No sé, Liam. No estoy segura de si soy la persona adecuada para esto. Además, no tengo experiencia en grabar documentales. Soy una fotógrafa. No un cineasta.

Liam sonrió, sabiendo que tenía que convencerla.

—Pero eres una fotógrafa excepcional. Y eso es precisamente lo que necesitamos para este proyecto. Quiero que grabes con tu cámara, capturando momentos únicos y especiales. Serás mi compañera de aventuras y mi confidente. Podrás hacer tus propias fotografías y yo podré grabar el documental como estaba previsto. Es una oportunidad única, Alison. Por favor, di que sí. —

Volvió a buscar su mirada mientras mostraba esa sonrisa de lado que Alison ya distinguía como aquella que la volvía loca—. No cuesta tanto, solo tienes que hacer un pequeño gesto afirmativo con la cabeza.

* * *

La verdad es que no sabía cómo había terminado allí, en una empresa de alquiler de caravanas, cuando hacía poco más de dos horas estaba en un parque llorando sus penas a moco tendido.

Se había dejado convencer y la verdad es que al final no le había resultado tan difícil a Liam hacerle entender que era lo mejor para ella. Alison lo sabía, necesitaba salir de Cleveland y poner tierra de por medio entre esa gran equivocación y ella. Y si su vía de escape era ese documental, pues bienvenido fuera. De todas maneras, necesitaba moverse. Su cuerpo le pedía retomar el movimiento al que estaba acostumbrada, ese trajín que le hacía sentir libre de ataduras. Y, al parecer, la providencia divina le tendía la mano, un respiro entre todo ese caos repentino. Algo diferente. Algo muy loco.

—Sigo pensando que todavía estamos a tiempo de buscar un avión que nos lleve hasta Chicago —dijo Liam, dejando vagar su mirada entre el enjambre de carrocerías.

—Ya te lo he dicho: Teddie y Diddie están a mi cargo, le prometí a Luján que los cuidaría mientras ella está de luna de miel.

—Eso lo entiendo, pero ¿no podemos meter a los chuchos en un par de jaulas y al avión? —preguntó molesto.

—Eres un bruto —le reprochó Alison con las manos metidas en los bolsillos. Tenía el cuerpo cortado, la resaca estaba aún ahí, punzando en sus sienes y enfriando su cuerpo más de lo debido. O quizá todo era causa de su gran error nocturno. Intentó desechar ese recuerdo a un lado y se dispuso a poner sus miras en lo que se traían entre manos—. Los pobres animalitos lo pasan fatal volando, así que esa idea está completamente descartada del menú.

—¿Y no les podemos dar unas pastillas para dormir o para las náuseas? Digo yo que algo así tiene que haber para esos seres.

—Deduzco que no te gustan los perros. —Liam negó con la cabeza—. Pues Teddie y Diddie vienen, te gusten o no. Y no, no les voy a dar ningún tipo de medicina, ¡y ni se te ocurra dársela tú a mis espaldas! Lo siento, pero, si te hace falta mi ayuda, los perros vienen de viaje —afirmó de manera tajante.

—Esto nos va a costar dos días de viaje.

—Pues, mira, así vas calentando motores.

Liam le hizo una mueca.

—Esa parejita es monísima, ya verás cómo los terminas adorando —dijo sonriéndole, en tanto le daba un pequeño empujón con el hombro.

—Lo dudo —aseguró Liam entre dientes.

Alison lo miró levantando una ceja. La gravilla del terreno tomó protagonismo mientras andaban en silencio entre las caravanas, así como se levantaba un muro incómodo entre los dos.

La tirantez estaba ganando terreno, algo que no había ocurrido hasta ese momento. Era extraño, el día anterior todo había ido como la seda, se habían entendido bastante bien, a pesar de algún que otro rifirrafe, incluso esa mañana había ido todo perfecto. Él había sido la única persona que había ido tras ella, que le había prestado su hombro. Liam pensaba lo mismo, desconocía cómo catalogar ese cambio, pero sabía que provenía de ella. Ah, ya, seguro que todo era debido a su correría nocturna y, si a eso le sumaba la poca gracia que a él le hacía ese viaje, se creaba el coctel perfecto para que salieran ampollas. Debía hacer un esfuerzo por aplacar los ánimos.

—Me gusta esta —indicó Liam a un lado del camino—, se ve muy confortable.

—Claro que es confortable, tiene el tamaño de un autobús y, además, es obvio que es de esas que se abren a los lados, convirtiendo el bus en un palacio —su tono hacía patente que ese magnífico vehículo no era santo de su devoción.

—Pues, entonces, es perfecta para nosotros. Tendremos espacio suficiente para los dos y esas diminutas bestias; supongo que no querrás estar apretujada… aunque a mí no me importaría. —La observó con descaro de arriba abajo.

—Déjate de idioteces. —Lo miró con fastidio.

—Bueno, te recuerdo que ayer hicimos un pacto: me debes una cita —pronunció de manera incuestionable.

—¿Una cita? —Alison se pasó una mano por la frente entretanto cerraba los ojos. Cada vez que pensaba en la noche anterior era como recibir un puñetazo en pleno estómago después de un atracón de esos de bufé libre—. No quiero pensar en anoche. Lo que ocurrió es mejor olvidarlo.

—Estoy de acuerdo con eso, por lo que me sigues debiendo una cita.

—No te cansas, ¿eh?

—Pues no, tengo la paciencia de un oso perezoso.

—¿Un oso perezoso? Ja, ja, ja… —rio irónica.

—Buenos días, soy Jamie Rogers y hoy soy el encargado de ayudarles.

El vendedor era un hombre fornido y alto, de esos que impresionan, pero con una cara de bonachón como pocos. Debía de pasarse el resto de horas libres en el gimnasio. Llevaba un traje de color marrón «caca» que marcaba sus axilas sudorosas, y no era de extrañar, ya que hacía un calor insoportable a pesar de ser finales de septiembre. Se pegaba a su cuerpo de forma pecaminosa y parecía que sus músculos lo harían estallar de un momento a otro. Alison sufrió un instante al ponerse en su piel.

—Oh, qué bien, una pareja de enamorados, me encanta trabajar con personas ¿recién casadas? Claro, las chispas saltan a su alrededor…

—Eeehhh…

—No me digan nada, no es necesario. Soy experto en este tipo de viajes románticos.

—Pero…

—Nada, nada. Díganme, ¿qué buscan? Oh, veo que están interesados en la Goliat 600. Una verdadera fuerza de la naturaleza. Pero entren, por favor, esta joya hay que verla desde dentro. Tienen suerte: para estar a las puertas de octubre, no todo está alquilado.

Liam y Alison subieron a la autocaravana y sus bocas se descolgaron al ver cómo, tras

presionar un simple botón, el bus duplicaba su tamaño.

—Como podéis ver, realmente se trata de una joya. —Ojeó a Alison y luego a Liam con detenimiento, posando su mirada un par de segundos más en este último—. Esta es la zona de cabina, imagínense el paisaje tan maravilloso que podrán ver a través de este enorme cristal.

El señor Rogers puso los brazos en jarras mientras fijaba la vista afuera, en un *parking* de caravanas, pero en su rostro era patente que su examen iba mucho más allá. Él mismo se imaginaba aquellos paisajes de los que hablaba, demorándose unos segundos más de la cuenta, entretanto Alison y Liam se miraban con una sonrisa cómplice en los labios.

—En fin —suspiró nostálgico y giró sobre sí, indicándoles el resto de la caravana—: ¿No es insuperable este salón? Está equipado con la última tecnología y las mayores comodidades. —Volvió a contemplar a Liam y arrugó el entrecejo, para seguidamente volver a relajarse y continuar con su exposición—. Supongo que esto les dará una noción de cuánto cuesta esta maravilla. —Hizo una pausa a la espera de preguntas y, sin resultado, continuó—: Los sillones son reclinables y hacen unos masajes fabulosos, están tapizados en cuero de la mayor calidad. Los electrodomésticos también les proporcionarán grandes momentos. Y, fíjense —pulsó el botón de un mando y de la nada comenzó a surgir un televisor enorme—, ¿no es una gozada? ¿Son aficionados a los deportes? Pues aquí podrán ver los partidos como si estuvieran dentro del campo. ¿Una peli romántica?, ¿un concierto? Imaginen las noches tan espectaculares… Sigamos. Por aquí tienen el cuarto de baño y… —abrió la puerta— ¡tachán! Cuenta con ducha de hidromasaje…

—Me extraña que no tenga bañera —dijo Alison, sarcástica, esperando que no la escuchara.

—No se preocupe por eso, esta preciosidad les llevará a lugares tan impresionantes que no echarán de menos la bañera. Imaginen un baño en un lago, a la luz de las estrellas y solos —movió las cejas de manera cómplice.

—Señor, nosotros no…

—Deje, deje. Sé que a veces hablo de más, pero es tan romántico... No digan nada hasta ver el resto de las estancias.

—No me puedo imaginar qué puede ser lo siguiente. —Sonrió hacia el vendedor como si fuera un angelito; sin embargo, miró a Liam de forma incisiva.

—¿Nooo? Acompáñenme hasta… el dormitorio —se lo presentó como un maravilloso tesoro sorprendente—. *Voilà!* ¿A que no se lo esperaban? Una fabulosa cama de dos por dos y un armario de cuatro puertas. Fíjense en el espacio que queda debajo de la cama, ideal para guardar jerséis y demás. Porque… ¡Ah! ¡Que no se lo había dicho! La caravana viene totalmente equipada: platos, toallas, manteles. Vengan, fíjense —pasó entre ellos con verdadera excitación y comenzó a abrir cajones de la cocina—: cubiertos, trapos, detergentes para la lavadora y miren, por favor —abrió uno que contenía tan solo un abrelatas—, bueno, este tendríamos que rellenarlo. —Rio nervioso—. ¿Qué me dicen? ¿No es como viajar en la casa perfecta? ¿Un viaje a bordo de su propio Edén?

—Todo muy bonito, sí, pero… —trató de hablar Alison.

—Me ha convencido, nos la quedamos —la cortó Liam.

—Pero, esto debe de costar un pastizal —dijo Alison en español.

—No sé qué es eso de pastizal, aunque creo deducirlo; pero lo que sí sé es que puede que la empresa me haya obligado a hacer este viaje fuera de lo común para *The Pilgrim´s land*, pero no estoy dispuesto a hacerlo sin comodidades. Imagina todos esos kilómetros y ya verás cómo me das la razón.

—No me refiero a eso… —intentó de nuevo hablar.

—Perdonen, sé que no debo meterme, pero no entiendo lo que dicen. Si tienen problemas con el dinero, solo díganlo —intervino el señor Rogers.

—El dinero no es un problema —afirmó Liam tajantemente.

—Ah, bueno, pensé que quizás estaban discutiendo por eso.

—¿Cuánto cuesta viajar en el Edén? —preguntó Alison.

—Bueno, tengan en cuenta las comodidades, la tecnología, el espacio…

—¿Cuánto?

—Ya he dicho que el dinero no es un problema —volvió a cortar Liam, haciendo que Alison llegara al límite de su paciencia—. Señor, ¿sabe quién soy?

—La verdad es que, desde que lo he visto, confieso que su cara me ha resultado familiar, pero no caigo —reconoció amable.

—Soy el presentador del programa *The Pilgrim´s land* —se presentó orgulloso.

—Oh, sí, claro que sí. —Dócil, le tendió la mano mientras alababa el programa, además de su buen hacer como presentador. Y, claro, el otro se dejaba agasajar como un marajá al que le hacen ofrendas.

—No me puedo creer que te conozcan hasta en América —dijo Alison, hastiada de la situación. Una situación bastante cómica, por otro lado.

—Pues ya ves que sí.

—De todas maneras, ahí no radica el problema…

—Cállate, Alison, deja a los mayores hablar y cerrar el trato.

—¡¿Que qué?! —estalló, ya no podía más con tanta tontería y las constantes interrupciones.

El señor Rogers los escudriñó sobresaltado; sin embargo, se expresó con tranquilidad, estaba acostumbrado a algún contratiempo entre parejas. En su profesión, había visto y vivido casi de todo: desde una persona que tuvo la acuciante necesidad de usar el baño de una de las caravanas, imagínate el percal, hasta otra pareja que le preguntó si podían probar el colchón antes de cerrar el trato, pero probarlo de *esa* manera… Sí, de esa.

—Señores, si lo prefieren, puedo irme y volver dentro de unos minutos. Quizá necesiten hablar más tranquilamente sobre esto —dijo, mientras iba dando pasos hacia la salida.

—Usted no se va a ninguna parte —le advirtió Liam, clavada su mirada en su compañera.

—Creo que es mejor que me vaya. —A esas alturas, el sudor debajo de las axilas era ya bastante evidente.

—Quieto —le avisó la mujer.

Alison observaba a Liam con rabia, ¿qué se había creído ese engreído? Por nada del mundo iba a permitir que le hablara de esa manera.

—¿Que deje hablar a los mayores? Eres un… Te recuerdo que eres tú el que depende de mí, ¿a que te dejo tirado en toda esta locura?

—Por favor, señores… Yo me voy a ir yendo.

—¡Que no! —dijeron al unísono Liam y Alison.

Durante unos segundos se hizo el silencio, segundos donde Liam y Alison se midieron las miradas. El vendedor, sabiendo que la venta se le podía a ir directa al retrete, quiso poner un poco de cordura en toda esa tormenta, por lo que, echando mano de sus años de experiencia, sonrió y se expresó con tranquilidad.

—Señores, por favor, recuerden que están de luna de miel. Señora, deje que su marido le dé el capricho.

—¡No es mi marido! —dijo furiosa entre dientes.

—¿Eh? —Contrariado, Jamie arrugó el entrecejo.

—Que no estamos casados, ni somos nada de nada —afirmó, mirando directamente a Rogers.

—Todavía —dijo resuelto Liam.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—¿Todavía? Oye, Inglesito —levantó un dedo de advertencia mientras hablaba—, la que se baja soy yo. Si estas son las perspectivas del viaje que vamos a hacer, prefiero quedarme aquí.

—¿Estás segura?

Alison lo miró fijamente y recordó por qué quería marcharse de allí fuera como fuera.

Liam afirmó con la cabeza, dándole a entender que hacía bien en quedarse.

—De acuerdo, me quedo, pero quisiera decir algo que estoy intentando explicar desde hace largo rato ya.

—Dispara, Ricitos de oro —invitó con ironía.

Alison arrugó los ojos en su dirección.

—Lo que estoy intentando preguntar y evidenciar es si tienes el carnet de conducir necesario para conducir el Edén, porque, desde luego, yo no.

De nuevo se hizo el silencio. Uno acompañado de la sensación de que Alison había dejado a ambos hombres como estúpidos, sobre todo a Liam.

—Exacto, tú no lo tienes, yo no lo tengo. Hasta aquí nuestra visita al Edén. Gracias, señor Rogers, pero debe usted enseñarnos una que se avenga mejor a nuestras posibilidades.

De repente, era como si toda aquella avalancha de sinsentidos se hubiese venido abajo, como si de un sueño se tratase y que, tras despertar, solo queda el amargo recuerdo de lo que pudo ser, pero que en realidad no era.

—Tienes razón —gruñó más que habló Liam—. Pero no escatime en precio, ¿de acuerdo?

Jamie los sacó de la caravana con gesto lastimero y comenzó a andar entre los vehículos.

—Es una pena que no puedan quedarse con la Goliat 600. —Dejó pasar un par de segundos en los que recobró el ánimo y se dispuso de nuevo a mostrar su mejor cara para cerrar algún tipo de venta—. Bueno, confieso que el Edén me gusta más; si no le importa, se lo tomaré prestado para presentarla a los siguientes clientes interesados en ella.

—Todo suyo —contestó Alison con retintín.

Rogers le sonrió.

—En fin, antes de seguir andando, déjenme consultar en la *tablet* qué tenemos disponible.

Mientras seguían al vendedor entre la madeja de ruedas y carrocería, Liam iba despotricando acerca de la imposibilidad de alquilar el Edén y la posibilidad de contratar un chofer que paseara sus lindos cuerpos por la Ruta 66. Era increíble la manera en que podía mantener una charla consigo mismo. Después de unos minutos, Alison consiguió relajarse lo suficiente como para observar a Liam mientras trataba de encontrar algún hueco en la ley que le permitiera conducir la Goliat 600, o si quizá el señor Rogers conocía a alguien que pudiera acompañarlos en el viaje. Jamie le contestaba como podía, tratando de que no decayera su ánimo en ningún momento, al menos que no se le notara que ya estaba empezando a estar un poco cansado. Por su parte, a Alison no le apetecía que otra persona desconocida se inmiscuyera; necesitaba pensar, y ya tenía bastante con tener que ir con Liam, que de por sí ya era un extraño. Lo miró. Ahí seguía él, dándole que te pego al asunto. Liam era imposible. Sus gestos, le sorprendió ver cuán expresivo se volvía al enfadarse. Y no pudo evitarlo, debía reconocer que igual le divertía que le hastiaba. Ese Inglesito *posh* que más parecía haber escapado de *Notting Hill* la llevaba de cabeza y eso que todavía no habían salido de viaje. Pero tenía que huir de allí y por Dios que ese día ya estarían de camino hacia Chicago, lejos, lejos de esa alimaña apellidada Brooks.

Poco a poco se fueron alejando de los grandes tráileres de color negro y plateado brillante, lejos quedaban ya las grandes casas rodantes.

—Bien, pues las únicas que me quedan son estas.

—Debe de ser una broma.

Liam miraba alrededor sin poder creer lo que sus ojos veían. ¿Dónde estaba el lujo? ¿Dónde los metros y metros de chapa deslumbrante?

—Lo siento, señor, pero es lo que me queda disponible. Puede que no lo entienda, pero los americanos adoramos viajar en caravana. Tanto así que alquilan con meses, si no con años, de antelación. Y dé gracias a Dios, porque estas están bastante bien. No son la Goliat, pero su equipamiento es bastante bueno. Quizá sí puedan convertirlo en su Edén.

—Yo no… no puedo… esto es inaudito. —La cara de Liam caminaba entre el asco y el horror.

—Esta es perfecta. —Se escuchó la voz lejana y alegre de Alison—. Mira, Liam —dijo Ricitos de oro, sacando la cabeza por el techo solar de una de las caravanas que los rodeaba—, creo que esta nos va genial.

Divertido, el señor Rogers le indicó con un gesto que entrara. Era una autocaravana minúscula en comparación con la otra. Se componía de la cabina, un diminuto comedor frente a una más insignificante cocina, una ducha tan pequeña que se confundía con el váter y un dormitorio al fondo.

—Esto es imposible, es la antítesis del lujo. Prefiero ir de viaje en un coche de alquiler y alojarnos en moteles.

—Oh, Liam, no seas así —suplicó mientras descorría las cortinas de la diminuta cocina para que entrara la luz—. Me encanta, es justo lo que me imagino para hacer ese tipo de viaje.

—Puede ser pequeña, señor, pero es cómoda. Mírelo de esta forma: puede tenerlo todo a mano

y la limpieza será rápida y eficaz.

—Pe… pero… —Liam giraba sobre sí. El habitáculo lo asfixiaba. Alison no paraba de ir de aquí para allá abriendo armarios y cajones. ¿Cerca de cuatro mil kilómetros metido ahí? ¿Con dos chuchos que llenarían todo de pelo y no pararían de ladrar durante todo el camino? De repente se fijó en la parte de atrás—. No podemos, es insuficiente. Solo tiene una cama y no pienso dormir en esos sillones o en el suelo. Supongo que tú tampoco. Así que hasta aquí hemos llegado. Iremos a otro sitio de estos, posiblemente tengan otros modelos y puede que…

—Mira, Inglesito, mi paciencia tiene un límite. No te comportes como un niño mimado…

El señor Jamie Rogers, al ver el entusiasmo de Alison, le guiñó un ojo haciéndole entender que haría todo lo posible por apoyarla.

—Oh, pero, señor, por sorprendente que le pueda parecer, esta caravana está dirigida para una familia.

—¿De veras? Pues sí que sería una sorpresa que esta caja de cerillas pueda ampliarse.

—Por favor, no insulte el género. —Alison le hizo un gesto con las manos al vendedor, algo así como que no le echara mucha cuenta, que lo dejara pasar, mientras ella subía por una escalera—. En fin, aparte de la cama de matrimonio que ve detrás, fíjese bien: quitamos este cerrojo, bajamos la mesa y *voilà* —tiró de los cojines que hacía las veces de sillón y cubrió con ellos la mesa—, aquí tenemos otra cama; y además —dijo con fascinación—, si mira sobre los asientos de la cabina, verá que cuenta con otra más.

—Y con unas vistas al cielo maravillosas —añadió Alison tumbada en la cama boca arriba en tanto miraba el cielo.

—Efectivamente, el techo solar le permite, además de dejar entrar aire fresco, tener unas vistas espectaculares desde la cama.

—Pues listo, ¿nos la podemos llevar ya? —preguntó la mujer con sonrisa inocente.

Mil excusas dio Liam mientras firmaba los papeles, mil maldiciones y perjurios salieron de su boca, y realmente no supo ni por qué ni cuándo, pero cuando vino a darse cuenta se encontraba sentado al volante de la autocaravana, rumbo al hotel donde recogerían sus cosas inmediatamente por petición expresa de su acompañante. Mientras tanto, las últimas palabras del señor Rogers danzaban en su cabeza: «Alégrese, en esta caravana vivirá los mejores momentos de su vida; incluso me atrevo a afirmar que le cambiará la vida para siempre».

Etapa 1



Estados de Illionis y Misuri:
A Chicago

Alison tardó el tiempo justo para meter su ropa, calzado y demás, de cualquier manera, en una maleta que había vivido tiempos mejores. Antes de llegar al hotel, llamó a Luján para pedirle que le hiciera el favor de recoger su ropa de la lavandería y preparara todo lo necesario para el viaje de los animales. Por suerte, su amiga no se enfadó ni puso pegas a eso de llevarse a sus peluches a recorrer la Ruta 66 en autocaravana. De hecho, dijo que quizá esa vivencia los mantendría entretenidos sin pensar en ella.

Cuando bajó al *hall*, ya estaba todo dispuesto; sin embargo, Liam tardó una hora más en hacer su aparición. Se había despedido de sus padres, quienes le echaron una buena reprimenda por no tomarse esas vacaciones que les había prometido con ellos. Además, se había duchado y perfumado, iba impecable, ni un pelo estaba fuera de lugar. Detrás de él, iba un botones empujando un carro con la friolera de tres maletas enormes.

Alison lo miró alzando una ceja entre interrogativa e incrédula: ¿dónde iban a meter todo ese arsenal? No obstante, tras mirar a Luján, optó por no hacer ninguna clase de comentario. Bastante había tenido aquel hombre con pasar por el aro lo del tipo de casa sobre ruedas que habían alquilado como para mofarse de su equipaje, aunque no tuvo reparos al hacer un apunte mental en cuanto a lo que sus ojos habían visto.

Liam indicó al mozo dónde tenía que llevar las maletas y se despidió de su prima, quien le colocó a Teddie y Diddie en cada brazo. Por un momento, se quedó descolocado sin saber qué hacer mientras echaba alguna que otra ojeada a ese perro que le gruñía sin parar, mientras que el otro trataba de lamerle la barbilla. Aquello iba a ser una pesadilla. Alison, por su parte, trataba de ocultar la gracia que le hacía la escena. Quizá, después de todo, aquel viaje no iba a estar tan mal. Pero la alegría salió despavorida al ver a Brooks acercarse a Mark. Se quedó allí sin mediar palabra, con los brazos cruzados mientras presenciaba la escena con disgusto, sin perder ni un solo detalle. Aquella situación era de lo más incómoda. No podía creer que su amiga se demorara hasta el infinito en despedirse y que fuera capaz de consentir todo aquello, que no se pusiera en su lugar, que no entendiera que necesitaba salir de allí, desaparecer. Sin más miramientos la apremió para que terminara de una vez.

Besos, abrazos, palabras de despedida y alguna lágrima acompañaron los minutos siguientes, minutos que para Alison parecieron años bajo la mirada escrutadora de Connor, quien, por cierto, se quedó hablando con Mark cuando por fin salieron a la calle. El paseo que dieron hasta llegar al *parking* le sirvió a Alison para quitarse de encima parte de esa sensación tan desagradable; era como si su cuerpo se hubiese cubierto de alquitrán pegajoso y pestilente, uno que el propio Brooks le había vertido encima con solo su mirada y, cuanta más distancia había entre ellos, más libre y limpia se sentía. Tenía que salir de allí ya. En el *parking* del hotel las luces de su nueva casa se encendieron para darles la bienvenida.

—Haz a esos perros callar. Necesito concentrarme.

—Esos perros son más listos que tú y te están advirtiendo que es imposible que todo ese equipaje entre en la caravana.

—Estás humanizando a esas pequeñas alimañas y eso no es bueno para ellos.

—Lo que tú digas —dijo tirando de las correas para que Teddie y Diddie dejaran tranquilo a aquel hombre, que por momentos se veía más enfurruñado—. Esas maletas no entran.

—Eso ya lo veremos.

—Lo verás tú, yo voy a meterme dentro, fresquita con el aire acondicionado, mientras tú te peleas con esa montaña de sinsentido. No veo por qué es tan necesaria tanta ropa. En lugar de maletas, deberías haber traído una cámara. No veo ninguna. ¿Cómo pretendes que grabe el documental?

—Pues, doña sabelotodo, llevo una cámara dentro de esta maleta —dijo refunfuñando. Un mechón de pelo le había caído sobre la frente, estaba sudoroso y molesto—. Así que ya puedes meterte dentro y dejarme tranquilo.

Pero Alison ya no estaba, se había metido dentro de la caravana junto a los perros, necesitaba salir de aquel aparcamiento, pues, aunque no lo veía, sentía como si Connor estuviese observándola desde algún lado. Diez minutos pasaron y no había forma de meter tanta maleta en los compartimentos. Alison lo veía todo desde el espejo retrovisor del copiloto; a pesar de esa molesta sensación, le hacía tanta gracia la situación. No entendía cómo era posible, pero su estado de *pijez* había subido unos cuantos peldaños y, aun cuando nunca le habían caído bien ese tipo de personas, no le gustaba hacer prejuicios… además de que el Inglesito tenía su aquel con *pijez* y todo.

Para su sorpresa absoluta, Alison observó cómo Liam tumbaba cuidadosamente las maletas sobre el asfalto, mientras echaba ojeadas constantes hacia la puerta cerrada de la caravana: obviamente no quería que ella lo viera. Con rapidez abrió dos de los bultos, mientras seguía echando miradas nerviosas hacia la caravana, sacó algunas cosas que metió en el otro y, con sigilo, ordenó al botones que las llevara de vuelta lo antes posible.

Alison no paraba de reír en silencio, tanto que tenía que taparse la boca con las manos. Hacía tanto tiempo que no se reía así…

—Listo —dijo Liam ocupando el puesto de conductor.

—Espero que todo esté bien.

—Ha quedado perfecto. Entraban y entraron, así que…

—De eso estoy segura…

—Bien, ¿rumbo a Chicago?

* * *

—¿Dónde están esas bestias? —preguntó Liam mirando por el espejo retrovisor interior, mostrando así la animadversión que les tenía a los animales.

—Atrás, durmiendo en su camita.

—Debes tener cuidado, son tan pequeñas que lo mismo se meten debajo del pedal y sanseacabó —gruñó.

—No seas tan trágico —repuso Alison distraída con el tráfico—. Qué manía le has cogido a esos pobres animales, ¿qué te han hecho?

—Nada, por ahora. Pero ese Teddie es el demonio. —Se acomodó en el asiento.

La fotógrafa lo miró sin entender aquella ojeriza.

—No digas pamplinas.

—¿Pamplinas?

—Tonterías, sandeces… Bah. —Hizo un gesto de hartazgo con la mano y sacó algo de la guantera—. El pobre animal solo muestra lo que tú le transmites; cambia de actitud y él también lo hará.

—Es el demonio. —Un gruñido bajo llegó desde atrás—. ¿Lo ves?

Alison rio mientras desplegaba un mapa de los Estados Unidos enorme, tan grande que casi tapaba la visión de Liam. Este aplastó al papel hacia un lado.

—¿Es que no podemos usar el GPS como las personas normales?

—Las personas normales son aburridas, siempre he querido hacer un viaje con mapa, como los de antes, de esos en los que te pierdes y descubres sitios increíbles —comentó risueña.

—O te pierdes y se hacen realidad las mayores de las pesadillas.

—¿Cómo cuáles?

—Oh, no sé, tal vez terminemos en medio del desierto sin agua ni comida, con los perros mordiéndonos los pies y una tormenta de arena acechándonos —respondió Liam con ironía.

Alison lo miró con una sonrisa burlona.

—No seas aguafiestas —dijo a la vez que le daba un pequeño toque en el hombro, para luego regresar al estudio de los entresijos del mapa—. Para tu información, tengo un gran sentido de la orientación, así que conmigo estás a salvo. Además, si lo prefieres, puedes utilizar el que trae la caravana incorporado y también está el del teléfono. Supongo que eres tan miedica que no eres capaz de recorrer la ruta con tan solo un mapa de papel y los carteles de la carretera. Claro, eres *The Pilgrim´s land* —evidenció con mofa—, un hombre acostumbrado a que se lo pongan todo por delante, que solo necesita calentarse la cabeza decidiendo si llevarse el jersey de punto a la partida de golf o solo la camiseta de mangas cortas y cuello de camisa.

—¿Y qué tiene de malo eso? A ver.

—Pues que no eres capaz de lanzarte a la aventura —contestó soñadora—, de arriesgarte a dejar el jersey, de entender que no pasa nada si la lluvia te moja tus bonitos brazos musculados.

Quedaron en silencio unos segundos.

—De acuerdo, te tomo la palabra, solo para que veas que no soy quien crees que soy. Haremos el viaje siguiendo ese mapa. Pero —advirtió levantando un dedo— si en algún momento nos perdemos, me deberás otra cita, y ya van dos.

—No sé de dónde te sacas eso. —Se removió en el asiento—. Ni siquiera entiendo de dónde sacas esas conclusiones y esas citas de las que hablas. De todas maneras, no nos vamos a perder, así que…

—Me tomaré eso como una aceptación.

—Tómalo como quieras, por mi parte tengo muy claras las cosas. —Miró un segundo el mapa mientras recorría una línea con su dedo anular—. Por otro lado, creo que es mejor hacer noche a mitad de camino. Hemos salido tarde de Cleveland y Chicago queda bastante lejos como para hacer ese trayecto de una sola vez.

—Por primera vez estamos de acuerdo en algo.

Si bien el tráfico aquel día era insufrible, lograron salir de Cleveland de una pieza. Aquella ciudad era un lugar de una belleza aplastante, cada rincón algo que descubrir, con esas barriadas tan variopintas por la diversidad de etnias y ese clima que danzaba en los extremos. Recordó la primera vez que visitó uno de sus lagos, uno rodeado de naturaleza: los árboles se extendían hacia el cielo con una majestuosidad inigualable, cada rama parecía querer tocar el sol. Las hojas danzaban suavemente con el viento, creando una melodía perfecta en armonía con los trinos de los pájaros. El agua del lago ondeaba suavemente, reflejando la luz del sol con una belleza hipnotizante. Los colores del paisaje parecían haber sido elegidos por un artista meticuloso, cada matiz y tonalidad cuidadosamente seleccionados para crear una obra de arte natural. Los árboles, el lago y el sol se fusionaban en una sinfonía de belleza, y Alison no había podido dejar de sentirse afortunada de poder disfrutar de ese espectáculo de la naturaleza. Pero, a pesar de todo eso, la fotógrafa no lo echaría de menos. Era el hogar de su ex, aquel sitio solo le traía malos recuerdos, por lo que salir de aquel laberinto se le había hecho largo y lento, mucho más de lo normal.

Después de salir de la ciudad y hacer un esfuerzo hercúleo por dejar atrás los malos recuerdos, un silencio cómodo se instaló en el coche. Alison disfrutaba de esos momentos en los que podía dejar su mente en blanco, mientras sentía el viento acariciar su rostro y observaba los paisajes que se extendían ante ella. Y, aunque Liam no decía nada, su presencia le resultaba reconfortante, si bien esto último no lo diría en alto. Había algo en el hecho de compartir el mismo espacio sin necesidad de hablar que le daba una sensación de seguridad y bienestar. Simplemente se dejaba llevar por la carretera y por la compañía de ese desconocido, sintiéndose en paz consigo misma.

—Deberíamos hacer un plan de viaje —dijo Liam, ojeando los espejos retrovisores para adelantar—. Debo confesar que nunca he tenido la necesidad de hacer la ruta, por lo que no tengo ni idea.

—No te preocupes, déjalo en mis manos, ya te he dicho que conmigo no tienes nada que temer. Cruzaremos el país sanos y salvos. Debes empezar a confiar más en mí. —Alison hablaba mientras miraba el teléfono—. ¿Sabías que The Mother Road tiene 2448 millas?

—No. —Los perros comenzaron a ladrar a un coche que había detrás, donde por la ventana asomaba la cabeza de un enorme gran danés que, feliz, iba con la lengua fuera. Liam cerró los ojos un momento, tratando de controlar su ira—. Desde luego este viaje cada vez se pone más intenso. —Tomó aire para despejarse—. Y a todo esto, no te he preguntado si tienes carnet de coche.

—Pues no, de coche no. Lo siento, deberás de ser tú quien pasee este culito molón. —Se golpeó la cadera con una mano. Liam levantó una ceja, divertido—. Aunque puedo encargarme de poner la música, pero no puedo garantizar que mi gusto musical te guste.

Liam soltó un risa.

—Estoy deseando conocer cuáles son esos gustos musicales de los que hablas. Pero, ahora en serio, a ver cómo dividimos el viaje, Ricitos de oro; no creo que sea adecuado para una sola persona hacer tantas millas. Todavía no sé con cuántos días contamos, lo que sí tengo claro es que no pueden ser más de tres semanas.

—No te preocupes, será suficiente con unos quince días, día arriba, día abajo. Te prometo que viviremos cada *typical American* —afirmó, girando las hojas de una guía de viaje. ¿Es que esa mujer no se quedaba nunca quieta?

—*Typical American*? ¿Incluso los aplausos, esos que van de más lento a más rápido y que se ven en tooodas las películas americanas? ¿Cómo se llaman?

—*Typical American slow clap* o aplauso *in crescendo* típico americano —contestó Alison confiada, dejando a Liam perplejo.

—Estaría bien vivir algo así. —Se quedó pensativo un segundo—. Quince días… Bueno, podemos intentarlo, aunque no sé si serán suficientes. Puede que termine loco después de tanta carretera.

—Ya verás que no será para tanto. Lo podemos hacer por etapas.

De ese modo, Alison le propuso hacerlo por tramos o millas, lo mismo daba una cosa que otra, un número X de recorrido diario. Eso les permitiría elegir ponerse como meta ir de un punto a otro y así rebasar millas sin mucho agobio. Además, contaban con el hecho de no tener que buscar alojamiento, lo que les permitiría descansar cuando el conductor lo necesitara.

Por el camino, acompañados de canciones y música bastante ecléctica, pararon en un supermercado para hacer acopio de suministros de todo tipo. El tanque de la caravana ya estaba lleno y el vendedor les había dado unas cuantas lecciones básicas donde aprendieron cómo rellenar el tanque de agua y vaciar las aguas negras, así como hacer pequeñas reparaciones que no deberían ocurrir, pero que, por si las moscas, no estaba de más saber. Además, llevaban una bombona que les permitiría cocinar en los dos fogones con los que venía equipada.

—Esa ducha me va a dar problemas. Es tan diminuta que no sé si podré caber ahí.

—Liam, desde que salimos de Cleveland no haces más que quejarte. Empiezo a estar cansada de tanta negatividad. Es tu trabajo y, si no empiezas a cambiar tu actitud, este viaje se nos va a

hacer eterno. Acóplate de una vez, será lo mejor para los dos.

El periodista no pudo más que darle la razón; él mismo estaba agotado de escucharse a sí mismo. Pero es que estaba tan cabreado con la productora... Su programa estaba dirigido al turismo para ricos, lo que le permitía disfrutar como a él le gustaba y estaba acostumbrado. Había algo en todo ese lío que apestaba.

—Esto es muy raro, Ricitos de oro. —La fotógrafa le contestó con un «¿mm?» mientras continuaba sumergida en los papeles—. No entiendo que la productora quiera dar un giro radical a mi programa. Lo que estamos a punto de hacer no tiene nada que ver con su historial. —Hizo una breve pausa, pensativo—. Algo huele muy mal.

Alison miró hacia atrás.

—Quizá los perros se hayan tirado un pedo.

Liam soltó una enorme carcajada, aquella chica no tenía reparos, pero qué graciosa era a pesar de no haberle prestado atención.

De ese modo, se propuso tomarse un rato para poner en orden sus ideas y aceptar que, como Alison le había recordado, era su trabajo, tenía que emplearse a fondo para hacerlo lo mejor posible y no morir de hastío en el trayecto.

Dejó que Alison se sumergiera en lo que fuera que estaba haciendo con su móvil, una libreta que llevaba en el regazo y la guía de viaje, y al observar que estaba incómoda, le sugirió sentarse en la mesa de la cocina.

De vez en cuando, él se permitía una pequeña distracción para observar el paisaje y respirar aire fresco. La carretera se extendía ante ellos, sinuosa y montañosa, pero la conducción se hacía fácil gracias a su habilidad al volante.

Alison se dio cuenta de que su compañero se había tomado en serio lo que le había dicho. Estaba más concentrado y tranquilo. Sonrió satisfecha y continuó enfrascada en diferentes actividades. A pesar de su mala fama, en realidad era una persona muy metódica y no dejaba nada al azar; bueno, al menos nada que fuera realmente importante. Sabía que el éxito del viaje dependía de una buena planificación y organización.

La tarde cayó sobre ellos mientras conducían hacia el oeste. El sol se ocultaba tras las montañas y el cielo se tiñó de rojo y naranja. Liam detuvo la caravana en un mirador y los dos salieron para contemplar la vista. El valle se extendía ante ellos, con los árboles y los campos de cultivo abarcando hectáreas y hectáreas de terreno.

—Es impresionante —dijo Liam, admirando la belleza del paisaje.

—Sí, lo es —respondió Alison, sonriendo.

Se quedaron un rato allí, disfrutando de la vista y del frescor de la tarde. Mientras se perdían en el instante en que el sol se ocultaba por completo y la oscuridad comenzaba a envolver el lugar, Liam se giró hacia Alison y se dio cuenta de lo hermosa que se veía con la luz del atardecer iluminando su rostro. La atracción que había sentido por ella desde el inicio del viaje se intensificó en ese momento, pero se mantuvo callado, sin saber cómo expresar sus sentimientos. Alison notó su mirada y se sintió un poco incómoda, aunque a la vez atraída por su presencia. Los sentimientos hacia el Inglesito eran como un cuadro abstracto. Por lo que, como si se

hubieran puesto de acuerdo, decidieron volver a la caravana y continuar su camino hacia el siguiente destino en el mapa.

Alison fue bastante insistente en parar a medio camino, ¿cómo podía conducir Liam nada menos que cerca de seis horas sin un reposo en condiciones? Ni que decir tiene que después de una pequeña discusión, cosa que por cierto se estaba convirtiendo en algo habitual, el presentador consiguió salirse con la suya y hacer el trayecto de una sola tacada, ¿qué podía hacer su compañera? Él tenía la llave, el carnet y las ganas, y no quería perder tiempo haciendo noche pudiendo adelantar camino. Por supuesto, dejó bien claro que, si le hubiera hecho caso y hubieran tomado un vuelo, todo habría sido más cómodo y directo, y eso fue lo único que hizo callar a la insistente Alison.

Así llegaron a Chicago, entre parada y parada, para que los perros hicieran sus necesidades y ellos tomaran un bocado en algún restaurante. Era casi de noche y, para su mala suerte, un guardia les comunicó que estaba prohibido entrar en la ciudad con la autocaravana. De nuevo, Alison tuvo que escuchar los reproches acerca de los perros y la cadena de televisión. Las palabras textuales fueron: «¡Esto es peor que sufrir una plaga bíblica!».

Siguieron las indicaciones del guardia y lograron llegar a un *parking* de caravanas a tiempo para la cena. Por lo que pudieron ver, constaba de piscina, zona para perros y un *pub* donde los mayores podían relajarse después de un intenso día. Desde luego, ni siquiera se les pasó por la cabeza encender los fogones. Sencillamente, fueron al *pub*, se pidieron un par de bien merecidas cervezas, Alison con su correspondiente hamburguesa con patatas y Liam, después de renegar un rato acerca de lo típico del menú, decidió pedir un filete de ternera con puré de boniato.

No hablaron mucho durante la cena, estaban tan cansados que se limitaron a comer y poco más. De camino al vehículo, el periodista alabó el haber sido astuto y haber hecho un trato con el dueño del *pub*, al que había conseguido alquilarle su Smart rojo descapotable, aquel coche tan gracioso y manejable que había visto en el *parking* antes de entrar. Por supuesto, él habría preferido algo más llamativo, ¿por qué no un Mustang o algo así?, pero era lo que había y menos daba una piedra.

—Así que mañana, gracias a mi inteligencia, podremos entrar en Chicago y comenzar el reportaje.

—Menos mal que te tenemos a ti, ¡oh, todopoderoso y astuto dios Pilgrim! —dijo Alison acompañando su burla con una reverencia.

Liam la observó un segundo con el ceño fruncido.

—En serio, ¿cuántos años tienes?

—Deberías reír un poco más, lo de las arrugas es un bulo.

—Yo soy muy feliz tal y como soy. Y me río cuando algo me hace gracia —repuso mientras sacaba las llaves del bolsillo de sus pantalones chinos—. Pero, pasando a otra cosa, antes de acostarnos deberíamos echar un vistazo a lo que podemos hacer en Chicago, porque la ruta empieza allí, ¿verdad?

—Vamos dentro y, en tanto nos tomamos algo, te cuento.

Entraron. Por supuesto, Liam puso agua a calentar con la intención de prepararse un té, cómo

no. Por su parte, Alison optó por un *smoothie* fresquito que había comprado de camino, el cual comenzó a beber directamente de la botella, cosa que al presentador disgustó, pero decidió no decir nada. Estaba tan cansado que no tenía ganas de discutir. Liam se sentó a la mesa, mientras que la chica optó por sentarse en el respaldo de eso que el vendedor había definido como sofá, poniendo sus zapatos sobre el asiento. ¿De verdad? Liam no pudo reprimir una mirada de reproche, la cual la fotógrafa deliberadamente ignoró. Puso su teléfono junto con la libreta y la guía de viaje que habían dejado sobre la mesa antes de irse a cenar.

—Bien, pues resulta que mientras tú te quejabas por conducir tantas horas, yo he planeado toooodo nuestro viaje, así que… —Alison se agachó hacia adelante, acercándose más al presentador, giró la cabeza a un lado e indicó con un dedo su mejilla, dando pequeños toques sobre ella. Liam puso los ojos en blanco, se levantó y le plantó un beso. Alison era juguetona, le gustaba esa faceta suya. En un plis plas había aligerado el ambiente y la realidad es que lo agradecía: uno de los dos tenía que ser optimista, y reconocía que ese día se había comportado como un auténtico cretino niño mimado. Se echó hacia atrás y la observó unos segundos.

—Te pido disculpas por el día que te he dado. Yo no suelo ser así, pero es que la empresa me la ha jugado. He estado mucho tiempo sin tomar unas vacaciones en condiciones y me las merecía, ¿sabes?

—Creía que tus viajes en el programa eran bastante cómodos.

—Lo son —afirmó abstraído para seguidamente regresar su mirada hacia Alison—. Pero, a veces, como cualquier otra persona, necesito desconectar, pasar tiempo con mi familia… En fin, no quiero aburrirte, solo pedirte disculpas y prometerte que voy a intentar comportarme.

Alison lo miró unos segundos con los labios fruncidos, en un gesto pensativo.

—Acepto la disculpa, pero solo con una condición.

Liam acompañó su sonrisa con un suspiro.

—Ay, Ricitos de oro, ¿qué se te habrá ocurrido ahora?

La fotógrafa colocó un papel de propaganda sobre la mesa, en el que se anunciaba un partido de béisbol de los White Sox que comenzaría en poco menos de dos horas.

Liam se negó. Estaba exhausto y ya no podía conducir ni una milla más, pero Alison logró convencerlo de que sería algo genial para el documental. Su argumento fue que, aparte de ser un atractivo en la ruta, la gente de todo el mundo sentía curiosidad por ese tipo de deporte. Y tenía que reconocer que la manera de desarrollarse el partido, ya no solo por el propio juego, sino también por los entretenimientos que se organizaban entre descansos, era algo verdaderamente digno de ser grabado.

Consiguieron las entradas vía *online* y, sin ni siquiera cambiarse, se sentaron dentro del pequeño coche rojo y salieron como almas que lleva el diablo hacia el estadio, ya que tenían que acudir un poco antes para entrar y tomar sus asientos.

La muchacha no dejó de grabar y hablar durante todo el trayecto, estaba muy emocionada por llegar y vivir de primera mano lo que sucedía. Por supuesto, se encontraron con un poco de tráfico, ya que los alrededores del campo estaban atestados de coches y gente que caminaba por

todas partes: familias enteras, parejas y personas solitarias que se dirigían a cada puerta según su asiento asignado.

Consiguieron aparcar. Liam tenía la cabeza embotada gracias a las horas de viaje que llevaba a la espalda, sumadas a esa retahíla de palabras que Alison soltaba casi sin respirar. Bajaron del coche y corrieron hacia su entrada. La joven los apremiaba a ir más rápido, mientras continuaba grabando con esa pequeña cámara que Liam había conseguido en una de las tiendas del hotel de Cleveland; menos daba una piedra. Hizo un apunte mental para comprar una en condiciones al día siguiente.

Les pidieron las entradas, marcaron los asientos y, por fin, entraron. Había tiendas de recuerdos, bares y restaurantes. Sin previo aviso, como si un insecto atraído por una luz ultravioleta se tratara, Alison salió flechada para una de las tiendas y, ante la cara estupefacta e incrédula del periodista, compró dos dedos de goma espuma medianos con el logotipo de los White Sox más un par de gorras. Por supuesto, Liam se negó a llevar puesto nada de eso; decía que lo de hacer el ridículo no estaba cubierto en su nómina.

Consiguieron llegar a los asientos a tiempo para ver el baile de la mascota del equipo, SouthPaw, un muñeco con pelaje verde vestido con el uniforme del equipo y que movía las caderas tipo perreo, al ritmo de la música que envolvía todo el estadio.

—¿Es que no había otros asientos mejores? —dijo Liam al sentarse.

—Son los que quedaban. Además, seguro que lo pasamos genial.

—Desde aquí no podremos ver bien las jugadas —objetó, estirando el cuello para mirar alrededor—. Si hubiese sabido que tenías la intención de venir, habría comprado los mejores asientos, alquilado un palco VIP o lo que sea; todo menos esto. —Señaló con desprecio lo que los rodeaba, lo que conllevó alguna que otra mirada desdeñosa de las personas que estaban más cerca.

—Ay, Inglesito, pero qué pijo eres.

—Mira, Ricitos de oro —murmuró cerca de su oído, no quería volver a meter la pata y conseguir que alguno de los tipejos de pintas cuestionables que estaban alrededor le dieran un puñetazo—. Te lo repito y te aseguro que nunca me cansaré de decírtelo: tengo dinero y lo quiero gastar en comodidad y disfrute, y este sitio no tiene nada que ver con mi percepción de disfrute. Fíjate en la gente que hay a nuestro alrededor: no hacen nada más que comer porquerías, gritar y cantar. ¿Es que no tienen sentido del ridículo?

Alison se separó de él para mirarlo con un gesto de repulsión bastante evidente. Luego dejó vagar los ojos lejos de él.

—Ya lo tienes tú por todos —murmuró con fastidio mirando hacia un lado—. Y hablando de comida… ¡Eh, muchacho! —gritó alzando un brazo—, ¡dame un par de cervezas de las grandes y unos *hot dogs*!

Quizá con suerte, lo emborracharía y conseguiría que su actitud cambiara, que fuera más como aquel chico que había conocido en la boda: alguien risueño que la había hecho sonreír y que le había ofrecido su hombro cuando más lo necesitaba. Tenía que conseguir que cambiara de actitud como fuera, ese tipo *posh* no le gustaba nada. Por lo tanto, manteniendo una pequeña

conversación interior, se propuso conseguir que Liam disfrutara del viaje y que, al final del trayecto, su percepción del mundo cambiara. Así podría sacar ese palo que tenía metido en el trasero; por Dios, ese palo tenía que ser el más duro y resistente del mundo.

El vendedor que recorría los pasillos de las gradas hizo un gesto de afirmación y en menos de lo que canta un gallo lo tenía todo listo y se lo había dado a la persona que estaba sentada en el primer asiento. Logró así que uno tras otro lo pasaran hasta llegar a ellos, para luego ser Alison quien le enviara el dinero de la misma manera. En tanto Liam se había puesto colorado ante el descaro de Alison, observó cómo nadie se había quejado por las molestias; al parecer ese proceder era algo habitual y la gente estaba dispuesta a colaborar. Aquello produjo en él una gran carga de incredulidad. Esperaba que alguien se quejara, que los miraran de mala manera, que se quedaran con el dinero, incluso que les tiraran las cervezas encima… pero no. En su lugar, solo había habido sonrisas y palabras amables, excepto para él, claro, que al parecer ya se había ganado la enemistad del público.

—Eso no será para mí —rechazó con una mano el perrito y la cerveza que su compañera le estaba ofreciendo.

—Pues sí, si quieres vivir la Ruta 66 como es debido y grabar el documental que te han exigido, tendrás que acoplarte a este tipo de divertimentos. Nada de hoteles ni restaurantes caros, nada de tiendas de lujo y nada de limusinas. —Le puso el *hot dog* en una mano y la cerveza entre las piernas. El frío del vaso hizo que cierta parte de su cuerpo se encogiera, por lo que rápidamente tomó la cerveza con la mano—. Inglesito, solo déjate llevar. ¿Cuántos de aquí crees que te conocen? Estamos en América, esto no es Inglaterra.

—Por un lado, te recuerdo que ya hemos cenado y esto va directo al flotador —dijo, indicando sus abdominales mientras daba de manera mecánica un sorbo al contenido del vaso de papel. «Vivir para ver», se dijo Alison divertida—. Y, por otro, tienes la memoria de un pez porque el tipo de alquiler de caravanas sí que lo hizo.

—*Nop*. El señor Rogers dijo que tu cara le sonaba de algo; algo que, por otra parte, es natural si es un friki de los viajes. Y, aun así, no supo ubicarte hasta que le aclaraste quién eras. Así que, ya ves, suéltate la melena y déjate llevar. Aquí puedes gritar, cantar y, como dices, comer porquerías, que nadie te va a mirar raro ni te va a criticar.

Liam se quedó pensativo. Eso que le pedía era mucho pedir. No estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones. En su verdadero mundo, en ese momento estaría en una de las zonas VIP, codeándose con jugadores, periodistas y mánagers y con alguna mujer bonita bebiendo champán a su lado; no la chica que tenía junto a él, que había gritado al vendedor de las gradas y que ahora bebía cerveza como si fuese un Manolo. Pero, una vez más, Alison tenía razón: todo por el maldito programa. ¿Por qué sus jefes habían decidido ese cambio de tercio? Algo había pasado en su breve ausencia, y estaba seguro de que todo se debía al contenido de la cadena; quizá Virginia…

Apartó ese pensamiento a un lado en el momento en que Alison lo sorprendió al pulsar el botón de grabar de la cámara y le hizo un gesto para que comenzara a hablar sobre dónde estaban y demás. Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que debía dar las gracias por la perorata por

parte de su compañera durante el trayecto en coche. Gracias a eso, se acordaba del nombre del estadio, del equipo que jugaba, del nombre de la mascota y ciertas curiosidades que rodeaban todo aquello, así como de algunos entretenimientos que se sucedían durante el partido. Además, contaba con su buen hacer después de años de rodaje por el mundo, presentando documentales de viajes. Supuso que quizá todo sería más sencillo de lo que había creído y que el trabajo duro se resumiría en las horas que habría que echarle al montaje de las imágenes y los vídeos. Sí, supuso que Alison era medianamente buena en lo suyo. Su prima Luján le dijo que, a pesar de ser una loca, un alma libre para ser más exacto, su trabajo era excelente; tanto como para no tener que preocuparse por nada, ni siquiera de buscar información. Pero, a excepción de lo que observó en la boda, él nunca había visto ningún trabajo de ella, por lo que ponía en duda que todo saliera a la primera. De todos modos, eso sería algo que irían puliendo durante el camino, en esos ratos muertos antes de dormir.

De repente vino a su cabeza la imagen de Alison en la cama. Pasarían unos cuantos días viviendo juntos; su relación iba a pasar de no conocerse de nada a compartir un cubículo durante 24/7 por al menos quince días, y estaba seguro de que, en menos que canta un gallo, todo su mundo se volvería muy intenso. Alison se veía a leguas que era apasionada y no sabía si estaba preparado para ello. No era un hombre al que le gustara compartir su espacio. En sus viajes por el mundo, siempre había contado con una habitación para él solo, que compartía por unas horas cuando su necesidad básica apremiaba y poco más. Ya había vivido con alguien durante un tiempo y la experiencia fue…

Una vez más, dio un puntapié al pensamiento y se centró en su trabajo. Puso buena cara, el mismo rostro de la felicidad y el divertimento, con una energía rebosante que sorprendió a Alison. Se quedó estupefacta al ver el cambio en él. Había pasado del hastío a la mayor felicidad en cuestión de segundos. Su voz era clara y atrayente, sus gestos invitaban a no apartar los ojos de la imagen. Estaba segura de que cualquiera que viera sus documentales desearía estar en ese mismo momento junto a él, experimentando lo mismo, viviendo la vida a tope. Ahora comprendía a su excompañera de trabajo, ahora entendía su fascinación por *The Pilgrim´s land*, comprendía los sueños que había levantado en ella de querer recorrer el mundo, aunque solo fuera con una maleta. La cámara adoraba a Liam, lo amaba, salía perfecto con ese perrito caliente en una mano y la cerveza en la otra; era la imagen perfecta. Su físico era perfecto. Su manera de expresarse, su naturalidad, su vitalidad. Y debía convivir con él por unos días. Ese Liam era especial, diferente a ese otro que nada más que hacía refunfuñar. Este otro era todo lo que ella esperaba en un hombre: que deseara exprimir la vida, vivirla a tope, saborearla. Ese chico era el que ella recordaba y que tanto la había atraído. Dejó que aquel pensamiento, igual que había nacido, se desvaneciera justo cuando los jugadores se preparaban para escuchar el himno. Cortó la grabación y comenzó su trabajo de tomar imágenes y pequeños vídeos de todo lo que considerara interesante durante la duración del partido.

El estadio enmudeció de momento, ni los pájaros osaban piar ante el himno. Los rostros de los jugadores eran solemnes, la sensación era imponente, en contraposición a cuando acabó, cuando todo el estadio se vino abajo lleno de vítores, gritos y aplausos. Liam se llevó las manos a las

orejas, el ruido era ensordecedor, ¿es que la gente no tenía reparos? Esos americanos eran impetuosos y trágicos. El juego comenzó y, tal y como había predicho, las vistas dejaban mucho que desear. Estaban en las filas de abajo, las más cercanas al campo, donde solo había niños riendo y vociferando, que comían palomitas y helados, junto con adultos que se empujaban mientras reían sin parar y bebían una cerveza tras otra; era cuestión de tiempo para que se iniciara una pelea. Miró a un lado: Alison no estaba, ¿lo había dejado tirado? En su asiento descansaban los dos dedos de gomaespuma junto a una gorra negra con el logotipo de los White Sox. Volvió a mirar al derredor y la encontró con su gorra puesta al revés y tan encajada que sus pelos de colores salían por todos lados reclamando libertad. Reía sin parar ante lo que le había dicho el anciano al que estaba fotografiando. Luego, sin cesar de mostrar su sonrisa, la anciana que estaba a su lado le pidió que se sentara a sus pies y comenzó a hablarle mientras la fotógrafa se divertía con la cámara. ¿Es que no podía tomarse eso en serio?

Y así, uno tras otro, los espectadores eran fotografiados aquí y allá, y el lugar de la fotógrafa continuaba vacío, lo que hacía que Liam desviara los ojos del juego de vez en cuando.

El estruendo del golpe del bate contra la pelota atrajo la atención del presentador al campo. Un corredor... ¡Tenía toda la pinta de que aquello terminaría en un *home run* completo!

Se puso tenso, la cerveza que había tenido en la mano hacía tiempo que se había terminado y en su lugar quedaba un vaso que el periodista, nervioso, estaba estrujando sin parar.

La gente de alrededor gritaba a la bola y a los jugadores, unos tiraban de las chaquetas de los que tenían al lado; otros tenían la boca abierta, expectantes hasta el final; y los niños señalaban al cielo con esas manos enormes hechas de goma espuma, triunfantes, alegres y contentos antes de conocer el resultado final.

En efecto, se produjo la carrera y con ella todos los de su alrededor se abrazaron; personas desconocidas entre ellas, unidas ahora por el deporte, por la pasión, que a su vez también lo abrazaron a él, lo auparon y no sabía por qué, pero todas esas sensaciones le gustaban. Le gustó formar parte de ese instinto primario, el de la felicidad por algo tan simple como completar una carrera. Sin embargo, echaba de menos a ella, quiso poder tenerla cerca para abrazarla, el júbilo general era contagioso.

Alison regresó justo en el momento en que anunciaban el descanso, portando consigo una sonrisa y otro perrito caliente que había sacado de algún lado. Al llegar, aprovechando que Liam había abierto la boca para hablar, le encajó la punta del *hot dog* entre los dientes, obligándolo a morder y masticar. Sorprendido, fue a regañarla; sin embargo:

—*Joded, edto edtá de muedte* —dijo con la boca llena, mientras Alison, complacida consigo misma, le daba una nueva cerveza y lo que quedaba del perrito.

—Te lo dije, los *hot dogs* de Chicago son famosos en el mundo entero y, encima, este es de contrabando —le susurró en un grito meneando las cejas en un signo de complicidad. Liam la miró con el ceño fruncido en tanto ojeaba el perrito caliente. Luego Alison se acercó a su oreja con la intención de contarle algo en confidencia—. Este *hot dog* es un *«Dragged through the garden»*, y lo han traído directamente de Hot dog´s Chicago-Style. No sé cómo lo habrán metido en el estadio, pero te aseguro que nunca probarás otro igual. Así que disfruta.

Alison se giró un momento y saludó a alguien a quien Liam no pudo distinguir entre tanto gentío, por lo que se encogió de hombros y se dispuso a disfrutar del perrito y de la cerveza bien fría que le había traído. Estaba agradecido. Ese gesto había tocado su fibra sensible. Aquel detalle había sido algo mucho más importante de lo que ella podía siquiera imaginar. A él nunca… nunca nadie había… Es más, le habían tatuado en su cerebro que no podía volver a comer esas cosas, que no eran adecuadas ni para su salud ni para su imagen, ni siquiera se le había permitido una canita al aire. Por lo que el hecho de que Alison fuera tan natural, una persona que disfrutaba de la vida de esa manera y estaba haciendo que él mismo volviera a hacerlo, eso, eso era algo mucho más importante de lo que Ricitos de oro pudiera llegar a imaginar. Desinhibido, fue a dar un nuevo mordisco y, de repente, todo el mundo alrededor reía sin parar. El presentador miró en torno suyo sin entender, luego a Alison, quien le indicó la pantalla del marcador. Al principio, no pudo distinguir al tipo que había en la gran pantalla, pero, al pasar los segundos, su cara se volvió carmesí al entender que aquel hombre risueño que estaba disfrutando como uno más de Chicago era él mismo. Ahí estaba, con los labios y la mejilla llenos de mostaza. ¿Cómo había sido posible? Los ojos brillantes y el *hot dog* dentro de su boca, más una gorra de los White Sox volteada hacia atrás sobre su cabeza, ¿en qué momento se la había colocado? Ni corta ni perezosa, Alison le limpió la mostaza de la mejilla con el dedo y, luego, atrevida, se lo llevó a la boca. El público rompió en aullidos subidos de tono. Por un instante, Liam se había quedado tan impresionado que no se dio cuenta de que el bocado se había quedado atascado a medio paso de su garganta. Sin embargo, muy lejos de lo que se pueda esperar, el Inglesito lo hizo pasar con un golpe seco en su propio pecho y, resuelto, se comió lo que quedaba de pan y comenzó a reírse sin parar, chocando las manos de unos y otros mientras uno de los presentadores del partido hacía bromas sobre la situación mediante los altavoces. La mascota se acercó a él para sacarlo al campo para hacerse una foto; fue reticente, no quería llegar a esos extremos, así que declinó la oferta amablemente. La mascota se subió a la grada y, tras estirarse, lo tomó de la mano y tiró de él. Liam mostró la mejor de sus sonrisas y negó una vez más.

—¡Oh, Liam, no seas aguafiestas! —protestó su compañera.

Como pudo y seguro, debido a lo que el relajante alcohol le estaba haciendo en las venas, Liam le confesó al oído que eso era demasiado para él.

Alison lo miró a los ojos y entendió que así era, que no era una broma.

—Hey, SouthPaw, ¿te contentarías conmigo? —preguntó coqueta.

La mascota verde la miró de arriba abajo y afirmó con intensidad. Todo el público rio, pues seguían mostrando la escena por el televisor del marcador. Con ayuda de algunas personas, lograron sacar a Alison de la grada y bajarla al campo. Allí, SouthPaw se la llevó en brazos y la dejó de pie junto a él. Luego pidió a la gente que tocara las palmas al ritmo de la música, se acercó a Alison y con gestos le pidió que repitiera los movimientos que él hacía. Liam se estaba divirtiendo como hacía tiempo que no lo conseguía, tomó su teléfono y comenzó a grabar, como había hecho otras veces sin que ella se diera cuenta. Menuda descarada preciosa. Su sonrisa iluminaba el estadio, sus ojos echaban chispas de felicidad, la gorra le sentaba como un guante, iba genial con sus tatuajes y ese pelo de colores sumado a esa manera de vestir tan… ¿*vintage*?

Sí, se dijo, podía pasar por una chica de esas que cenan una hamburguesa con batido en un *dinner* de los años cuarenta o cincuenta. Y esa forma de moverse, era graciosa, guiñaba el ojo aquí y allá consiguiendo aplausos y halagos por parte del público. No importaba si erraba el paso, todavía era más interesante si lo hacía. Se tocó la mejilla un instante, allí donde ella le había limpiado la mostaza con el dedo, y sonrió. Los gesto de Ricitos de oro lo tenían maravillado.

El baile terminó y, tras dar un largo abrazo a la mascota, más unas cuantas palabras entre ellos, Alison regresó a su asiento, de nuevo ayudada por algunos espectadores donde se incluía Liam. Y sí, hubo abrazo mientras la aupaba. Y sí, también hubo esa conexión más allá de la amistad. Se sostuvieron las miradas unos segundos, tras los cuales volvieron a sus sitios, enfundaron sus manos con las de juguete y se juntaron con el resto a gritar y vitorear como si se les fuese la vida en ello.

Al parecer esos asientos, después de todo, no estaban tan mal.

Entre pelotazos, algarabía y algunas peticiones de matrimonio en el marcador, los competidores se acercaban a las gradas y lo mismo cogían palomitas de las manos de un niño que le daban un mordisco a la hamburguesa de alguien. Jamás había pensado que llegaría a descubrir una nueva forma de vivir el deporte, una manera loca y libre de sentir lo que estaba sintiendo. Alison iba y venía, siempre con una sonrisa y con las dos cámaras colgadas de su cuello, la de vídeo que había comprado Liam y la suya de fotos profesional. Mirándola, entendía que era como un miembro más de su cuerpo; y sí, debía admitir que tenía curiosidad por conocer qué estaba haciendo, qué saldría de todas esas imágenes y escenas que estaba capturando.

Minutos antes de acabar el partido, el periodista observó que la gente empezaba a marcharse, por lo que convidó a Alison a hacer lo propio. Sin embargo, ella le pidió paciencia porque quería hacer unas tomas importantes para el reportaje.

Liam estaba acostumbrado a que después de sus intervenciones en cámara, su equipo siguiera trabajando mientras él se iba a su habitación o a disfrutar de invitaciones, fiestas y demás, pero en este caso no podía dejar sola a su compañera. Finalmente, la cadena de televisión le había enviado un contrato, pero le parecía mal abandonarla allí. Además, ¿cómo volvería ella al *parking* de caravanas? Así que, resignado, decidió que era justo esperar mientras ella terminaba de hacer las tomas que creyera convenientes.

Concluyó el partido, la gente se iba, el estadio estaba casi vacío… y allí seguían ellos. Y Alison, que ni se inmutaba, hacía fotos a diestro y siniestro y la paciencia del presentador estaba llegando a su límite.

—Ricitos de oro, ¿es que todavía no estás satisfecha? —Resopló—. Vale que quieras tener material suficiente con el que jugar, pero esto ya es trabajar por trabajar. —Se frotó los ojos—. Estoy cansado, ¿qué digo cansado?, más que agotado, yo ya es que ni veo ni sé dónde estoy.

—Lo sé, Inglesito, y no sabes cuánto lo siento, solo te pido un poco más de paciencia; te aseguro que no te arrepentirás.

—En serio, necesito dormir, sobre todo si mañana nos tenemos que levantar temprano.

—Lo sé, de veras, solo un poquito más —rogó—. Vamos a bajar estas dos filas para estar más

cerca del campo y luego nos vamos.

Liam se cruzó de brazos, como si fuese un niño pequeño que no lograba salirse con la suya, mientras Alison bajaba saltando sobre los asientos. ¿Cómo podía pedirle que esperara? ¿Es que no era capaz de ponerse en su lugar? ¡Por el amor al cielo, que estaba reventado! Que el día anterior había estado en una boda, que sufría algo de resaca, que había viajado por seis horas con un par de chuchos que no habían parado de ladrar durante casi todo el viaje… Bueno, la mitad… vale, un rato, pero a él le habían puesto los pelos de punta. Aquello era mucho estrés; y sí, se lo había pasado muy bien. Debía conceder a Alison que haber ido al partido había sido todo un acierto, pero él ya no daba más de sí. Si tenía que dejarla tirada, pues la realidad es que era mayorcita y podía coger perfectamente un taxi e ir hasta las afueras. La empresa le había prometido cubrir todos sus gastos, así que… Decidido, él no esperaría ni un segundo más, porque estaba entrando en un estado en el que pronto no podría ni conducir debido al cansancio.

—Alison —llamó a la joven poniéndose de pie—. Lo siento de veras, pero yo no puedo más, ¿te importa si me voy? Te dejaré dinero para que tomes un taxi de regreso. Yo de verdad que no…

—Hey, menos mal que me has hecho caso y os habéis quedado.

—Claro que sí, comenzaba a pensar que ya no aparecerías —reprochó Alison al hombre que había aparecido de la nada y que le hablaba como si la conociera de toda la vida, mientras se dejaba aupar para bajar al campo, en tanto el tipo le plantaba un beso en la mejilla.

—Lo que prometo lo cumplo. Además, ¿cómo voy a dejar tirada a un bombón como tú?

—Anda ya, zalamero. Dime, ¿podemos entrar ya?

—Sí, para eso venía. Ya está todo listo, así que cuando queráis.

Ambos miraron a Liam como preguntándose qué hacía todavía ahí: sentado en su asiento con la boca abierta y un gesto de incredulidad que superaba a los mostrados hasta el momento. En su cabeza se sucedían una pregunta tras otra sin encontrar respuestas lógicas a la situación que tenía enfrente.

—No entiendo nada —confesó entre dientes.

Alison hizo un gesto con el brazo, apremiándolo a bajar cuanto antes, mientras continuaba hablando con aquel individuo. Liam se levantó como un resorte e hizo lo que se le pedía sin rechistar, preguntándose qué era todo aquello en tanto miraba a todos lados. Esa mujer era toda una caja de sorpresas y él no estaba para discusiones de si sí o si no; solo quería terminar lo que fuera y dejarse caer en la cama.

—Tú tranquilo, que ahora lo comprenderás todo, pero antes… —La fotógrafa lo miró de arriba abajo y frunció el ceño—. A ver… —Le puso bien la gorra, se mojó los dedos con saliva y, ¿le peinó las cejas? Uff… También le quitó algún churrete de la mejilla y se separó para volver a mirarlo y acercarse una vez más—. Déjame que te ponga esto en condiciones y… ¡Listo!, creo que saldrás genial.

—¿Genial?

Aquel hombre desconocido tomó a Alison de la mano y comenzaron a andar, seguidos de cerca por un desencajado periodista.

—¿Esto que estamos haciendo es legal? —le preguntó a Alison al oído.

—Claro que sí, ja, ja, ja. ¿Qué piensas?, ¿que somos unos delincuentes? —preguntó sin esperar respuesta, para luego susurrarle—: No, Inglesito, solo somos personas con suerte.

El teléfono de la fotógrafa comenzó a sonar; esta lo descolgó con el ceño fruncido.

—¿Sí?… Esto ya es el colmo, ¿cómo se te ocurre llamarme?… No tengo nada que hablar contigo.

Alison colgó sin dar oportunidad a la réplica, se quedó un segundo mirando la pantalla del móvil, extrañada.

—¿Todo bien? —preguntó el hombre desconocido, preocupado y demasiado amigable acercándose más a ella.

La fotógrafa miró a ambos hombres y, después de un segundo, se colgó una sonrisa y dijo que todo estaba perfecto. Sin embargo, a Liam no le pasó inadvertido que la sonrisa no llegó a sus ojos.

Entraron por el mismo sitio por donde habían desaparecido los jugadores del partido. De nuevo, Alison intercambiaba las cámaras como si fuera un c*owboy* intercambiando rifles, disparando a diestro y siniestro hacia el pasillo, a los cuadros y fotos que se exponían, a los bancos, al tipo que hablaba con ella mientras le contaba la historia de SouthPaw y sus antecesores. Fue entonces cuando Liam cayó en la cuenta de que ese hombre era la mascota: con razón llevaba esos pantalones blancos de rayas negras superfinas. Por fin, se presentó y su estado de estrés bajó unos cuantos niveles. Menos mal, no estaban infringiendo ninguna ley.

—Le pido disculpas, pero es que esta mujer me lleva de enigma en enigma. Soy Liam Peterson.

—Ya me lo ha dicho Alison —dijo a la vez que apretaba su mano y le daba un abrazo de esos de colegas—. Eres el presentador de un programa de televisión dedicado a los viajes y mañana comenzáis la Ruta 66, ¿no es así? He hablado con algunos jugadores del equipo y —abrió la puerta de los vestuarios— están encantados de que les hagáis unas cuantas preguntas para ayudaros; y todo gracias a esta pedazo de mujer que rebosa simpatía. —Le quitó la gorra, sacudió su pelo y se la volvió a poner de cualquier manera.

El periodista los miró sonriendo.

—Alison, pero ¿qué has hecho?

—¿Yo? —preguntó ingenua—. Nada —entrelazó su brazo con el de la mascota—, solo le pregunté a SouthPaw si podía visitar los vestuarios.

—No solo eso… —comenzó a decir la mascota.

—En fin, *The Pilgrim´s land* —cortó al hombre—, ya que estamos aquí, ¿por qué no haces tu trabajo?

Los jugadores fueron amables. Eran chicos jóvenes que rebosaban energía y ganas de hablar. No estaban todos, solo aquellos que en un rato se irían de fiesta. Los invitaron, pero aquello era ya demasiado: Liam ya no daba para más.

Después de unas cuantas tomas, entrevistas y muchas risas junto a la mascota, ya completamente caracterizada, sumadas a algún que otro piropo dirigido a la fotógrafa, salieron del estadio con la sensación de haber realizado un trabajo genial.

Durante el trayecto de vuelta no pararon de reír y comentar lo que habían vivido.

—Alison, no sé cómo te las has apañado, pero debo reconocer que la noche de hoy ha sido increíble. Normalmente, es mi equipo quien me tiene preparadas las paradas, entrevistas y cosas que hacer. No puedo llegar a entender cómo te las has ingeniado para arreglar todo esto.

»Una estrella para ti. —Hizo como que cogía una pegatina y se la pegaba en su hombro.

—Gracias por mi estrella, ja, ja, ja. —Se palmeó el hombro para seguirle el juego—. La verdad es que solo me dejo llevar, quizá sea una chica con suerte. —Encendió su cámara y comenzó a pasar las imágenes que había captado—. Me alegro de haber conseguido el material suficiente con el que trabajar para esta parte de Chicago. Mañana podemos recorrer otros lugares, pero creo que iremos más rápidos. Unas cuantas tomas, y directos a salir desde el Begin Sign. Por supuesto, después de desayunar en Lou´s Mitchell´s. Es tradición hacer esas dos paradas: el restaurante porque es uno de los pioneros de la ruta, abrió sus puertas por primera vez en 1923, así que debemos ir sí o sí, y la señal porque es la original y quiero que me hagas una foto tocándola, además de que deberás dar la salida desde ahí.

—¿En serio te ha dado tiempo a organizar todo eso?

—Ay, Inglesito, aún te queda mucho por descubrir —dijo, guardando la cámara en su funda protectora y girándose levemente hacia él—. He tenido tiempo para mucho más. Tengo organizadas todas las visitas y paradas. Mañana haremos nada más y nada menos que 230 millas, que no está tan mal, pero debemos hacer unas cuantas paradas. Así que ahora, a casa y a dormir a pierna suelta. Y como te has portado tan bien y has soportado como un jabato todo el día de hoy, cuando lleguemos te preparé un delicioso té inglés.

—¿De veras harías eso por mí?

—Claro que sí. Ya estoy yo aquí para cuidarte —dijo de manera dulce, aunque práctica, mientras le acariciaba la cabeza.

Alison quedó un poco sorprendida por la reacción de Liam ante su ofrecimiento de prepararle un té inglés. A ella le parecía algo tan sencillo y sin importancia, pero había notado en la expresión de Liam que no estaba acostumbrado a que alguien se preocupara por él de esa manera.

Liam quiso ronronear de gusto. Estaba demasiado cansado. Esas promesas de cama calentita y té ardiendo eran música para sus oídos. Pero lo que más sorprendía a Liam era la energía con la que todavía contaba su compañera. Estaba seguro de que tendría carrete para ir a alguna fiesta. Había visto su cara cuando rechazó la oferta de uno de los jugadores que no hacía más que recorrer su cuerpo con la mirada. El muy baboso estaba a punto de resbalar con su propia saliva. El muy asqueroso estaba tentándola para que fuera con él. Seguro que quería culminar la noche con una muchacha bonita como Alison. Lo confesaba, había puestos ojos lastimeros cuando la fotógrafa lo miró interrogativa antes de rechazar la oferta. Y, para ser honesto, no se sentía culpable por ello. Solo de pensar en las manos de ese tipo recorriendo el cuerpo de la mujer le entraba un no sé qué que lo impulsaba a querer dar un puñetazo a quien se pusiera delante; sobre todo al baboso.

Estaba empezando a conocer una parte bastante interesante de la muchacha. Había sido testigo

de cómo el público en general respondía a su presencia, de cómo los espectadores con los que hablaba de no sabía qué la animaban a quedarse con ellos, y de cómo le habían regalado comida... ¡comida de contrabando! ¡Ja! A saber lo que se había metido entre pecho y espalda. Lo único que sabía era que estaba delicioso, aunque reconocía que la embriaguez de la cerveza y el jolgorio contagioso global lo habían animado a ese comportamiento completamente censurable y diferente. Y no sabía cómo procesar eso. Además, era consciente de que había algo en ella que lo intrigaba, una chispa de misterio que lo atraía. Sin embargo, ahora no tenía ni cuerpo ni mente para pensar en ello.

No supo cómo, pero llegaron a la autocaravana y, mientras Alison cumplía su promesa, Liam se metió a la ducha. Tuvo que pelearse con la alcachofa, comprender que el habitáculo era ridículo y que sí: que el agua empaparía las paredes, el váter y el lavabo, y que luego tendría que limpiar todo para que Alison no protestara. Para cuando terminó, a la vez que se daba cuenta de que con aquel cansancio absoluto se había olvidado de coger su pijama, también entendió que de todas formas le iba a ser imposible vestirse dentro, así que le tocaba salir agarrando la toalla que rodearía sus caderas y aguantar la ropa sucia con la otra mano. Debía estudiar la manera de organizarse mejor para la siguiente vez.

Abrió la puerta y carraspeó antes de hablar.

—Ahora cuando me vista recogeré el cuarto de baño.

Alison giró la cabeza al primer carraspeo y lo que vio… Dios, lo que vio hizo que su piel se erizara, ¿todo eso se escondía debajo de su ropa?

Liam estaba muy bien, pero que muy bien. Y no podía asegurar si era por el cansancio, pero su cuerpo se quedó laxo al mirarlo. Era como una imagen divinizada: su estómago esculpido junto con aquellos maravillosos pectorales llenos de gotas de agua que deseaba secar con la punta de su lengua, aquella que juraría haber paseado por sus propios labios; sumados a esos brazos, esos que la habían levantado del suelo para izarla hacia su sitio en las gradas, ¡por todos los demonios! Esos brazos no eran enormes, simplemente eran perfectos para el gusto de ella: ni muy grandes ni muy finos, esculpidos en todo caso, mostrando lo justo como para imaginar que de la misma manera que la había izado para sentarla en la silla lo haría para montarla sobre su seguro majestuoso miembro masculino, el cual deseaba poder ver… ¿Y si le tiraba algo al suelo para que lo recogiera? Quizá al agacharse podía ver algo por debajo de la toalla. O mejor, ¿y si era ella quien lo recogía y luego miraba hacia arriba logrando así ver el espectáculo? O, o, ¿o mejor se lo tiraba a él obligándolo a soltar su ropa y con suerte también la toalla? Sin darse cuenta, tomó un bolígrafo que había sobre la mesa con la intención de tirárselo.

—¿Estás bien?

Liam la miraba con el ceño fruncido, ¿en serio había estado observándolo como una fisgona pervertida?

El muy creído le sonrió de lado, se giró y marchó hacia su cama en la parte de atrás, donde corrió la cortina que supuestamente les daba intimidad. Sabía lo que había sucedido y se hacía el inocente, pues, si esas tenía, ya se iba a acordar de ello.

Respiró profundo con la intención de hacer notar que no había ocurrido nada y dejó el boli

junto a la libreta.

—El té está en la mesa, todavía está caliente, aunque te hayas pasado mil años ahí dentro. Debemos controlar el tiempo, que el tanque del agua no es infinito. —Calló unos segundos deliberando qué hacer para no pensar en ese asombroso Liam que de seguro estaría tras la cortina como su madre lo trajo al mundo. Tras esa fina cortina que se podía mover y dejar entrever lo que había detrás si se mecía con la brisa que podía entrar al abrir la ventana… Miró hacia la ventana y movió la cabeza para despejar ese pensamiento. Todo aquel desatino mental se debería al cansancio, ¿no? En fin—. Mientras te vistes, yo también me ducharé, así que no te molestes en recoger el baño; ya lo haré yo cuando acabe.

Alison se acercó a su cama y abrió uno de los compartimentos del techo para buscar algo para dormir. A pesar de que no acostumbraba a usar pijamas y prefería dormir desnuda, había recibido algunos como regalos, en su mayoría de sus padres, quienes parecían no conocer sus verdaderos gustos o simplemente querían evitar complicaciones. Cerró la diminuta puerta y revisó el resto de los compartimentos en busca de su ropa, que había guardado allí durante el viaje desde Cleveland hasta Chicago. Finalmente encontró lo que buscaba y eligió una prenda a conciencia, decidida a no dejar impune la sonrisa ladina que Liam le había mostrado. Sonrió con malicia.

Se metió en la ducha. Estaba todo mojado, pero no le importó. Estaba acostumbrada a ser una mujer práctica que se acoplaba a las situaciones con facilidad. Luego lo secaría todo con la propia toalla y la echaría al bombo de la ropa sucia, que estaría en algún lugar del vehículo. La cosa se ponía cada vez más interesante.

Fue una ducha rápida, ya que no tenía que lavarse el pelo, lo cual ya había hecho esa mañana en el hotel cuando se despertó. El recuerdo de lo que había sucedido la noche anterior volvió a revolverle las tripas, y eso que no recordaba casi nada. La necesidad de llorar volvió a apretarle la garganta, pero luchó con todas sus fuerzas para relegarla al olvido. No podía estar llorando cada dos por tres por ese miserable, tampoco podía hacerlo por haber metido la pata. Tenía que aceptarlo; aceptarlo y seguir adelante. Lo único que podía hacer era prometerse que nunca más ocurriría algo semejante, que donde estuviera el innombrable, ella no asomaría ni la nariz, aunque fuera una fiesta organizada por su mejor amiga o su marido. Ellos tenían que entender que no podía estar bajo el mismo techo que ese… que ese escombro.

Después de deliberar, hizo un ejercicio mental en el que todos esos pensamientos oscuros y malas sensaciones se las llevaba el agua hasta llegar al tanque de agua sucia, donde esperarían hasta que lo vaciaran en algún rincón de la Carretera Madre.

Luego, comenzó a sentirse más ligera, era como si se hubiese quitado un gran peso de encima. El espectro de ese patán había desaparecido, tanto como para mirar atrás y cerciorarse. Se estaba volviendo loca.

Después de secarse cuidadosamente, como si pudiera llevar consigo cualquier resto de él en la toalla, tomó el pijama de la estantería situada encima de la ducha y, tras dejar la toalla en el suelo junto a su ropa usada y utilizarla como alfombrilla de baño, empezó a vestirse. Una vez hubo

terminado, salió del váter secando lo que quedaba detrás con un trapo de microfibra que había descubierto por ahí.

Liam observó cómo salía del baño medio encorvada. Primero fue ese culito respingón enfundado en unos pantalones cortos de pijama de ¿seda? No, eso no podía ser. ¿Una mujer como ella vistiendo en seda? Jamás lo habría imaginado. Se esperaba algo tipo pijama de algodón de muñecajos y colores chichones. Pero no, Alison seguía saliendo poco a poco de ese agujero, mostrando un pijama de seda y puntilla de color negro. Por Dios, su miembro había dado un brinco al verla. Ahora que la tenía cerca y con tan poca ropa, pudo constatar que lo que vio en la iglesia era cierto: poseía unas piernas de infarto, contorneadas, que iban a juego con un trasero respingón en perfecto estado físico y al que deseó rodear con la palma de su mano para comprobar su turgencia. Luego estaba esa cintura bien marcada con esa pequeña curva en su bajo vientre; le encantaba eso en las mujeres, las hacía humanas. Para cuando Alison se incorporó buscando la cesta de la ropa sucia, Liam pudo ser testigo de sus pezones erectos por el cambio de temperatura. La manera en que sus pechos levantaban la tela de su pijama lo estaba volviendo loco. Los tirantes caían sobre sus hombros, que eran redondeados y bien marcados para ser de mujer. En su cabeza llevaba un pañuelo que se cerraba por delante con una gran moña, supuso que para proteger su pelo del agua. La chica lo miró y sonrió de lado, tal y como había hecho él.

—¿Dónde está el cesto de la ropa sucia? —preguntó con una mal disimulada inocencia.

—No hay. He cogido esa bolsa de basura y he puesto la mía ahí; podemos usar eso, si te parece bien.

—Por mí, bien.

Alison se giró y metió la ropa en la bolsa, regalándole a Liam una estupenda primera plana de su hermoso trasero.

—¿Te gusta lo que ves?

Liam se sobresaltó, la muy pilla lo estaba mirando de reojo, la muy… sabía lo que se hacía y él había caído en la trampa. Sin embargo, decidió continuar con el juego. ¿Quería jugar? Pues iban a jugar, a ver quién se cansaba antes.

—Sé que estabas mirando —dijo coqueta—. Pero no te preocupes, no soy tan presumida como para no saber que tengo un buen trasero.

Liam se mordió el labio inferior sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba ante su presencia.

—Bueno, tienes razón —dijo finalmente—. Tienes un trasero increíble. Y claro que me gusta mirarlo, tanto o más que tú mostrarlo.

Alison arrugó los ojos y se levantó, luego se giró hacia él y con suma tranquilidad acortó la mínima distancia que los separaba.

—Quien está mirando eres tú. Por cierto, límpiate la baba —indicó con un dedo hacia su barbilla.

—Yo no babeo por ninguna mujer. —Sin embargo, sí que se secó con el dorso de la mano, solo por si acaso—. En cambio, el jugador del estadio no puede decir lo mismo.

—¿Celoso?

—Para nada —negó con la voz ronca por el deseo.

—Vi tu cara cuando hablaba conmigo. —Acortó un poco más la distancia y pegó levemente los brazos a sus lados con la intención de resaltar sus pechos, con la correspondiente ojeada por parte del periodista.

—¿Y?

—No te gustó —afirmó sensual.

—¿Y?

—Pues que estabas celoso; de lo contrario, no lo entiendo. —Un nuevo, aunque mínimo paso más, los dejó cara a cara y con solo unos centímetros de separación.

—Quizá estaba cansado.

—Seguramente era eso —dijo ella sonriendo levemente mientras acercaba su rostro al de él—. ¿Y qué haces que no estás en la cama? ¿Estabas esperando que saliera de la ducha?

Liam le mostró el té.

—Ah, sí, los ingleses y sus tazas de té. Debe de estar frío. —Tomó la taza de sus manos y se la llevó a la boca—. Está helado. —Se pasó la lengua por el labio inferior para recoger la gota que había quedado allí—. Justo lo que necesito para quitarme este calor que tengo. —Bebió lo que quedaba y dejó la taza sobre la mesa, sin apartar en ningún momento los ojos de él.

Liam observó cómo recogía esa gota y, Dios, lo que se le pasaba por la cabeza era de todo menos decente. Su entrepierna comenzaba a reclamar atención y, de repente, sintió la mano que Alison le había puesto sobre su muslo, ese calor que emanaba, ese olor a limpio junto con el pijama, sus curvas, la gota de té y no sabía qué más lo estaban llevando a un punto sin retorno. Le gustaba, lo atraía demasiado y ese cansancio era tan extremo que podía pasar por borrachera, lo que iba a hacer que cometiera la mayor de las locuras. Quiso apartarse, pero la muy… perversa guio su mano más arriba; si seguía así, iba a entrar en un terreno sin retorno. Y, por otro lado, ¿no era ella la que estaba jugando de más? ¿No era ella la que estaba llevando aquello al límite? Él no se había movido ni un milímetro; sin embargo, Alison se había acercado meneando sus caderas con ese escote que dejaba ver el canal de sus pechos y ese pelo escondido bajo el pañuelo, mostrando la verdadera elegancia de su rostro. ¡Al infierno! Si tenía ganas de fiesta, él no diría que no.

Levantó una mano y acarició su brazo; luego, con la otra, la tomó de la barbilla y comenzó a acortar los centímetros que separaban sus bocas.

El fresco aliento del hombre caía sobre ella, despertando su dermis. Estaban a pocos centímetros de distancia, su deseo gritaba en forma de palpitaciones en la cúspide de sus piernas, estaba húmeda, con ganas de mandarlo todo a la mierda y entregarse de una vez a ese chico que tanto la atraía, a pesar de haber estado renegando durante todo el día. Pero no sería ella quien parara: él tenía que hacerlo, él debía hacerlo. Lo haría, ¿verdad?

Casi nada los separaba ya, estaban a punto de besarse, sus labios casi se rozaban. Y por su mente solo se recreaba el momento en que ambos por fin se unirían, en que probarían sus bocas, se degustarían y gozarían de sus cuerpos durante toda la noche.

Pero luego, ¿qué? ¿Qué pasaría durante el resto del viaje? Sería incómodo, no sabría cómo mirarlo a la cara, ni siquiera apostaba que Liam quisiera algo más. Volvió a recordarse que esos

hombres no eran de fiar. Y seguramente él pensaría que después de la noche anterior, en la que estuvo con su ex, ella era de ese tipo de mujeres que se entregaban a cualquiera.

—Yo… —Se apartó de él deprisa y subió las escaleras sin decir nada más.

De Chicago a San Luis

Alison abrió los ojos lentamente. Todavía estaba cansada, pero la vibración del teléfono bajo su barriga la hizo despertarse poco antes del amanecer. Perezosa, miró la pantalla. Había dormido unas pocas horas y Luján le había mandado un mensaje preguntando por sus bebés. Echó una rápida ojeada a los animales. Estaban acurrucados y tranquilos. Contestó y le recordó la diferencia horaria. No hubo respuesta de vuelta. Luego hablarían más relajadas. Observó el cielo por la ventana del techo. Todavía estaba oscuro. Pero a pesar de la queja de sus miembros por seguir durmiendo, su cabeza reclamaba atención. Y no quería pensar en lo que estuvo a punto de pasar unas pocas horas atrás.

Miró la cortina que cubría la intimidad de Liam. La autocaravana era tan pequeña que hasta ella llegaba su respiración profunda. Ese compás le agradaba. Se sentía protegida bajo el sonido continuo y calmado de su compañero de viaje.

No obstante, esa sería la máxima sensación que se permitiría sentir por parte de él. No podía tolerar que lo que estuvo a punto de suceder volviera a pasar.

Suspiró y sonrió. El Inglesito contenía ese no sé qué especial que pondría en peligro su decisión. Recordó su imagen en el marcador del partido: allí, a todo lo grande, había aparecido con la boca llena de salchicha y pan, y la mostaza manchando su mejilla. Se le había visto tan distendido, tan relajado e involucrado, a pesar de sus reticencias iniciales.

Estiró la pierna a un lado y chocó contra algo duro. Tenía ambas cámaras en la esquina de la cama. Tratando de hacer el menor ruido posible, las tomó y, ante la imposibilidad de dormir, comenzó a trabajar en el documental. Sí, se dijo, lo mejor sería robar algunas horas nocturnas para ir organizándolo todo y aprovechar el día por completo para vivir la ruta y recopilar el material.

Lo admitía: a grandes rasgos, era una calamidad, pero en cuestión de trabajo sabía que pocos le podían echar un pie encima. Trabajaba con esmero y rapidez, sus decisiones venían precedidas por escasas dudas y, aunque no había tocado el tema con Liam ni la productora, tenía bastante claro cómo quería encauzar el documental, qué quería mostrar. Incluso en su cabeza sonaba la música que consideraba ideal para completar el fondo. Carecían de guion, si se paraba a pensar, las directrices que les dieron fueron vagas, supuso que inusuales. No le había comentado nada al respecto al presentador, pero era como si la propia productora quisiera joderlo, como si desearan que aquel trabajo saliera mal a conciencia. ¿Cómo podían obligar a un hombre que llevaba uno de los mejores programas de viajes, según su excompañera, a anular sus vacaciones y a grabar un episodio completamente distinto y sin equipo? Aquello, tal y como le había dicho el día anterior, apestaba. Y sí, lo había escuchado perfectamente cuando se lo dijo, solo que no quiso entrar en el asunto porque no quería que sufriera. Liam no tenía ni idea de que estaba en buenas manos, que

ella haría todo lo posible para que aquel novedoso episodio fuera uno de los mejores de su carrera. Sería diferente, algo ameno, cercano, lo tenía tan claro en su cabeza que trabajar en él sería pan comido. Menuda sorpresa se iba a llevar la productora si lo que pretendía era que el fruto de todo aquel viaje fuera una mierda. No, estando ella al mando. Todavía no sabían con quién estaban trabajando. Sonrió ante lo que se avecinaba. Si ellos supieran… Además, contaba con el indudable talento natural del presentador. Le resultó una grata sorpresa la manera en que, con muy poca información, había logrado grabar minutos de cinta, se notaba su bagaje y su profesionalidad.

La alarma la sobresaltó. Vaya, había estado trabajando tan concentrada que fue como si acabara de empezar cuando en realidad ya clareaba el día. Apagó ambos aparatos y bajó deprisa de la cama. Los yorkshires la esperaban ladrando y saltando a los pies de la escalera, necesitaban dar su paseo mañanero. Menos mal que se había puesto un chándal hacía rato, no solo por el fresquito de la madrugada sino también porque no quería volver a aparecer frente al Inglesito con aquel pijama *sexy*.

—Por el amor de Dios, haz a esos perros callar, por favor. —Se escuchó aquel ruego a través de la cortina.

Alison sonrió, al menos no había sido desagradable.

—Buenos días, Teddie. Buenos días, Diddie. Queréis salir de paseo, ¿eh? —preguntó mientras les ponía las correas y acariciaba sus cabezas, luego se puso sus tenis y salió afuera.

La frialdad de la noche aún tapaba con su manto de bruma la grava del suelo. Sin embargo, el día prometía ser uno de esos en los que el sol llegaría a calentar sus antebrazos a través del cristal del vehículo. Sus piernas se quejaron al comenzar a andar. Realmente estaba cansada; no obstante, eso lo arreglaría con un concentrado expreso doble que pensaba pedir en el *pub*, una vez dejara a los perros en la autocaravana. Pero, al pensar en ello, la pereza por regresar hizo acto de presencia. Cuando volviera, tendría que ver a Liam, hablar con él; claro, al menos un «buenos días». Luego tendría que pasar el resto de la jornada a su lado, viendo monumentos y museos, grabando su perfecto rostro y ese cuerpo que seguramente estaría enfundado con unos nuevos pantalones chinos y una camisa de botones de a saber qué marca, pero que a él le sentaban tan bien que hasta se lo perdonaba. No, se recriminó, no podía permitirse regresar a esos pensamientos. Pero, por mucho que quisiera evitar verlo, tenía que volver y enfrentar ese primer instante de incomodidad.

Teddie y Diddie hicieron sus cosas, y giró su cabeza hacia el vehículo. Cuanto más aplazara el momento, más tarde comenzarían con la ruta y no podía permitirse perder unos preciados minutos con tonterías. ¿Qué era ella?, ¿una cobarde? Para nada, no tenía nada que esconder, ni siquiera debía dar explicaciones si así lo decidía. Podía entrar en el vehículo con la cabeza bien alta.

Y de ese modo fue hacia allí, dispuesta a defenderse, a encararlo si hacía falta, si acaso se le ocurría meterse con ella o ponerla en evidencia. Seguro que tenía algo pensado, cualquier comentario mordaz sería suficiente para dañarla, y no se lo iba a permitir.

Entró a la caravana como un toro de miura, y lo primero que la impactó fue el olor a café.

No veía a Liam por ningún lado; sin embargo, sobre la mesa había una taza preciosa con lo que evidentemente era un café expreso doble, acompañado de una tostada que a su vez tenía a su lado el bote de mantequilla con su cuchillo y el de mermelada para rematar la faena. Diddie ya estaba pegada a la puerta del baño, seguramente el periodista estaba ahí. Volvió a mirar hacia la mesa y se le hizo la boca agua.

En efecto, escuchó el agua del lavabo. Qué bien se lo había montado el Inglesito. Miró hacia la cocina. El muy cretino ni siquiera le había dejado un poco de café. Todo estaba recogido como si nada hubiera sucedido. El cabreo que había traído consigo aumentó de manera considerable. ¿Con que esas iban a ser las reglas de convivencia? Lo tuyo es tuyo y lo mío es mío. Yo hago mi comida y tú te haces la tuya, etc., etc.

Cogió la cafetera y comenzó a llenarla de agua.

—Buenos días, Alison. Espero que hayas dormido bien. —Cerró la puerta tras de sí y frunció el ceño al ver lo que estaba haciendo—. ¿Qué pasa? ¿El café está frío? —Fue hacia la taza y puso un dedo en la porcelana—. No, está bien.

Extrañada, en tanto continuaba llenando la jarra, miró de reojo al hombre, a la taza y viceversa, sin llegar a entender que aquello que estaba ocurriendo fuese verdad. Que, en realidad, había estado equivocada de todas, todas.

—Per… Pero… yo creí que ese era…

Liam arrugó un poco más la frente hasta que levantó las cejas comprendiendo por fin qué ocurría.

—¿Mi desayuno? Ja, ja, ja. Nooo, qué va. Yo prefiero las tostadas con manteca de cacahuete. —Después de cerrar el grifo y quitar la jarra que ya estaba rebosando de las manos de una boquiabierta muchacha, la invitó a sentarse con un gesto de su brazo mientras continuaba hablando casi sin hacer pausa entre una frase y otra, como si estuviera apurado—. Te pido disculpas por no haberte esperado. No sabía cuánto ibas a tardar, te vi dando vueltas relajada por el *parking*, así que supuse que quizá necesitabas estar un rato a solas, no sé, puede que estirar las piernas. —Puso una servilleta de papel al lado de su plato—. Al no conocer tus rutinas, no sabía si te demorarías, o si quizá te guste desayunar sola. Ni siquiera sé si te apetece hablar por la mañana, puede que no quieras que te molesten antes de tomarte el café.

Se marchó a su habitación y regresó con una chaqueta en la mano, que comenzó a ponerse mientras buscaba algo más.

Alison lo miró con el ceño fruncido. ¿Por qué decía todas aquellas cosas? ¿Quién le había hecho sentir que todo eso podría pasar? A ella le encantaba hablar al levantarse. Normalmente se despertaba alegre, con ganas de escuchar música de fondo y reír mientras compartía el café. El innombrable le vino a la cabeza. Él era así, él era de ese tipo al que no le gustaba que le hablaran mucho, y menos que lo miraran. Le gustaba todo preparado para no tener que pensar siquiera en hacerlo, todo ordenado, tal y como lo había hecho Liam. ¿Acaso él tenía una innombrable en su vida?

Volvió a mirarlo, había encontrado la cartera y, nervioso, se estaba palpando los bolsillos que estaban repartidos por toda su ropa buscando algo más. Su actitud transmitía la necesidad de

marchar, era una especie de necesidad de huida, de poner metros de por medio, ni siquiera le estaba dejando espacio suficiente para hablar, y la realidad es que se había quedado tan impresionada por su equivocación que parecía como si se hubiera tragado su propia lengua. Le era harto difícil decir una palabra, pedir perdón por lo que en un principio había supuesto. Por haberlo recortado con la misma tijera que al resto. Se sintió muy mal por todo aquello, por haber entrado como lo había hecho, por haber organizado en su cabeza cada una de las palabras malsonantes y frases hirientes y defensivas que le iba a decir. Él había pensado en ella, y ese café era solo para ella. Además, había dejado todo recogido e impoluto, como si alguien lo hubiese domesticado hasta ese punto de perfección.

Vio las gafas de sol colgadas de uno de los pomos alargados de un mueble e hizo un gesto de satisfacción. Luego se giró hacia la fotógrafa abriendo las patillas.

—Este lo he dejado preparado para ti. —Se puso las gafas antes siquiera de salir—. No te preocupes, ya te dejo sola. Voy a ir al *pub* a ver si saben dónde puedo encontrar una pastilla para el dolor de cabeza.

—¿Te encuentras mal?

—Bueno, en realidad, no. Es… es solo un pequeño tirón en el cuello, nada grave —dijo masajeando la zona un segundo en tanto se dirigía a la puerta —. Desayuna tranquila, ahora vuelvo.

—Pero, Liam…

Liam ya había cerrado la puerta y marchaba hacia el *pub* con las manos en los bolsillos de su chaqueta tipo *tweed*. ¿De verdad se había puesto eso?

Alison miró el desayuno y le entraron ganas de llorar. Se sentía fatal por haber pensado mal, por haber anticipado los hechos. Ella era la estúpida. Sin que Liam lo supiera, se había comportado como una verdadera Cruella de Vil. Y lo que más coraje le daba era reconocerse en él. Comprender, y podía apostar por ello, que el periodista también había sufrido una historia dramática. Ese comportamiento…

—Soy una verdadera bruja, ¿verdad? —Teddie y Diddie la miraron desde su cama.

Suspiró, sorbió de la taza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Este descubrimiento había calado hondo. Se sentía culpable por no haberse dado cuenta antes.

Durante el desayuno, reafirmó que haría todo lo posible por hacerlo sonreír, por mantener despierto a ese Liam que había conocido en la iglesia, aquel que se había tomado la molestia de ofrecerle su ayuda sin conocerla, aquel que había notado que le gustaba desayunar con un expreso doble.

Una vez que exorcizó esa energía negativa, terminó su desayuno, recogió todo e incluso tuvo tiempo de asearse y cambiarse de ropa antes de que volviera. Los perros empezaron a ladrar antes de que siquiera abriera la puerta.

—Hey, chuchos, dejadme pasar.

No estaba segura, pero creyó intuir una sonrisa en la boca de Liam, como si en realidad aquellos bichejos estuviesen ya ganándose su corazón.

Entró y cerró tras de sí. Miró a la fotógrafa, que de nuevo estaba sentada sobre el respaldo del

sofá, con esas zapatillas rojas sobre el asiento y el mapa desplegado sobre la mesa. No le pasó desapercibido que había limpiado y recogido su desayuno, cosa que le extrañó. Venía con la clara idea de ponerse a recoger nada más entrar, esperando que todo estuviera manga por hombro mientras Alison estaría enredada con cualquiera de sus locuras. Sin embargo, prefirió no decir nada para no meter la pata. Tenía previsto pasar un día ameno. Había dormido a pierna suelta y se sentía genial. Lo de la pastilla había sido una pantomima para poder salir de allí sin discutir.

Debía reconocer que la cama era cómoda y que estar rodeados de naturaleza, sin ruido de tráfico y demás, había contribuido a su más que agradecido descanso. No quiso prestar atención a la breve pesadilla que había tenido poco antes de despertar, una que le hacía recordar ciertos pasajes de su vida que deseaba que continuaran bien dormidos en algún rincón de su alma, pero que, a medida que pasaba más tiempo junto a Alison, iban tomando protagonismo. Sacudió un poco la cabeza y sonrió a modo de protección; era la única manera de engañar al dolor, la única que derrotaba a la oscuridad; aunque fuera una sonrisa fingida.

Dejó las gafas en el mismo sitio y se quitó la chaqueta. Luego se acercó a la mesa y miró un segundo más a la mujer. Qué bonita estaba. Tenía las mejillas sonrojadas, era obvio que el desayuno le había sentado genial, estaba concentrada en aquel mapa que de repente estaba lleno de apuntes y rayas hechas a bolígrafo. Algo le rogaba que se acercara y la abrazara. Desde siempre se había considerado un hombre detallista, un oso amoroso al que le encantaba dar amor y recibirlo, todo hasta que llegó… Volvió a apretar el nombre hacia abajo, hacia ese olvido donde no terminaba de entrar. La mano de Alison con aquellas uñas pintadas de negro recorría algunas líneas del papel. Se había propuesto no hacer alusión a lo ocurrido la noche anterior, la manera en que Alison lo miró. Le sería difícil de olvidar esa última mirada llena de tristeza y miedo. Algo había pasado por su mente. Después de aquello, el juego se había esfumado de inmediato y no quería estropear el viaje, hacer que ella sufriera. Uno de los cometidos de esa aventura era huir de su ex, de las cosas que la hacían sufrir. A saber qué le había hecho para que una mujer como ella, llena de vida, risas, juegos y ese halo que provocaba que los demás se acercaran a ella atraídos por su vitalidad y buen rollo, pues, que a una mujer así se le llenaran los ojos de una tristeza profunda, una que llegaba hasta el fondo, hasta tocar su alma. Aunque la comprendiera más allá de lo que estaba dispuesto a admitir.

Se sentó frente a ella y habló lo más distendido que pudo.

—Espero que hayas descansado. Esperaba que estas bestias dieran por saco, pero me alegro de haber comprobado que han sabido comportarse.

Alison habló tranquila, centrada su mirada en el mapa.

—Te lo dije: Teddie y Diddie son de lo mejor.

Teddie miró a Liam y le regaló un pequeño gruñido. Alison sonrió y, tratando que el presentador no la viera, aproximó un poco más la cabeza, simulando acercarse al mapa para ver mejor lo que ponía.

—¿Ves? Este es el demonio.

La fotógrafa se mordió el labio para reprimir la carcajada. Se tomó un segundo más de lo esperado en responder.

—Pues a mí me parece que su inquina hacia ti está cambiando.

—No lo creo. —Se agachó para acariciarlo, pero el perro fue más rápido y se tiró a darle un bocado de advertencia—. ¿Lo ves? Es una alimaña, no me puedo fiar de él y, yo que tú, tampoco lo haría. No sé qué le he hecho, la verdad; no tengo ni idea.

La fotógrafa lo miró con una sonrisa en los labios indicando al perro y a él.

—Ya te lo he dicho: cuando cambies de actitud con él, él también lo hará contigo.

—Pero si me has visto —se defendió—. He ido a acariciarlo y el muy… diabólico se me ha echado encima. Por pocas me amputa un dedo —gruñó mirándose el dedo de manera dramática.

—Ja, ja, ja —carcajeó sin poder reprimir por más tiempo la gracia que le hacía toda aquella situación—. Mira que eres exagerado. Eso es que ha olido tu miedo.

—¿Miedo yo, de estas ratas? Para nada. —Observó a los perros unos segundos con los ojos muy abiertos y se deslizó más adentro del asiento. Luego se pasó la mano por el pelo y resopló —: Anda, vamos a estudiar un poco la ruta de hoy y comenzar el día, que las horas se van volando. A pesar de que la noche de ayer fue muy bien, me gustaría prepararme mejor para hoy. No creo que haya sido de mucha ayuda y no me parece bien que seas tú quien me lo pase todo mascado.

Alison lo miró agradecida por el comentario.

—Oh, por eso no te preocupes —dijo quitando importancia con un gesto de la mano—. Si me conocieras, sabrías que estoy encantada. Te enseñaré el itinerario, pero antes quiero que me expliques cómo a un estirado como tú, que cuida su dieta con auténtica obsesión, le pirra la manteca de cacahuete.

Liam se echó a reír complacido, pues eso de que a Alison no le hubiese pasado desapercibido su comentario le había agradado; no obstante, no dijo nada y la apremió a aligerarse para empezar el día cuanto antes.

Así lo hicieron y, tras pedir prestado una vez más el coche del dueño del *pub*, regresaron a Chicago y comenzaron a recorrer los monumentos, museos y localizaciones de interés turístico, con sus consecuentes planos de Liam hablando, fotos y alguna que otra pequeña entrevista a los dueños de los lugares más interesantes.

Y por fin partieron desde la Begin sign. Después de comer unos buñuelos en Lou´s Mitchell´s, regresaron a la caravana y continuaron el viaje visitando los pueblos y sus puntos de interés más emblemáticos del paso de la Ruta 66 por el estado de Illinois y parte de Misuri que iban a recorrer ese día. Pasaron por Joliet, Braidwood, Pontiac, Atlanta y Lincoln, entre otros, hasta llegar a San Luis.

Se tomaron fotos con algún muñeco gigante bastante míticos de la ruta, que formaban parte de los Muffer Man, hombres que originalmente anunciaban negocios de coches y que ahora estaban repartidos por la Carretera Madre sosteniendo en sus manos cohetes, perritos calientes y otros objetos variopintos.

También visitaron el Teatro Rialto, abierto desde 1926, pero que en esta ocasión estaba cerrado, por lo que solo hicieron tomas desde el exterior. Liam se dedicó a hablar por encima de

su historia, decidiendo así rellenar luego esos huecos con información extra que tomarían de por ahí.

Degustaron una *pink lemonade* deliciosa en el famoso Polk a-dot Drive Inn, un restaurante que abrió sus puertas en 1956 y que conservaba el estilo de aquella época. Entrar allí era hacer un viaje en el tiempo, sobre todo acompañado de Alison, que ese día llevaba un vestido a media pierna con algo de vuelo y botones de arriba a abajo, de rayas gruesas rojas y blancas, y un cinturón de corte clásico rojo a juego con su Converses. Su peinado estaba lleno de ondas, el cual Liam no supo describir, lo único que tenía claro es que Alison parecía haber salido de una película de la época. Estaba preciosa y exultante por todo lo que veían; hablaba con la gente, era capaz de sacar anécdotas, tenía un don, parecía como si todo el mundo la conociera, la trataban con amabilidad y cariño, incluso les regalaron unos llaveros con el emblema de la ruta. Le hablaba de los lugares con una seguridad apabullante, como si se conociera todos ellos de primera mano. Liam agradecía su compañía, sobre todo lo fácil que le estaba resultando describir a la cámara cuanto veían. Alison lo había preparado a conciencia. Esa faceta profesional suya lo estaba dejando boquiabierto y, gracias a ella, cada vez podía relajarse más.

Hicieron tomas de los preciosos murales que completaban las fachadas de algunos edificios, que eran el gran atractivo de ciertos pueblos. Entraron al Hall of Frame and Historic Museum y se asombraron al ver el autobús de un tal Bob Waldmire, un artista que hizo mucho por la ruta y que pasó mucho tiempo recorriendo la Carretera Madre a bordo de su casa rodante. Conocieron otros museos, donde la visita fue rápida, aunque efectiva. Visitaron la diligencia más grande del mundo, que se presentaba conducida por Abraham Lincoln; asimismo, grabaron la que fue su casa, visitaron su tumba y pasaron por el Capitolio del Estado, un monumento impresionante mucho más grande que el de Washington D.C. Vieron gasolineras de la época y una cárcel de dos celdas que fue usada hasta 1950, y todo rodeados de caminos llenos de maizales que, debido al tiempo todavía extrañamente caluroso, gozaba de una recolección tardía.

Alison se perdía en ellos, le encantaba verlos pasar. Eran interminables, infinitos, el fruto de la tierra que tanto alimentaba. Y Liam no paraba de reír, sobre todo cuando ella se subió a su cama y sacó la cabeza por el hueco del techo solar, riendo sin parar, con los brazos abiertos gritando al viento, sintiéndose libre, agradecida por todo lo bueno que había en su vida, por ese viaje y por el día tan maravilloso que habían pasado.

Y así llegaron a San Luis, después de haber recorrido casi 355 millas, con un conductor muy cansado y unos perros deseosos por un paseo mucho más relajante que ese de solo un «pipí» y para dentro.

Echaron la caravana a un lado de la carretera antes de entrar a San Luis en busca de un lugar donde pudieran aparcar antes de que llegara la noche. Eligieron el más cercano, pero al llegar se encontraron con un enorme estacionamiento vacío que, en su día, seguramente, había sido un *camping* de parcelas clásico donde descansar y poco más, pero que ahora era obvio que estaba abandonado.

—Vamos a buscar otro sitio —Liam sacó el teléfono y se puso a ello de inmediato.

—Liam, déjalo, tampoco está tan mal —rogó agotada—. La ciudad no queda tan lejos. Estoy

supercansada, ¿acaso tú no?

—Ni siquiera sabemos si podemos pasar la noche aquí.

—No hay ningún cartel que diga lo contrario —dijo mirando por las ventanas.

—Puede ser peligroso.

Liam estaba de un modo sobre protector, sus frases eran tajantes, dejaban claro que no permitiría que lo contradijeran.

—Anda ya, ¿qué nos va a pasar? No seas paranoico. ¿Dónde está ese espíritu aventurero? Además, la caravana cuenta con un sistema de alarma que podemos conectar cuando estemos dentro.

—Ricitos de oro, te puedo asegurar que no me cuesta ningún trabajo ir a otro.

Alison lo miró, hablaba en serio y, si él quería, ¿por qué no intentarlo?

—Está bien, pero vamos a llamar antes, por si acaso.

Comenzaron a llamar y se encontraron con que todos estaban llenos, ¿qué pasaba, por Dios? Al final tenían que dar la razón al señor Rogers: la gente había decidido salir de vacaciones en una época de escuela y trabajo.

—Temporada baja —dijeron al unísono.

Liam miró a Alison, Alison miró a Liam y no hablaron nada más. Tomó la mano del hombre y lo sentó a la mesa.

—Esta noche cocino yo y cuando terminemos de cenar, que —miró un momento por la ventana— todavía habrá algo de luz, sacaremos a los perros a dar un paseo, que también se lo merecen. Y tú —le espachurró el dedo en el pecho— vendrás conmigo. Te sentará bien estirar las piernas.

Liam no pudo más que asentir. Habían pasado un día genial, en donde no habían discutido ni una sola vez. Tomó el teléfono para llamar a sus padres, esperaba que al menos ellos estuvieran disfrutando de las vacaciones, esas vacaciones que con tanta ilusión les había regalado después de tanto tiempo sin verse.

Mantuvo una breve charla con ellos. No se sintió incómodo porque Alison estuviera presente. En ese par de días, la sentía más cercana que muchos amigos de años. Cuando terminó, Alison lo animó a ducharse y ponerse algo cómodo para el paseo de más tarde, ya que la cena todavía tardaría. Así lo hizo. Dentro de la ducha reflexionó sobre lo cómodo que se sentía con ella, la manera en que con pequeños gestos sentía que lo cuidaba, que miraba por su bienestar como una verdadera amiga. Una amiga que estaba para mojar pan, por cierto. Continuó enjabonándose y al pasar las manos por su cuerpo recordó el pijama de Ricitos de oro, ¿se lo pondría esa noche? Por Dios, la tuvo tan cerca, olió su verdadero aroma, una aroma a mujer *sexy* y deseo. Y dando rienda suelta a sus verdaderos deseos comenzó a tocarse. Necesitaba desfogar para poder pasar una nueva noche en el mismo cubículo reducido. Evocó su cuerpo, su mirada, sus palabras amables y su sonrisa. Esa manera de beberse la cerveza y meterse el *hot dog* en la boca. Su mente fue transformando esas evocaciones hacia algo más caliente, hacia algo más salvaje.

* * *

—¿Te queda mucho, Inglesito? Al final nos vamos a quedar sin agua, ya verás.

Liam se sobresaltó, pero por suerte, hacía un par de minutos que había *acabado*. Sonrió, si supiera por qué había tardado…

—Enseguida salgo.

Escuchó sonar el teléfono de Alison. Le extrañó que casi no recibiera llamadas, aparte de Luján, quien solía preguntar por los perros y hacer un breve resumen de su día.

—Te dejé bien claro que no quería saber nada más de ti… —la voz de Alison contenía una gran carga furiosa y, aunque llegaba algo amortiguada a través de la puerta, podía escucharla con claridad—. ¿Que yo qué?… Ni en tus mejores sueños… ¿Quién te ha dicho dónde estoy y cómo es que tienes mi número de teléfono?… ¡Eh, eh, ni se te ocurra colgar, desgraciado!

El reportero se quedó quieto durante el tiempo que duró la conversación. No solía ser cotilla, pero el tono de la muchacha no era amistoso, lo que lo hizo ponerse en alerta.

Cerró el grifo y se preparó para salir. Todavía no había encontrado la manera de poder vestirse en ese espacio tan reducido, así que pensó que, al final del día, ambos tenían que acostumbrarse a convivir juntos y, por consiguiente, a ese tipo de cosas. Se envolvió la toalla alrededor de la cintura y salió de allí directo a su ¿habitación? Bueno, era el lugar donde tenía la ropa y la cama, así que sí: era su habitación. Echó la cortina tras de sí y, después de despedir con suavidad a Diddie de su cama y sonreír ante el lametón que le dio en la mano, comenzó a vestirse con tranquilidad. Era curioso: Teddie siempre se quedaba enroscado justo fuera, esperando que Diddie acabara su siesta.

La comida desprendía un olor delicioso, que le hacía la boca agua. No esperaba que Alison supiera cocinar, después de un par de días viéndola gozar comiendo hamburguesas, *pizza* y *cheescakes*, había llegado a pensar que solo se alimentaba de eso.

—Ya está la cena —canturreó.

Liam apareció frente a ella con un ¿chándal? ¿De verdad? Parpadeó varias veces con incredulidad.

El chándal le sentaba francamente bien, aunque no tanto como la toalla que había tapado sus caderas. Era curioso cómo el cambio radical de vestuario había hecho que su libido despertara del obligado sueño al que la había llevado a base de somníferos prejuiciosos y nefastos recuerdos. Lo que ahora tenía en la cabeza era solo acercarse, meter la nariz en su cuello y aspirar su olor a recién duchado. Luego abrazarlo y dejar que sus manos midieran la largura de su espalda para terminar en su cadera, meterlas bajo la sudadera y palpar su piel, la cual quizá estaría un poco húmeda. Luego lo estrecharía hacia sí, lo abrazaría bien fuerte aplastando sus pechos contra su torso y…

—¿Qué pasa? ¿Tengo alguna mancha? —dijo Liam, estirando la sudadera para poder verla bien.

Alison parpadeó al salir de la ensoñación y carraspeó levemente.

—Eeehh, no, no. Eeehh… ven, siéntate. —Le señaló el asiento—. Solo que no esperaba verte enfundado en un chándal.

—¿No? —preguntó mientras se sentaba y observaba incrédulo lo que había sobre la mesa.

—Creía que solo tenías chinos y polos; después de la chaqueta de *tweed* del día de hoy, jamás habría creído que en tu maleta pudiera existir ropa cómoda —dijo esto último dándose la vuelta para sacar un par de tazas de hojalata de un mueble.

—Ricitos de oro, para que lo sepas: mis chinos son bastante cómodos y, con respecto a mi chaqueta de *tweed*, estoy acostumbrado a llevar esas cosas, con lo que ya ni me entero.

Liam observó esas tazas donde rezaba: «Hecha la Ruta, cumplido el reto». Alison las puso frente a cada plato y fue a coger una costosa botella de vino que había comprado a escondidas del Inglesito.

—Por lo que aceptas que muy cómoda no es —afirmó, cogiendo también el sacacorchos.

—Bueno, confieso que el chándal es mejor.

Ambos rieron.

El periodista miró por un segundo a unos afanados perros que devoraban su comida con tranquilidad. Alison le mostró el vino y, sorprendido, levantó una ceja, bastante adulado porque hubiese tenido la deferencia de compartirlo con él.

Sin embargo, al ver que estaba echando tan feliz la bebida en la taza de hojalata, le entró de todo por el cuerpo. Aquello era un sacrilegio. ¿Cómo podía estar haciendo algo semejante? No podía apartar la mirada de la taza. En su interior, se debatía una lucha entre decirle que no hiciera aquello o dejarlo pasar. Un leve temblor comenzó a menear uno de sus párpados.

—¿No te gusta lo que he preparado? —preguntó preocupada mientras tomaba asiento—. Es verdad, no te he preguntado si hay algo que no te guste. —Soltó el aire que había aspirado y se apoyó en el respaldo—. Yo es que, en ese respecto, soy todoterreno. A veces bromeo con Luján comentando que soy una aspiradora, a nada hago ascos. Soy la mejor invitada para cualquier mesa en cualquier casa. Si no, que le pregunten a todos esos bichos que me tragué cuando estaba asomada por el techo, ja, ja, ja —rio nerviosa.

Liam sonrió sincero, aunque cuidadoso. Ahí estaba otra vez, expuesta. Expectante a lo que pudiera opinar de su trabajo. Había preparado esa perfecta cena para compartirla con él; se dio una colleja imaginaria. Había vertido el vino en lo que había, pues el vidrio no era un artículo adecuado para una caravana que no estaba preparada para transportarlo. Lo había hecho todo como mejor había podido; por el amor de Dios, solo contaba con dos fuegos y se había esmerado más de lo que había esperado. Por mucho que le chirriara, tenía que dejar pasar ciertas circunstancias.

—A ese respecto, confieso que hace mucho tiempo yo también era todoterreno. Aunque no tanto como para comer insectos. —Sonrió con desgana, pues evocó cuánto cambió su vida después de aquello y por quién. Y se le contrajo el estómago al reconocer que antes de ese cambio había sido muy feliz. Luego llegaron los sinsabores, las malas caras, las normas y dietas, todo envuelto en palabras y consejos que supuestamente eran para su propio bien. Se removió en el asiento y carraspeó, alejando así esos asfixiantes recuerdos—. Ahora… ahora mis gustos se han vuelto más… exigentes. Admito que estoy acostumbrado a comer el mejor marisco, el mejor vino y la mejor carne; no me contento con cualquier cosa. —Alison se puso sería un segundo—. Sin embargo —indicó con una sonrisa, pues estaba seguro de que lograría sacar otra de aquella

boca preocupada—, debo reconocer que el *hot dog* de ayer me sorprendió. Me hizo recordar buenos tiempos… —Chasqueó la lengua para volver al presente—. No sé si fue la cerveza, que también me impresionó, el ambiente o todo el conjunto; lo que tengo claro es que ese perrito caliente de contrabando fue una de las mejores comidas que he probado últimamente.

Alison volvió a mostrar esa sonrisa dulce.

—Bueno —dijo ahora más relajada—, no disfruto del don para hacer comida tipo Estrella Michelín, pero espero que al menos mi cena sacie tu apetito sin tener que vomitar después.

—Seguro que no, esto tiene una pinta buenísima. —Y, sin dar más tregua al asunto, cogió los cubiertos.

Sobre la mesa había una ensalada mixta de verduras y semillas que, al probarlas, le daban un toque crujiente y un sabor tostado maravilloso, todo aderezado con vinagre balsámico. En los platos había sendos lomos de salmón con una salsa de mostaza por encima, acompañados de un puñado de espárragos verdes cocinados a la perfección.

Liam miró a una sonrojada Alison, quien lo animó con un apenas perceptible movimiento a tomar el primer bocado y conocer su opinión. El periodista se abstuvo de comentar sobre lo rica que le había parecido la ensalada y tomó un trozo de salmón empapado en salsa. Al llevarlo a la boca y dar el primer mordisco, los sabores explotaron, despertaron sus papilas gustativas y de su garganta brotó un ronroneo de placer.

Alison sonrió satisfecha y comenzó a comer también, ahora mucho más tranquila.

—Por cierto, ¿qué es una aspiradora?

Alison puso los ojos en blanco. El Inglesito hablaba muy bien el español, pero, al parecer, no lo dominaba del todo. Tendría que enseñarle. Y, de ese modo, le dio la explicación correspondiente. Cenaron relajados, charlando acerca de la cantidad de millas que habían logrado recorrer aquel día, de los monumentos y de las personas a las que habían entrevistado. Recordaron a la señora que les había regalado los llaveros, una mujer muy mayor y simpática, por cierto. Aprovechando el momento distendido, Liam le preguntó si estaba bien y confesó haberla escuchado hablar por teléfono mientras él estaba en la ducha. La chica fue rápida en su respuesta: «Solo un pequeño grano en el culo. Nada por lo que preocuparse», y volvió a forzar una sonrisa. El periodista no era hombre al que le gustara entrometerse donde no lo llamaran, por lo que se tomó aquello como un «no metas tus narices donde no te llaman,» bastante educado y no dijo nada más al respecto.

Ya que Alison había hecho la cena, Liam se ofreció a lavar los platos mientras ella se cambiaba, y, aunque estaba bastante cansado, marchó tras la fotógrafa y los perros para estirar las piernas.

Estuvieron fuera unos cuarenta minutos, lo justo para que los animales corretearan y pasearan bajo la luz de una tímida luna que apenas les alumbraba el camino. Cuando regresaron, abrieron la caravana y encendieron las luces, pero los perros no pasaron del vano de la puerta: empezaron a ladrar como locos en dirección a la cortina cerrada de la habitación de Liam.

—De verdad Alison, este chucho es de lo peor, no hace más que acosarme, te lo juro. Pero ¿no ve que estoy aquí detrás? Nooo, ¡él solo piensa en acabar conmigo!

Alison no respondió. Conocía demasiado bien a Teddie y a Diddie como para creer que todo fuera cuestión de antipatía. Ante la mirada incrédula de Liam, tomó un cuchillo del cajón de los cubiertos y, sin hacer ruido, fue hacia la cortina, preparada para atacar si así fuera necesario. Liam la tomó del hombro, lo que la sobresaltó. Estaba en tensión. Por todos los demonios, ¿cómo se le ocurría hacer aquello? Alison se encogió de hombros en un gesto interrogativo y acompañó el movimiento con una pregunta muda con los labios. Él hizo lo propio con un silencioso «¿qué haces?». Ella le indicó, como pudo, que detrás de la cortina habría alguien, que lo de los perros no era normal y que iba a mirar quién era. Liam le quitó el cuchillo y la apartó a un lado. No iba a dejar que se expusiera de esa manera. Si había alguien, podía ser un tío fuerte que podría hacerle daño y, si alguien tenía que salir herido, era él.

Hizo lo mismo que Alison, deslizándose por el reducido pasillo y pensando cuáles eran sus opciones, mientras los perros ladraban pegados a sus pies como un gallo de pelea que se resguarda tras el dueño, cacareando sin parar. Era como llevar cascabeles cosidos en cada centímetro de sus prendas, y no sabía para qué se molestaba en ir despacio y en silencio. Finalmente, llegó frente a la cortina, tomó aire y se preparó para el siguiente movimiento. Con un gesto rápido, la abrió gritando a la vez.

El grito que dio el Inglesito sobresaltó a Alison, quien se quedó de piedra al ver cómo este tiraba el cuchillo a la nada, apartaba de un manotazo a la fotógrafa y salía corriendo hacia fuera, dejando a Alison y a los perros dentro, quienes le ladraban como si le recriminaran su cobardía.

Alison saltó detrás con los animales pegados a sus piernas, temblando sin parar.

—¿Se puede saber qué haces? —murmuró alterada—, ¿qué hay ahí? Tenemos que llamar a la Policía. —Se palpó los bolsillos y cerró los ojos de forma trágica—. Mierda, mi móvil está dentro y el tuyo también.

—La idea fue tuya: «Dejemos los teléfonos, Liam —murmuró imitándola entre burlas—, así podemos andar tranquilos, apartados de todo». Y ahora que los necesitamos, mira cómo estamos —la regañó.

—Está bien, lo que tú digas —pellizcó el puente de su nariz, estresada—. Pues entonces, ¿qué hacemos? Hay que sacar al tipo de ahí —indicó la caravana mientras hablaba con los ojos muy abiertos—. Están las cámaras, todo nuestro trabajo, no podemos permitir que nos lo robe. —Dejó pasar unos segundos en los que Liam no dijo nada—. Bah, ya voy yo, se va a enterar ese ladrón de pacotilla.

Echó un pie hacia delante, pero Liam la frenó con sus palabras. Estaba frente a ella, con los brazos cruzados, serio, desafiante y mordaz.

—Entra, entra, que ya verás.

Alison levantó una ceja. Poco a poco iba conociendo las distintas facetas que componían al reportero, pero la de echarla a ella delante como si fuese su guardaespaldas era nueva y un poco vergonzosa. No porque no fuera capaz de echarle cara al tipo que estaba dentro, aunque luego se cagara encima, sino porque Liam no fuese su apoyo y no quisiera formar un equipo por si las cosas se ponían feas.

—¡Serás capaz de dejarme entrar sola! —exclamó en un susurro.

—Yo no vuelvo ahí. —Se estiró aún más si podía, reafirmando su postura como un muro firme e irrompible.

¡Menudo cobardica de mierda!

Alison lo miró con tal intensidad que, si sus ojos hubieran echado chispas, lo habría matado con una sola descarga.

—Tú no, pero yo sí.

Se dirigió hacia allí diligente, pero silenciosa, y subió los escalones. Asustada, miró hacia un lado, dejando para luego el pensamiento de juramento contra Liam. Pero lo que allí vio la dejó helada: la cortina estaba un poco levantada, apoyada sobre el lomo de un enorme pelícano que le graznaba y hacía el intento de arremeter contra ella, abriendo su boca cuan grande era mientras en sus patas palmeadas descansaba el cuchillo de Liam. Alison chilló y salió de allí, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Joder, ese pájaro es gigante! ¡Liam tienes que entrar y echarlo como sea! —lo zarandeó.

—¿Yo? ¿Y por qué yo? A ver —se soltó de su agarre—. ¿No sois vosotras las que habláis de igualdad y todas esas cosas? —dijo haciendo aspavientos—. Pues ve tú. Yo no pienso entrar. —Y volvió a cruzarse de brazos.

La fotógrafa lo observaba sin poder dar crédito a su comportamiento. Era como un niño pequeño que quería mostrarse fuerte cuando en realidad estaba muy asustado; por eso se escondía tras palabras estúpidas y frases fáciles.

—Mierda, Liam, que hay un pájaro enorme en la caravana y, si no lo echamos, vamos a tener que dormir fuera —intentó razonar.

—Pues por mí está bien, prefiero dormir fuera que enfrentarme a ese, a ese… bicho —Miró para otro lado con la barbilla levantada, dando a entender que ya había tomado su decisión.

—¿En serio, Liam? —Ansiosa, abría y cerraba las manos en puños a los lados de su cuerpo—. No puedo dar crédito a lo que me dices.

—Créetelo, porque no pienso entrar. —Tomó aire y se giró hacia ella, dominando sus gestos para parecer tranquilo y resuelto—. Lo que puedes hacer es entrar rápidamente y coger el teléfono.

—¡Pues hazlo tú, cobardica! —dijo con el ceño fruncido.

—Di lo que quieras, me da igual. Aquí me quedo y no pienso moverme.

—Al menos, ve a la carretera a ver si ves un coche que nos pueda ayudar, que llame a las autoridades.

—Sí, claro, esta zona tiene una pinta supersegura —expresó sarcástico—. Es indudable que va a pasar un coche con una familia maravillosa que nos va a ayudar. No, cariño, yo no me muevo de aquí.

La fotógrafa tomó aire por la nariz y frunció todo su rostro; su enfado era palpable en cada pulgada de su cuerpo. Los perros no paraban de saltar y de ladrar a su alrededor, como si les estuvieran pidiendo que dejaran de discutir. Por más que reflexionaba, por más que le daba vueltas, le era imposible creer que aquello estuviera pasando de verdad. Con que estaba sola…

—Eres, eres… Fufff, tranquilo, que ya voy yo a echar a ese pajarraco.

Alison fue hacia allí y, antes de abrir la puerta, miró hacia la posición donde estaba el cobarde que tenía como compañero de viaje. Liam estaba mirándola, esperando que se echara atrás; si eso era lo que suponía, se iba a dar con un canto en los dientes. Sigilosa, abrió la puerta y observó que el pájaro estaba sobre la mesa, a punto de comerse la raspa del salmón que había cocinado. ¿Cómo había entrado allí? Rápida, miró alrededor, todo estaba cerrado, excepto el techo solar. Alison se dio una patada en el culo imaginaria: ella había dejado la ventana abierta. Al final todo era por su culpa, si hubiese cerrado la compuerta como le había dicho Liam y si hubiese tirado la basura tal y como le había pedido el Inglesito antes de salir a dar el paseo, nada de eso estaría ocurriendo. El pájaro la miró y volvió a graznar, como diciendo esto es mío y ni te acerques que te muerdo. Sin embargo, Alison no se amilanó, no estaba dispuesta a dormir al raso, en ese descampado que, para ser honesta, aunque nunca lo diría en voz alta, tenía muy mala pinta. Con cuidado y sin apartar la mirada del animal, cogió el paraguas con el logotipo de la empresa donde habían alquilado el vehículo y con sumo esmero se dispuso a pulsar el botón mecánico que lo abría, para espantar al pájaro de allí. Se preparó y lo abrió, pero nada de lo que había previsto ocurrió: en su lugar, otro pájaro salió de la habitación directo hacia ella con la clara intención de picotear allí donde pudiera. Asustada, salió de allí dando un buen portazo tras de sí y corrió como alma que lleva el diablo hacia donde estaba el Inglesito y los perros.

—¿Qué pasa Alison?, ¿tan gallita y no has conseguido siquiera el teléfono?

—Mierda, Inglesito, hay dos de esos seres ahí dentro, ¡me han atacado! ¿Es que no me has visto? He intentado echarlos con el paraguas, pero nada, ¡están empecinados a quedarse dentro comiéndose el salmón y las raspas de pescado…!

—Con el paraguas… Perdona, ¿qué? —exclamó poniendo las manos en jarras.

—Ups. —Alison se llevó los dedos a la boca mientras se mordía los labios con fuerza.

—Vaya… —Apretó los labios en una fina línea, miró atrás y luego se centró en la fotógrafa, toda su furia puesta en sus gestos y palabras—. Ahora resulta que esos bichos están ahí dentro porque no has tirado la basura.

—Mira, no digas tonterías, que tú también la has podido tirar —se puso a la defensiva.

—Y déjame adivinar: seguro que han entrado por el techo.

—Pues…

—Es que eres de lo que no hay. Mira que te lo advertí, pero no, tú siempre con tus locuras. ¡Alison, joder, tienes que estar más atenta! ¿Y si llega a ser un ladrón? ¡Podría haber sido alguien con un arma, nos podrían haber robado todo y…!

¿Eso era un puchero? Maldita fuera.

Alison estaba llorando y lo hacía porque el Inglesito tenía razón. Pura frustración. Cuando sucedían esas cosas se sentía un fracaso, una persona que no cumplía las expectativas que habían puesto sobre ella, alguien que no hacía nada más que decepcionar. Y a la primera persona que decepcionaba era a sí misma. Creía haber superado esas inseguridades, pero estar junto a Liam provocaba que sacara lo mejor y peor de ella. Debería importarle poco o nada lo que el Inglesito pensara u opinara de ella. Había trabajado mucho para sentirse libre, para vivir su vida ajena al

qué dirán, disfrutar del día a día. Porque la vida hay que tomarla como un viaje que hay que vivir y disfrutar día tras día, sin pensar jamás en su final.

Liam la miró y suspiró. No esperaba hacerla llorar. Que sí, había metido la pata, pero tampoco lo había hecho a conciencia. Así que, tras limpiarle las lágrimas, la abrazó.

—Bueno, ¿ahora qué?, ¿qué hacemos? —preguntó sereno sobre su pelo.

—No sé, yo… —Ella se separó y miró hacia el vehículo—. Puedo volver a entrar e intentar echarlos.

—No, no. Déjalo, anda. Esperaremos. Lo mismo se marchan por donde han venido cuando terminen de comerse el pescado. Tampoco es que hubiera un salmón entero.

Frustrada, Alison comenzó a frotar su frente con la yema de sus dedos.

—Tranquila, no pasa nada. Anda ven —la atrajo hacia sí para volver a abrazarla—. Perdóname. No quise ser tan duro.

—Sí que lo quisiste —habló suave sobre su pecho.

—Bueno, sí, pero no esperaba que lloraras por esto.

Pasaron un par de segundos. El reconocer su equivocación tan rápido había desubicado a Alison.

—¿Y si no se van? —preguntó.

Quedaron en silencio unos instantes, todavía abrazados, hablando relajados en voz baja.

—Pues, si no se van, nos tocará dormir aquí fuera.

—Yo… No sé, esto me da miedo —admitió la fotógrafa.

—Con que miedo, ¿eh? —Sonrió. No obstante, dejó pasar el siguiente comentario al sentir el escalofrío proveniente de la muchacha. Frotó sus brazos—. Estás helada, voy a intentar coger las mantas que puse detrás de cada asiento.

—Pero, los pelícanos…

—No te preocupes, no tengo que entrar, solo abrir un poco la puerta y cogerlas; ni siquiera se van a enterar.

Liam fue hacia allí, primero abrió la puerta del copiloto y luego la otra. Regresó con ambas mantas.

—Ven.

Tomó a Alison de la mano y la llevó detrás de la autocaravana. Allí estarían resguardados de miradas indiscretas, aunque esperaba que nadie les hiciera una visita. Echó una manta sobre el suelo, se sentaron encima y se cubrieron con la otra, dejando a los perros sobre el regazo de Alison.

—No puedo imaginar qué querías hacer con el paraguas… ¿Cantarles bajo la lluvia?

Por fin la fotógrafa sonrió, pero no contestó.

Se quedaron callados, esperando que pasara un poco la tormenta.

A los pocos minutos, los focos de un coche iluminaron el descampado y se dirigió al fondo, donde aparcó y apagó las luces. Liam y ella se miraron, esperando expectantes su siguiente acción, pero nada pasó, solo se quedó allí. Al rato, un nuevo coche se aparcó apartado del primero, seguido de otro que se estacionó cerca de la caravana. Después de un tiempo,

comenzaron a escuchar gemidos de placer y el vaivén de los amortiguadores que chirriaban levemente por el movimiento.

—Joder, esto es un picadero —murmuró Liam bajo la manta.

Ambos aguantaron las risas.

—Podríamos pedirles un teléfono.

—¿Tú estás loca?, ¿cómo se te ocurre? Están en plena faena, no podemos ir ahí como mirones, nos pueden pegar una paliza; eso como poco.

—Anda ya, cuando les contemos lo que nos pasa seguro que nos ayudan —dijo práctica.

La puerta del primer coche se abrió y observaron cómo un hombre dejaba caer al suelo un condón usado. Asqueados, ambos miraron a su alrededor, nada de eso había. Los perros gruñeron, pero Alison los apremió a callar.

—Liam, ¿qué nos puede pasar? Míralo, es un chaval que acaba de estar con su chica, no creo que…

—¿Has visto las pintas que lleva? No, cariño —negó fehaciente con la cabeza—, nos quedaremos aquí tranquilitos sin tentar al diablo.

Aquella apreciación que hizo el reportero sobre la manera de vestir del hombre le sentó fatal. Siempre estaba con las mismas tonterías, los mismos prejuicios, solo por las pintas que pudiera presentar una persona. Conocía a muchos que iban monísimos de la muerte, trajeados, repeinados y refinados, que luego resultaban ser de lo peor; por ejemplo, y sin ir más lejos, el innombrable.

—Y una mierda, voy a ir ahora mismo. —Puso a los perros sobre el regazo de Liam con la clara intención de levantarse—. Tú siempre con prejuicios. ¿Por qué tiene que ser un mal chaval? A ver…

—No hay nada más que mirarlo. —Echó para delante la barbilla señalándolo, ya que arropaba a los perros con las manos—. Fíjate, lleva esa media calada hasta las orejas, los pantalones medio cagados… y mira cómo anda. ¡No, Alison, no! —Alison fue a levantarse por completo, pero Liam la agarró de la muñeca con un gesto suplicante colgado en el rostro—. Por favor, hazlo por mí.

Alison lo miró un segundo, tenía miedo, no estaba cómodo. Suspiró varias veces, decidiendo qué iba a hacer. El periodista apartó la mirada y la fijó en los perros. La mujer aspiró y exhaló, derrotada. Si prefería quedarse ahí, pues lo harían; además, seguro que el pajarraco estaba por salir de un momento a otro.

Aquellos coches se fueron, a excepción del que tenían más cerca.

Se hizo el silencio, una brisa que pasó rozando el suelo provocó que algunas bolsas de plásticos se movieran y llenaran el vacío con el sonido de la fricción sobre la calzada.

—Cuando era pequeña estuve apuntada a los *scouts* —comenzó a musitar Alison—. Hacíamos mogollón de actividades al aire libre. Nos íbamos de acampada, aprendimos a montar tiendas de campaña, ya te puedes imaginar la que liábamos con tantos palos y estacas, tardábamos horas en terminarla. Luego, salíamos a buscar leña y por la noche encendíamos la gran fogata y los mayores contaban historias de miedo. Recuerdo una de esas noches como si fuera ayer: en mi

caseta entrábamos tres niñas, la historia de esa noche fue realmente potente. Cuando nos fuimos a dormir, un par de compañeras nos confiaron que una de ellas podía ver espíritus y que el llano donde habíamos acampado estaba repleto de muertos. Casi nos cagamos literalmente encima. Aquello nos impresionó muchísimo, tanto que incluso llegamos a imaginar que también los veíamos, por lo que nos metimos en nuestros sacos y nos abrazamos. Para colmo, al rato empezamos a escuchar una especie de roces sobre la tela, crujidos de pasos alrededor y respiraciones fuertes. ¡Dios, es que fue tan real! A los pocos minutos, las tres chicas de la caseta de al lado se metieron con nosotras, todas peleando por no ser la que durmiera pegada a la pared de lona. Por supuesto, no pegamos ojo, fue una noche horrible. Incluso nos aguantamos las ganas de orinar.

—Joder, Ricitos de oro, me has asustado incluso a mí —confesó arrimándose más a la fotógrafa mientras miraba a todos lados.

—Tranquilo, todo era mentira. Se inventaron aquello para reírse de nosotras.

—¡Menudas hijas de puta!

—Tuvieron su escarmiento: una de ellas se orinó encima por no tener el valor de salir. Todo el mundo se enteró. Fue… en fin, me reí, pero por otro lado también me dio pena. Luego nos enteramos de que fueron los instructores los que se dedicaron a hacer esos ruidos.

—Se lo tenían bien merecido.

Alison asintió divertida, aunque volver a recordar aquella noche hizo que levantara un poco la manta y mirara alrededor. Era increíble cómo la sugestión podía jugar con su cerebro.

Nuevos lamentos y gemidos ardorosos llegaron hasta ellos. Alison y Liam se pusieron en alerta, sus semblantes pálidos y la piel de gallina. Se agarraron de las manos esperando a que el fantasma doblara la esquina del vehículo y les hiciera… ¿qué? Porque, ¿qué les podía hacer un muerto? Pero estaban tan metidos en la historia que había contado la fotógrafa en aquel descampado perdido de la mano de Dios, rodeados de los sonidos de la noche, que era el escenario perfecto para vivir una escena de *The Walking Dead* o algo por el estilo.

Los gemidos subieron de nivel, pero ahora acompañados del sonido de los amortiguadores del coche que había al lado. Se miraron y sonrieron con complicidad. Ni fantasmas ni zombis, una faena épica por parte de la parejita que se lo estaba montando en plan peli porno. La verdad es que esa situación era excitante, una aventura que jamás olvidarían. La cercanía de sus cuerpos se hacía cada vez más necesaria. El frío ganaba protagonismo, por lo que, sin ser conscientes, perros y humanos se hicieron una piña bajo la manta. Liam pasó su brazo por encima del hombro de Alison y esta rodeó la cintura del periodista con sus brazos. Los perros se acoplaron entre los pliegues de sus ropas, ni siquiera Teddie hizo ascos al presentador, todo lo contrario: se arrebujaron tan pegados que Liam podía sentir el temblor de su cuerpo. Con la otra mano, lo tomó y lo metió bajo el dobladillo de su sudadera. Teddie gruñó un ínfimo segundo, pero se dejó hacer. Alison hizo lo propio con Diddie, quien se llevó un lametón de agradecimiento.

—De veras que no comprendo esa inquina contra las personas que visten de diferente manera. Me gustaría entenderlo —Alison se expresó con sinceridad, por lo que el presentador no se lo tomó a mal.

—No se trata de eso… Es solo que… —Liam fue a hablar, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta—. Bueno, supongo que algún día te lo contaré; por el momento me gustaría dejarlo para mí.

—Vale…

—Eh, no se trata de que no quiera contártelo, confío en ti, ¿sabes? Es solo que debo estar preparado. Te prometo que, cuando lo esté, tú serás la primera en saberlo.

El hombre no tenía ni idea de cuánto habían afectado sus palabras a la muchacha. Todo aquel enredo estaba dejando entrever a un Liam vulnerable, y agradecía poder ser testigo de ello, pues empezaba a entender que debajo de toda esa *pijez* había alguien sensible, con sus fantasmas, sus virtudes y defectos, y que todo ese conjunto, más que alejarla, la atraían hacia él, a tal punto que el Inglesito ni se imaginaba.

Los quejidos que llegaban desde el otro lado del vehículo fueron aumentando, ya les quedaba poco para terminar. Alison y Liam se miraron y volvieron a reír cómplices desde su lugar secreto. Sus olores se entremezclaban allí apretujados en la manta, el calor de sus cuerpos por fin estaba haciendo efecto. Relajada, Alison dejó caer la cabeza en el hombro del presentador. Se estaba tan *agustito* así... Liam la sentía, toda ella, el olor de su pelo lo envolvía, la estrechura de su cuerpo, sus costillas que subían y bajaban con cada respiración. Desde el otro lado comenzaron a llegar frases picantes, súplicas morbosas y excitantes que comenzaron a tener efecto en ellos. Cada uno por su lado se imaginaba que así podían estar ellos, gozando de sus cuerpos, descubriendo cada rincón hasta llegar al éxtasis. Sin darse cuenta, se apretujaron más. La mano de Liam fue bajando a la cadera de su compañera, en un camino descendente lleno de promesas, y la mano de ella lo imitó, dejándola reposar en el interior de ese muslo masculino bien formado. Aquel era el momento, un solo movimiento por parte de alguno los llevaría al instante decisivo.

Alison levantó la cabeza y Liam la bajó, ambos se miraron, esperando quién daría el primer paso, quién sería el que primero se lanzara sobre los labios del prójimo.

De repente, todo se quedó callado y alrededor de ellos se formó una burbuja mágica donde se respiraba deseo y ganas. Sus pupilas navegaban entre la carnosidad de sus labios y la profundidad de sus ojos; el tacto disfrutaba del calor y de la reverberación de la suavidad de ambas dermis; sus oídos evocaban sus propios gemidos, esos que los rodearían tal y como había pasado minutos atrás. Y de repente, el motor y al segundo, las luces que los deslumbraron, sacándolos de ese nuevo embrujo.

—*Hey, guys, whatcha doin´ there?* —les preguntó el tipo del coche con la ventanilla bajada.

Liam se puso en guardia y, de la misma manera que antes se había mostrado como un cobarde, ahora se erguía como un ángel protector. Le susurró a Alison que no dijera nada mientras él intentaba que el tipo, que por su forma de hablar se veía que procedía de un barrio bajo, se fuera de allí cuanto antes.

Finalmente, Alison no le hizo el menor caso y fue a responder a su pregunta. De ningún modo dejaría que un prejuicioso Liam metiera la pata. De esa manera, explicó a la pareja, que por cierto eran muy majos, el porqué estaban allí fuera.

—¿Y os vais a quedar toda la noche fuera? —Liam y Alison afirmaron avergonzados—. Y una mierda, dejadme que ya echo yo a esos bichos de ahí.

El tipo, que se llamaba Jake, por cierto, abrió la puerta de la caravana y de momento se escucharon graznidos y un gran revuelo dentro, lo que hizo que Jake retrocediera de inmediato y cerrara la puerta con un buen portazo, maldiciendo y regalando a todos unos insultos y frases dignas de ser grabadas por su creatividad.

—*Bloody hell!* Joder, *bro*. Mejor avisemos a la Policía —dijo haciendo un gesto a su pareja para que llamara. Se notaba que estaba impresionado.

La policía llegó y después el *sheriff*, que a su vez llamó a los especialistas en animales y, por fin, consiguieron echar a los pelícanos… para luego conseguir una multa por aparcar donde no debían. Por suerte, los encantos de Alison siempre eran efectivos y, a pesar de la severidad característica de la Policía americana, logró que les quitaran la multa y les encontraran un lugar donde pasar la noche.

Llegaron al *camping* pasadas las once de la noche, estaban realmente cansados y, para colmo, el dueño del lugar gruñó por verse obligado a despertarse y hacerles hueco cuando lo tenía todo ocupado. Y, a pesar de todo, se obligaban a sonreír, intimidados por un lado y, por otro lado, deseosos de cerrar los ojos hasta el nuevo día.

Etapa 2



Estados de Misuri, Kansas y Oklahoma:
De San Luis a Tulsa

—Esto debe de ser una broma de muy mal gusto.

Aunque hablaba bajo, Liam se escuchaba muy enfadado. El teléfono lo tenía tan apretado que Alison temía por su integridad. En cuanto lo escuchó alzando la voz, se arrebujó más en la cama. Era de madrugada, alrededor de las de las tres de la mañana. ¿Quien quiera que fuera no tenía ni idea de la hora que era?

El teléfono no sonó. Al parecer, el presentador lo ponía en modo silencio por la noche. Fueron sus palabras, que en realidad no eran fuertes, sino gritos contenidos para tratar de no molestar, pero que, en aquel espacio tan reducido, era imposible no escucharlo.

¿Qué estaría ocurriendo ahora?

—No sé qué es lo que pasa, pero esto me parece una maniobra muy sucia.

Daba vueltas por el pasillo y su habitación, abriendo y cerrando la cortina sin parar. Su estado de nervios y frustración era bastante evidente.

—Esto no está bien, Charles, y tú lo sabes; todos lo sabéis. ¿Cómo habéis podido hacerme algo así? ¡Me pedís un imposible!

La voz al otro lado del teléfono se escuchaba fresca como una rosa.

—Me estáis poniendo entre la espada y la pared. ¡Me estáis obligando a renunciar!

La voz subió varios decibelios y colgó.

—*Shit!* —Furioso, arrojó el teléfono sobre el asiento del sillón.

A través de un pequeño agujero que había hecho con el pliegue de la sábana, Alison observó cómo se sentaba, apoyaba los codos en la mesa y metía los dedos entre los mechones de pelo. No estaba bien y no quería verlo así.

—Eh, Inglesito —dijo con suavidad—, ¿estás bien?

Liam levantó la cabeza, la miró, tomó aire y lo expulsó en un gesto de derrota.

—Aaahh… —gruñó un suspiro—. Lo siento, te he despertado. —Volvió a respirar profundo, una vez más frotó su rostro con la palma de su mano y cruzó los brazos sobre la mesa—. La productora ha decidido reducir considerablemente los días de grabación. En un principio me dieron poco más de dos semanas, eso ya me parecía poco, y ahora me informan de que, por

cuestiones ajenas que escapan a su control, no podemos demorarnos más de diez u once días. ¡Me piden un imposible! ¿Cómo voy a conducir tantas millas diarias? Además, debemos contar con el desgaste cada vez que paremos y haya que grabar; las entrevistas, las visitas… ¡*Fuck*, no vamos a tener tiempo ni para comer!

Alison bajó la escalera regalando a Liam unas vistas maravillosas de su hermoso trasero enfundado en otro pijama de algodón… ¿con calabazas de Halloween? Aquel de seda no lo había vuelto a ver y ese de calabazas estaba fuera de temporada. Pero así era ella, ya había asumido que era única en su especie, a la vez que también había reconocido que aparte de la seda, los pijamas de calabazas eran muy, pero que muy *sexys*.

Sin decir nada, se acercó, le acarició el hombro y se giró a la cocina. Liam observó agradecido que estaba rellenando el hervidor de agua, luego cogió una taza y echó una bolsa de té. A veces era tan considerada que creía que todo podía explotar de un momento a otro y derribar ese maravilloso espejismo.

—A ver —dijo, girándose y apoyándose en la encimera a la espera de que el agua comenzara a hervir—. Lo primero que tenemos que hacer es estudiar el asunto de manera fría. Despliega el mapa sobre la mesa. Si tiene que haber un cambio de planes, lo habrá. No supongan estos que me pueden frenar —amenazó y el meneo de su cabeza hizo que sus pechos temblaran levemente, pero de manera perceptible.

Alejando su mente de cualquier deseo sexual, el periodista hizo lo que le pidió y su agobio al ver tantos rayajos a boli hizo que su corazón se acelerara. ¿Cómo podían imaginar recorrer la ruta en tan poco tiempo? Y ya no solo eso: ¿cómo podían hacer que aquel reportaje mereciera la pena el sacrificio?

El agua hirvió y Alison terminó de preparar el té, que puso sobre el mapa y frente a Liam. Este, agradecido, tomó un sorbo y le preguntó si ella tomaría uno. La fotógrafa dijo no tener ganas; cuando había que estar concentrada era mejor no meter nada en su estómago, pues de seguro le sentaría mal.

—Bien, primero que todo, esos de tu productora son unos hijos de perra. —Liam abrió los ojos ante tal afirmación—. Perdona, pero lo son. No entiendo cuál es el motivo por el que te hacen esto, pero soy de las que opinan que, al mal tiempo, buena cara.

El presentador miró a un lado nervioso y afirmó.

—Son unos *assholes*, pero la verdad es que no sé cómo lo podemos hacer sin morir en el intento —indicó el mapa y dio una palmada sobre la mesa—. Estoy por tirar la toalla, que, además, creo que será lo mejor.

—¿Y cuál sería la consecuencia? —preguntó echándose hacia delante.

Liam la miró directamente.

—El despido.

La fotógrafa afirmó tranquilamente con su cabeza, estrechando sus labios en una fina línea, en tanto dejaba pasar unos segundos pensando cuál era la mejor opción para coger al toro por los cuernos. En su equipo, nadie se rendía. Nunca.

—Mira, Inglesito, aquí hay gato encerrado. Pero más allá de eso, y hasta saber lo que pasa, te

prohíbo tirar la toalla. No, estando yo a tu lado —le apretó un instante la mano—. Lo podemos lograr y lo haremos. Lo único que sí es cierto —apuntó echándose hacia atrás—, es que vas a tener que conducir bastante, pero solo nos ceñiremos a las cosas más cuquis de la Carretera Madre.

Liam arrugó el ceño sin entender.

—Pero se trata de hacer un documental de la ruta, no podemos ir obviando visitas, así como así. Además, ¿qué es eso de cuquis?

—Tienes que confiar en mí —obvió responder a eso último—. Párate a pensar, ¿cuántos documentales hay sobre la Carretera Madre? Mogollón, y todos son lo mismo: museos, gasolineras, *dinners*, más gasolineras y más museos. Nosotros podemos hacer algo diferente. En mi mente lo tengo tan claro… —dijo cerrando los ojos un segundo, dando énfasis a la grandeza que su imaginación había construido—. Lo he sabido desde el principio, en ningún momento he pensado hacer un reportaje igual al resto.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —preguntó el reportero con medida sonrisa. La viveza de su compañera era contagiosa.

—Eso son menudencias sin importancia —dijo meneando la mano—. Lo que hay que pensar es que, por suerte, el asunto no me pilla en paños menores y que las grabaciones ya están encauzadas a lo que te cuento, así que ese tema está resuelto —aclaró cada vez más entusiasmada —. Por otro lado, el primer día de Chicago a San Luis ya está hecho y, si hacemos ciertos cambios, podemos añadir unas cuantas millas a los tramos que ya pensamos, podemos hacer etapas más largas. Y no te preocupes, que lo tengo todo tan bien organizado que no tenemos que buscar casi nada de información, solo reducir el número de visitas prescindibles.

—¿Y cómo puede ser posible? Quiero decir, ¿cómo es que no tenemos que estudiar el terreno?

—Dejémoslo a la aventura.

—¿Qué? ¡Imposible! ¡De esto depende mi trabajo!

—Y, ¿qué es lo peor que te puede pasar? —preguntó de manera redundante, como si hablara con un niño pequeño—: el despido. ¿En serio tienes miedo de que te echen? ¿Tú?, ¿el gran peregrino? Con tu bagaje, no creo que tengas problemas a la hora de encontrar otro trabajo, ¿o acaso lo dudas? —evidenció.

Liam se quedó pensativo. La efusividad y la creencia absoluta que la fotógrafa había puesto y tenía sobre sus propias palabras hicieron que un amago de sonrisa acudiera a su boca. Aquello le estaba gustando. Se le estaba contagiando la seguridad de Alison y su vitalidad. Exacto, no sabía qué era lo que ocurría al otro lado del charco, pero su compañera tenía razón: no les dejaría salirse con la suya, no sin dar la cara, no sin intentarlo al menos; prefería quedarse en el intento que al principio de camino.

Ser espectador de la forma de trabajar de la fotógrafa era toda una delicia. En poco más de veinte minutos tenía las etapas bien definidas, y sí, había algunas que requerirían conducir unas ocho horas, que debían intercalar con paradas para realizar su trabajo. Toda una odisea. Pero sabía, porque su carácter así se lo transmitía, que junto a esa mujer todo sería más llevadero. Hasta el momento, apenas había tenido que trabajar; prácticamente, Alison se lo daba todo

mascado. Durante sus desplazamientos por la carretera, le contaba acerca de los lugares de una manera sencilla y práctica, que se quedaban en su mente grabados, gracias a las anécdotas que no entendía de dónde sacaba.

Nada más terminar, se fueron a dormir. Este cambio de planes mucho más escueto y estricto les obligaba a levantarse bien temprano para cumplir con los horarios. No podía decir que la situación no le estresara. Le dolía el trasero, la columna y la cabeza solo de pensar en sus itinerarios infinitos, pero tenía que hacerlo. Como había dicho Alison, tirar la toalla no estaba permitido.

Por su parte, la fotógrafa se fue a la cama con el ceño fruncido. Lo que le estaban haciendo al presentador no tenía nombre. Era una injusticia y con esa clase de maniobras bajas no podía, era superior a ella el tener que morderse la lengua e impedirse a sí misma coger el teléfono y poner a caldo a toda la productora. Lo que le habían pedido al Inglesito, eso que le estaban exigiendo, era un desatino. Si ella no estuviera allí, ¿cómo podría llevarlo a cabo? Afortunadamente, tenía sus recursos y podía facilitar un poco todo ese desatino. Les esperaban unos días muy duros, lo sabía muy bien. Todo un reto, pero lo llevarían a cabo; como que se llamaba Alison que ese documental iba a ser la hostia. Y si antes había tomado la determinación de que los iba a dejar con la boca abierta, ahora estaba dispuesta a realizar algo tan estupendo como para que la productora le hiciera al Inglesito un contrato de por vida.

Se quedó dormida pensando en cuáles serían las mejores atracciones y lugares para visitar. Cuando el despertador sonó, saltaron de la cama. Al parecer, cada mañana iba a ser el mismo ritual que el anterior: Alison sacaría a los perros mientras Liam preparaba el desayuno, pero ese día la fotógrafa decidió que no estaba dispuesta a permitir que el Inglesito creyera que le gustaba comer sola. Así que, en cuanto los perros quedaron satisfechos, aligeró sus pasos de vuelta al vehículo.

Cuando entró en la caravana, el periodista se disculpó y le dijo que ya le quedaba poco para terminar. Ella, por su parte, le advirtió que no le gustaba comer sola, que no tenía ni idea de dónde había sacado esa conclusión y que agradecía que se demorara un poco para desayunar juntos. Así lo hicieron, al menos disfrutarían de ese momento de paz hasta que comenzaran a tirar millas y parar y visitar, y entrevistar y vuelta a empezar.

Durante el desayuno, después de que Liam consiguiera tragar el mazacote de pan con manteca de cacahuete que se había metido en la boca, decidieron que, debido al constante problema de circular con la autocaravana en las grandes ciudades, lo mejor sería comprar bicicletas eléctricas para recorrerlas. Desde luego, no escatimarían en gastos. Si la productora los jodía, ellos joderían a la productora. Además, no tenían por qué enterarse; pasarían los gastos como dietas o algo por el estilo. Claro que Liam puso impedimentos; eso de verse subido a una bicicleta en vez de a un coche clásico americano no le gustaba ni pizca. Pero tuvo que darle la razón a la fotógrafa cuando le recordó que en ese momento se trataba de ser prácticos y no podían perder tiempo alquilando un coche en cada pueblo. Además, el documental exigía que fueran en caravana.

Así, marcharon hacia el centro de San Luis y se subieron al Gateway Arch, construido en la década de los cincuenta. Se trataba del monumento artificial más alto de Estados Unidos, así

como del arco más alto del mundo. Estaba a orillas del Misisipi y se podía subir en un teleférico interno desde donde se tenían unas vistas increíbles de la ciudad y el río. Esto les permitió hacer una exposición de la ciudad sin tener que recorrerla entera. Por suerte, el día anterior, poco antes de llegar a San Luis, decidieron visitar una de sus grandes atracciones: el Old Chain of Rocks Bridge, un antiguo puente cerrado al tráfico, aunque no al público, que en su momento marcaba la frontera entre los Estados de Illinois y Misuri.

Así concluyeron su visita a la gran ciudad. Liam no podía apartar los ojos de la fotógrafa mientras pedaleaban: se veía cómoda, libre cabalgando sobre dos ruedas, como si ese fuese su lugar favorito en el mundo. En un momento dado, la muy loca soltó el manillar y abrió los brazos a los lados, silbando no supo qué canción de un tal Chanquete. Algunos mechones de su pelo flotaban detrás ella, creando un arco iris que hipnotizaba al reportero. Los labios de la muchacha mostraban la más sincera de las sonrisas, sería muy sencillo quedar atrapado en esa consecuencia de sortilegios inocentes. Si bien, todo se fue al garete cuando cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, sin dejar de pedalear. ¿Acaso no veía el peligro?

Con el corazón en un puño después de haberle dicho decenas de veces que pusiera las manos en el manillar y recibir como respuesta un «Aprende a divertirte, Inglesito», llegaron al *camping*. Colgaron sus bicis en la parte trasera del vehículo y se dispusieron a recorrer la etapa de ese día con muchas ganas y una energía rebosante, debido a la rapidez con que habían concluido en San Luis, aunque a Liam le costó un poco hacer desaparecer aquel entrecejo arrugado después de tener el estómago hecho un nudo durante un buen rato. Su compañera de viaje era una insensata, pero una insensata que no dejaba de arrancarle sonrisas.

Lo más grandioso de hacer millas en esa etapa era la forma en que la carretera seguía bastante fiel al tramo antiguo de la ruta. Vieron tiendas de *souvenirs*, la mecedora más grande del mundo, grandes señales con el logotipo de la Ruta 66 pintadas en el suelo, donde se hicieron fotos muy ingeniosas; comieron en Steak´n Shake, abierto desde 1962, donde de nuevo la esencia de los *dinners* de antaño se respiraba en cada pulgada; más gasolineras y más carteles de neón; fotografiaron alguna carreta tirada por un caballo con varios *amish* subidos en ella. Pasaron por Cuba, Faning, Rolla y otro Springfield. Rodaron las únicas 13 millas de la Carretera Madre que pasaba por el Estado de Kansas, donde lo más interesante era un grupo de negocios, todos pertenecientes a las mismas dueñas, llamado 4 Women on the Route, que consistía en una tienda de *souvenirs*, gasolinera y restaurante rodeados de coches antiguos que simulaban ser los de cierta película de coches para niños.

Y entraron al Estado de Oklahoma, donde Liam, mientras conducía, con voz melancólica y mirada perdida en el horizonte, desgranó ante la cámara el relato conmovedor del éxodo masivo en las entrañas de los años treinta. A estas personas se les llamó *oquies*, granjeros que emigraron a California atravesando el país en medio del polvo y la incertidumbre, cuyos destinos se entrelazaron con los hilos de la Ruta 66, dejando un legado imborrable en su recorrido. Fueron familias rotas con vivencias únicas, transmitidas en susurros y suspiros, y que reverberan en cada rincón de la Ruta 66, hilando una melodía ancestral que perdura en los corazones errantes. En el mágico escenario de Oklahoma, jamás Liam y Alison pudieron llegar a imaginar que se

adentrarían en un viaje que trascendería lo meramente físico. Acompañados por los ecos de los *oquies* y sus almas valerosas, fueron custodios de un legado que desafía el tiempo. Cada paso, cada mirada en la vastedad del horizonte, les unía a esos destinos truncados y a las esperanzas renacidas.

Todavía con el eco de aquella genuina sensación recorriendo sus huesos, rebasaron Commerce, Miami, Afton y Catoosa, dejando atrás una multitud de monumentos, kilómetros de carretera e historias sin contar debido a la premura del viaje. No obstante, la ingeniosa fotógrafa se prometió encontrar la forma de darles voz.

Y por fin llegaron a Tulsa, tal y como habían previsto, con el cuerpo molido y con ganas de comer. Entraron en el Ollie's Station, un hermoso restaurante que simulaba ser una estación de tren, donde Alison quedó cautivada al observar la maqueta de tren que recorría todos los ángulos del techo mientras esperaba con anticipación a que le sirvieran sus exquisitos pancakes.

—Jamás en la vida he visto a alguien pidiendo *pancakes* para cenar.

—Para todo hay una primera vez —dijo Alison resuelta—; además, todavía es temprano para la cena, yo lo considero más bien una merienda tardía.

—A estas horas se estaría cenando en Inglaterra.

—Pero no estamos con tus colegas estirados, estamos en América y aquí está todo permitido, por algo se la considera la tierra de la libertad. Así que, amigo mío, esto es una merienda tardía. Podríamos llamarla *teanner* —entrecomilló con los dedos—, por eso de andar a camino entre *tea* y *dinner*, tal y como se ha hecho con eso del *brunch*. Además, no importa la hora: los *pancakes* siempre son bienvenidos.

Liam sonrió; Alison tenía cada ocurrencia… Y también algo de razón. Habían pasado el día en el camino, pero, gracias a la efectividad de su compañera y a su propia profesionalidad, habían conseguido estar fuera del vehículo solo tres horas, para las grabaciones y visitas turísticas. Y aunque estaba destrozado, con mareo y con una sensación como de ensueño, se sentía a gusto por un trabajo bien hecho. Si seguían así, podrían conseguirlo, si bien estaba seguro de que acabaría loco de remate.

Trajeron sus pedidos y los ojos de Alison se clavaron en las tortitas como un gato que se encuentra frente a unos langostinos; Liam casi la vio bizquear, miraba su comida con tal deseo que le entraron ganas de pedirle un poco. Fue entonces cuando su subconsciente, como si no tuviera control sobre su propio cuerpo, levantó el tenedor y lo acercó al plato de Alison, quien abrió los ojos sorprendida y dio un manotazo rápido a la mano de Liam, mirándolo con una clara advertencia en su rostro: «Ni se te ocurra tocar mis *pancakes*, Inglesito». Liam sonrió abochornado a la vez que divertido, mientras se hacía el inocente y Alison le hizo un gesto con su cuchillo como advertencia.

Una vez dejaron bien definidos los términos de su cena, pasaron el tiempo hablando sobre lo que habían visto y, sobre todo, sentido, tratando de organizar en sus mentes cómo lo iban a plasmar. Por supuesto, Alison le volvió a repetir que lo dejara todo en sus manos, que no tenía de qué preocuparse.

Recordaron la visita a Gary Parita Sinclair Station en Paris Springs, y lo amable que fue el

hombre que cuidaba de aquella fiel réplica de la que fue la primera gasolinera que ocupó ese mismo lugar y que en su día sufrió un incendio. Gary Turner fue quien la reconstruyó y, tras su fallecimiento, su familia se hizo cargo de mantener su legado. Allí vieron objetos de la época, fragmentos de cines, coches antiguos, neveras; un batiburrillo de basura mítica, toda concentrada en un lugar que cualquier amante de la ruta consideraría tesoros muy preciados. Recordaron cuánto se rieron al dejar sus nombres plasmados en la cerca donde ya había otros.

También alabaron los murales de ciertos pueblos, la manera en que estaba plasmada la historia, ya fuera sobre la ruta, el éxodo o los indios. Al recordar aquel mural tan precioso sobre los nativos, Alison le contó a Liam acerca del Ed Galloway´s Totem Park, un parque lleno de tótems indios gigantes muy coloridos y labrados, que le mostró en su teléfono después de una rápida búsqueda en internet. Esto llevó a Alison a hablar acerca de las reservas indias.

—Aquí, en Tulsa, hay alguna reserva india; si tienes ánimos, me gustaría ir.

—No sé, Ricitos de oro, la verdad es que estoy muy cansado —dejó el tenedor sobre el plato vacío.

—Pero te va a encantar —pronunció como una niña pequeña—. Te lo prometo, ni te imaginas lo que es.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Sonrió al ver la ilusión en sus ojos—. ¿Es para el documental?

—Puede ser para el documental… —puntualizó coqueta mientras le metía un trozo de *pancake* en la boca a un asombrado Liam, quien sabía que lo hacía para sobornarlo—. O solo para nosotros, para distraernos.

—¿De qué se trata? —preguntó mientras masticaba.

—*Nop*. —Hizo como si cerrara una cremallera imaginaria sobre su boca—. Prefiero darte una sorpresa.

Liam dejó escapar el aire, todavía no había empezado a conversar y ya había aceptado. Dios, ese *pancake* estaba delicioso.

—Solo una cosa, ¿tenemos que ir en bici? Tengo el culo molido.

—No, Inglesito —traviesa, le tocó la punta de la nariz—, esta vez podemos ir en la autocaravana.

* * *

Antes de llegar al destino, se dieron una ducha rápida y se cambiaron de ropa a algo más apropiado. Liam no tenía ni idea de a dónde iban, solo contaba con las directrices de Alison, que se resumieron en «Ponte algo decente, ni muy elegante, ni muy chabacano». A veces la fotógrafa lo sorprendía con cada palabreja que le dejaba una sonrisa en los labios por un largo rato; a saber qué era eso de «chabacano». No obstante, por un lado, aunque odiaba no saber cuál era su destino, sobre todo después de tantas horas de viaje, todo se lo perdonaba si eso les permitía salir de ese minúsculo habitáculo por un tiempo, sin tener que hacer grabaciones ni prepararse mentalmente un discurso ante la cámara. Lo malo era no tener ni idea de qué llevaría puesto,

pero la cara con que lo había mirado Alison, esa cara de alegría e ilusión por darle la sorpresa, merecía pasar el sinsabor. Finalmente, se decidió por unos, cómo no, pantalones chinos oscuros y una camisa blanca de lino; si era un lugar donde debía vestirse elegante, no estaría mal, luciría con una elegancia despreocupada, y si era un lugar más casual, simplemente remangaría las mangas para darle un toque relajado. Y así estaría listo.

Para brindarle algo de privacidad a la fotógrafa, Liam se ofreció a sacar a pasear a los perros antes de ir adonde fuera que iban y así ella podría vestirse sin la incomodidad de tener que aligerar en tanto le robaba el espacio de su habitación.

Lo que Liam desconocía es que, con cada detalle de ese tipo, estaba haciendo que su corazón inquebrantable fuera poco a poco derritiéndose y que, a esa atracción física, que ambos obviamente tenían, se sumara otra más profunda; una que no quería sentir, pero que, gracias a esos gestos, detalles y paciencia, el Inglesito se la estaba ganando más allá de lo deseado.

Al poco rato, Alison abrió la puerta de la caravana, dejando que la música, evidentemente española, envolviera el ambiente y bajó para advertir al periodista que ya podían arrancar motores. El presentador contuvo un segundo la respiración: estaba preciosa. Si alguien le hubiera dicho alguna vez que consideraría esa manera de vestir como la más absoluta perfección, se habría reído sin parar durante días. Llevaba puesto un vestido rojo, de nuevo en la línea años 50, superajustado, que le llegaba por debajo de la rodilla; en la parte de arriba como adorno había cosidos un par de hileras de botones forrados con el mismo tejido, y un escote cuadrado que dejaba parte de su pecho a la vista, ese busto bien formado donde en un momento determinado había fantaseado con dejar varios besos; las mangas eran cortas y subían por sus hombros hasta terminar en un cuello de camisa. Su pelo de colores estaba moldeado a la perfección y en sus pies lucía unos tacones negros estilo *peep toe*, abiertos por delante y con una tira gruesa como único adorno sobre sus dedos. Sería interesante verla andar con ellos. Pero lo que más llamó la atención fue la manera en que su pelo de colores y sus tatuajes encajaban a la perfección en aquel conjunto. Estaba *sexy*, sensual; ¡demonios!, era muy atractiva, tanto como para desear caer en la tentación.

Ante tal escrutinio, Alison le sonrió; sabía que estaba guapa. Se había puesto el vestido para él, para que viera que no solo podía vestir de cualquier manera y andar en zapatillas. Por supuesto, en su mente no cabía la posibilidad de cambiar sus *looks* por nadie, ni pensarlo. Solo quería demostrarle que ella encajaba en ese coqueto vestido y que ese modelo encajaba perfectamente con ella.

—Cierra la boca, Inglesito.

—Dios, Alison, estás… —contuvo el aliento un instante— preciosa.

—Gracias. Tú también.

—¿También estoy precioso? —levantó una ceja, travieso.

—Ja, ja, ja, ya sabes a lo que me refiero.

Liam fue hacia ella, la tomó de la mano y la hizo girar sobre sí. Las curvas de su cuerpo iban a ser su perdición.

—¿Pasé la prueba? —preguntó presumida.

—Ya lo creo que sí, tanto como para recordarte y reiterarte mi deseo de invitarte a una cita.

Queriendo parecer molesta, Alison apretó los labios y lo observó un segundo con los ojos entrecerrados, se giró sobre sí y dijo dando un par de pasos hacia el vehículo:

—Olvida lo de la cita, no tenemos tiempo que perder. —Giró la cabeza para encararlo y mostrarle una sonrisa picarona—. Venga, dejemos de alabar nuestra obvia belleza y pongámonos en marcha, que se nos va a hacer tarde.

La fotógrafa parecía muy resuelta, pero nada más lejos de la realidad. La forma en que la había mirado el presentador, esa manera de recorrer cada centímetro de su cuerpo, cómo había observado cada detalle… la había hecho pensar en dejar de lado la visita que tenía programada para ver hasta dónde los llevarían esos juegos. Y es que Liam estaba guapísimo, no sabía si lo había hecho a conciencia, pero esos botones de su camisa desabrochados hasta la altura del pecho, dejando entrever el principio de unos pectorales bien formados, le hicieron palpitar cierta zona erógena que estaba deseosa de atenciones desde que prácticamente lo vio por primera vez. ¡*Oh, my God*, qué bueno estaba el Inglesito!

Tenía muy claro en su cabeza que el sentimiento era mutuo y que en el momento en que ella diera el primer paso, el reportero la seguiría encantado. Pero ¿a qué situación los llevaría eso? Necesitaba estudiar más a fondo las consecuencias, esclarecer sus ideas y tener claro si Liam buscaba en ella solo un rollo pasajero o le gustaba para algo más. Esto la guiaba a entender que eso mismo necesitaba dilucidar consigo misma: ¿le atraía el Inglesito solo para usarlo como atracción durante el viaje o para largo plazo?

Jamás le diría que sí a una cita sin tener una respuesta.

Fue por eso por lo que, tras coger a Teddie y Diddie en brazos, se sentó en el puesto de copiloto para dar por zanjado aquello que había pasado.

Ya en la carretera, Alison comenzó a tararear la canción que sonaba.

—Tienes gustos muy dispares, Ricitos de oro.

—*Sip*, me gusta todo tipo de música. Pero, no sé, hoy… donde vamos… Bueno, tenía ganas de escuchar un poco de música española.

Liam se tomó unos segundos para prestar atención a la letra de la música. En realidad, le costaba lo suyo poder seguirla, pero logró alcanzar a entender algunas partes.

—Es una canción bastante profunda, aunque también alegre. Parece pura poesía.

—Lo es. Manolo García escribe unas canciones maravillosas, llenas de sentimiento y mensajes. Confieso que se me eriza la piel cuando me pierdo en sus letras.

—Todavía no me has contado cuál es tu relación con España.

—Mi madre es española. Estuve viviendo allí hasta hace unos años. Supongo que ahora me preguntarás cómo es que hablo inglés. Es por mi padre. Vivimos en Sevilla durante mucho tiempo. Allí conocí a Luján.

—Sevilla… ¿Andalucía?

—Exacto, Inglesito. Me sorprende que sepas dónde está.

—Bueno, creo que te dije que mi madre también es española…

—Ah, de ahí tu relación con Luján. Por fin comprendo que conozcas el idioma tan bien —lo

interrumpió.

—Mmmmm, supongo que se me entiende. —Se encogió de hombros y prosiguió—. En resumen, mis padres y yo íbamos de visita a España de tarde en tarde. Me sorprende que no hayamos coincidido en casa de mi prima.

—Pues sí.

Quizá el hablar de España hizo que Alison se sintiera incómoda, puede que el echar tanto de menos esa tierra hizo que se le encogiera un poco el alma y quiso cambiar de conversación.

—¿Te gusta el flamenco?

—Bueno… yo… en realidad no lo entiendo. Me parece que hay muchos alaridos y gritos.

—¡Alaridos y gritos! Eso es inconcebible. Te voy a poner un buen flamenco. ¿Y quién mejor que Camarón de la Isla? Escucha, Inglesito, y flipa.

Los tonos de una guitarra majestuosamente tocada llenaron el habitáculo de notas que denotaban alegría y jolgorio. Liam sabía apreciar la buena música, pero, en cuanto al flamenco, había dicho la verdad: no tenía ni idea. De repente, la voz rota y potente de un hombre rasgó los velos del aire que los rodeaba y el vello de sus brazos despertó como si siempre hubiesen estado dormidos. No dijeron nada durante los minutos que tardó la canción en acabar y, cuando terminó, Liam se tomó su tiempo mientras Alison le mostraba el desvío a tomar.

—Eso ha sido… Fufff, vaya voz.

Durante el resto del trayecto, Alison le explicó quién había sido el cantante hasta llegar a su destino: un casino. Liam no podía dar crédito a ese descubrimiento que agradecía hasta el infinito y más allá. No es que fuera aficionado a las apuestas, aunque como buen inglés solía decir «Te apuesto que...» y luego llevarlo a cabo, pero eso era algo muy diferente a dejarse el sueldo del mes entre maquinitas tragaperras, ruletas y juegos de cartas. Si bien, le gustaba el hecho de cambiar de ambiente, de poder pasar un rato distendido gastando unos dólares rodeados de algo más glamuroso que los *dinners* y las tiendas de *souvenirs*. Él estaba guapo, ella estaba preciosa, ¿por qué no beber champán y pasar unas horas de relax lejos de aquella locura de viaje, aún a sabiendas de que al día siguiente se arrepentirían?

Liam dio por hecho que el primer control de entrada no los dejaría pasar, debido al vehículo con el que circulaban. Sin embargo, cuando los pararon y vieron a Alison, no mediaron palabra, solo abrieron el palo y continuaron su camino. Extrañado, observó a Alison un segundo y esta le sonrió.

—¿Qué será lo que realmente escondes? —preguntó divertido.

Alison sonrió de oreja a oreja, pero no añadió nada.

Aparcaron la autocaravana en la zona más alejada del estacionamiento para evitar que los perros se pusieran nerviosos por el bullicio. Al bajar, Liam abrió la puerta de su compañera y, caballeroso, la ayudó a bajar. Alison, complacida, se agarró de su brazo y así fueron dejando atrás el *parking* mientras la fotógrafa le mostraba imágenes del tal Camarón a un Liam bastante curioso, uno en el que al parecer había surtido efecto el embrujo del flamenco, hasta llegar al casino.

—Bien, Ricitos de oro, creo que ya es hora de que me digas qué tiene que ver este casino con

las reservas indias. No pienses que me he olvidado de lo que me dijiste.

—Ahora lo sabrás. Solo te diré que, para tu información, hace ya rato que estamos en una reserva india.

Escéptico, Liam arrugó el cejo en tanto miraba a los lados. No sabía lo que había esperado, puede que alguien vestido con pieles y plumas, pero ¿un casino?, eso sí que no.

Desde la entrada se escuchaba alto y claro el sonido de las máquinas y las monedas cayendo. El olor a tabaco era fuerte y todo estaba repleto de luces de neón, de carteles invitando al juego y que anunciaban espectáculos y próximas aperturas de mesas de cartas para personas exclusivas; es decir, aquellos a los que les gustaba apostar alto.

—¡Que me aspen! ¿Alison?

Con una gran sonrisa, Alison miró al hombre que se acercaba a ella con premura desde la zona de la escalera.

—Oh, Peter, qué alegría verte —dijo mientras se fundían en un gran abrazo.

—Pero, mírate, qué bonita estás. —Aquel hombre alto, de piel rojiza y rasgos pronunciados, que además contaba con una belleza supina, la hizo girar sobre sí, tal y como había hecho Liam minutos atrás, y este último decidió que aquel tipo ya le caía mal—. Hoy todo el casino estará pendiente de ti, me vas a hacer perder dinero.

—Ay, no seas tonto —lo golpeó suavemente en la pechera de su chaqueta—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, todo sigue igual desde la última vez que te vi.

—Entonces estamos bien. —Peter afirmó, cómplice, con la cabeza, como si entre ellos sobraran las palabras. Liam carraspeó un poco, incómodo por la manera en que el tal Peter miraba a Alison y viceversa—. Espera, que te presento: Peter, él es Liam; Liam, este es Peter, un gran amigo mío y el gerente de este casino.

—Un placer, señor Peter.

—El placer es todo mío. Si vienes acompañando a esta hermosa mujer, eres bienvenido.

Anduvieron un poco hacia la primera zona de apuestas y se sentaron en una mesa desde donde el gerente apremió a un camarero que les abriera una buena botella de champán para brindar por el regreso de su amiga. Mientras esperaban, Alison le comentó acerca del documental que estaban haciendo, lo cortos que andaban de tiempo y su intención de hacer algo diferente, por lo que ni corta ni perezosa preguntó a Peter si podía ayudarla con algo. Peter era un hombre lleno de ingenio y con ganas de que su comunidad creciera, que fuera escuchada. Liam, de tarde en tarde, también participaba en la conversación, ese tonteo que había entre los dos no le gustaba nada. De lo que tenía ganas era de coger a Alison como si fuera un neanderthal, cargarla sobre su hombro y alejarla de ese tipo que no paraba de mirar su escote y comérsela con los ojos, mientras ella reía sin parar mostrando su preciosa sonrisa y ese brillo en los ojos que tanto deseaba que solo fuera dedicado a él.

De repente, uno de los camareros se acercó y le dijo algo al gerente, quien, tras una disculpa, prometió que volvería en unos minutos y se marchó, dejándolos solos con la botella y un Liam un poco enfadado.

—¿Se puede saber qué te pasa? No paras de mirar raro a mi amigo —preguntó molesta entre

dientes, mientras seguía mostrando una sonrisa hacia fuera.

—En todo caso, es él quien mira raro, especialmente tu escote —respondió Liam, también escondiendo su enfado tras una muestra de sus dientes.

Alison giró la cara hacia él, sorprendida por sus palabras.

—¿En serio, Liam? ¿Celoso?

—No son celos, solo me hace estar incómodo —contestó con retintín.

Alison permitió que una carcajada explotara en su boca.

—¿Seguro?

—Pues claro que estoy seguro —evidenció pedante, molesto y claramente incómodo por la manera en que hacía tamborilear los dedos sobre la mesa—. Lo que pasa es que el muy baboso no se corta ni un pelo a la hora de mirarte los pechos. —Dejó caer los párpados hacia allí un segundo, carraspeó y volvió a acomodarse en la silla—. ¿Es que no te sientes incómoda?

—Para tu información, aunque realmente no creo que sea de tu incumbencia, Peter es un gran amigo mío y no echo cuenta a si me mira las tetas o los ojos. Entre él y yo ya está todo hablado.

—No me puedo creer que converses sobre ello con ese descaro —la miró asqueado—. Seguro que es un amigo con derecho a roce.

Alison abrió los ojos cuanto daban de sí, el Inglesito tenía todas las papeletas donde se rifaba un buen guantazo en toda la boca y, además, con la mano bien abierta.

—Yo no he dicho tal cosa. No me ofendas, Inglesito —advirtió entre dientes, enfadada.

—Hey, ¿qué pasa por aquí? ¿Discusión de enamorados? —preguntó Peter, poniendo una mano amigable en el hombro de cada uno de ellos.

—Para nada, Peter, solo se trata de diferentes puntos de vista. Además, eso de enamorados… Olvídate, aquí no hay nada de eso. —Movió la mano entre ellos y dio un generoso sorbo a su copa.

—¿No? Vale, vale, está bien —dijo levantando las manos a los lados—. Volviendo a lo que me habéis comentado: si os parece bien, podéis emborracharos y jugar cuanto queráis. Os he abierto un pequeño crédito de bienvenida.

—Oh, Peter, no tenías por qué —apretó la mano de su amigo en señal de agradecimiento.

—Eso ya lo decido yo. —Sonrieron—. Y más tarde podéis venir a casa a pasar la noche. Ya le he dicho a María que estás aquí; y mi madre y ella están locas por verte.

—Por lo que más que una invitación, es una obligación.

—Me temo que así es.

Cuando Peter se fue, Liam dejó muy claro que prefería dormir en la autocaravana mil veces, incluso en la calle si hacía falta, antes que ir a la casa de ese pervertido, donde su mujer no tenía ni idea de su comportamiento. A eso añadió otras tantas excusas para no tener que ir al domicilio de ese hombre que estaba devorando a su Alison… Eeeehhh, a Alison, perdón. Le recordó que no podían dejar a los perros toda la noche solos, a lo que la fotógrafa repuso que María adoraba a los animales; también dijo que no habría sitio suficiente para todos, a lo que su compañera abdujo que tenían una gran mansión con tropecientas mil habitaciones y baños. Llegó un momento en que las excusas se acabaron y Alison se llevó al Inglesito a rastras hacia el bingo y

las ruletas, dejando pasar aquellos comentarios incisivos acerca de su amigo y su defecto de mirar escotes de mujeres. Era una discusión inútil que nada positivo les reportaría.

Pasaron un par de horas divirtiéndose, tiempo de bebida, apuestas y las historias que Alison le iba relatando acerca de la reserva de los indios osage. En aquel territorio, una especie de barrio amplio colindante a la gran ciudad, los nativos contaban con sus propias leyes, sus policías y, sobre todo, su propia soberanía. Era una especie de país aparte que se gobernaba solo y en el que su mayor ingreso económico provenía de los producidos por los casinos y todo el complejo que se había desarrollado a su alrededor, ya que el juego estaba prohibido en el Estado de Oklahoma. A Liam toda aquella historia le estaba fascinando, era increíble cómo aquellos indios que habían sido echados de sus propias tierras siglos atrás, de la manera más cruel, ahora se habían aprovechado del sistema, reclamando derechos y alzándose como una etnia libre que hacía y deshacía a sus anchas.

No faltaron los momentos tensos, aquellos en los que el alcohol había hecho que se pusieran cariñosos, coquetearan y cruzaran miradas ardorosas, especialmente cuando Liam, desinhibido, invitó a Alison a bailar mientras se tomaban la última copa antes de dar por terminada la visita al casino. El grupo invitado tocaba bachata, una música ligera con tintes románticos que el presentador, para sorpresa de Alison, sabía bailar a la perfección. Le agradó la manera en que la mano de aquel hombre se ajustaba a su cintura, la forma delicada en que abrazaba su mano y la intensidad con que había anclado sus pupilas en sus ojos, haciéndola sentir la mujer más bella y especial del mundo. A medida que pasaban más tiempo juntos, ese sortilegio se iba cerrando más a su alrededor, atrayéndolos, juntándolos, uniéndolos más allá del amor. Liam acercó más su cara, dejando sus labios cerca de los de ella, unos labios pintados de un intenso color carmesí que lo habían tenido hipnotizado gran parte de la velada y a los que había fantaseado robar un beso en más de un instante, pero ahora estaba pidiendo permiso y con gusto Alison se lo habría dado si no supiera que eso desembocaría en una equivocación. Estaban bajo los efectos del alcohol y tal vez podrían arrepentirse después, por lo que, evitando hacerle la cobra, apoyó la cabeza sobre el pecho varonil que tan dulcemente olía.

Liam recogió y respetó el mensaje, aunque no por ello estaba de acuerdo. ¡Demonios! Entre ellos ya había nacido esa atracción y ahora lo único que hacía era crecer y crecer, convirtiéndose en frustración por no verse saciada. Sentía que, de algún modo, Alison era esa parte que lo completaría, esa que le haría ser mejor persona, por mucho que le continuaran chirriando sus tatuajes, ese pelo de colores y cierta forma de ser que jamás habría vuelto a perdonar en otra persona. No sabía cómo lo lograría, pero se juró a sí mismo que se ganaría su confianza. Porque, a pesar de las diferencias que existían entre ellos, Liam sabía que eran esas mismas peculiaridades las que lo atraían irremediablemente. Para su propio asombro, los tatuajes en su piel eran como símbolos misteriosos que lo invitaban a explorar cada uno de ellos y el cabello de colores era el lienzo donde se dibujaba la expresión de su alma libre y audaz. Cada aspecto de su personalidad, aunque contrapuesta con la suya, le recordaba que la vida está llena de sorpresas y que el amor no entiende de convencionalismos.

Al salir del casino, sonó el timbre de entrada de mensaje en el teléfono de la fotógrafa. Esta lo

sacó entre risas embriagadas, pero su expresión cambió instantáneamente cuando vio lo que fuera que había visto. Liam quiso echarle una ojeada, pero ella fue rápida y lo apartó, regañándole por su osadía. Miró a todos lados con el ceño fruncido y un gesto de suma preocupación; luego frunció los labios y entrecerró los ojos y después de soltar un «¡y una mierda que te comas!» al aire, se colgó una sonrisa maliciosa y continuó andando hasta que el chico del *parking* los paró y les informó que el señor Peter le había encomendado ser él el que condujera hacia su casa. Así, le dejaron sus llaves muy agradecidos, ya que estaban un poco mareados, y se sentaron a la mesa de la cocina. Alison, después de echar varias ojeadas preocupadas a través de la ventana, por fin se deshizo de los tacones y entabló una conversación con el chico, a quien también conocía y se alegró de volver a ver. Fue así como Liam se enteró de que acababa de terminar la universidad y que, después de tanto estudiar, había decidido tomarse un año sabático alejado de los libros, pero no del trabajo.

Para Liam todo aquello era algo muy diferente a lo que se había imaginado en cuanto a una reserva india. Quizá esperaba encontrarse con un poblado lleno de tipis y hogueras, con indios danzando alrededor de ellas. No obstante, según el chico, hacía poco habían construido un *spa*, renovado la cancha de baloncesto y realizado otras mejoras importantes para su desarrollo. Además, lo que veía a su alrededor era un barrio normal y corriente, con sus casas, comercios y demás infraestructuras que lo hacían un pueblo como cualquier otro.

Finalmente, llegaron a la casa de Peter y, como Alison había anticipado, quedaron deslumbrados por la magnificencia de una imponente mansión de ensueño. La entrada los recibió con una mezcla cautivadora de grandiosidad y misterio. Un amplio patio central se desplegaba ante ellos, como un escenario encantado que les invitaba a adentrarse en un mundo distinto.

En el centro del patio, una fuente de mármol blanco emanaba delicadamente sus cristalinas aguas, creando un suave murmullo que acariciaba sus oídos. Las flores exquisitamente dispuestas a su alrededor, con sus colores vibrantes y fragancias embriagadoras, parecían haber sido pintadas por la mano de un artista celestial.

Mientras sus miradas se alzaban, quedaron maravillados por los tapices que adornaban las altas paredes de piedra. Cada uno contaba una historia fascinante, tejida con hilos de pasado y presente, desplegando en su intrincado diseño los símbolos ancestrales de la comunidad indígena. Las imágenes cobraban vida, transportándolos a épocas remotas y despertando en ellos una profunda conexión con la historia y la esencia de aquel lugar sagrado.

Era como si el tiempo se detuviera en aquel patio encantado, y Liam y Alison se encontraron inmersos en un ambiente de misticismo y belleza indescriptible. La mansión de Peter se revelaba como un refugio de magia y esplendor, donde los sueños se entrelazaban con la realidad y los corazones se abrían a las posibilidades infinitas.

Una chica joven los sacó de su embelesamiento al darles la bienvenida e informarles de que los señores los estaban esperando. De ese modo, los condujo hacia la parte trasera, atravesando unos cercados desde donde se percibía un olor profundo a ganado. Sin embargo, todo estaba en silencio. Siguieron por un sendero alumbrado por antorchas que salpicaban su recorrido hasta que giraron una pequeña construcción. Frente a ellos, aunque todavía alejada, se vislumbraba una

imponente hoguera rodeada de personas de todas las edades, sentadas a su alrededor. A medida que se acercaban, pudieron observar que en sus rostros se aposentaba un rictus severo: nadie hablaba, todos miraban en la misma dirección. De entre ellos, un hombre levantó la mano para indicarles que se sentaran a su lado. Era Peter, quien, acto seguido, indicó a otra mujer que dejara espacio. Al ir acercándose, comenzaron a entender a qué se debía esa solemnidad, pues la voz de una anciana envolvía aquel círculo.

Se acomodaron sobre unas mantas, entre Peter y una señora que Liam dedujo era su esposa, por la manera en que saludó a Alison. No hablaron, solo se abrazaron, mientras la voz de la anciana proseguía su narración como si nada estuviese pasando a su alrededor. Algunos cabecearon con medias sonrisas a Alison, otros ni la miraron. Y otros, a su vez, echaron vistazos hostiles hacia el periodista.

Poco a poco se fueron relajando, sintiendo cómo aquel círculo les daba la bienvenida, acogiéndolos, aunque no como a sus iguales, pero sí lo suficiente como para que la sensación de intrusión se desvaneciera. La voz de la anciana penetró en ellos, impregnando sus sangres de una manera especial, mágica e incuestionable. Hablaba en un idioma ancestral que solo los miembros de aquella comunidad entendían. Desde su posición, les llegaba aquella voz ajada, el paso de los años no había sido benévolo con ella, para muestra estaban sus muchas arrugas, esas que se veían más pronunciadas por las sombras que la hoguera provocaba al danzar hacia el cielo. Agradecieron el cálido abrazo del fuego, ese que lamía aquellas partes de piel desnuda de manera delicada y constante.

—… cientos de nuestros hermanos morían sin sentido. —Peter, sentado entre Liam y Alison, comenzó a traducir entre susurros lo que la anciana estaba diciendo. Tal y como la señora narraba, así lo hizo él, su semblante uno que caminaba entre la derrota, el odio y la sed de venganza, más un enorme respeto por lo que se contaba—. Ya nos habían arrebatado las tierras, relegándonos a una región estéril donde esperaban que pereciéramos. ¿Qué más querían de nosotros? Sin embargo, aceptamos este desafío como un regalo. Los indios somos parte de la tierra, de las llanuras y colinas y rogaríamos al Espíritu de la Naturaleza por misericordia para poder obtener el sustento que nos mantendría con vida. No obstante, aquella fortuna que inicialmente creíamos enviada por el Gran Espíritu resultó ser el comienzo de una nueva plaga peor que la viruela. Sin embargo, el seno de la tierra, al fin y al cabo, no era tan estéril como se creía, sino que en su interior guardaba el mayor tesoro que cualquier hombre pudiera desear: el oro negro. Ese petróleo que nos otorgó riquezas y lágrimas en igual medida. —La anciana cerró los párpados por un momento para contener las lágrimas de las que hablaba, y luego tomó aire mientras elevaba orgullosamente el mentón.

»El cara pálida regresó, desposándose con nuestras mujeres, y nosotros lo permitimos, pues eran nuestros custodios, aquellos sin los cuales nuestros hijos no podrían acceder a aquella abundancia que en realidad solo nos pertenecía a nosotros. —Guardó silencio por un momento, recorriendo con la mirada a todo el círculo mientras continuaba hablando con una ira contenida —: Abrimos nuestras puertas al lobo asesino para poder seguir viviendo. «Guardianes del indio» los llamaban, como si nosotros no supiéramos defendernos, solo que no nos dejaban hacerlo. Nos

tenían maniatados —gesticuló con sus manos—, controlados bajo el influjo del agua de fuego, vejados como habían hecho con nuestras tierras, contaminando el aire, cazando sin permiso, violando a la naturaleza una y otra vez; arrebatándonos toda esperanza. —Apretó los labios y luego mostró un amago de sonrisa triste.

»De ser repudiados, pasamos a vivir en mansiones, luciendo enormes diamantes alrededor de nuestros cuellos, paseando en automóviles y empleando a los blancos como sirvientes. Pero eso no les agradó. El hombre blanco era demasiado orgulloso, demasiado egoísta como para permitir que un piel roja disfrutara de una vida de tal magnificencia. —Exhaló ruidosamente por la nariz y una expresión de profundo hastío se dibujó en su rostro. Repugnancia ante aquellos recuerdos.

»Todo empezó con aquel que no tenía pasado, no tenía nombre ni riqueza. Un hombre europeo que solo buscaba ser libre junto a los indios, ser acogido como uno más. Así lo hicimos, confiando una vez más en la nobleza del ser humano por encima del color de su piel, obviando todo el daño que habían hecho muchos años atrás, cuando atracaron sus barcos en nuestras orillas, tiñendo las claras aguas del Misisipi con el color de la muerte. —Frunció los labios más fuerte, con la clara intención de buscar fuerzas para continuar.

»William Hale, pues así se hizo llamar ese… hombre —pronunció la frase con ironía—, fue acogido y se casó con una hermosa india; luego llegaron otros, quienes continuaron tomando como esposas y esposos a miembros de nuestras familias. Su poder creció tanto que en estas tierras se le conocía como «el rey de las colinas de Osage». —Sin querer ni poder evitarlo, escupió al suelo, gesto que fue acompañado por otros.

»Sin embargo, todo empezó a volverse extraño cuando comenzaron las desapariciones: amigos que partían de viaje y no regresaban, hijos e hijas que se convertían en un enigma de la noche a la mañana. —Meneó la cabeza en señal de dolor ante la tragedia.

»Lo más impactante fue lo ocurrido a la familia de la inolvidable Mollie Burkhart, casada con otro europeo, con quien tuvo dos hijos, y junto a quien conforme su familia aumentaba así lo hizo también su fortuna. Uno a uno, sus parientes fueron asesinados, todos osage, ningún blanco. Primero fue Henry Roan, primo de Mollie, luego una de sus hermanas murió envenenada, otra fue disparada y la última murió en una explosión ocurrida en su propia casa. Todo era muy extraño, tanto como que la salud de ella misma se estaba tambaleando. Sentía que el Gran Espíritu reclamaba su presencia antes de lo debido para que volviera a ser parte de la tierra sagrada.

»Asustada, en secreto, pidió audiencia para ver al Gran Consejo Osage y les expuso lo que estaba sucediendo, haciéndoles entender que no podía tratarse de simples casualidades y que algo oscuro se cernía sobre ellos. Las grandes voces le informaron que ya habían contratado detectives hacía tiempo, pero que el fruto de estos no estaba siendo satisfactorio. Mollie insistió y les recordó lo que antaño había pasado, recordándoles que aún seguían bajo el yugo de los caras pálidas. ¿Quién sabía lo que podría estar pasando? Si eran hombres que no respetaban a la madre tierra, ni al aire, ni al agua, ¿qué se podía esperar de ellos?

»El Gran Consejo deliberó sobre aquello y llegó a la conclusión de que debían hacer algo. Consiguieron la ayuda de una nueva organización llamada Buró de investigaciones, la cual tenía

jurisdicción en todo el territorio norteamericano, con la salvedad de que solo informaban a Washington. Fue así como un tal White logró infiltrar agentes que se hicieron pasar por *cowboys* e incluso vendedores ambulantes. No fue asunto fácil, pero, al final, el Gran Espíritu intervino y lograron destapar una red de conspiraciones que salpicaba directamente a Mollie Burkhart.

»Toda raíz podrida nacía del rey, el tal William Hale, ese magnate todopoderoso que tenía a nuestro pueblo engañado. Se había presentado como un hombre en quien se podía confiar, alguien que luchaba por los derechos de aquellos a quienes consideraba sus iguales, los osage. Sin embargo, él había urdido el plan para acabar con todos nosotros. Su traición nos golpeó como un hacha contra un duro cráneo. —Continuó hablando, golpeando con fuerza una sola vez su propio pecho—: Había sobornado a médicos, forenses, policías y políticos para que cegaran sus ojos ante esos crímenes y los que quedaban por llegar. El propio Ernest Burkhart, sobrino de Hale y marido de Mollie, era uno de los instigadores, siendo él mismo el que poco a poco estaba envenenando a su esposa. La pobre india tuvo que aceptar que unos de los grandes conspiradores y asesinos era su marido, con quien había creado una familia.

»Sin embargo —prosiguió orgullosa—, la sangre osage que corría por sus venas le dio el valor para asistir a los juicios y asimilar que fue en su propia casa donde se urdieron algunos de los planes más diabólicos contra sus hermanos de sangre y raza. Así, constató que el «rey de las colinas de Osage» tenía como único propósito enriquecerse con el petróleo, por lo que urdió un plan que consistió en casar a todos sus parientes con las mujeres indias, para luego asesinarlas y quedarse con sus tierras por la vía de la herencia. Fue un duro golpe para Mollie, quien subsanó su pena al pensar que lo único importante era que la carta blanca para matar indígenas había terminado y que quizá las pérdidas que había sufrido marcaban el fin de años de codicia, guerras y muertes. Quizá el Gran Espíritu por fin había recordado a su pueblo, apiadándose de sus hijos, los osage.

»Aquella fue la última guerra india contra los caras pálidas, pero, como siempre, habían arrasado con todo —con pena, señaló el entorno—: el petróleo ya había caído en manos del hombre blanco, y los pieles rojas, salvajes según nos llamaban, habíamos sido diezmados. —Dejó pasar unos segundos durante los cuales respiró profundamente varias veces. Luego, mirando uno a uno a los asistentes, pronunció con ese orgullo tan característico—: Hermanos y hermanas, en esta noche estrellada nos reunimos frente a la sagrada hoguera para recordar a aquellos valientes que lucharon por nuestra existencia. No debemos olvidar sus luchas, esas que hoy nos brindan el alimento que sacia nuestro hambre. No debemos olvidar sus sacrificios, aquellos que sufrieron sin piedad, porque un piel roja tenía menos valor que una roca.

»En este momento sagrado, estamos en la obligación de recordarlos y rendirle honores, de danzar en armonía alrededor del fuego purificador y de invocar al Gran Espíritu de los valles y ríos. Que nuestros votos sean renovados una vez más, fortaleciendo nuestra conexión con el cosmos, mientras mantenemos viva la sabiduría ancestral que nos ha sido transmitida. Alzad vuestros gritos al cielo y bebed de la unión con la naturaleza como Madre Suprema.

La voz de la anciana se apagó como la llama de una vela que se consume, sus últimas palabras quedaron suspendidas en el aire.

Lo que allí se había contado había dejado a todos en silencio. Algunos aún mantenían la mirada fija en el rostro de la anciana, otros tenían las pupilas clavadas en el baile del fuego, y los menos echaban miradas reprobatorias hacia Liam, ese hombre blanco que había sido testigo de esa ceremonia y esa verdad que, sin ser protagonista, sentía como nacida de él mismo, una traición imperdonable por mucho tiempo que pasara.

La anciana pidió a la esposa de Peter que la ayudara a levantarse, se pudo de pie con su ayuda y la de un bastón que la mujer del otro lado le ofreció. Una vez de pie, dio varios golpes secos con el callado sobre la tierra y los osage llenaron la noche de gritos y alaridos. Las mujeres sacaron de algún lado plumas con las que adornaron el pelo de los varones; aparecieron hachas y machetes, y entre clamores y bufidos, las mujeres les pintaron la cara con ungüentos que mezclaban en cuencos de barro. Liam miró a Alison un segundo, quien le sonrió como diciendo: «Esto sí que merece la pena». Los hombres, uno tras otro, según iban estando listos, se acercaban a la anciana para presentarles sus respetos y luego incorporarse a la danza que poco a poco iba rodeando la hoguera.

Liam observó cómo Peter miraba a la anciana, quien hizo un gesto de asentimiento hacia el reportero. La esposa de Peter, presentada por Alison como María, se acercó a ella y le entregó un cuenco. Alison inclinó la cabeza en señal de respeto, se giró hacia Liam y, sin pedir permiso, pintó su rostro, mientras María colocaba algo en la cabeza del hombre. El ungüento estaba frío, más bien helado, pero su piel agradecía la temperatura debido al calor emanado por la hoguera. No entendía por qué los estaban pintando; durante la ceremonia, algunos de los asistentes lo habían mirado con no muy buenas intenciones, sus pupilas habían sido recriminatorias. Ni siquiera entendía por qué Alison se lo hacía. Una vez listo, la anciana le indicó que se acercara. Abrumado, miró a Alison, María y Peter, quien asintió con una sonrisa en los labios.

Aquel corto camino que tuvo que recorrer hasta llegar a la anciana se le hizo eterno; durante esos pocos segundos, el silencio se apoderó de la congregación, todos pendientes del extranjero, alguien foráneo que no tenía ni idea de cómo, por qué ni qué se esperaba de él.

Cuando llegó a su destino, pudo comprobar que la anciana aún tenía más arrugas de las que pensaba. Su pelo era gris, aún abundante, y lo tenía trenzado tras su espalda. Sus labios estaban hundidos, era obvio que le faltaban algunos dientes, y estaba algo encorvada. Sin embargo, supo, cuando clavó sus ojos en él, que en su momento debió de ser una mujer imponente, de carácter y un porte que cualquier reina envidiaría. Los ojos de la señora eran oscuros, profundos, en ellos se podía adivinar que vivían los espíritus de muchas vidas pasadas. Todo el mundo esperaba, conteniendo el aliento, esperando un gesto, una decisión. Y Liam, sobrepasado, solo se atrevió a hacer lo mismo que había visto realizar al resto de hombres: primero inclinó su cabeza y luego hincó una rodilla en el suelo. Sintió el calor de la mano de la anciana cerca de su coronilla mientras pronunciaba palabras antiguas que sintió cómo perforaban su piel.

El público soltó el aire en sincronía y el ambiente una vez más se completó con alaridos y pies descalzos pisando la tierra. Liam se puso de pie, no sabía qué había pasado, la anciana le sonrió.

—Bienvenido a mi hogar —dijo en un perfecto español.

Liam frunció el ceño, no sabía que los indios hablaran español. Mil veces había recorrido la

tierra en sus viajes y nunca había tenido conocimiento de aquello. Alison apareció a su lado y la anciana le sonrió, invitándola a acercarse para abrazarla. Fue un abrazo largo y sincero.

—Ay, mi niña, has estado mucho tiempo ausente.

—Sí, doña Florentina, tiene usted razón en regañarme.

—Siempre serás bienvenida a estas tierras.

—Lo sé, y yo siempre las amaré como mías.

Ambas mujeres juntaron sus frentes en tanto cerraban los ojos.

María volvió a abrazar a Alison y Peter se puso al lado de la señora mayor.

—Liam, ella es mi madre, doña Florentina.

El reportero no sabía qué hacer, ya le había presentado sus respetos, pero al ver que la presentación era algo más semejante a lo actual, le tendió la mano en forma de saludo. La anciana se la estrechó y continuó haciéndolo mientras hablaba, con energía y sin pausa:

—Me ha dicho mi hijo que es usted periodista.

—Así es, señora.

—Y que está recorriendo la Carretera Madre con Nutria del río.

—Eeehhh… sí, supongo que sí —dijo indeciso mientras echaba una rápida ojeada hacia Alison. Una Alison que le sonrió ante lo que acababa de descubrir, una Alison que se divertía al ver que la anciana todavía seguía meneando la mano del reportero.

—Espero que sepa respetar lo que ha presenciado aquí —le advirtió con severidad.

—Sí, sí, por supuesto, lo haré. No diré ni una palabra —juró amedrentado, sintiendo cómo la anciana apretaba un poco más de lo esperado su mano, lo que hizo que sus pequeños huesos se quejaran. ¡Demonios, qué fuerza tenía!

—Al contrario, quiero que lo tenga en cuenta.

—¿Eh?

—No quiero que nuestras raíces caigan en el olvido.

—De acuerdo, pero no he traído la cámara, yo…

—No se preocupe, eso no será necesario. —La señora le mostró una sonrisa sincera y por fin retiró la mano, y continuó hablando mientras Liam se masajeaba la suya—. Ahora vaya a divertirse, yo ya soy mayor para bailar, pero gozaré observando cómo aprende.

De repente, alguien tiró de él y se encontró revuelto entre un grupo de hombres y mujeres, quienes le urgieron a seguirlos bajo la luz de la luna. Liam fue reticente, pero, al ver que Alison estaba a su lado, decidió seguirlos.

—¿Adónde vamos?

—Inglesito, vamos a buscar peyote.

—¿Peyote? —preguntó alarmado—. ¿Eso no es una droga?

—El hombre blanco lo considera una droga —contestó animosa—, el piel roja lo toma como medicina para el espíritu.

Escéptico, levantó una ceja.

—Lo llames como lo llames es una droga y no creo que esté interesado en llegar a esos extremos. —Dejó de andar, evidentemente enfurruñado—. Mañana hay que volver a tirar millas.

—Liam —jovial y paciente, Alison lo tomó de las manos—, mañana todavía queda en el futuro. Vive el presente: si quieres hacerlo, hazlo; si no, puedes quedarte junto a la hoguera. No todo el mundo está preparado para este tipo de vivencia.

—¿Tú sí? —la encaró.

Como si hubiese estado agarrando un hierro candente, Alison soltó sus manos, algo furiosa por aquello que el periodista quería dar a entender. Estaba más que harta de los ataques por sus escrúpulos, por lo que sus palabras salieron como dagas afiladas de entre sus dientes.

—Liam, yo no te juzgo si te quedas, por lo que te pido que tú no me juzgues, ni a mí ni al resto —lo enfrentó a su vez, mostrando la rabia que le habían provocado esas dos únicas palabras en forma de pregunta—. Llevas la cara pintada, de tu pelo cuelgan varias plumas; estas personas te han abierto su corazón, al punto de poder recorrer sus tierras como uno más, y ni siquiera te conocen. No los decepciones con tus típicos prejuicios —pronunció esto último pinchándole con un dedo en el pecho y se separó de él.

Comenzó a caminar sola hacia la oscuridad de la noche. Miró alrededor, cada uno iba a su aire penetrando entre matorrales, cactus y algún que otro árbol.

—Debes escuchar al viento —dijo una muchacha india que se había parado al lado del presentador, quien se había quedado observando a Alison alejarse—. Déjate guiar por aquello que te señale el camino, cualquier animal puede ser tu guía, incluso el sonido del agua o la luz del cielo. No tengas miedo, yo estaré cerca de ti y, cuando lo hayas encontrado, te ayudaré a rezar para luego conectar con él, cortarlo y regresar.

El reportero volvió a mirar en la dirección por la que se había ido su compañera. De ella solo quedaba el recuerdo de sus palabras. Miró a la muchacha, una bella nativa americana que le sonreía con sinceridad, y asintió decidiendo vivir esa aventura, a entender por qué Alison vivía la vida sin pensar en el futuro. Quizá se estaba perdiendo algo. Deseaba comprenderla más allá de escucharla todos los días, de observarla cuando estaba callada, de reír ante sus ocurrencias. Y no sabía cómo explicarlo, pero quería sentir que el peyote podría guardar alguna respuesta, a pesar de los motivos que habían dado paso a la discusión con su compañera.

Entendía las preguntas y reticencias del Inglesito más de lo que él pudiese llegar a imaginar, pero no le gustaba que pudiera llegar a ser grosero. Le habían abierto las puertas de sus tierras y su hogar, habían compartido con él, alguien extraño, una vivencia familiar única. Doña Florentina era muy celosa de sus raíces, y cada cierto tiempo reunía a toda la familia para compartir las historias que sus padres le habían contado, y a ellos sus abuelos, y así siglos atrás. Ella misma había sido testigo de algunas reuniones. Conocía a Pedro, aunque se hiciese llamar Peter en el casino, desde hacía algún tiempo. Cuando se quedó sola después de lo del innombrable, una serie de sucesos la llevaron hasta él y su familia. La acogieron, la mimaron y la bautizaron mediante ritos ancestrales. Sabía mucho sobre esa comunidad y no podía permitirse estar tan cerca y no ir a verlos, por eso intentó convencer al Inglesito de hacer un esfuerzo más al terminar la jornada. Sabía que encontraría a Pedro en el casino, jamás olvidaría su cara de sorpresa al verla. Sí, Liam tenía razón: efectivamente, le había tirado los tejos. Era un indio muy

apuesto, pero, cuando aquello pasó, ella no quería saber nada de los hombres. Luego Pedro se casó y María y ella se hicieron muy buenas amigas, punto y final.

Mientras recorría el camino, fue haciendo un ejercicio de meditación, abriendo sus sentidos, dejando que su espíritu la guiara durante la noche, permitiendo a Nutria del río ocupar su lugar. Recordó la expresión en el rostro de Liam cuando giraron el edificio y contempló la hoguera y a todos esos nativos escuchando con solemnidad a la anciana. Tan metido estaba en la narración que no fue consciente del momento en que comenzó a hacer fotos. Aquella familia estaba acostumbrada a ver a Alison con una cámara en la mano, por lo que no le echaron cuenta. Los ojos de Liam eran dos preciosas piedras azules en donde en sus pupilas las llamas de la hoguera se reflejaban con coraje. Las sombras dibujaron ángulos en su rostro, en ocasiones distorsionándolo hasta presentarse un rostro salvaje, lejos de aquel niño mimado, aquel hombre que estaba acostumbrado a que se lo pusieran todo por delante. Podía haber pasado por el semblante de un cazador: la dureza de sus rasgos en las sombras lo dotaban de ese atractivo.

Sus pies se pararon y el vello se le erizó. Solo tuvo que agacharse y entender que su peyote estaba al alcance de su mano. No llamó a nadie, sacó su teléfono y alumbró la superficie de la tierra. Allí estaban, no eran muy grandes, tres de ellos del tamaño de una canica cada uno. Les cantó tal y como le habían enseñado, les agradeció y los cortó a ras del suelo. De su bolsillo sacó unos dátiles y nueces, y los esparció junto a un poco de café molido alrededor.

Cuando regresó, los mayores ya se habían marchado. La hoguera seguía encendida y las mantas todavía estaban esparcidas por el suelo. Peter salió del edificio más cercano portando en sus manos una especie de tambor. Los jóvenes fueron llegando y tomando asiento alrededor del fuego. Liam también lo hizo, riendo por algo que estaba hablando con Trisha. Los celos mordieron fuerte en su estómago; sabía que aquella india no respetaba nada y era obvio que el Inglesito le interesaba.

Alison se apartó a un lado para dejar espacio al reportero y que se sentara junto a ella. Este observó su invitación mientras Trisha miraba por un segundo a Alison, sonrió de lado e indicó a Liam que se pusiera a su lado. El periodista volteó la cabeza y sonrió una vez más a su nueva amiga, aceptando el ofrecimiento de inmediato.

La fotógrafa echaba chispas, ¿cómo se atrevía? La muy zorra sabía muy bien lo que estaba haciendo y el muy… el muy… vengativo, también.

Su historia con aquella india venía de tiempo atrás, cuando llegó a la comunidad hecha una verdadera pena. Al parecer no le gustó que los familiares les prestaran más atención que a ella. Luego estaba aquel chico, un tal Mateo, quien, según Trisha, era su novio, aunque él opinara lo contrario, y que la dejó por probar oportunidad con Alison. ¿Y qué culpa tenía ella de que al chaval se le fuera la cabeza? En su momento, le dejó muy claro que no tenía intención de comenzar nada con nadie, que no estaba interesada y que no perdiera el tiempo con ella. La india se enteró y se puso tan celosa que le montó una *bonita* escena en medio de una de las reuniones que hacía doña Florentina. Fue vergonzoso ser testigo de la manera en que se puso en evidencia. Después de aquello, la fotógrafa se marchó y no regresó hasta ese día.

Trisha no había olvidado, y mucho menos perdonado. Era evidente, no había que ser muy

avispada para darse cuenta. Lo que no entendía era por qué había elegido al Inglesito, no era su pareja. Todos allí se habían enterado de que solo trabajaban juntos. Pero esa manera de mirarla, aquella sonrisa maquiavélica, esa forma de acercarse a Liam. Vio cómo se aproximaba y le susurraba algo oído. Odió aquella manera en que ese mechón de pelo rozó la piel desnuda de la cúspide de sus pectorales; aborreció la forma en que el Inglesito se reía por aquello que le había dicho; y despreció con toda su alma cómo le guiñó un ojo de vuelta. La muy… la muy zorra le estaba poniendo la mano sobre el muslo y él la miró y…

—¿Puedo sentarme aquí contigo?

—Eeehhh… Sí, claro.

Liz la sacó de la espiral de desprecio en la que había caído gracias a esa tipa que estaba sobando al periodista sin contarse un pelo.

—Hacía mucho tiempo que no venías por aquí. Te hemos echado de menos. —Liz apretó su mano. Alison la miró y afirmó con una sonrisa triste en los labios.

—Sí.

Su amiga le devolvió una sonrisa comprensiva e indicó con el mentón hacia donde estaban Liam y Trisha sentados.

—Ella nunca te ha perdonado. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya me he dado cuenta, pero está equivocada. Entre Liam y yo no hay nada.

—¿Seguro?

Alison miró a Liz por un segundo.

—¿Quién le ha pintado la cara? —preguntó, con la clara intención de dejar la respuesta obvia en el aire.

Alison abrió mucho los ojos, solo las parejas o familiares pintaban los rostros a sus hombres.

El tambor comenzó a sonar y junto a él, Pedro empezó a entonar un canto en aquella antigua lengua de sus ancestros. Todos guardaron silencio. La hora del viaje había llegado.

Etapa 3



Estados de Oklahoma y Texas:
De Tulsa a Amarillo

Alison iba tumbada en la cama mientras Liam conducía con una canción de Camarón de fondo. Dios, le había dado bien fuerte la vena flamenca y empezaba a arrepentirse de haberle mostrado las dotes vocales del cantante. Lo que no sabía es que hasta él mismo estaba sorprendido.

Después de lo visto aquella mañana, apenas se dirigían la palabra. La verdad era que hasta mirarlo le provocaba unas ganas tremendas de cruzarle la cara, aun sabiendo que no tenía ningún derecho a hacerlo.

Todavía no podía creer que le hubiera hecho aquello. ¿Cómo había sido capaz de comportarse de esa manera?

—Alison, en algún momento tendrás que bajar de ahí. Debemos ponernos a trabajar.

Ni siquiera se molestó en contestar. No le apetecía ni respirar el mismo aire. Ojalá pudiera irse, salir de allí, correr. Huir. Para qué engañarse usando otras palabras, estaría encantada de huir y no regresar jamás. Esa era la única forma en que podía asegurarse de proteger su corazón.

¡Joder! Lo había sabido todo ese tiempo, se lo había repetido mil veces. Había luchado contra esos sentimientos que habían estado creciendo en su interior como una plaga, pero había fallado. Se habían apoderado de ella, habían dejado su alma expuesta. A pesar de haber evitado sus labios, de haberse negado a dar el paso debido a su inseguridad, su corazón pedía clemencia y gritaba en su interior que se dejara llevar.

Menos mal que no lo había hecho, su razón había estado en lo cierto: el Inglesito era un sinvergüenza. Igual al innombrable: bonito por fuera y podrido por dentro.

«¿Ves?¿Ves que estabas equivocado?», reprochó a su propio corazón. «Nunca más volveré a hacerte caso».

Se giró en la cama, no quería llorar, pero esa maldita lágrima escocía en sus ojos y su garganta se apretaba como si una mano enemiga intentara estrangularla.

—Alison, por favor, no seas infantil. Podemos hablar sobre ello… o no. Como tú quieras, ¿vale? Lo que está claro es que tenemos que comenzar a trabajar.

Alison continuó sin hablarle. No era capaz ni de sentarse a su lado, su propia voz la molestaba, mucho menos pasar todas esas horas viendo su cara a través de la cámara. El Inglesito le pedía

un imposible.

El vehículo dio pequeños tumbos, haciendo que Alison se tambaleara en la cama. Arrugó el entrecejo, extrañada. El coche se había parado y la música había dejado de sonar. Escuchó cómo se abría y cerraba la puerta del piloto, para luego colarse el aire por el umbral de entrada de la autocaravana.

Liam estaba de pie en el espacio que quedaba entre la cocina y la mesa, mirándola con los brazos puestos en jarras.

—De aquí no nos movemos hasta que te portes como una adulta y me digas qué te pasa.

—Ooojjjj… —respondió Alison, echándose hacia atrás y tapándose los ojos con el brazo.

—Ni ooojjj ni aaajjj. Voy a preparar un té y luego nos sentaremos a resolver lo que sea que te pasa conmigo.

—No necesito un té, ¡necesito mi *Greaselightning*! —gritó, harta de todo.

—¿Tu qué? Mira, mejor dejémonos de tonterías. Ricitos de oro, te doy un minuto para que bajes; si no lo haces, subiré a por ti.

A Alison se le levantó un lado del labio, formando una sonrisa camino entre aburrida y cínica. No se atrevería a subir hasta ahí.

—Me gustaría ver cómo lo haces.

—De acuerdo.

Liam se acercó a la escalera y puso un pie en el primer peldaño, luego otro y otro, hasta tener a Alison tan cerca como para echarle la mano encima.

—Está bien, está bien —dijo echándose hacia atrás, tratando de evitar que la atrapara—. Ya bajo, pero no me toques.

La expresión de desprecio y asco con la que lo había dicho y mirado impactaron en el periodista como un arpón envenenado. Extrañado, le dejó espacio y bajó para terminar su té mientras hacía memoria. Por más que pensara, no comprendía qué había pasado, qué había hecho mal, porque era evidente que algo había tenido que hacer para que Alison se comportara de esa manera con él. De otro modo, solo estaría más callada de lo normal, pero trabajando.

¿Y pensar que esa mañana se había levantado con la mejor de las sonrisas, dispuesto para un viaje en coche de «apenas» seis horas?

Miró de reojo a la fotógrafa, ya estaba bajando.

Puso dos tazas en la mesa y se sentó a esperar que decidiera sentarse. No tomó su té ni tampoco se acomodó. Liam indicó con una mano que lo hiciera, pero ella negó vehemente con la cabeza, tenía los brazos cruzados fuertemente, una señal inequívoca de protección contra él. Bien, debía ir con cuidado.

—¿Quieres que te alcance la taza de té?

Negó con la cabeza.

—Mfmmfmmm… —El periodista se apoyó en el respaldo mientras abrazaba su bebida con ambas manos—. De acuerdo. Dime qué he hecho y, por favor, sé directa. No me gustan esos rollos de dar vueltas y vueltas a la misma cosa sin llegar a ninguna parte.

Alison lo miró con ojos despiadados.

—Con que sabes que has hecho algo.

—En realidad no tengo ni idea. —Frunció el ceño—. ¿No te irá a bajar la regla?

Después de que el rostro de Alison demudara en una expresión de sumo desprecio, se giró para regresar a su cama, bastante enfadada por ese comentario de machito estúpido.

El reportero fue tras ella lo más rápido que pudo. Sabía que esa pregunta había estado fuera de lugar, pero es que Alison tenía el poder de sacarlo de quicio en el momento que se lo propusiera.

—Está bien, está bien. —La agarró del brazo con suavidad—. Perdona, he sido un idiota, no debí comentar algo tan…

—¿Asqueroso?, ¿denigrante?, ¿machista…? —preguntó indignada mirándolo de reojo.

—Sí, sí. Todo eso y más. —Tiró suavemente de ella para enfrentarla—. En serio, perdona.

Alison lo miró y en sus ojos pudo entender que su disculpa era real.

—Pero, Ricitos de oro, te prometo que por más que lo pienso, no sé qué he hecho —comenzó a hablar dando vueltas y pasos por el reducido espacio; era evidente que aquello lo había sacado de su zona de confort y no sabía cómo enfrentarlo—. Yo solo fui contigo al casino, luego me llevaste con tus amigos, que por cierto en algún momento me contarás cómo es que los conoces y te tratan como familia; si hasta tienes un nombre indio… En fin, luego asistimos a la reunión, cosa que me encantó, y después me obligaste a comerme ese peyote.

Asombrada, Alison abrió la boca ante lo que había dicho.

—No, no, Inglesito, ¡no te equivoques! —advirtió moviendo las manos, demostrando así su irritación—. Yo no te he obligado a nada. ¡Tú te lo metiste en la boca solito! Lo que yo te dije fue que era tu decisión —puntualizó—, que nadie te iba a juzgar como tú lo estabas haciendo con ellos.

—¿Y por eso estás tan enfadada?

Alison negó con la cabeza.

—¡Pues no lo entiendo! —protestó, irritado y confuso—. Ponte en mi lugar: tengo prejuicios, lo admito, es uno de mis grandes defectos, y te prometo con la mano en el corazón que estoy trabajando en ello. Y la verdad es que reconozco que gracias a ti estoy intentando superarlo. Pero, volviendo al asunto, no creo que haya faltado al respeto a nadie. Solo te lo dije a ti, nadie más me escuchó. Me pintaste la cara, llevaba plumas en la cabeza, durante la ceremonia soporté cómo algunos de tus amigos me miraban con malas intenciones —enumeró— y desde entonces hasta ahora no he dicho ni una palabra al respecto. Porque entiendo el dolor que supone rememorar esos recuerdos, más aún cuando alguien que tiene el color de la piel de aquellos que les hicieron daño está presente en algo tan íntimo. Yo no pedí ir, me llevaste y sin explicación alguna —manifestó de manera irrefutable—. Que si sorpresa e historias… y yo te dejé hacer. Confié en ti, pero tú no confías en mí —indicó—. ¿Por qué?, ¿eh? ¿Por qué? Dime lo que he hecho para poder subsanarlo.

Por la cara de la fotógrafa pasaron todo tipo de expresiones, desde la ingenuidad hasta la incomprensión, el dolor y la necesidad de digerir todo lo que le había dicho.

Con cautela, se acercó a la mesa y se sentó sobre el respaldo del sillón. Tomó la taza de té entre las manos. Aunque no era aficionada a esa bebida, estaba tan calentita que decidió darle un

sorbo. Al momento, su estómago rugió de gusto.

Repasó todo lo que le había dicho y en cada punto era correcto darle la razón, no podía echarle nada en cara. El Inglesito se dejó llevar, se dejó hacer y siempre con buen ánimo. Para no saber adónde iba, con sus prejuicios y todo, se había portado de diez.

Todo radicaba en lo que había ocurrido esa mañana…

—La vi salir de la autocaravana.

—¿A quién, a Diddie? —preguntó sentándose de nuevo.

—A Trisha. La vi salir esta madrugada de aquí. —Alison apenas mostraba expresión.

—Ah, con que es eso…

—Eso. Solo espero que no usarais mi cama, aunque dudo mucho que llegarais a subir la escalera.

—Alison, no. Me parece que estás equivocada, yo no… nosotros no…

La fotógrafa dejó salir el aire que había contenido de forma ruidosa. Y en su boca se aposentó una media sonrisa presuntuosa.

—Supongo que ahora me dirás que no lo hicisteis. Que solo entró para acompañarte.

—Pues, en realidad, no es eso exactamente, aunque…

—Mira, déjalo —pidió hastiada—. Para ser honestos, no tienes que darme ningún tipo de explicación. Tú no eres nada mío, así que…

—No soy nada tuyo porque no me dejas —confesó.

Alison lo observó, otro lobo con piel de cordero.

—Por favor, Inglesito, no digas nada que me pueda hacer daño. Yo… no… no lo soportaría.

Se bajó del respaldo y fue a mirar por la ventana de la cocina.

—Alison…

La fotógrafa se dio la vuelta, harta ya de tanta tontería, de que los hombres se rieran de ella, jugaran con sus sentimientos como si no valieran nada. Y lo enfrentó, descargando sobre él lo que pensaba. Si él no había tenido cuidado, ella tampoco se andaría con delicadezas.

—Conozco a los hombres como tú —rabiosa, le indicó con el dedo índice y comenzó a hablar sin apenas tomar aire—. ¡Hombres presentables, de buenos modales, intachables, a los que no se les puede reprochar nada, pero mientras te están abrazando levantan la daga para darte una puñalada por la espalda!

—No me conoces, así que eso no lo puedes afirmar —contestó a su vez el reportero, cansado de la situación.

—¡No me hace falta conocerte para afirmarlo!

—¿Quién anda con prejuicios ahora?, ¿eh?

—Yo no ando con nada. Me limito a lo que me has demostrado.

—¿Que es…?

—¡Que no respetas ni tus propias palabras!

—Estamos empezando a dar vueltas al asunto y no me gusta.

—No te gusta, ¿verdad?

—No. Estoy aquí intentando saber qué pasa y no eres clara. Creo que estoy aguantando el

chaparrón que a mí no me pertenece. ¡¿Quién te ha hecho tanto daño como para que ahora te comportes como una arpía?!

Alison le dio un guantazo sin pensar, sin ponerlo en una balanza. El sonido del golpe resonó en el interior del vehículo y el silencio pesado se apoderó del espacio. Los ojos de la fotógrafa se llenaron de lágrimas, una mezcla de ira y tristeza. ¿Qué se había creído? ¿Que podía hablar de su vida con tanta confianza? ¿Que podía opinar y dar por sentado?

Liam se levantó con las manos cerradas en puños a los lados de su cuerpo. Su impulso inicial fue responder, defenderse de alguna forma, pero se detuvo a tiempo. Fue a decirle algo, pero lo pensó mejor, abrió el grifo del agua fría y se la echó en la mejilla; luego llamó a los perros, les puso la correa y salió del vehículo sin mirar atrás.

¿Qué había pasado?

Se fue con los perros por el arcén, era bastante grande con que no había peligro para Teddie y Diddie, ni para sí mismo. Tenía que poner distancia entre Alison y él, no entendía ni una palabra de lo que había dicho, de qué era aquello de lo que le hacía responsable.

Dejó su mente en blanco, no tenía ganas de pensar. La experiencia con el peyote había sido magnífica, estaba contento por haberla realizado, quería darle las gracias a Alison por haberlo de algún modo animado, pero lo que podía haber sido uno de los mejores despertares y días de su vida se había transformado en una verdadera pesadilla, algo que olvidar, cuando lo único que quería era recordar.

No había tomado mucho peyote. Según la costumbre, debías consumir lo que encontraras, pues el Espíritu dictaminaba cuánto era necesario para cada uno. Según le dijo Trisha, él tuvo suerte, ya que encontró una buena pieza, pero a la hora de consumirlo no quiso tomarlo todo y se decantó por solo un bocado; el resto lo compartió con otros. El ritual del peyote le impresionó sobremanera: esos cánticos, el sonido del tambor, las llamas del fuego, el calor de la hoguera. No creyó que hubiera una mejor manera de experimentarlo que en compañía de esas personas. Fue un buen viaje, algo para recordar el resto de su vida. Se vio a sí mismo como un ente que observa al resto de humanos, contempló y comprendió sus propios defectos de una manera que sabía nunca podría haber llegado a entender y, sobre todo, a aceptar, pues esto último era el siguiente camino en el que debía trabajar. Fue una ensoñación íntima, intensa, repleta de colores y formas imposibles de explicar. Fue fuerte, directo, sin piedad, lo necesario para entender que el amor al prójimo era indispensable, la empatía necesaria, y que todo comenzaba con el amor a uno mismo; sin esto último, sería imposible llevar el resto a cabo. Era incapaz de explicarlo de otra manera, el groso solo existía en su alma y solo ella lo comprendía.

Estaba tan contento… y ahora todo se había ido al traste.

—Liam.

Frente a él estaba la fotógrafa con los ojos enrojecidos. Había estado llorando, otra vez, por su culpa, una que todavía no entendía.

—De verdad, Alison, no lo entiendo. Yo estoy intentándolo, te lo juro, intento comprender qué pasa.

—Yo… —Quedó muda al notar la marca de sus dedos en la cara del Inglesito. ¡¿Qué había

hecho?!

El presentador la miró resignado.

—Solo dilo, Ricitos de oro. Suéltalo, no te preocupes por lo que pase después.

—Es Trisha —confesó, dejando a un lado esas emociones que la carcomían por dentro y el hecho de que Liam aún considerara darle una oportunidad. ¿Por qué a veces era tan perfecto?

—¿Otra vez Trisha?

—Sí, es ella. —Suspiró—. La vi salir de la caravana y no sé, me he sentido… —Miró hacia la carretera, nerviosa.

Liam la tomó de la barbilla y la obligó a enfrentarlo.

—Dilo.

—¡Traicionada! —dijo asustada—. Y sé que no tengo derechos, yo no soy nada tuyo y tú no eres nada mío, pero hemos hablado, tonteado… Me da mucha vergüenza… —confesó mientras estrujaba sus propias manos—. Creía que entre nosotros… En fin, obviamente, ha sido una equivocación. —Se mordió el labio.

—Escúchame bien. —De nuevo le levantó su barbilla con el dedo y la agarró de los brazos—. Eso que supones no es verdad, entre Trisha y yo no ha pasado nada.

—Liam, no me mientas, por favor —rogó, alejándose unos pasos—. Además, de verdad que el error es mío por obligarte a tener esta conversación.

—Alison, no ha pasado nada. Después de la hoguera y el… no sé cómo describirlo: supongo que viaje espiritual. Yo tenía la necesidad de pensar, de estar a solas y me fui a la autocaravana. Cuando vine a darme cuenta, ya era casi de día, me había quedado dormido y alguien estaba aporreando la puerta; creí que eras tú, pero al abrir resultó ser Trisha. Me trajo no sé qué menjunje para después de lo del peyote, dijo que me ayudaría a superar el recorrido de hoy y a sobrellevar las cosas mejor… No sé si me explico…

—Digerir lo vivido.

—Exacto. Pero con Trisha no hubo nada; por favor, debes creerme.

—Pero yo la vi, Liam. Cuando salió del vehículo, yo estaba despidiéndome de Pedro. Ella me miró y sonrió de esa manera suya, como si insinuara que había pasado la noche contigo.

—Y lo hizo. —Alison arrugó la frente sin entender—. Mientras realizaba mi viaje, ella estuvo conmigo. Recuerda que me dejaste solo. —Aquella realidad hizo daño a Alison, ella lo había dejado solo, al parecer también tenía culpas que expiar—. Confieso que todo ese asunto me causaba inquietud, por lo que acepté su compañía, pero solo durante la hoguera.

—Me cuesta creerte y lo siento, pero mi pasado, Connor, él… Antes de irme a dormir en la habitación que María me había preparado, Trisha me dijo que estabas en la autocaravana y me dio a entender que estabas esperándola.

—Eso no es verdad. Ahora te toca a ti hacer un esfuerzo para creerme.

Alison tomó aire profundamente y luego lo soltó de la misma manera, buscando el coraje para vomitar aquello que había callado y por lo que aún hoy en día se avergonzaba como si hubiese tenido la culpa.

—Debería creerte, conozco a Trisha, pero tú… La verdad es que me cuesta hacerlo, mi pasado,

el innombrable. Él… no puedo. Me gustaría contártelo, pero solo recordar lo que ocurrió me da ganas de vomitar, se me encoge el estómago… No sé si puedes llegar a entenderme. Odio a aquella mujer que permitió aquello. Me gustaría poder expresarlo, pero en estos momentos es superior a mí. Ese bastardo me hizo mucho daño, logrando que no me fíe de los hombres como…

—¿Los hombres como yo, quieres decir?

—Lo sé, es un fastidio. Pero no sé si se trata de eso, solo sé que no soporto el engaño y, aunque soy la persona más confiada del mundo, confieso que ante cierto tipo de situaciones no soy capaz de fiarme.

—¿Tanto daño te hizo?

Alison calló, bajó la cabeza y el llanto le sobrevino como un tsunami. Liam la abrazó con ternura, envolviéndola en sus brazos protectores. Ahora entendía tantas cosas, tantos momentos inconclusos, tantos «quiero» y «no puedo». Claro que la entendía, no hacía falta conocer la historia para comprenderla, pues sus propios fantasmas también estaban ahí, cada vez más presentes, manifestándose en forma de sombras y recuerdos. Y no sabía cuál era la razón, solo que, con el paso de los días, sus sentimientos estaban cada vez más expuestos y la presencia de Alison, su propia historia del pasado, reclamaba su atención. Ricitos de oro estaba, una vez más, apoyada en su pecho, una vez más llorando y por Dios que no podía soportarlo. No podía soportar pensar en lo que acababa de confesar: que odiaba a aquella mujer que un día fue. A su cabeza solo venían las ganas de besarla, de abrazarla bien fuerte, de prometerle que él nunca haría algo semejante, pero sabía que todas esas acciones serían erróneas. Ella tenía todo el derecho del mundo a llorar, a expulsar esa pena y a entender que no era su culpa, que podía ir con la cabeza bien alta. Lo único que podía ofrecerle era su apoyo incondicional y el respeto por su proceso de sanación.

Con voz suave y reconfortante, le fue entregando palabras de calma que ella recogía como el tesoro más preciado. Sabía escucharla, pero, sobre todas las cosas, sabía respetarla. Poco a poco, se fue relajando, las lágrimas dieron paso a leves estremecimientos, indicando un alivio momentáneo. Los perros, impacientes, tiraban de las correas, ansiosos por seguir su instinto cazador y perseguir a unos pájaros que revoloteaban cerca.

En ese momento, Liam se dio cuenta de que estaban en un punto crucial de sus vidas. Tenían el poder de enfrentar sus demonios internos juntos, de sanar y reconstruirse mutuamente. Pero, ¿realmente quería eso? ¿Siquiera estaba preparado?

Alison miró para arriba, le recordó al día del lago.

—Siento haberte dejado solo cuando lo del peyote. No fui una buena amiga. Pero, sobre todo, lamento haberte dado una bofetada —dijo con la boca pastosa—. No he debido hacerlo. Ha sido un impulso…

—Está bien, no importa… —La separó un poco y le limpió el resto de lágrimas con los pulgares.

—Sí importa. ¿Qué habría pasado si hubiese sido al revés?

Liam no quería entrar en esa conversación, así que le pasó el brazo por encima y comenzó a

caminar hacia el vehículo mientras los perros se negaban a ir tras ellos, deseosos de iniciar la caza.

—Pues…

—Es imperdonable.

—¿Quieres que te dé una y así estamos en paz? —dijo divertido dándole un pequeño toque en las costillas.

—Oh, no, no, mejor no.

—Sabes que era una broma, ¿verdad?

—Lo sé.

* * *

Comenzaron a trabajar, tratando de que ese día les permitiera llegar al destino pronto y así poder descansar en condiciones. Lo vivido la noche anterior fue algo mágico y ambos necesitaban contar con el tiempo necesario para poder meditar, digerir, aceptar y superar esa especie de resaca que arrastraban, mezcla de todo cuanto estaban viviendo: la ingesta de alcohol durante la boda y luego en el campo de béisbol, la adrenalina la noche de los pelícanos, el peyote en la reserva india y los cientos de kilómetros y visitas turísticas que realizaban durante el día. Si bien lo del peyote fue… algo muy diferente y así lo hablaron durante el camino, cada uno expuso su experiencia como pudo. Lo bueno es que, aunque de manera distinta, ambos habían vivido lo mismo, por lo que en la mayoría de las ocasiones las palabras sobraban.

Entre viajes espirituales, risas y unas cuantas lecciones sobre cómo realizar un buen *quejío* flamenco, visitaron el Heart of Route 66 Auto Museum. Pararon en Jonh´s Place, con la esperanza de poder entrevistar a esta leyenda obsesionada con todo lo que tuviese que ver con la Carretera Madre. Sin embargo, después de llamar a gritos al dueño, tuvieron que dar por imposible la visita. Aun así, tomaron fotos, especialmente les gustó una en la que se veía un automóvil saliendo por una de las ventanas del piso de arriba. Algo muy loco. Pararon en Pops, donde compraron varios tipos de sodas nunca antes vistas. La cara de asombro de Liam fue robada en una de las imágenes que Alison conservaría para siempre.

Continuaron visitando más gasolineras *vintage*, que poco a poco iban perdiendo su encanto. Se tomaron el gusto de visitar un museo de aviones y artículos espaciales que les gustó mucho, algo diferente con lo que romper la monotonía. Almorzaron en Lucille´s Roadhouse, donde incluso el Inglesito se permitió comer una hamburguesa con una *pink lemonade* de color azul. Entraron en el museo más importante de la ruta, el National Route 66 & Old Town Museums, donde disfrutaron largo rato de la reproducción de un pueblo americano, de las antigüedades de la época dorada de la ruta y la recreación más importante de cada Estado.

Pasaron por Sapulba, Stroud, Chandler, Arcadia, El Reno, Weatherford, Shamrock, y Groom, entre otros, y fantasearon con las imágenes que recreaban sus mentes al pensar en la cantidad de historias que albergaba la ruta, la cantidad de vivencias únicas de los millones de personas que la habían recorrido, los «te quiero», las peleas, las risas y enfados, las madrugadas y los

atardeceres, todos vistos y vividos de manera diferente, todos grabados en la memoria como algo único y personal. Hasta que llegaron a la entrada de Amarillo, donde pararon para tomar un «*Teanner*», como ya lo había bautizado Alison, antes de dar por concluido ese día e irse a descansar temprano.

Lograron aparcar cerca y se dieron una ducha rápida; bueno, Alison lo hizo, el Inglesito, en cambio, tardó eones en acabar. La discusión por el gasto de agua fue breve, pero existió. «¿Qué hacía allí metido tanto rato?», se preguntó otra vez la fotógrafa.

Entraron en el restaurante The Big Texan todavía discutiendo sobre el agua caliente. Los sentaron a una mesa y comenzaron a mirar el menú.

—Inglesito, cuando terminemos, quiero que me hagas unas cuantas fotos ahí fuera. ¿Has visto el tamaño de esa bota vaquera?

—Este lugar es increíble, creo que no puede haber nada más tejano que este restaurante.

Liam observó el alrededor. Sin duda, podría pasar por uno de esos *saloon´s* del Lejano Oeste, pero de mayor tamaño. Estaba repleto de mesas cuadradas y sencillas sillas, el suelo junto con los frisos de las paredes era de madera. Los camareros y la mayoría de los clientes llevaban sombreros vaqueros. Era increíble lo que todavía llamaba su atención el hecho de que a los americanos les fascinaba todo grande, cuanto más mejor. El cartel de la calle así lo demostraba, junto con una vaca enorme y un vaquero igual de gigante.

Finalmente, decidieron pedir unas costillas acompañadas de gajos de patatas con salsa barbacoa, y una ensalada americana de col, junto a un par de cervezas bien frías. Alison no comentó nada, pero le llamó la atención la nula queja por parte del reportero acerca de la simpleza de la comida.

—Hey, ¿por qué están esos relojes en la pared y la parte de esa zona parece un escenario?

—¿Eso?, pues es para… Ay, mira, hay alguien subiendo. Mejor lo ves por ti mismo, te va a flipar.

—¿Flipar?

—Ya sabes a lo que me refiero, Inglesito… ¡Joder, qué frío hace siempre aquí!

En aquella especie de escenario había colocadas unas pocas mesas y sillas, todas precedidas por unos marcadores donde se leía «60:00» en números digitales, puestos estos sobre la cocina que estaba abierta al público. El olor a filete y fritura estaba envuelto en cada rincón del restaurante. El ambiente general era festivo, un placer llegar a un sitio así después de un largo, accidentado y extraño viaje.

Un hombre corpulento subió al escenario y se sentó, restregándose las manos, nervioso. Seguidamente, un camarero le sirvió lo que parecía el bistec más grande que jamás habían visto, junto con otros platos que no pudieron distinguir y, acompañándolos, una bebida. El hombre miraba a todos lados, estaba excitado, luego regresaba sus ojos al plato y sonreía expectante. Otro tipo, bastante metido en carnes, se puso de pie junto a él. Llevaba una camisa de rayas, un sombrero vaquero de los de ala recogida y un corbatín *cowboy* que lucía una piedra turquesa en medio. También tenía una barba bien cuidada y recortada, y a Alison no le pasó inadvertido el gesto de disgusto de Liam al observarlos. Este último hombre le dijo algo al muchacho que

estaba sentado esperando para comer. Una vez asintió, el vaquero del corbatín comenzó una cuenta atrás y presionó el botón de uno de los relojes, el cual comenzó a andar contra reloj, y dijo en voz alta y clara:

—¡Atención, *big texan´s*! ¡Prestad atención al escenario, por favor! ¡El señor Michael, proveniente del Estado de Arizona, dice tener un apetito del tamaño de Texas! ¡Por lo que frente a él tiene 72 onzas de filete de ternera, tres camarones fritos, un hojaldre de mantequilla, una patata asada y una ensalada con salsa! ¡Y tan solo una hora para hacerlo! ¡Animémoslo, amigos!

El restaurante entero se vino abajo, la gente gritaba, le daba ánimos, decían que seguro que lo lograría, que confiaban en él. Y Liam estaba que no se creía lo que veía.

El chico ya había empezado a comer, lo hizo sonriendo, rodeado de personas que le palmeaban en la espalda y lo animaban a seguir.

—Pero, ¿esto qué es? —preguntó, entre incómodo y contrariado, aunque con una palpable interrogación sincera.

—Es una competición… —Ricitos de oro, a quien no se le escapaba lo que creía que le pasaba al Inglesito, miró hacia la cocina un segundo y sonrió—. Espera, dame un momento.

Alison se levantó y fue hacia el hombre del corbatín turquesa, quien le dio un cálido abrazo. ¿Qué pasaba con los americanos? ¿Por qué tenían que ser tan… pegajosos? Al minuto, regresó acompañada por alguien, a quien presentó como John. Alison le contó acerca de lo que estaban haciendo y John amablemente le narró a Liam la razón de esa competición: años atrás, estando el primer dueño de The Big Texan, aburrido con unos amigos, se metió un dólar en el sombrero y les propuso comer todo lo que ahora se estaba comiendo el muchacho del escenario tan solo en una hora. Quien lograra hacerlo ganaría el dólar. Ganó él, pero fue tan divertido y se corrió tanto la voz acerca de su loca hazaña, que decidió incluir ese desafío en el menú. Sin embargo, con una pequeña modificación: si alguien ganaba el reto, comería gratis y su foto se agregaría al muro de la fama del restaurante. A partir de aquel momento, el restaurante se convirtió en una parada obligatoria de la Carretera Madre. Las visitas eran continuas, tanto como para decidir abrir su propia tienda de *souvenirs* e incluso un hotel.

—¡Guauuu, eso es una verdadera locura! ¿Cuántos suelen completar el desafío? —preguntó el Inglesito mirando al muchacho del escenario; su fascinación no hacía nada más que aumentar.

—Pocos, pero algunos lo hacen.

—¿Crees que este lo hará?

John miró hacia atrás.

—¿Veis cómo le suda la frente? —Alison y Liam asintieron—. Os apuesto que no pasará de la mitad.

—Acepto —dijo Alison con confianza—. ¿Y qué apostamos?

El tal John sonrió complacido por la aceptación de la apuesta.

—Un baile.

—Y si gano yo, la cena nos sale gratis a los dos —añadió la fotógrafa de carrerilla, sin apartar la mirada del camarero o *maître*, o vete tú a saber qué.

—Hecho.

John escupió en la palma, Alison hizo lo mismo y ambos estrecharon la mano bajo la mirada de asco de Liam. Y, después de desearles buen provecho, se marchó.

—Supongo que te lavarás la mano.

—*Nop*, esto es un juramento, y así se queda hasta que el tipo termine.

—Dios, Ricitos de oro, qué asco.

Alison sonrió llevándose la cerveza a los labios, se levantó, teléfono en mano, y se dirigió meneando sus caderas en aquel pantalón vaquero ridículamente corto, haciendo gala de esas piernas contorneadas, hacia el chaval que luchaba por comer.

Liam vio cómo le dijo algo al oído, el chico le sonrió con el rostro muy colorado y asintió. Al tiempo, Ricitos de oro empezó a hacerle fotos con su móvil mientras continuaba hablando con él. Cuando se dio por satisfecha, volvió a inclinarse hacia el muchacho y le plantó un beso en la frente. Aquellos que estaban pendiente de la escena vitorearon, haciendo que el restaurante casi se cayera abajo. Alison se giró hacia ellos y saludó con picardía guiñando el ojo a uno y a otro, mientras sus pezones se marcaban en su camiseta de botones de cuadros de una manera diabólica. El reportero no sabía si darle las gracias al frío que hacía en ese restaurante por permitir que fuera testigo de tan divina escena o maldecir por el espectáculo que estaba dando. Qué ganas tenía de poder probar ese suculento trozo de carne, que seguro era el mejor manjar que jamás se había llevado a la boca (entiéndase la metáfora). Ante estos pensamientos lascivos, Alison se giró e hizo un saludo militar hacia John, quien no le quitaba el ojo de encima. John, a su vez, respondió con otro, dando a entender que la estaba vigilando, y ambos sonrieron deseosos por saber el resultado.

—Tápate un poco, estás dando el espectáculo —la regañó el periodista nada más llegar a la mesa.

—¿Qué?

Liam hizo un gesto con los dedos en punta a la altura de sus pectorales. Alison miró hacia abajo: pues sí, se le estaban marcando los pezones bastante. No llevaba sujetador, todavía no habían encontrado un *camping* con lavandería, por lo que el suministro de ropa interior estaba comenzando a escasear. Además, su último sujetador lo había dejado secando en el pomo de la ventana del cuarto de baño de la autocaravana, junto con un tanga de color fluorescente que hacía volar la imaginación del reportero cada vez que entraba al baño.

—Oh, vaya. —La fotógrafa recordó por qué estaba así, además de llegar a la conclusión de que eso, precisamente, era una de las cosas que menos le importaba—. Pero ¿qué digo?, la verdad es que me da igual. Más sufre el que mira que el muestra sin saberlo.

—Pero ahora ya lo sabes —dijo irritado, al tiempo que cogía su servilleta y trataba de tapar su vergüenza. Alison golpeó la servilleta alejándola de ella.

—*Sip*, y ¿qué hago?, ¿me pongo a llorar? Quizás te gustaría más que me pusiera una túnica.

—No, pero…

La obvia irritación del Inglesito por no poder salvaguardar el pudor y la honra de su compañera la divertía sobremanera. Esa parte de él, ese saber estar, esa conciencia de las normas sociales que tenía tan arraigadas, enraizadas hasta los huesos… Esa parte tenía que ser extirpada. Pues

todo estaba muy bien, todo era genial en su justa medida. Parte del palo que tenía metido en el culo había salido, pero había que seguir trabajando para darle libertad y entender que podía ser mucho más feliz de lo que creía que era.

—Mira, Inglesito, no he venido a este mundo para preocuparme por el qué dirán, mucho menos para sufrir por este tipo de menudencias. ¿Acaso no estoy como un queso? —dijo paseando las manos por su cuello hasta llegar a sus senos y juntarlos repetidamente, provocando que Liam se atragantara.

—¡Por Dios! —Tosió mientras se daba toquecitos en el pecho—. Pues sí.

—Entonces deja al resto que disfrute: «Lo que se han de comer los gusanos, que lo disfruten los humanos».

Echó los hombros hacia atrás, resaltando aún más sus pechos.

—Ricitos de oro, a mí también me estás provocando —le advirtió.

—Lo sé —afirmó mordiéndose el labio, traviesa.

—Luego tenemos que dormir, juntos, en la caravana.

—*Ajam*…

Liam la miró, esos ojos traviesos, la manera en que su boca estaba entreabierta, esos pechos prominentes…

—Tú lo que quieres es torturarme.

—Puede —afirmó, llevándose el dedo a la boca para juguetear con él.

Liam sintió cómo algo llamaba a la bragueta de su pantalón, esa breve conversación lo había excitado de manera innegable y sus duchas frías con «final feliz» estaban dejando de dar resultado. Necesitaba sentir el calor de la muchacha, estar dentro de ella, hacerla suya y, si Alison no estaba dispuesta, tampoco se lo estaba poniendo nada fácil. O puede que quizá ahora sí…

Empujó las ganas, el deseo y su erección bien lejos; no podía, estaba en un restaurante, no era el momento. Esa misma mañana habían discutido. Aun sin palabras, Alison le dejó bien claro que para conseguirla hacían falta hechos, y la verdad es que todavía conservaba ese punto de cordura que le permitía retroceder ante esos impulsos animales. Pero llegaría el momento en que no podría, en que le sería muy complicado parar, detenerse. Era necesaria una conversación con ella, dejarle claro que no podía estar provocándolo.

—Mejor comamos, porque al final me levanto y cometo una locura.

Alison sonrió picarona, quería haberlo desafiado, decirle que le gustaría ver si se atrevía a hacerlo, pero calló. Silenció su boca porque sabía que lo haría, al igual que ella deseaba que lo hiciera.

El móvil de la muchacha comenzó a brillar, al final había decidido ponerlo en silencio, en la pantalla salía un mensaje mientras vibraba sobre la mesa: «Número privado». Quienquiera que la estuviera llamando no quería que ella supiera quién era. Alison dejó de masticar y miró la pantalla con preocupación, y el presentador no pudo más que preguntarle. La fotógrafa lo miró un segundo con la frente arrugada, luego sonrió y dijo que seguramente era una llamada de esos teleoperadores de otras compañías de teléfono que le daban la brasa sin parar. Liam se extrañó,

no le eran indiferentes las llamadas que de tarde en tarde recibía, esas en las que se ponía como una hidra. Se había dicho a sí mismo que no se metería, pero aquello era de lo más extraño, sobre todo porque la fotógrafa ignoró la llamada, la dejó parpadear en la pantalla, esa y un par más, decidiendo al final dar la vuelta al teléfono y añadir un «ya se cansarán» a un extrañado Inglesito.

Faltaba poco para que el tiempo de la competición acabara, era obvio que el muchacho estaba pasándolo mal. Le quedaba casi nada en el plato, pero su sufrimiento era patente en cada poro sudoroso de su piel. De repente, Alison le gritó palabras de ánimo, el chico la miró y asintió con la cabeza; a esos vítores se unieron otros. ¡Qué le gustaba a un americano gritar! Liam todavía esperaba que, en algún momento de la ruta, tal y como ya le había dicho a Alison en alguna conversación anterior, un grupo de personas se pusiera a aplaudir, en plan de más lento a más rápido, en algún instante tenía que ocurrir, era *typical American*, ¿no? Pues tendría que suceder y él estaba deseando ser testigo de aquella ridiculez.

Un escaso minuto quedaba en el marcador y dos únicos bocados en el plato. El muchacho estaba parado, no podía más, pero aquello era más que un reto por comida gratis: era un reto consigo mismo, por el restaurante y por los allí presentes que esperaban que lo consiguiera. Alison se levantó y fue hacia allí, llevando consigo al Inglesito. Sacó el teléfono y comenzó a hacer un vídeo. Se pudo enfrente del hombre, quien estaba rodeado de casi todos los comensales. John estaba a la cabecera controlando el tiempo y miraba a Alison sonriendo.

—¡Vamos, Michael, son solo dos bocados más! Tú puedes hacerlo.

La gente alrededor repetía esas mismas palabras, incluso Liam, a quien todo aquello lo tenía exhausto, pero entendiendo la importancia que tenía para Michael, empezó a decirle cosas, a aclamar que lo hiciera, que creían en él.

Se llevó un bocado a la boca y masticó sin ganas, pero con la necesidad de hacerlo, aunque tuviera ganas de vomitar. Dios, ¿cómo podía haberle cabido todo eso en el estómago y estar todavía ahí sentado?

Quedaban 20 segundos y un trocito de carne solitario en el plato. Alison puso las manos sobre la mesa, se había colgado el móvil en el cuello con la cuerda que tenía incorporada su funda.

—¡Tú puedes, adelante, hazlo! Venga, solo es ese, ¡es ridículo dejar ese trocito después de todo lo que has comido! ¡Hazlo, hazlo, hazlo…!

La gente acompañó estas últimas palabras convirtiéndolas en una plegaria. El muchacho fijó los ojos en Alison, respiró varias veces y sacó una convicción de no sabía dónde. El bocado fue a parar a su boca, y mientras masticaba, John empezó a gritar la cuenta atrás. Diez, nueve, ocho… y el chico seguía masticando. Liam aguantaba la respiración, preguntándose cómo podía sentir todo aquello, la excitación, la expectación por algo que en su vida normal habría considerado barriobajero y que habría tachado de estupidez. Seis, cinco… y el chico continuaba, clavada su mirada en la de Alison mientras ella le abrazaba la mano desde su posición con el brazo muy estirado. Tres, dos… y Michael abrió la boca para mostrar que la tenía vacía: el reto había terminado y había salido vencedor.

—¡Démosle un gran aplauso a Michael por un increíble trabajo! —exclamó John.

La gente le palmeaba la espalda, Alison lo miraba sonriendo, susurrando lo bien que lo había hecho. El restaurante se había alborotado de tal manera, que más parecía que todos hubiesen ganado: se abrazaban unos a otros, se daban la mano y besos en las mejillas, era una verdadera locura. Liam se quedó esperando el típico aplauso americano, pero, para su perplejidad, no ocurrió. ¿Cuándo llegaría el momento de vivirlo? No es que estuviese desesperado porque ocurriera, no… solo que sabía que en algún momento tenía que acontecer.

El Inglesito y Ricitos de oro regresaron a su mesa y, al minuto, John estaba allí.

—Bien, pues parece que esta noche no solo el señor Michael cenará gratis. —Alison le sonrió afirmando—. Y que me quedaré sin pareja de baile.

La fotógrafa miró a Liam, frunció los labios y los ojos con diversión: en su mente se había formado algo. El reportero estaba llegando a conocerla tan bien como para saber si quería participar de lo que fuese que estaba pasando por su mente. De lo que estaba seguro es de que esa noche volverían a acostarse tarde.

—No, John, tendrás tu pareja para ese baile.

—¿De verdad?

Alison afirmó con la cabeza.

—¡Eres la mejor! De acuerdo, cuando terminéis, pasad a la sala de baile. ¡Dentro de nada dará comienzo la competición!

Liam juntó las cejas.

—¿Qué competición y qué baile?

—Ay, Inglesito, ¿cuándo vas a aprender que la ruta es una fiesta continua?

* * *

La sala de baile era enorme, un increíble espacio vacío rodeado de mesas y sillas, todo de madera, con continuos carteles colgados en sus paredes, lámparas en el techo hechas con cornamentas y ventiladores desperdigados por la superficie. La decoración andaba entre lo *country* y otras que no tenían nada que ver, como un timón de barco y fotos de golfistas y diferentes celebridades. En una esquina estaba la barra del bar, de un tamaño considerable, con un espejo detrás que recorría toda su extensión y varias hileras de botellas de alcohol. En algunas zonas se podían ver focos de colores, por el momento, apagados. Liam y Alison se acercaron a la barra, ella pidió una cerveza para cada uno y se sentaron en una de las mesas cerca del escenario.

—¿Sabes, Ricitos de oro? Estoy comenzando a observar que no es la primera vez que vienes por aquí.

—No sé a qué te refieres —contestó como si con ella no fuera la cosa.

—¿No? Los de la reserva te conocían y ese tal John parece que también —pronunció esto último con acritud—; la gente te saluda de manera muy amigable y…

—Inglesito, la gente ES muy amigable, solo que tú no te abres para recibir ese cariño.

—No quieras cambiar de tema…

—No quiero hacerlo. Es más —continuó hablando con tranquilidad—, me he dado cuenta de cómo te has referido a John, también de cómo has mirado al chaval que se ha presentado al reto. Conociéndote, diría que tienes algo en contra de la gente con sobrepeso. —Liam entreabrió la boca para hablar, pero enseguida apretó sus labios en una fina línea y miró al suelo—. Veo que tengo razón —dijo desilusionada—. Eres de esos tipos que se creen superguays porque están en forma. De esos que miran mal a aquellos otros que no lo están, sin saber sus razones. John, o el mismo chico de la competición, puede estar así por muchas razones; una puede ser por un problema de salud física, otra por salud mental e incluso porque les da la real gana. Lo que sí tengo claro es que tú sí tienes un problema: el de ir juzgando a la gente a lo tonto, ¡Dios!

—Yo… no creo… no quiero… —balbuceó el reportero mientras, nervioso, destrozaba una pobre servilleta de papel.

—Déjalo, anda. Antes de que metas la pata —lo interrumpió condescendiente—. Solo te pido que respetes a John, tú no lo conoces.

—Mira, Ricitos de oro, en este caso…

—Que no, de veras, déjalo.

Algo irritada, fue a llevarse la jarra a los labios; sin embargo:

—¡Hey! —La apuntó con un dedo y una mueca en el rostro que caminaba entre enfadado y dolido, aunque mucho más de lo último. Sin embargo, su voz no era agresiva, en ella solo se advertía dolor y rabia hacia su pasado—. Te recuerdo que tú tampoco me conoces. No sabes nada de mí. —Miró a un lado y frunció los labios, luego cerró los ojos un segundo y soltó aire hasta estar seguro de poder mirarla, hasta estar seguro de poder tener control sobre su voz—. Entiendo a John y a Michael mucho más de lo que te puedas llegar a imaginar. Hace tiempo… —Miró hacia abajo y tragó saliva, luego levantó la cabeza mostrando algo más de seguridad—. Hace tiempo yo era así, como ellos. Luego llegó… —Sus labios comenzaron a temblar—. No quiero decir su nombre. Solo que en cierto modo tú me recuerdas a… —Su nuez de Adán se movió violentamente—. Hizo de mí un ser muy diferente, me cambió. Ella… Ella me hizo añicos. —Apretó los ojos y los puños a la vez, le era imposible seguir ese pedregoso camino—. Te dije que algún día te lo contaría, pero… Lo siento, no estoy preparado. Todavía no.

Por un instante, Alison quedó noqueada, luego se dio cuenta de que, en este caso, había sido ella quien había prejuzgado. De nuevo, había metido la pata hasta el fondo. El dolor que Liam había mostrado en sus ojos y la manera en que había temblado su barbilla se habían vuelto hacia ella como dagas punzantes, haciéndole ver cuán equivocada estaba. Puso su mano sobre la de él, en sus ojos se había asomado el paño de las lágrimas y fue a hablar, pero:

—Hey, ya estáis aquí —los interrumpió John, entusiasmado—. He conseguido que Roger cubra mi turno. ¿Estás preparada, Alison?

La fotógrafa miró un segundo a Liam, era obvio que necesitaba algo de espacio, por lo que respondió como si lo que acababa de pasar nunca hubiese sucedido.

—Ya lo creo. Pero, dime, ¿qué ha pasado con tu preciosa pareja? —preguntó con una forzada sonrisa en los labios.

—Sencillamente, está en casa. Ha salido de cuentas y en cualquier momento se pondrá de

parto.

—Dios, John, eso es maravilloso, pero ¿acaso Lisa ha estado bailando hasta ahora?

—Ya sabes cómo es, lo que ama esto y solo he conseguido dejarla en casa reposando cuando le he mostrado el calendario.

—¡Qué ganas tengo de conocer a tu chamaco!

—Y yo.

Rieron.

Una mujer salió al escenario realizando la primera llamada a los participantes.

—Madre mía, ¡estás en la final, John! —exclamó emocionada mientras lo zarandeaba.

El susodicho afirmó orgulloso.

—Pero… —La fotógrafa abrió mucho los ojos y agarró bien fuerte el brazo de su amigo—. ¡¿Esto significa que voy a participar contigo para luchar por el trofeo?!

—Para luchar no, para llevárnoslo.

—¡Pero yo no bailo tan bien como tu esposa!

—Ya lo creo que sí. —Sonrió de lado—. Imagina a mi Lisa bailando con esa panza. Dios, si la vieras; es más grande que la mía.

—Pero no tengo botas ni sombrero.

—Eso está arreglado. Dame un minuto.

John salió de la sala.

—¿No me digas que también sabes bailar *country*? —preguntó el Inglesito, algo más recuperado, evidenciando que no deseaba tocar el anterior tema.

—Un poco. —Liam negó con la cabeza, impresionado, mientras sonreía de lado—. En algún momento hablaremos de todo esto. —Señaló alrededor, para luego indicarse a sí misma y a su compañero, dando a entender que esa conversación no versaría solo sobre ella.

El reportero tenía muy claro que pronto tendría que contarle algunos detalles de su pasado, no porque ella se los exigiera, sino más bien porque quería contárselos, compartirlos con ella. Lo único que no sabía era por dónde empezar ni si estaba preparado. Por otra parte, la fotógrafa era misteriosa, guardaba sus secretos y no comprendía por qué se los estaba ocultando. Era obvio que no era la primera vez que andaba por la ruta, ¿por qué entonces se comportaba como si así fuera? Supuso que también tenía asuntos que contarle.

—Lo haremos, pero ahora no.

Alison observó cómo el pecho de Liam subía y bajaba, dando a entender cuál era su estado real, uno en el que solo cabía la agitación.

—Hey, no te preocupes. En la final solo son dos bailes; bueno, cuatro en total, cada pareja hará dos solamente. Se pasará en un plis plas. Inglesito, si quieres nos vamos. John lo entenderá.

Liam levantó un poco la esquina de un labio, negó y cogió la jarra de cerveza. Era patente que Ricitos de oro había querido acudir en su ayuda por encima de lo demás.

—No te preocupes por mí, estaré encantado de estar aquí esperando mientras me tomo mi cerveza fresquita. —Dejó que su compañera de viaje creyera que su estado había cambiado. En

efecto, no le apetecía entrar en conversaciones profundas, menos cuando ella tenía que salir a competir por un trofeo.

John regresó con dos pares de botas y un par de sombreros tejanos. Unas se las entregó a Alison junto a un sombrero de ¿*cowgirl*? que le sentaba como un guante. Las otras se las dio a Liam; este las miró extrañado y el hombre le dijo que había supuesto que tendrían la misma talla y lo apremió a que se las probara. En un principio se negó, su sentido del ridículo seguía ahí, era difícil deshacerse de él, lo acompañaba como una segunda piel, pero el entusiasmo con que la fotógrafa celebraba las suyas lo animaron a no ser el causante de poner el punto de discordia, cosa que no pasó desapercibida para la agradecida muchacha. En efecto, le quedaban perfectas. Una segunda llamada desde el escenario hizo que Alison se pusiera de pie, dio un par de saltos, correteó un poco por alrededor y rozó las suelas contra el suelo varias veces.

—Bien, John, ya estoy preparada. Enseguida vuelvo, Inglesito. —Cogió el sombrero que era para Liam y, con gesto coqueto, se acercó al presentador y se lo puso. Luego, de manera seductora, le levantó la barbilla y, esquivando las alas de sus sombreros con destreza, le dio un tímido beso en los labios—. Siento haber sido tan capulla—. Y, sin dar tregua a Liam para siquiera darse cuenta de lo que había pasado, se fue hacia la pista marcando bien el vaivén de sus caderas.

El reportero se quedó con la boca abierta por tiempo infinito. ¿Le había dado un beso en los labios? Se lo había dado. ¡Le había plantado un beso! Sí, señor. Pero ¿por qué?, ¿acaso era una invitación para más tarde? O puede que para demostrarle que comenzaba a confiar en él, pero para eso no hacía falta besarse, ¿no? Bueno, en realidad estaba claro que había sido su forma de pedir perdón por su metedura de pata.

Atónito, no podía apartar la mirada de la muchacha que calentaba piernas y brazos en mitad de la pista. John le estaba diciendo algo al oído, mientras ella escuchaba con interés. Si antes sentía celos hasta del aire que rozaba su piel, ahora, después de aquel contacto, quería levantarse y empujar a John bien lejos de ella. A su mente vino la advertencia de que tenía mujer, una que estaba esperando el nacimiento de su retoño. Recordó la mirada de puro amor de John al hablar de ella, no debía sentir celos por él. El camarero se acercó al escenario y le dijo algo a la mujer, la cual se giró y les dio instrucciones a los muchachos de la banda. Estos enseguida asintieron y cambiaron algunos instrumentos.

—Perdonen las molestias, pero debemos hacer unos reajustes rápidos. Ya sabéis que Linda está a punto de caramelo y hoy será Alison quien ocupe su puesto.

No supo en qué momento había pasado, pero el salón estaba atestado de gente, que, de nuevo, aplaudía, celebraba y coreaba el nombre de Alison. Esta, tímida, sonreía a todos mientras hablaba con John, se la notaba nerviosa. Todas las luces del recinto se apagaron y con ellas la gente; el silencio y la expectación ganaron protagonismo. Del lado del escenario comenzaron a sonar los acordes de un banjo junto a lo que parecía ser una guitarra acústica. Las luces de colores poco a poco fueron alumbrando el escenario, el salón y a sus protagonistas. John invitó a Alison a bailar y esta le cogió la mano, y así comenzaron a marcar los pasos de una bonita balada llena de los acordes de un violín, y la voz de un hombre, tejano hasta la médula, que cantaba para

la pareja. Entre las mesas, las personas suplían sus ganas de salir a bailar con el movimiento de su cuerpo y algunas palmas. Los sombreros se movían al compás de aquel ritmo.

Vio a Alison danzar por la pista de baile siempre con su sonrisa, pero Liam la estaba llegando a conocer tan bien, que sabía que su sonrisa, aunque sincera, era tensa. Conocía la responsabilidad que le había caído encima y, para el reportero, era digna de admiración, porque lejos de marcharse, de rechazar la invitación resguardándose en que había ganado la apuesta, al contrario, aceptó. Y luego, cuando supo a lo que se había ofrecido, continuó hacia delante. Tenía que ayudar a John y lo haría, aunque no saliera tan bien como esperaba. No obstante, había que admitir que Alison bailaba francamente bien. Sus pies embutidos en esas botas nuevas, que seguro le molestarían por la piel todavía rígida y la suela todavía dura, como él mismo podía atestiguar, se movían en perfecta sincronía con los de John, un hombre que, para su tamaño, le dio una buena lección al periodista de que ser grande no significaba ser torpe, aunque de eso él mismo podía dar fe. La música y el ritmo corrían por sus venas y así se lo transmitía al público.

Liam dio un nuevo sorbo a su cerveza. Alison estaba tan bonita, el sombrero, las botas, esos pantalones vaqueros minúsculos tan pegados que parecían una segunda piel, esa camisa de cuadros azules y verdes abrochada por delante con un nudo y con esas mangas minúsculas que parecían diminutos globos; algunos mechones de su pelo del color del arcoíris salían traviesos por debajo del ala de su sombrero y el pañuelo de cuadros rojos, que esa noche adornaba su peinado, queriendo escapar de su encierro. Una sola vez lo miró mientras bailaba y esa vez fue suficiente para entender que de ahí al enamoramiento solo quedaba un ridículo paso, centímetros de reticencia y miedo por lo que pudiera pasar luego.

No sabía cómo se había atrevido a darle aquel beso, solo cedió ante sus impulsos. Cuando le puso el sombrero y el Inglesito la miró con esos ojos profundos en donde había tantas preguntas, que en algún momento ambos contestarían, solo se dejó llevar, estaba cansada de negarse a dejarse llevar. Estaba agotada de tener miedo. Ella quería hechos y no había mayor hecho que todas las locuras que el periodista estaba cometiendo solo por complacerla. Sabía que estaría cansado, agotado tras todo lo vivido hasta el momento, tras esa pequeña confesión que la había hecho entender que ella misma lo había prejuzgado. Y ahí estaba esperando, observándola, perdonándola una vez más; de seguro perdido, mientras le daba vueltas a por qué había hecho lo que había hecho y acompañaba el ritmo de la música con el movimiento de su bota bajo la mesa. Por su cabeza no pasaba eso de darlo todo en un día, pero ¿y si empezaban poco a poco? Conociéndose en ese viaje, ir desenvolviendo la piel de la cebolla que los recubría. Terminó el baile y dejaron el lugar a los otros participantes.

Alison se deslizó suavemente junto a Liam, mientras John se alejaba para reabastecer los vasos vacíos con cervezas heladas. Un silencio tenso y eléctrico llenó el aire mientras Liam y Alison se perdían en un profundo intercambio de miradas. La habitación se sumergió en un mar de luces vibrantes que pintaban destellos de colores sobre sus rostros, creando sombras seductoras cada vez que miraban sus labios.

La balada melancólica inundó el ambiente, tejida con la voz sensual de una mujer que parecía susurrarles al oído. Eran prisioneros de aquel hechizo, envueltos en una atmósfera cargada de

deseo y magnetismo. Casi podían sentir el suave roce de sus labios, tan cerca, a punto de fundirse en un beso ardiente que prometía traspasar las fronteras del tiempo.

El tiempo se detuvo en ese instante, suspendido en el éxtasis del deseo compartido. Era como si el mundo entero se desvaneciera a su alrededor, dejando solo a Liam y Alison en una danza hipnótica de miradas y gestos cautivadores. El anhelo se dibujaba en sus ojos, una pasión contenida que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

La escena quedó suspendida en el aire, como una obra maestra de amor y deseo. Era un instante eterno, donde el corazón latía con fuerza y el universo parecía conspirar a su favor. Liam y Alison se encontraban en el epicentro de un vendaval emocional, dispuestos a dejarse llevar por la marea ardiente de sus sentimientos.

Liam miró a Alison, Alison miró a Liam y fueron acercando sus bocas hasta casi rozar sus labios.

—Alison, no sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí.

Obviamente, Alison y Liam se separaron sonriendo, en sus mejillas se intuía el rubor de la situación, habían estado a punto de darse su primer beso en condiciones. John ni siquiera se había dado cuenta, había dejado las jarras heladas sobre la mesa y se había sentado mientras hablaba, con sus ojos fijos en la nueva pareja.

—¡Dios, son muy buenos!

—No te preocupes, John, tú también lo eres —afirmó guiñando, picante, un ojo al reportero.

—Y tú, chica, es que no has perdido ni un poco de ritmo.

—Ya ves, el que tuvo retuvo. Ja, ja, ja. —Hizo un brindis al aire.

—Ya lo creo que sí, pero estos nos van a dar guerra.

—Sí, son buenos. —Alison dio un sorbo a su jarra, de nuevo mirando al Inglesito. Aquellos labios femeninos adornados de la espuma de la cerveza reclamaban su atención. Sin pensar, el presentador tomó con un dedo la espuma y se la metió en la boca, dejando a Alison gratamente sorprendida—. Lisa lo habría hecho mucho mejor que yo —habló como pudo en tanto tragaba saliva. No tenía ni idea de cómo era capaz de seguir la conversación sin titubear.

—Tú también lo has hecho genial —susurró el periodista mientras le colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—Gracias, Inglesito —dijo sonrojada al sentir cómo todo el vello de esa zona se erizaba. Y, para qué mentir, también otra había sufrido un pálpito tras el contacto.

Tenían que dejar para otro momento esos arrumacos. La cosa se estaba volviendo endiabla y deseosamente ardiente.

John miró su teléfono preocupado.

—Mi mujercita tiene que estar que trina pensando que podría estar aquí.

Quedaron en silencio contemplando el buen hacer de los bailarines. John estaba pensativo, sus nervios estaban a flor de piel y, de algún modo, comprendían su situación: tenía a una mujer en casa que en cualquier momento podría llamarlo para decirle que estaba a punto de dar a luz; si con eso no se ponía nervioso alguien, es que no tenía sangre en las venas. Alison tamborileaba el ritmo de la música sobre la mesa y Liam cubrió su mano con la suya: fue un gesto tierno, algo

que Ricitos de oro esperaba sin ni siquiera saberlo. Aquel gesto hizo que su grado de agitación por el baile y todo lo demás bajara unos grados. Cierto, otra excitación; sin embargo, subió como la espuma. La palma del Inglesito era suave, se notaba que disfrutaba de un trabajo que le permitía gozar de una piel maravillosa, el calor que desprendía se metía dentro de la sangre de Alison como un torrente, como si buscara algo con desesperación, algo que le pertenecía, quizá fuese su corazón. La fotógrafa se tocó la zona de su pecho, preguntándose si estaba preparada para dejar que se apoderara de él. Una cosa era pensar en ir poco a poco… y otra permitirle que se apoderara de ella por completo. No quería salir lastimada; bastante hacía con considerar darse una oportunidad, ya no por el reportero, sino por ella misma, porque se lo merecía. Se merecía ser feliz lejos del infeliz de Brooks. No podía permitir que aquella sombra de podredumbre viviese junto a ella para el resto de su vida. Tenía que conseguir que se fuera, tenía que echarla de su vida, y sabía que la única forma posible era volver a confiar en el amor. Ese amor que Liam había reclamado sin saberlo: sus miradas, sus ridículos celos, la manera en que le hablaba, la forma en que había soportado que ella le hablara. Todo ese conjunto hacía que el Inglesito más que nadie se lo mereciera, y no solo por esas cosas, no solo porque se lo había demostrado; lo más importante era lo que ella sentía: no sería capaz de abrir su corazón a otra persona más que a él, por ser él, y no otro, el que lo hacía latir con fuerza, con ganas de sentir y de vivir. Y, sobre todo, por saber que junto a él podía ser ella misma sin tapujos.

Los bailarines terminaron su baile, de nuevo el salón se llenó de vítores. John se levantó nervioso, más de lo normal, y le tendió la mano a Alison con urgencia. La fotógrafa apretó la mano del presentador y luego se la soltó para entregársela a John. Fueron hacia la pista, la mano del bailarín temblaba y la fotógrafa se la apretó, tratando de infundirle el valor suficiente para que se calmara. La siguiente pieza era movidita, tenía que serlo si la primera había sido una balada. La música comenzó a sonar, el ritmo era superior al anterior. A los instrumentos ya enumerados, se sumó un acordeón y una armónica, junto con una batería. Comenzaron a bailar, todo iba bien hasta que el camarero comenzó a errar algunos pasos. Alison le preguntó qué le pasaba y él le dijo algo al oído. Su compañera de baile se separó de él con los ojos muy abiertos, mientras apretaba sus manos con fuerza. La música continuaba y ellos solo se abrazaban. Poco a poco, al ser el resto conscientes de que ni baile ni nada, la música paró y Alison corrió para pedirle el micrófono a uno de los cantantes para decir alto y claro, pletórica de felicidad:

—¡Señoras y señores, Lisa ha tenido un precioso niño y todo ha salido genial! ¡Por Dios, John, ¿qué haces todavía aquí?!

El camarero dio las gracias a todos los que se acercaron mientras tiraba un beso a Alison y se perdía tras la puerta del salón. Dieron por ganadores a la otra pareja, quienes anunciaron que tanto el premio en metálico como el trofeo se los regalarían a ese nuevo tejano que pronto estaría pateando aquel salón con sus botas vaqueras.

Se sucedieron los brindis; era obvio que John y su mujer eran muy queridos y que esa noche había un gran motivo para celebrar. La cantante propuso al público hacer un baile en línea y, contenta, Alison llegó hasta la mesa que compartía con Liam para sacarlo a bailar. Al principio se negó, pero, ante la insistencia y la alegría que transmitía, se bebió lo que quedaba de cerveza

de un trago y fue a tomar posiciones. No sería él quien fastidiara esa noche, no sería él quien borrara esa sonrisa de la cara más preciosa que había visto en su vida, de hacer que tuviera que buscar otra pareja con quien bailar y fueran otros brazos los que rodearan su cuerpo al danzar. Lo haría por ella y por él, aunque eso supusiera hacer el ridículo, se repitió una vez más.

—Te advierto de que no tengo ni idea de lo que tengo que hacer.

—Tú solo sigue el paso, no te preocupes. En los bailes en línea se repite el movimiento una y otra vez, así que al cuarto cambio ya lo sabrás de memoria. —Liam afirmó cohibido y Alison se dijo que no podía haber gesto más tierno que el que mostraba su Liam… Perdón, que mostraba el Inglesito, aterrado por no saber qué hacer y aun así hacerlo por ella—. Estás muy guapo, Inglesito, pareces un auténtico *cowboy* —le dijo mientras le daba un toque en la punta de la nariz.

Ya en otra ocasión había hecho el mismo gesto, pero, en esta, el presentador fue más rápido y atrapó la mano en el aire antes de que la retirara, se la llevó a los labios y le dio un beso, luego tiró de ella acercando su rostro al de él. Estaba cansado de tanto preámbulo y acciones inacabadas. Liam fue a besarla, pero los primeros ritmos de la música comenzaron a retumbar en las paredes del salón junto a la cantante que animaba a los que todavía estaban sentados a que se unieran al baile, no debían ser tímidos, pues comenzarían con algo básico. Las botas empezaron a golpear el suelo con fuerza al compás, hasta que comenzaron a dar los primeros pasos y la fotógrafa los imitó, gesticulando un «luego» repleto de promesas apasionadas, mientras se separaba una vez más sin terminar lo que habían comenzado.

Alison le gritaba al reportero lo que tenía que hacer: «Abre el pie a la derecha, cruza el otro por detrás, abre otra vez y cierra dando un buen golpe en el suelo». Por supuesto, Liam se perdió en el segundo movimiento, pero no se dio por vencido y trató de seguir a su compañera. Intentó repetir lo mismo al otro lado y todo fue bien hasta llegar al tercero. El presentador miró a la fotógrafa, estaba feliz por poder enseñarle a bailar y él no se daría por vencido tan fácil: quería tener la oportunidad de poder agarrarla por la cintura como lo había hecho John, solo que, además, también quería tener la oportunidad de besarla, de sellar ese primer beso como Dios manda. Tres pasos hacia atrás, luego hacia adelante marcando la punta de la bota, hacia atrás marcando talón y Liam estaba supergracioso con la punta de la lengua afuera concentrado en el trabajo; ¡demonios!, Alison solo deseaba chupetearla. Finalizando con un nuevo golpe en el suelo a la vez que daban medio giro con el cuerpo a un lado. Y así empezaron a repetir la secuencia siguiendo los puntos cardinales; a la tercera, el Inglesito logró hacerlo bastante bien y comenzó a disfrutar realmente del baile.

Ser parte de toda aquella gente que bailaba y disfrutaba al mismo ritmo era una sensación nueva y maravillosa. Al pensar en su pasado reciente, lo que venía siendo tres o cuatro días atrás, sabía que jamás habría formado parte de algo así. Antes de hacerlo, habría dado clases particulares para evitar hacer el ridículo, pero junto a Alison todo era divertido, no se sentía acobardado por lo que la gente pudiera pensar. Es más, se daba cuenta de que, muy al contrario, esas personas solo querían ayudar, si se les permitía. Pero en su entorno, ese en el que normalmente se movía, la mayoría de las personas eran artificiales, el cuchicheo estaba a la

orden del día y había que ser implacable y mostrarse seguro de sí mismo en todo momento. Por lo que vivir esas experiencias estaban siendo toda una revelación que, junto al peyote, apreciaba en demasía. Miró a un lado para agradecerle a Alison el aceptar la invitación de John, pero Ricitos de oro no estaba. Buscó alrededor con los ojos, quizás había ido al baño, pero no, la encontró haciendo fotos y hablando con personas que supuso eran conocidas. A los pocos minutos regresó, integrándose de nuevo con el conjunto.

—¿En serio estás haciendo fotos también aquí?

—Claro que sí, Inglesito. Como yo digo: «Hay situaciones que solo se viven una vez y un fotógrafo nunca deja pasar una oportunidad».

Liam sonrió, entendía a lo que se refería. Él hacía tiempo que había perdido esa chispa, la dejó en algún lugar de sus viajes. Ya todo iba solo, el equipo solía tener todo perfectamente arreglado para él, para que solo tuviera que llegar al lugar, maquillarse, aprenderse el guion y poco más. No recordaba la última vez que buscó información para realizar su trabajo, cuándo fue la última oportunidad de soñar.

Y ahora estaba ahí junto a Alison, de nuevo soñando, maravillado con los datos y curiosidades que Ricitos de oro le contaba de la Carretera Madre mientras él conducía. De nuevo lo tenía casi todo mascado, pero esa vez era diferente. Alison lo compartía con él, no había guion, debía esforzarse por narrar buenos monólogos a cámara, unos que eran espontáneos. Aunque no eran del todo difíciles porque llevaba mucho tiempo trabajando en eso, era cierto que esa nueva forma de trabajar había despertado esa chispa. Aún no había una llama, solo esperaba que volviera a calentarle el pecho como lo había hecho años atrás, que el gusanillo de periodista volviera a ocupar ese lugar donde nunca debió morir.

La pieza acabó y la pareja lo celebró con un gran abrazo amistoso, más porque Liam había conseguido acabarla sin pisar a nadie, además de haber adoptado unos buenos pasos tejanos; unos que, para ser honestos, combinó con algún taconeo flamenco que hicieron soltar estruendosas carcajadas de los pulmones de la fotógrafa.

El tiempo de lo que se podía considerar un abrazo amistoso había pasado y, aun así, continuaron abrazados mientras sus respiraciones volvían a la calma, ensimismados en el subir y bajar de sus pechos, en el calor de sus manos y en ese instante que ni sí ni no; ese en el que sabes que puede ocurrir lo que sea, que sientes como el momento esperado y que, además, quieres que lo sea. Los acordes de una balada envolvieron al personal.

Alison sintió la mano de Liam ascender por su espalda, subir por su columna, rodar por parte de su omóplato hasta llegar a su cuello, rozando su nuca, una de las zonas erógenas de su cuerpo. Tenía el vello de punta, las sensaciones que el Inglesito le provocaba eran demasiado intensas, tanto como para provocarle un estremecimiento. Rodeó la parte de atrás de su cuello y la invitó a mirarlo sin palabras. La fotógrafa dudó un instante: sabía lo que pasaría si lo hacía, el beso que le había robado antes no tendría nada que ver con el que vendría ahora; se preguntó si quería realmente eso o, mejor dicho, si estaba preparada para lo que tendría que venir después. ¿Estaba su corazón lo suficiente curado como para no salir lastimado si aquello no resultaba ser lo que esperaba?

Levantó la cabeza y ancló sus ojos en los de Liam. La miraba como nunca antes nadie lo había hecho, como si el mundo entero se redujera a ese único momento, sus sentimientos fueran cuales fuesen eran verdaderos. Observó cómo sus cerúleos ojos se deslizaban por cada rincón de su rostro, explorando cada detalle, cada curva y cada sombra… Al demonio las dudas, ella deseaba lo mismo, ¿por qué se lo prohibía sin parar? Ella era su propio enemigo. El periodista dejó revolotear sus pestañas alrededor de su cara; era tan bonita, tenía un rostro inocente a la vez que salvaje y aquellos ojos, esos que brillaban como los de un conejito asustado… No podría hacerle daño, no sabía adónde podía llevarles todo aquello, pero necesitaba… la necesitaba, de la misma forma que sabía que ella lo necesitaba a él.

Sin darse cuenta, tenían las bocas casi pegadas, de nuevo el aliento mentolado de Liam acariciando su rostro, el frescor que pronto se tornaría fuego.

La boca de ella emanaba un aroma embriagador a cerveza, risas y ansias de vivir, y no veía el momento de juntar sus labios con los de esa mujer inesperada en su vida, esa que había desatado una pasión arrolladora que desafiaría todas sus normas y convenciones.

El primer roce superó con creces aquel tímido y apresurado beso de minutos atrás. Fue algo sublime e imprevisible por la vertiginosidad con que las sensaciones se acumulaban y explotaban sin parar, repitiendo esa misma secuencia cuando por fin juntaron sus labios, como un eco de placer maravilloso, ese que no quieres que se disuelva jamás. Eran esponjosos y tersos, suaves, delirantes y ansiosos. Los turbó, arrancándoles gemidos cuando dejaron a sus lenguas danzar. Liam rodeó el mentón de Alison con las manos, todavía incrédulo ante lo que estaba pasando. Parecía como si al hacerlo pudiera prolongar el beso más allá del tiempo, acercarla aún más y hacerle entender cuánto necesitaba ese momento y lo que significaba para él.

Alison sintió su necesidad como agua para un sediento, como maná para un hambriento. En cada célula, en cada glóbulo rojo que componía su sangre, se estaba metiendo Liam, corría por sus venas, devastando cuanto se cruzaba a su paso, tornándolo deseo, fuego, pasión y puede que incluso amor, aunque esa era una palabra demasiado grande, demasiado fuerte como para siquiera pensar en ella.

De repente, el miedo cimbreó en sus arterias, la hizo tambalearse proclamando la presencia de sus inseguridades, clamando a gritos recuerdos y advertencias. Se separó.

—Yo… no… no puedo… yo… Lo siento. —Y salió de allí disparada hacia la caravana.

—Per…

La perplejidad de Liam duró apenas unos segundos. Se preguntaba qué había pasado, qué podía ser aquello por lo que…

Enseguida le vino a la cabeza el nombre de su ex, el tal Connor, junto con las palabras de aquella misma mañana. Salió tras ella. Alison andaba deprisa para la caravana y Liam la seguía al mismo ritmo. La llamaba, le pedía que parara, que le explicara. La tomó del brazo para intentar detenerla, pero ella siguió. No estaba enfadada con él, solo que…

Liam recogió su sombrero del suelo en tanto se quitaba el suyo.

Cuando llegaron, los perros les dieron la nada novedosa fiesta de bienvenida. Alison no tenía dónde esconderse, esa caravana era igual de grande que un zulo. Se paró frente al cuarto del

reportero, con los ojos cerrados y la cabeza hacia arriba, mientras se masajeaba el cuello. Estaba muy tensa, estresada. El enorme conjunto de emociones que la habían atropellado era demasiado y sus dudas, sus reticencias, una verdadera molestia que habían hecho que se tambaleara sobre el fino e inestable cable donde se había puesto de pie.

—Alison.

Su voz reverberó en su interior, una hermosa tortura pronunciada como un ruego. La fotógrafa negó levemente con la cabeza en tanto buscaba la forma de respirar con normalidad, tratando de obtener el oxígeno suficiente que la ayudara a formar el puzle de palabras y dudas que revoloteaban por su cabeza. Se pasó las manos por la cara, lenta y profundamente; agradecía tenerlas heladas.

Sintió la cercanía de Liam aun dándole la espalda.

El periodista no sabía qué hacer, cuáles serían las palabras certeras para poder sacarla de ese vórtice de inseguridades. Dejó los sombreros sobre la mesa y se dejó llevar.

—Alison, me gustas. Me gustas de verdad, eso es algo tan obvio y verdadero… ¿Tú no lo sientes?

La fotógrafa dejó salir el aire de sus pulmones y contestó en un murmullo:

—Yo… sí, la verdad es que creo que sí, pero tengo miedo. Me han hecho mucho daño y tú no mereces ser quien tenga que recomponer mis pedazos. —Hizo una breve pausa—. No quiero sufrir otra vez.

—¿Dudas de mí?

Alison decidió que ya era hora de hablar en serio.

Se giró, miró a un turbado y suplicante Liam y le señaló el asiento. Este hizo lo que le pidió, le dejó su espacio y se sentó obediente, a la espera de lo que parecía iba a ser una buena charla.

Alison conectó la cafetera.

—¿Te importa si yo me tomo un vaso de *whisky*?

—¿Hay *whisky*?

Alison afirmó con una sonrisa tímida y traviesa.

—Pues creo que también lo prefiero.

Puso la botella sobre la mesa, llenó los dos vasos y se sentó frente a él, pero esta vez como una persona normal: acomodó su culo en el asiento y reposó sus pies sobre el suelo. Liam observó cómo tomaba aire varias veces para relajarse y supuso que también para organizar su mente.

Tras dar un buen trago, la fotógrafa comenzó a hablar en voz baja, titubeando en sus palabras, para, conforme iba exponiendo, encontrar esa seguridad que le faltaba.

—Confieso que tengo miedo. Miedo a lo que pueda salir de todo esto. No sé exactamente qué siento por ti y tampoco qué sientes por mí; lo único que tengo claro es que me gusta estar contigo, nuestras charlas… Este viaje se me está haciendo corto a tu lado. Escuchas mis anécdotas, por tontas que sean, no haces muchas preguntas, solo escuchas y me sigues en mis locuras. El peyote, el hecho de haberte comido no solo un perrito caliente, sino dos, mis mocos en tu camisa… Y nunca antes nadie había hecho eso por mí. —Dio un nuevo trago—. Yo… ahora… soy un alma libre, me da miedo entregar mi corazón a alguien que me lo pueda volver a

lastimar. Me da miedo ser yo quien te lastime a ti. —Suspiró—. No, Liam, no dudo de que tus sentimientos hoy son sinceros, pero solo hoy, solo por un tiempo. Quiero hacerlo. Quiero disfrutar a tu lado, pero hemos pasado de ser unos perfectos desconocidos a vivir todas las horas del día juntos. Me he expuesto más a ti que a la propia Luján; mis fantasmas están tardando en alejarse y tú estás viendo y viviendo esa cara B. Y aun así me besas, con esos labios tuyos que… —Alison se mordió el labio a la vez que escondía el rostro.

—¿Qué? —preguntó Liam esperanzado.

—Esto está yendo demasiado rápido y me asusta que podamos caernos por el acantilado. Me da terror que podamos hacernos daño —confesó.

Se mantuvo callado ante su exposición de sentimientos y confesiones. La vulnerabilidad de la fotógrafa le partía el alma, pero estaba dispuesto a luchar porque confiara en él.

Estiró el brazo hacia delante para agarrar su mano, para transmitirle confianza, para que entendiera que estaba ahí y que no pensaba irse a ningún lado.

—Te comprendo. Hace tiempo también me hicieron mucho daño. Te he dicho que te lo contaré, pero admito que no estoy preparado todavía. De todas maneras —tomó aire un segundo mientras recogía el valor necesario para continuar—, te confirmo que sí, hubo alguien que me hizo sentir sucio, me manipuló y me perdí —confesó con un deje de rabia hacia esa persona—. Y hasta hace poco no me he reencontrado conmigo mismo, creo que todavía estoy en ello. Eso que te he dicho antes… sobre lo de… referente a… el sobrepeso. Yo fui así, pero no cambié porque quise, sino porque me obligaron. Esa persona me… me hizo sentir repugnante, débil, incapaz… Y, bueno… De verdad que no puedo. —Afectado, Liam tomó aire varias veces.

Ahora fue Alison quien le apretó la mano con firmeza, perpleja ante lo expuesto, si bien aguantó con entereza, porque el Inglesito no necesitaba su lástima, sino su soporte.

—Hey, está bien, no tienes que decir nada más. Pero supongo que entiendes por qué me da miedo ir tan rápido.

Liam la miró con tranquilidad, afirmó y después de unos segundos levantó las cejas divertido.

—Entonces vayamos más lento. No te he pedido nada. —Sonrió de medio lado—. Creo recordar que hasta el momento solo te he pedido una cita.

—¡Ja! —dejó que aquella carcajada saliera por su nariz—. En eso debo darte la razón.

—Pues, entonces, empezaremos de cero, como debió ser desde el principio.

Alison lo observó y valoró un momento esa solución.

—De acuerdo, Inglesito, te concedo esa cita.

Liam volvió a llenar los vasos, brindaron para sellar el acuerdo y se los bebieron de un solo trago.

—*Fuck*! —exclamaron al unísono.

—Ay, Ricitos de oro, qué largo se me va a hacer el camino sin probar una vez más tus labios.

De esa manera, se entretuvieron charlando de otras cosas, tratando de no tocar el tema del beso, intentando distraer sus verdaderos sentimientos, reprimiendo una vez más sus emociones, aunque los dos fallaban una y otra vez en el intento, por mucho que intentaran disimular.

Etapa 4



Estados de Texas y Nuevo Mexico:
De Amarillo a Santa Fe

Un nuevo día amaneció y se pusieron manos a la obra enseguida. No hablaron sobre lo sucedido el día anterior; sus charlas, como siempre, eran tan variadas que no caían en el absurdo silencio, y si lo hacían, siempre era uno agradable.

Visitaron el American Quarter Horse Association, un museo muy interesante donde poder descubrir las historias de los *cowboys* que dominaron esas llanuras a caballo. Fotografiaron las Legs of Amarillo*;* pararon en Cadillac Ranch, donde vaciaron unos cuantos botes de *spray* pintando las carrocerías de esos coches que estaban clavados en la tierra boca abajo. Un nuevo gigante conocido como Tex Randall fue captado por la cámara de Alison. Liam narró todo lo que habían visto, sentado en el cartel nombrado como Mid Point, donde se indicaba que era el punto medio de la ruta: 1139 millas exactas en una dirección y en otra. Hicieron tomas de los murales de Tucumcari y comieron en Santa Rosa, en el Route 66 restaurant, una comida mejicana deliciosa. Para el final tenían pensado recorrer Santa Fe y mostrar sus casas de adobe y esos monumentos tan antiguos que poseía, mientras ellos mismos disfrutaban del turismo.

—¿Qué te parece si cuando lleguemos a Holbrook, tomamos el desvío y vamos a ver el Gran Cañón?

Alison tenía desplegado el mapa, bastante arrugado y maltrecho, frente a ella. Estaba concentrada en las líneas que se conectaban y desviaban, dibujando así las carreteras principales y las adyacentes. En una de sus manos sujetaba el chupachups que le había regalado un chico que se dedicaba a echar gasolina y limpiar los cristales en una gasolinera de estilo *vintage*. Solo porque ella le había dado un billete de cinco dólares en agradecimiento, mientras le guiñaba el ojo y se llevaba un dedo a los labios, señalándole que guardara silencio. Liam supo de inmediato que el chupachups no se lo había dado por la propina, sino por su guiño de ojo y esa boca de labios sensuales, que, por cierto, recordó que no volvería a probar por un tiempo indefinido. La cara del chico mostraba una expresión de amor a primera vista; su boca abierta y los ojos echando chispas lo delataban; solo le quedaba babear para dejar patente tal afirmación.

—En realidad, no tengo ni idea de dónde queda Holbrook, pero supongo que está cerca del Gran Cañón, así que aún nos quedan bastantes millas para llegar allí.

—*Sip*, solo lo digo porque me gustaría saber si quieres pasar por allí. Pienso que sería un desperdicio no ir, ya que estamos en el camino.

—Es un desvío considerable de la Carretera Madre, pero opino que tienes razón. Ya puestos, sería genial sacrificar otras visitas y hacer unas tomas.

—Se ofrecen una gran variedad de actividades. Quizá podamos apuntarnos a alguna y aprovechar para realizar entrevistas a los turistas. Creo que puede ser interesante reflejar el punto de vista de los visitantes.

—Puede ser.

—Estamos mostrando lo que nos cuentan los vecinos, pero podemos enseñar cuáles son las expresiones de los que descubren ante sí tal magnitud, el poder de la naturaleza, por primera vez.

Liam miró por un segundo a Alison. Por arte de magia, el mapa había desaparecido de sus manos y en su lugar había aparecido la guía de viaje que el señor Jamie Rogers, el vendedor de caravanas, le había regalado a Alison, de nuevo, tras abrazarlo y darle las gracias con efusividad.

Desde luego, aunque Liam comenzaba a formarse una idea todavía abstracta, en realidad ignoraba cómo era capaz de conectar con la gente. Bueno, era atractiva. Como ya se sabe, él mismo comenzaba a sentir algo más que una simple amistad e incluso podía decir más que una sencilla atracción. Y aunque lo de cita sí y cita no había empezado como un juego, estaba comenzando a pensar que sí, que, realmente, el tener una con esa rubia llena de tatuajes y *piercings*, que chupaba el caramelo como el más suculento de los manjares, había sido uno de sus grandes logros; junto, por supuesto, al maravilloso beso que se habían dado en el salón de baile tejano. Tuvo que removerse en el asiento y hacer un esfuerzo por concentrarse en la carretera. Después de tantos días, la ausencia de sexo estaba causando mella en su libido. Desde luego, la minúscula ducha podía dar fe de ello…

—¿Sabes que realizan vuelos en helicóptero? —distrajo sus propios pensamientos.

Alison lo miró con brusquedad y también se removió, molesta.

—No creo que un viaje en helicóptero sea lo adecuado —dijo mientras pasaba las páginas hacia delante y atrás, nerviosa.

—¿Cómo que no? Es justo lo que debemos hacer. ¿Te imaginas las vistas que debe haber desde lo alto, incluso paseando entre los cauces del Cañón? Me extraña que una fotógrafa como tú no vea el potencial indispensable.

—Yo… No, no me interesa. Hay… mil fotos por ahí de artistas maravillosos —se pronunció dubitativa, para luego retomar su seguridad—. Además, yo me refiero a ir a hacer actividades con los excursionistas. Así, mientras estamos de aventura, podemos ir preguntando y tomando vídeos e instantáneas de sus expresiones, eso sí que es suculento para mí: ser capaz de transmitir al espectador lo que se vive en el momento, con tan solo echar un vistazo a una instantánea. Lograr despertar sentimientos cuando los ojeadores de las fotos las miren. La sorpresa, el gozo, la adrenalina; la dulzura que se queda en el pecho después de asimilar lo descubierto, lo vivido. Me gustaría tener ese don, ese que hace que un rostro, un paisaje, un objeto, acaricien tu alma más allá del entendimiento.

Liam volvió a mirar a Alison, esta le había devuelto la mirada solo un segundo y luego fijó sus

pupilas en la carretera. Para el conductor, todo lo que había dicho, toda esa especie de confesión, lo había dejado mudo. Admitía que Alison poseía unos sentimientos profundos, aunque todavía necesitaba trabajar en eso de que ella no era igual a ese tipo de personas: mujeres fatales que van por la vida dándote la puñalada por la espalda.

Sí, era cierto, su actitud contradecía todo lo que había pasado la noche anterior y esos otros momentos en los que se había visto cegado por la forma de ser de la fotógrafa. Durante la noche, había vuelto a asaltarle la misma pesadilla, si bien en esta ocasión se había manifestado de manera más vívida, más real, tanto como para que incluso en ese momento llegara a estremecerse, apretando con fuerza el volante por el odio que le provocaban los recuerdos que ya creía olvidados. ¿Estaría el destino advirtiéndole de algo? Su vida pasada, ese tiempo en el que se había perdido a sí mismo, manipulado, siendo el títere de las manos de una mujer sucia, repugnante, aquella que le hizo sentir inferior, esa que le dio la puñalada más grande de su vida; aquella que también llevaba tatuajes y *piercings*.

Debía admitirlo: sus alarmas habían saltado con tal fuerza que no podía dejar de dudar de sus propias decisiones, de si merecía la pena intentar algo con ricitos de oro. Ella le había abierto su corazón sí; al menos eso pensaba, pero la duda estaba ahí. Creía que había dejado que mirara dentro y no había encontrado nada que reprocharle; al contrario, había creído ver en ella nobleza e incluso vulnerabilidad, algo que le recordó a él mismo en aquel tiempo que pertenecía al pasado. Y, tal vez por eso mismo, le había enternecido más allá de lo pretendido. Una cosa eran sus necesidades carnales y otra sus sentimientos.

Y, para ser honesto consigo mismo, y reflexionando sobre su bienestar sentimental, la realidad era que no la conocía, que quizá había supuesto que sí; si bien, como aquel que dice, no llevaban ni dos días juntos. ¿Cómo podía haber considerado que sí? ¿Cómo había permitido dejarse llevar de esa manera? Se daba cuenta de cuánto agradecía, en realidad, que Alison hubiese dado un paso atrás. Al igual que agradecía haber decidido pedirle una cita… En su corazón se debatía una batalla que solo el paso a paso y el ojo avizor podía decidir cuál debía ser el ganador. Quizás todo se resumía en apetencia sexual, no debían olvidar que eran dos personas, hombre y mujer, heteros y atractivos, que estaban viviendo juntos. La chispa podía convertirse en una hoguera en cuestión de segundos.

Debía tener cuidado, tal y como Alison le había confesado, tampoco quería salir perjudicado. No podía permitirse el lujo de que sus sentimientos subieran ni un solo peldaño más. Tenía que echarles el freno. Porque, a pesar de lo que habían vivido y de lo que había creído y deseado como la más intensa realidad, incluso ella misma unas horas atrás se lo había dado a entender: no sabía lo que sentía por él exactamente; le daba miedo lastimarlo, que ambos cayeran por el acantilado. Esas palabras, junto a la pesadilla, provocaron que renacieran sus prejuicios. En lo más profundo de su ser, sabía que no confiaba en ella. ¿Acaso ella misma le estaba avisando sobre su propia volatilidad? Podía traerle problemas, de eso estaba tan seguro, si bien ignoraba de qué forma. Su recelo estaba ahí, no podía evitarlo, ¡ni peyote ni leches! Tenía que trabajar en ese defecto, pero, hasta conseguirlo, tenía que convivir con él y sabía que en más de una ocasión metería la pata, o tal vez no.

Por más que la mirara, por más que escuchara su voz y su cuerpo deseara exponerse a cuanto tuviera a bien hacer con él, por más que sus poros se hubiesen estremecido, como hacían en ese preciso momento, con su continua presencia, con el recuerdo de ese beso, no podía. Imposible, solo había que mirarla, observar esos bonitos ojos, atender a sus sensibles palabras, que luego estallaban sin razón aparente, con una rebeldía insolente que lo descolocaba. Su mente estaba en lucha con su corazón. Su cabeza no podía ni quería seguir su ritmo, el sufrimiento por amor no estaba en sus planes, ni ahora ni nunca. Y, sin embargo, su corazón le suplicaba que confiara, le había hecho acercarse a Alison de una manera íntima, hacía que recordara el beso, sus confesiones y esos detalles ínfimos que nadie había tenido hacia él. La propia conversación del día anterior.

Dios, solo hacía unas pocas horas que estaba seguro de lo que sentía hacia ella. Se estaba volviendo loco. Pero, después de la pesadilla, recordó otros detalles de su última conversación, aquello que le dijo acerca de los gestos que él también tenía con ella, esos mismos de los que después se había reído aquella mujer años atrás, aquella que le había hecho un daño pensaba que irreparable y que creía haber olvidado. Liam suspiró. Aquel viaje estaba resultando ser intenso, y no solo por las millas recorridas. Mejor apartar esas cavilaciones a un lado y permitirse tener una cita, conocer a la mujer que había dentro del cascarón. Con suerte, le sorprendería, incluso podría llegar a ser aquella que consiguiera hacerle volver a creer en el amor.

Volvió a tomar el control sobre sí mismo, estaban en la carretera, faltaba poco más de una hora para llegar a su destino. Aquel día el recorrido había sido más corto y, por fortuna, la resaca no había tenido protagonismo, con que iban a llegar a una hora bastante decente a su destino: por fin podrían descansar en condiciones. Decidió alejar todos esos malos pensamientos y continuar con el viaje. Tal vez incluso podrían salir a cenar, quizá tener esa primera cita y comenzar a despejar algunas dudas.

Entusiasmado, retomó el asunto del helicóptero.

—Sigo pensando lo mismo: lo de las excursiones y demás estaría genial, pero ¿qué tal si hacemos eso mismo montados en helicóptero? No creo que haya nada más emocionante que esa aventura. Si lo que buscas son emociones, esa es la adecuada. Tengo entendido que el viaje es en grupo. ¿Qué opinas, Alison? ¿Te gustaría probarlo?

Esperó ansioso la respuesta de Alison, deseando que aceptara la idea y que pudieran compartir ese momento juntos, fortaleciendo su conexión y creando nuevos recuerdos.

—*Nop* —la fotógrafa negó con absoluta rotundidad. Sin dar pie a objeciones.

—Pues no lo entiendo —dijo extrañado.

—Me niego y ya. No tengo por qué dar más explicaciones. Si quieres, te puedo reservar un vuelo ahora mismito —dijo enfadada, mientras dejaba el chupachups sobre el salpicadero y cogía el teléfono con brusquedad —, pero conmigo no cuentes. Te llevas la cámara, la libreta, el boli, lo que necesites, pero mi menda no va.

A Liam le molestó el tono con el que Alison le estaba hablando. Él había sido educado, amable, ¿por qué se comportaba de esa manera tan volátil, tan… sinsentido?

—¿Menda? —Meneó la cabeza, dejando para luego la necesidad de conocer el significado de

esa palabra—. Sigo sin comprender. Deberías estar entusiasmada; tú, esa persona a la que le gusta tanto fardar de hacer cosas nuevas, de vivir la vida, cada segundo de la vida; de exponerse —indicó el caramelo sobre el salpicadero, evidenciando que no tenía envoltorio y estaba sobre el polvo que había entrado del camino—. No puedo compren… —El presentador entrecerró los ojos cuando vio un cartel a un lado de la carretera donde se anunciaba que cerca de allí se hacía *jumping*—. Ah, espera. Espera. Que creo que ya caigo. ¿No será que tienes miedo a las alturas?

—¿Yo? ¿Miedo a las alturas? —preguntó pedante, cogiendo el caramelo y metiéndoselo en la boca descaradamente, para mostrar que no le daba asco—. Anda, anda, no me hagas reír, que tengo el labio partido.

—¿Que no? Entonces, ¿qué es…? ¿Qué puede impedirte subir a un helicóptero?

Alison se removía inquieta. El muy imbécil estaba tratando de sonsacarle su secreto. ¿Por qué tenía que ser tan pedante, tan entrometido? No podía decírselo; si lo hacía, estaba segura de que se mofaría de ella un día tras otro. Lo iba conociendo y no quería que, con la sangre gorda que tenía, la atosigara sin parar con el asuntito. Todavía de vez en cuando le recordaba el hecho de llevar a los perros, aunque Teddie ya no le gruñía, aun cuando ya fueran los dos animales los que se acostaban a echar la siesta en la cama del Inglesito. Ese día, sin ir más lejos, la estaba volviendo loca recordándole que por su culpa habían dejado sus zapatos en el salón de baile y ahora iban por todos lados con esas, decía textualmente, «ridículas botas vaqueras».

Por otro lado, tampoco es que fuera nada del otro mundo; es decir, muchas personas sufrían ese tipo de fobias, eso no la hacía ni más especial ni más estúpida. Pero es que siempre la habían tomado por rara. Y aunque de un tiempo a esa parte le daba igual lo que venía siendo todo en general, no deseaba abrir ese melón. Aunque, en realidad, el Inglesito había conseguido que ahora «casi» todo le diera igual.

Miró a Liam de reojo.

—No quiero y punto. Déjalo ya. Es que… ¿No podemos ser como las personas normales que van de excursión en autobús o en tren? Mira —rabiosa, le mostró una página de la guía que golpeaba sin parar con el dedo—, aquí hay de eso. ¡Noooo, nosotros no podemos montar en canoa, incluso hacer *rafting*! ¡No, qué va! ¡Nosotros tenemos que montarnos en un puto cacharro con hélices sin sujeción alguna a la tierra!

—¿No me digas que te da miedo volar? ¡No puede ser! —Se carcajeó—. Eso sí que no me lo creo, aunque…

—¡Deja el tema, por favor! —rogó Alison con rabia.

—Pero…

—¿Alguna vez te han dicho que eres un verdadero grano en el culo? ¡Me voy a echar un rato, me duele la cabeza!

Alison subió a su cama, metió la clavija de los auriculares en la ranura del teléfono y puso música. Estaba muy enfadada. Y, para ser sinceros, más consigo misma que con Liam. ¡Valiente estupidez!

Para evitar pensar en ello, se concentró en la letra de la música y en mirar por el techo solar. El día era soleado y, sin embargo, jirones de nubes pasaban por el cristal, como si estuviese a punto

de empezar un capítulo de *Los Simpsons*.

Al poco rato, se despertó debido al traqueteo de la caravana al montarse en algo. Miró por la ventana lateral. Habían llegado a un *parking* de caravanas.

La verdad es que tenía que ser honesta y reconocer que Liam no le había dado la brasa con el asunto, o quizá no se había enterado al taparse los oídos, pero creía intuir que había dejado el tema correr. Y se lo agradecía. Vaya si lo hacía, por muy tonto que pudiera parecer, porque para ella era importante.

Escuchó cómo apagaba la música y abría la puerta del conductor y la cerraba. Se había marchado. Por su parte, decidió bajar para ver dónde estaban; bueno, habían acordado parar en las afueras de Santa Fe, por lo que posiblemente estarían allí. Pero primero miró alrededor para asegurarse de que Liam no andaba cerca, no tenía ganas de verlo. Necesitaba estar sola.

Se había esfumado. Y el lugar que debía estar atestado de caravanas estaba vacío. Mejor así.

Salió del vehículo seguida de Teddie y Diddie, estiró las piernas y en ese mismo instante el aire puro la envolvió, devolviéndole algo de frescura a sus venas. Comenzaba a desentumecer su cuerpo junto a sus sentimientos.

—Menuda siesta te has echado. Roncas como un tío —le reprochó el presentador apoyado en la esquina trasera del coche.

—Yo no ronco —protestó sobresaltada—. Además, ¿qué haces aquí? Pensé que te habías largado a hacer… tus cosas.

—Yo no hago mis cosas al aire libre —dijo con los brazos cruzados, mostrando una relajación que en realidad no poseía.

—Desde luego que no —le reprochó yendo hacia él—. Tú las haces dentro, gastando el agua del depósito. Por no hablar de tus duchas interminables. Un día… —levantó el dedo índice— ya verás, un día nos quedaremos sin agua y a ver qué hacemos. Porque, si no soy yo la que la reposta, a ti ni se te ocurre.

—Te quejas mucho, Ricitos de oro —evidenció sereno, aunque en su deje por mucho que lo intentaba se intuía lo molesto que en realidad estaba.

—Déjame pasar.

Liam le cortó el paso.

—Creo que deberíamos hablar.

Alison levantó las manos evitando así que siquiera la rozara.

—Te he dicho que me dejes pasar, así que quítate de en medio. No tengo ganas de hablar contigo.

Aquellas palabras y su comportamiento lo hirieron, sobre todo por comprender que, en efecto, debajo de ese bonito rostro podía esconderse una arpía. Liam la dejó pasar.

—Oye, Alison, te estás pasando. —No quería que se fuera, quería hablar con ella, pero la mujer no estaba por la labor, por lo que consideró provocarla para ver si así conseguía que se quedara y, de paso, también descargar algo de tensión, quizá decirle cuatro cosas que le hacía falta saber para que ella también bajara de su nube—. Pero, claro —dijo apoyándose de nuevo en el

vehículo mientras Alison se afanaba en bajar una de las bicis—, ¿qué puedo esperar de una persona como tú?

—¿Como yo? —Paró un segundo, lo miró y prosiguió con lo que estaba haciendo, era mejor seguir sin hacerle caso. El Inglesito, por mucho que intentara disimular, tenía toda la pinta de estallar de un momento a otro, y ella también, en su fuero interno, creía escuchar la marcha atrás del reloj de una bomba que estaba a punto de estallar, así que era mejor poner distancia de por medio antes de hacerse verdadero daño. No entendía qué había pasado, o sí… La cuestión era que la noche anterior había ocurrido algo importante, algo que parecía que los había unido, pero ahora, sin embargo, estaban más alejados que nunca. Querían hacerse daño a conciencia, lo veía venir—. ¿Qué quieres decir con «como yo»? A ver, ¿eh?

—Pues como tú —la señaló de arriba a abajo—, nada más hay que verte para entender que eres una veleta, que lo mismo estás de pie que de cabeza.

Alison giró el cuello de sopetón, ¿en serio había dicho lo que había escuchado?

—Tú no me conoces, así que no me vengas con ese tipo de agresividad barata.

Quitó el último candado y bajó la bicicleta.

—No necesito conocerte para verte, sé que no eres de fiar.

—Ah, ¿no? ¿Y qué te hace creer eso?

—Tú. Tu pelo, tus tatuajes, tus *piercings*… esa forma de comportarte. —Alison se giró totalmente y se acercó peligrosa, lo mismo hasta repetía el tortazo que le había dado días atrás, ¿o fue el anterior? Se pasaba tantas horas con ese cretino que había perdido hasta el sentido del tiempo—. He conocido a gente como tú antes y no, querida, no estoy dispuesto a soportar tonterías. No estoy dispuesto a escuchar idioteces por parte de una mujer tan egoísta.

—¿Egoísta?

—Sí, lo eres. ¿Acaso no te das cuenta de lo cansado que estoy? ¿De la cantidad de millas que llevo en el cuerpo para encima tener que aguantar tus…?

—¿Mis qué?

—Las cosas que trae la gente como tú.

—¡Otra vez con lo mismo! ¡Pareces un loro repitiendo la misma melodía una y otra vez! Y la verdad es que no te entiendo. ¡Lo que pasa es que no tienes lo que hay que tener para dar forma a eso que piensas!

A lo lejos comenzó a llegar un sonido cada vez más fuerte. Ellos empezaron a subir el tono por encima del ruido que se iba acercando. A pocos metros se hicieron distinguibles un grupo de hombres que iban sobre sus Harleys. Los miraron mientras pasaban, no había sonrisas en sus caras, solo una muestra de poder. Uno de ellos frenó un poco el avance, los observó durante unos segundos, hizo un gesto con la cabeza y continuó con el grupo.

Liam y Alison sostuvieron el escrutinio a la espera de que el sonido se desvaneciera.

—A eso me refiero —dijo Liam con una frialdad aplastante en su mirada—. ¿Has visto al tipo que casi se ha parado? Estoy seguro de que estaba sopesando venir a por nosotros. Nada más hay que verlos para saber que esos hombres son peligrosos.

—¿Peligrosos, eh? Déjame pasar —dijo dándole un empujón.

—¿Adónde crees que vas?

—No tengo ni idea, lo único que sé es que quiero estar lejos de ti. —Conectó el interruptor de la batería y se subió a la bicicleta—. No me persigas, Inglesito, porque no respondo —le advirtió severa—. Puede que tengas prejuicios sobre mí y, para ser sinceros, eso, al ver cómo eres en realidad, me da igual; solo espero que respetes mi decisión y me dejes tranquila. —Y añadió en un murmullo—: Menos mal que anoche fui lista y me eché para atrás.

—Pero ¿me dejas tirado? ¿A mí?

—A ti, engreído de mie… al gran Peregrino. —Se puso el ridículo casco de medio huevo.

—¿Y el documental?

—No te preocupes por eso —puso un pie en el pedal—; aunque no lo creas, yo cumplo con mis promesas. Ya volveré cuando lo crea conveniente.

Dio el primer impulso y, tras echar un beso al aire, bastante irónico por cierto, marchó en la misma dirección que aquellos moteros.

El periodista tuvo que salir corriendo tras los perros después de que estos decidieran perseguir a la fotógrafa. Una vez los tuvo bien agarrados, se dio la vuelta, haciendo un gesto de negación con la cabeza. No sabía qué había dado lugar a ese desentendido o sí. La verdad es que se sentía bastante irritado cuando se bajó del vehículo. Pero, en realidad, no había hecho nada, tampoco es que hubiera dicho mucho, solo una verdad. Ella había sido incisiva, lo había provocado sin razón. Él solo le había hecho una broma, poco le importaba que le diera miedo volar o las alturas. Entendía que así fuera, aunque, a decir verdad, ni siquiera sabía si esa conclusión era cierta. Lo único que tenía claro es que Alison había hecho justo lo que esperaba de una mujer como ella… tal y como le había hecho saber antes de marchar…

Se metió en la caravana, lo mejor sería comenzar a ver qué material tenían hasta ahora. Dejó a Teddie y Diddie sobre su cama. No le había dicho nada a Alison, pero había recibido un correo electrónico donde se le hacía saber que el documental debía sacarse a la luz poco después de terminar el viaje. Era una locura, esa forma de trabajar era impensable, pero los que mandaban así lo habían dispuesto; es más, habían empezado a trabajar en la publicidad de ese nuevo cambio. ¿La excusa? Debían dar al público algo diferente si quería que su programa siguiera emitiéndose, y lo querían para ayer. Lo que viene siendo una amenaza disfrazada, así que le tocaba trabajar a deshoras, darlo todo de sí si pretendía que *The Pilgrim´s land* siguiera adelante. Y tenía que hacerlo, fuera como fuese tenía que acabarlo y pulirlo lo mejor posible para ahorrar trabajo y así pudiera ver la luz en la fecha conveniente. La soga que tenía alrededor de su cuello cada vez estaba más apretada, asfixiándolo sin tregua.

Sacó la cámara de la funda y comenzó a ver las imágenes y vídeos. Alison poseía un talento innato, era justo reconocerlo. Su trabajo era impecable, lo tenía todo perfectamente ordenado, cada toma, cada entrevista, cada paisaje, en sí el trabajo de edición ya estaba terminado; si continuaba trabajando de ese modo, el documental podía estar listo para la fecha exigida. ¿Cuándo lo había hecho? Siempre la veía como una loca, mirando alrededor, observando el paisaje, saltando de aquí para allá como un canguro, una niña pequeña que desea conocer cada palmo del mundo de manera desordenada… No obstante, frente a sus retinas había un trabajo

perfecto en el que apenas era necesario trabajar. ¿Cómo podía ser posible? Solo la había visto con la cámara cuando era necesario y, para ser honesto, podía afirmar de manera rotunda que nunca la había visto trabajar en el ordenador, donde estaban todas las herramientas necesarias para el montaje que tenía frente a sí.

Vaya mujer, no cesaba de sorprenderle.

Dejó el cacharro a un lado, después de lo visto ni se le pasaba por la cabeza tocar ni un segundo de carrete.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa y miró fuera, sus ojos vagaron hacia la carretera por donde se había ido su compañera de viaje.

Alison.

Tomó su móvil, lo desbloqueó y rozó el icono de galería, entró en fotos y comenzaron a desplegarse en la pantalla. Pulsó la primera. La había hecho ese mismo amanecer, después de haber tenido la pesadilla. Los colores tomaban vida tras la ventana, la oscuridad iba dejando paso a la luz, una que iba implantando su majestuosidad conforme pasaban los segundos. Allí, el horizonte estaba marcado por una línea anaranjada que empujaba los violáceos nocturnos, alejados ya de la planicie terrenal. Y, antes de ellos, ella. Alison. Su perfil se recortaba ante esos colores.

Estaba dormida, apacible, su sueño debía de ser tranquilo, lejos de esa mueca de continua sospecha cuando peleaban, lejos de ese entrecejo arrugado cuando se abstraía en sus pensamientos. Solo su perfil era perfecto.

Se había levantado y, sigiloso, había subido la escalera con la intención de despertarla, era necesario comenzar a arreglarse, desayunar y arrancar motores para poder llegar a la meta que se habían impuesto para ese día. Y, para qué negarlo, sí, se había quedado observándola. Era muy bonita, como una princesa durmiente moderna. Le había hecho la foto, no quería perder ese instante, quería guardarlo; por mucho que pelearan, quería poder regresar a ese momento.

Quizá se había pasado. Pensándolo mejor, la verdad es que había sido duro con ella. Le había dicho esas cosas, cosas feas que a cualquiera molestaría. Él no era así, ¿por qué lo había hecho? En realidad, sabía la respuesta: Alison tenía el poder de sacarlo de quicio con una sola mirada. Y luego estaban sus propios temores, sus propias reticencias. Pero esto no era excusa para ese pésimo comportamiento. Ambos se habían dicho cosas hirientes, incluso sabía que habían provocado la pelea: ¿una forma de alejarse antes de hacerse daño? ¿Quién podía dar respuesta? Ahora entendía por qué se había marchado, se lo tenía merecido.

Sin embargo, nada podía hacer hasta que ella volviera.

Tomó una revista que estaba tirada sobre el asiento de Alison y abierta por una página donde se mostraba una imagen muy llamativa y realmente atrayente. En ella se revelaba como protagonista el perfil de una mujer de avanzada edad. La cofia que adornaba su cabello canoso desvelaba que era camarera. La instantánea mostraba sus arrugas y como telón de fondo uno de esos *dinners* que ocupaban la ruta. La mujer tenía el rostro cansado, aunque el brillo en su ojo era deslumbrante, un brillo en el que se podía dar buena cuenta de que todavía poseía sueños que tenía la intención de cumplir, por muy dura que se presentase su vida. La belleza de la fotografía

era única y aplastante, por un momento le recordó a esas que acababa de ver en la cámara de Alison. Cada fotógrafo tiene una manera peculiar de mostrar su manera de ver y entender el mundo y en este caso parecía como si aquella viniera de mano de Ricitos de oro. Leyó el titular bajo la foto: «Hay situaciones que solo se viven una vez y un fotógrafo nunca deja pasar una oportunidad». Frunció el ceño, aquella afirmación le sonaba cercana, como si ya la hubiese escuchado antes. Miró la firma: Dereck Palmer. Por un momento se extrañó, esperaba ver la de su compañera de viaje. Observó por un segundo el pequeño texto que acompañaba a la instantánea, en él había rodeada a boli una frase: «Capacidad inigualable de captar los sentimientos». Obviamente aquel círculo lo había hecho Alison. La visualizó soñando con llegar a tener esa capacidad, quizá por eso lo había marcado. Alison tenía sueños bonitos, unos llenos de la esperanza de un día lograr algo así, y quiso protestar, porque ella ya era así. Lo que había visto en la cámara tenía una calidad que podía competir con la de ese tal Dereck Palmer.

Meneó la cabeza en negación. A veces se le olvidaba que, si bien en un principio Ricitos de oro se le había presentado como una loca sin remedio, luego pasaban esas cosas que le recordaban que tenía sentimientos y ganas de avanzar en la vida. Esos días con ella estaban siendo muy intensos y pasar de completos desconocidos a vivir juntos les había pasado factura. Una vez más se dijo que tenía que disculparse, pero debía esperar el momento adecuado. Por lo tanto, dejando para luego la disculpa, se dispuso a ocupar su tiempo contestando los correos que había dejado para un momento de libertad, lo que lo tuvo entretenido bastante rato.

El rugido ensordecedor de tubos de escapes y motores fue envolviendo la caravana, junto a un casi imperceptible temblor que hacía que el lápiz que tenía junto a su laptop se moviera apenas unos milímetros. Miró hacia fuera para que, literalmente, se le abriera la boca de una manera bastante vergonzosa.

Los moteros fueron entrando en el *parking* de caravanas, rodeando poco a poco el vehículo. Liam no daba crédito, entre todos esos lo matarían; eso como mínimo. Ya se veía en urgencias, vendado hasta las pestañas, o muy posiblemente en su funeral. Al menos esperaba que alguien le concediera un honorable sepelio.

Se agachó y en aquel reducido espacio trató de encontrar un buen escondite donde nadie pudiera dar con él. Y ¿dónde, por el amor de Dios, podría esconderse en aquel hueco de *hobbit* diminuto?

Decidió quedarse donde estaba, en el pasillo que separaba la cocina y el dormitorio. Ahí no había ventanas, por lo que quizá pudiera ser que pensaran que no había nadie, pero, si su pretensión era robar, ahí, amigo, estaba perdido. Y, ¡mierda!, había olvidado coger su teléfono. Atrevido, se arrastró sobre sus rodillas hasta llegar a la mesa, estiró el brazo, tanteó con la mano hasta dar con el aparato y regresó a su escondite. Sudores fríos comenzaron a perlar su frente, sus nervios estaban desbocados, conforme pasaban los segundos su respiración, esa que quería controlar como fuese, se hacía cada vez más dificultosa. Logró desbloquear el teléfono y comenzó a teclear para llamar a emergencias… Entonces fue cuando la escuchó. Aquella voz. Y su nombre. Esa que lo paralizó.

—¡Liam! Sal, que no vamos a hacerte nada, solo queremos jugar.

El hombre, todavía atemorizado, se asomó por una rendija de la cortina, levantando levemente el dobladillo. Todo frente a él eran manillares desmesuradamente altos, cascos, melenas despeinadas, barbas, chaquetas de cuero con parches de colores, gafas de sol, pintura negra brillante y mucha mala leche, pero ni rastro de la dueña de aquella voz. De repente, uno de los conductores se movió y comenzó a quitarse el casco. Alison. La eterna loca estaba conduciendo una de las Harleys y, si esa mañana había desaparecido vestida con un vaquero y una camiseta, ahora llevaba, además, una chupa de cuero que, por todos los infiernos, le sentaba como un guante.

La muchacha sonrió al hombre que, acojonado, se escondía tras la cortina. Alison sabía que sus locuras lo llevaban al límite, y se lo tenía bien merecido; por reírse de ella y ser un insensible niño pedante y engreído que se creía con derecho a todo, por lo que era necesario darle una lección y no había dudado ni un segundo cuando la idea surgió en su mente, tras recordar al hombre que casi había detenido su moto escrutándolos desde la carretera.

No quería estar enfadada a cada instante, todavía le quedaban muchas millas por delante junto a ese… patán. Y algo muy en el fondo le decía que, a pesar de sus prejuicios hacia los sabelotodo como él, en realidad no era tan malo, ciertas acciones que había tenido con ella protestaban en su interior que él no era como el resto. Así que se propuso hacerle ver cuán equivocado estaba con respecto a su manera de captar a las personas.

De acuerdo, le estaba mostrando partes suyas que no esperaba que existieran, al menos no le dio esa impresión en un primer momento. A veces se había mostrado tierno, aquella vez cuando la abrigó durante la noche de los pelícanos, cuando casi se besan; su mirada cuando le pidió disculpas por haberle pegado; la manera en que dio un portazo a su recelo y salió a bailar junto a un grupo de tejanos; y el beso, aquel beso de la noche anterior, ese que nunca podría olvidar. En efecto, se repitió: estaba comenzando a sentir cosas. Las hormigas en su bajo vientre se lo habían advertido en más de una ocasión. Su cuerpo, sus ojos, esa manera de mirarla. Pero no, los hombres como él eran insensibles, ahí estaba su ex para verificarlo. Hombres que solo vivían para observar su propio ombligo, para usarte y tirarte como un pañuelo de papel, para destrozar tu corazón y disfrutar mientras tanto. Para andar con unas y otras, entretanto te engaña con palabras vacías y bonitos regalos. No podía, debía apartarse de eso que se había aposentado en un lugar demasiado íntimo, en su esencia, debía echarlo, espantarlo como una mosca. Porque hacía un rato se lo había demostrado; porque hacía un rato le había dicho las palabras más hirientes que le habían dicho en su vida, aunque hubiera habido otras en su pasado más fuertes y diabólicas. No, ya no quería saber nada de él, ya no quería conocerlo; ni lento ni rápido. Si bien, seguiría adelante, no era mujer de dejar las cosas a medias, pero si tenía que ir con él, le tocaba darle una buena lección.

Con paso tranquilo y una gran sonrisa pícara en la cara, se acercó a la ventana del vehículo y le dijo:

—Muy bien, Inglesito, te presento a mis amigos: The Life and Death MC. Moteros, os presento a Liam, mi compañero de viaje.

Liam descorrió un poco la cortina y saludó indeciso con la mano. La situación era tan cómica

que Alison tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar carcajearse, como ya lo había hecho él unas horas atrás. Si se ponía en la piel del Inglesito y recordaba cómo había diseccionado a esos hombres cuando los vio pasar en masa por la carretera, entendía que tuviera miedo a lo que le pudieran hacer. Así que, si ella misma necesitaba que entendiera el respeto que se merecía su miedo, ¿cómo iba a comportarse del mismo modo hiriente, aunque se lo mereciera?

—Mis amigos y yo hemos venido a invitarte a dar un paseo.

Liam abrió un poco la ventana.

—Gra… gracias, pero en este momento estoy trabajando. Quizá en otro.

Fue a cerrar la ventana, pero entonces observó cómo Alison hacía un gesto hacia el motero que estaba más cerca de la puerta. Este le puso la pata a la moto con el tacón de aquellas botas bastas y se bajó. ¿Era el mismo tipo que los había observado desde la carretera? Con una seguridad innata, se acercó a la puerta y puso aquella mano enorme con antebrazos aún más gigantescos en el pomo.

—Los chicos del Club de La vida y la muerte no están acostumbrados a las negativas, así que será mejor que te vayas poniendo los zapatos. Por la chamarra no te preocupes, que ya te he traído yo una. —Alison se acercó a su moto y sacó un ovillo de cuero que traía guardado en una de las alforjas—. No tardes, te estamos esperando.

Liam miró al hombre malhumorado, que todavía aguantaba el pomo de la puerta; luego a Alison, la muy condenada mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Se lo estaba pasando realmente bien. De repente, un amor propio subió desde los pies hasta su corazón, calentando sus venas. Si la muy ladina se creía que se iba a acobardar más de lo que ya lo había hecho, estaba muy equivocada. Le demostraría que no temía salir, ni mucho menos estar rodeado de esos tipos… aunque fuera mentira, claro. Pero no podía dejarse avasallar de esa manera. Qué astuta había sido en su venganza. Y es que se lo tenía merecido, así que asumiría la penitencia.

Se apartó de la ventana y fue hacia donde tenía guardada su ropa y calzado, el hecho de solo haber podido llevar una maleta no le dejaba demasiadas opciones. Por suerte, entre los pocos enseres, tenía las botas vaqueras, no era lo más adecuado, pero sí mejores que sus mocasines. Su propia entereza lo tenía anonadado. Se sorprendió al constatar que no le temblaban las manos.

Respiró varias veces en busca de algo más de paz. Tenía que mostrarse entero. Y, por otra parte, ¿acaso no estaba Alison con ellos, vivita y coleando?

Se repeinó con los dedos, comprobó que llevaba la bragueta de sus chinos cerrada y que todos los botones de su camisa coincidían, y cogió el teléfono. Luego, tras inspirar y soltar el aire una vez más, abrió la puerta. Abajo se encontró con aquel melenas que lo miraba con cara de pocos amigos. Tragó saliva y, con un gesto de la mano, le pidió permiso para pasar. El hombre se echó a un lado refunfuñando y Liam echó un pie al suelo. Ante la perspectiva de aquel chico tan diferente al resto, el club al completo rio a carcajadas. Liam se sintió pequeño, minúsculo y muy degradado.

—Vamos, chicos, no seáis malos —les advirtió su compañera.

El grupo al unísono acalló las risas y comenzaron a acomodarse para rodar, ignorando así a la pareja.

—Perdónalos, anda.

Liam no dijo una sola palabra, solo se dejó guiar hacia la moto que conducía la loca que le había tocado en aquel maldito viaje del infierno, observado por Alison como si fuera andando por el pasillo de la vergüenza. Esta le entregó la chaqueta y en tanto de la otra alforja sacaba un casco, él guardó su móvil en el bolsillo interior que encontró en la *chupa y* observó el casco mientras metía los brazos por las mangas.

—Supongo que en algún momento me explicarás cómo has conseguido una Harley, cómo una chaqueta de mi talla y cómo es que tienes permiso de moto.

—Inglesito —dijo poniéndose el casco—, todo es mucho más fácil de lo que parece. Ahora —dijo montándose y quitando la pata de la moto—, vamos a tirar millas. Mi querida Greaselightning está hambrienta.

«Su Greaselightning, ¿ahora llamaba así a su barriga?», se preguntó Liam mientras se acomodaba en el asiento.

El rugido de las motos al arrancar se mezcló con gritos de júbilo y algarabía alegre. Uno tras otro, los moteros y sus parejas fueron saliendo del aparcamiento, Alison se incorporó entre ellos. Era una gozada llevar a ese engreído de paquete, le extrañaba que no estuviera temblando. Iba tieso como un palo de escoba, no se le movía ni un solo músculo, y las piernas le apretaban tanto el trasero que no dudaría que le saldrían moretones.

Durante un rato no dijeron nada. Alison dejó que se relajara. El ritmo del grupo era tranquilo; hacer millas era su única meta, disfrutar del paisaje, del viento rozando su rostro, del rugir del motor entre sus piernas. El entendimiento de aquel placer solo era apto para un número escaso de personas.

Poco a poco se fue relajando. Alison fue consciente cuando sus rodillas dejaron de apretar su cuerpo. Echó una ojeada hacia atrás y sonrió complacida ante tal cambio. Liam le devolvió una sonrisa todavía algo tensa.

Al rato, llegaron a un bar de estos típicos que se encuentran al pie del camino. Casualmente, Liam observó en el cartel con letras de neón que se encontraba sobre la puerta, que se llamaba igual que el grupo de moteros con los que iba. Rodó los ojos hacia atrás. Alison lo había traído a la boca del lobo.

Bajaron de sus vehículos. Los hombres y mujeres reían y hablaban entre ellos mientras entraban en el garito. Liam bajó de la moto y esperó a que Alison hiciera lo mismo. Ella guardó ambos cascos y le dijo:

—Después de ti, príncipe.

Era una burla en toda regla, pero Liam optó por no decir nada. Todavía estaba tenso. A pesar de que el ambiente se había distendido bastante, aún no podía bajar la guardia.

Entraron al bar y más de lo mismo. Era como estar viviendo una peli de esas en las que después de un rato un motero insulta a otro y el bar entero se viene abajo. La fotógrafa indicó la barra, pero Liam se negó. No quería estar en medio del posible caos que pudiera armarse. Prefería estar cerca de la puerta para huir al primer insulto o gesto sospechoso. Por lo que se sentaron en una mesa que había al lado de la entrada.

—Bueno, Inglesito, pues aquí estamos. Has llegado sano y salvo. ¿Quién te lo iba a decir, eh?

—Todavía no ha terminado el día —dijo mirando alrededor, suspicaz—. Me será difícil perdonarte algo así; lo sabes, ¿verdad?

—Como dices, el día no ha terminado y te lo tienes bien merecido. Mi consejo es que te relajes. No corres ningún peligro. Y que, además, no toques el tema de antes si quieres salir vivo de aquí. Y, en todo caso, debes ser tú el que sea perdonado y, para eso, Inglesito, ni te puedes imaginar lo que tienes que currar.

Y justo cuando terminó de decir eso:

—¡Eh, vosotros! ¡Estáis sentados en mi sitio!

De inmediato, el color del rostro de Liam desapareció. Se quedó quieto, por más que en su interior algo le exigía que corriera, era imposible hacer que esa orden se transmitiera a sus miembros. Como si la fuerza se hubiese esfumado, estaba tan tenso que le dolían hasta los trapecios de sus hombros. Alison miró a aquel extraño y luego a Liam, y de pronto, tras dar un fuerte golpe en la mesa, soltó una enorme carcajada, se levantó de la silla y abrazó a aquel tipo.

Liam no entendía nada. Aunque agradecía todo aquello, su cuerpo se desinfló y el dolor de sus hombros casi se esfumó. Era obvio que Alison conocía a aquel gigante, el mismo que, ahora que lo tenía más cerca, logró reconocer como el que lo había esperado al pie de la caravana al salir.

Bajó de sus brazos y miró de nuevo a su acompañante, mientras ese hombre que doblaba el tamaño de la mayoría de los que estaban allí observaba a Liam con auténtico enojo. Alison lo miró y dijo mientras lo zarandeaba:

—Hey, Jack, deja ya a mi amigo, ¡no seas travieso!

Luego se giró a Liam y se lo presentó.

—Liam, este es Jack, un gran amigo de la infancia; bueno, más que amigo es familia.

Jack tendió la mano hacia Liam, la mano de este último desapareció bajo tanta piel y dedos como chorizos. Jack, por su parte, le dio un buen apretón e hizo que se levantara de la silla para darle un achuchón, y el periodista solo se dejaba hacer, no era capaz ni de respirar por temor a ofender a esa mole. Ese hombre daba miedo, era imposible negar tal evidencia.

—En… encan… —Liam carraspeó—. Encantado de conocerte, Jack.

El tal Jack lo miró durante unos segundos como si no entendiera su idioma y de pronto su voz grave, como boca de lobo, lo rodeó como una advertencia.

—¿Qué es eso de «encantado»? ¿Es que eres una nenaza o qué? —dijo zarandeándole el hombro, sonriendo para luego volver a su constante seriedad *ipso facto*—. Alison me ha dicho que estáis trabajando en un programa y creemos que sería interesante que hicierais unas tomas en el bar. Nos gustaría que se conociera algo más que ese sambenito que hace ya tanto tiempo nos colocaron encima.

Liam sonrió nervioso.

—Bueno, tampoco quisiera molestar.

—Y no lo harás; al igual que los chicos—dijo señalando con un dedo hacia atrás—. Puedes estar tranquilo.

—De veras, no quiero…

—Sin problema —dio una palmada con sus manos—, pero, ya sabes, Tequila… —hizo un gesto cómplice hacia Alison—. Por lo demás, saca la cámara y empieza.

Después de una sonrisa de oreja a oreja, Alison sacó su móvil.

—Pues, nos tendremos que apañar con la cámara del teléfono, Popeye.

Jack o Popeye… En fin, Jack, asintió con la cabeza, le dio un beso en la mejilla y se marchó, no sin antes echar una última ojeada oscura a Liam.

—Tienes unas amistades muy curiosas, Tequila —dijo esto último con retintín, en tanto veía alejarse a ese forzudo.

Alison sonrió.

—Popeye es un gran hombre, de los pocos que darían todo por protegerme —le contaba mientras buscaba filtros y efectos en el menú de su teléfono—. Es un hombre íntegro, de valores incuestionables.

—Ya…

Alison lo miró muy seria, en su boca un gesto de advertencia.

—Solo para que te vayas anteponiendo a lo que se mueve por aquí y para que no metas la pata una vez más, pues no te voy a consentir ni un insulto ni una mala palabra hacia mi gente. Te diré que Jack tiene montado este bar básicamente para ayudar a una ONG que se dedica a cuidar de mujeres que sufren malos tratos, aquellas que la ley no ampara. Así que cuidadito con lo que dices o supones, Inglesito —advirtió severa—. La comida que se sirve aquí está hecha por algunas de ellas, a las que se les da refugio, intimidad y protección, así como comida y médicos; cuando cierran, las que limpian son otras como ellas; y las camareras son las hijas de estas que se vieron en la tesitura de tener que huir porque sus vidas corrían verdadero peligro. —Tomó aire un momento y miró alrededor—. ¿Que estos hombres son peligrosos? Oh, ya lo creo que sí, pero peligrosos solo para aquellos que abusan de las mujeres y los niños. —Clavó sus ojos en su acompañante—. Así que sí, Inglesito, estamos con hombres peligrosos, pero también buenos. Si quieres, luego podemos entrevistar a alguna mujer, eso sí, fuera de cámara, a ver si ellas opinan que estos hombres son peligrosos. Posiblemente lo nieguen, porque aquellos que les han hecho verdadero daño —continuó con rabia—, aquellos que han atentado contra su vida, pueden ser hombres que se vistan con traje de chaqueta y que parece que nunca han roto un plato. Yo que tú me sentiría bastante a gusto aquí, no encontrarás lugar más justo y tranquilo que este —dijo esto último echándose hacia atrás sobre el respaldo.

Por supuesto, todo aquello había tomado por sorpresa al presentador, quien siguió el transcurso de su exposición cada vez más interesado. ¿De verdad esos hombres hacían algo semejante? Era digno de ser contado, pero entendía que, por encima de todo, era necesario mantener el anonimato de todas esas mujeres.

El reportero asintió y miró alrededor, ahora con otros ojos, y lo único que encontró fueron sonrisas, hombres y mujeres compartiendo un billar viejo, otro grupo apostado frente a la diana de dardos y, así, un grupo tras otro gozando del día juntos. Comenzó a relajarse. Si todo aquello era verdad, qué equivocado había estado.

Alison miró su móvil, se puso seria y soltó el aire como un toro de miura a punto de embestir.

Se disculpó con Liam y salió fuera para contestar. El reportero la siguió con la mirada y observó cómo hablaba al teléfono como si fuera su mayor enemigo, hacía aspavientos con las manos, miraba alrededor como buscando algo, volvió a increpar al aparato, estaba muy enfadada. Miró un segundo al periodista y, después de una vacilante sonrisa, se giró para quedar de espaldas a la ventana; era obvio que deseaba intimidad.

Fue entonces cuando Liam, al regresar su mirada al interior, observó cómo Jack ayudaba a una de las camareras con una bandeja que estaba sobrecargada. Le sorprendió la manera en que el hombre le sugirió que no era necesario cargar tanto cuando el trabajo se hacía igualmente dando un par de vueltas; si no lo hubiera presenciado, seguro hubiese supuesto que la habría regañado fuertemente. Una vez Ricitos de oro regresó, un pesado silencio se cernía sobre ellos. Era evidente que no quería hablar sobre aquella llamada telefónica, por lo que, buscando un tema seguro, le preguntó cómo había conocido al tal Popeye y por qué. Alison le dijo que durante su infancia había entablado amistad con una familia de americanos con quienes sus padres hicieron muy buenas migas. Jack era el hijo mayor, más o menos de la misma edad que ella. Sin embargo, lo que realmente había marcado su relación con Popeye era la forma en que la había protegido.

Alison era la rarita, la diferente, aquel blanco fácil para las burlas y el acoso de los demás. Pero Popeye siempre estaba allí para defenderla, para alzar su voz en contra del abuso y la crueldad. Desde pequeño, demostró un coraje y una valentía que dejaba en evidencia a aquellos que se atrevían a lastimarla. Su amistad fue su refugio, su escudo en un mundo hostil.

Con el paso del tiempo, las circunstancias que los separaron geográficamente e hicieron imposible verse *in situ*, dieron paso a las videollamadas, esas que se convirtieron en su única forma de mantener el contacto.

—Y listo, no hay mucho más que contar.

Liam discrepaba, le gustaría haberle preguntado cuál era el motivo de aquel *bullying* hacia ella; tampoco le había pasado inadvertido el instante en que denominó a aquellas personas como su gente y el resumen tan escueto que había hecho. Pero no creía que aquel momento fuese el adecuado, así que salió con algo que también le había llamado la atención.

—¿Por qué se llama «El club de la vida y la muerte»?

—Este club es por y para aquellos que sienten pasión por la conducción, que quieren vivir la vida a tope y que su último viaje sea montados en una motocicleta.

Liam asintió, aunque no entendía por qué.

—¿Por qué te llaman Tequila? —preguntó, señalando la chaqueta de la muchacha, pues fue ahí cuando cayó en la cuenta de que, yendo de paquete en la moto, había visto que llevaba ese nombre confeccionado en pedrería en la espalda de su chamarra.

Alison sonrió y buscó a Jack con la mirada.

—¡Eh, Jack! Liam pregunta por qué me llamáis Tequila.

—¿De veras? —Sonrió y le hizo un gesto de invitación hacia la barra.

Alison se levantó como un resorte, con aquella sonrisa que cada vez iluminaba más su cara.

—Ruth, prepara la barra y el tequila —dijo.

De pronto, todos los que ocupaban el mostrador en el centro se hicieron a un lado. La camarera

más mayor sonrió a Alison, traviesa, y comenzó a limpiar la superficie.

—Bien, Inglesito —se había inclinado hacia él, dejando expuesto el canal de sus pechos—, para muestra un botón. Te voy a enseñar por qué me llaman Tequila. —Y se alejó meneando su bonito trasero, era obvio que sabía que su compañero tendría sus pupilas clavadas ahí; y no se equivocaba. No era la primera vez que lo provocaba de esa manera, tampoco iba a dejar de admirarlo tantas veces como tuviera a bien hacerlo.

Para perplejidad de Liam, Alison se metió tras la barra y con un dedo le indicó a su compañero de viaje que se acercara. Seguidamente, le dio unas cuantas órdenes amables a la camarera, quien puso sobre el mostrador todo lo necesario para la realización de lo que fuera hacer Alison.

—*Ok*, Liam —dijo esta mientras trabajaba. Tomó una coctelera y dispuso varias copas coctel frente a ella—. Te voy a preparar uno de mis cócteles favoritos, se llama Polvo de medianoche. Y, sí, es tan bueno que puedes llegar a tener un orgasmo. —Los demás rieron detrás y se escuchó algún «otro para mí» desde el fondo—. Para la realización de esta bebida orgásmica se necesita… Gracias, Ruth. —Ruth puso el último ingrediente sobre la barra y ahí fue cuando Alison se puso a trabajar atenta a sus movimientos, pero sin parar de hablar—. Lo primero que voy a hacer es echar un poco de licor de chocolate blanco directamente en la copa; luego entenderás por qué. Ahora voy a rodear la coctelera con un paño y le voy a echar en sus justas medidas: licor de café, vodka y tequila; y ahora… Dame el encendedor, por favor, Ruth. Eso es —Alison volcó un poco la coctelera y metió el mechero dentro—. Esto debería prenderse… —Paseó un poco la llama por el exterior de la coctelera y luego insistió un poco en el contenido interior hasta conseguir lo que quería. Aquello era lo más erótico que Liam había presenciado en su vida. Esa manera de sacar la punta de la lengua por entre sus labios, concentrada en su trabajo. Esa voz que había adoptado esa tonalidad sensual, provocativa. Todo aquello no hacía más que atraerlo. Las luces que iluminaban su piel haciéndola parecer de terciopelo, su expresión, sus gestos. ¿Por qué la vida no hacía más que atraerlo hacia ella?—. Listo, ahora lo volcaré sobre la copa. —El líquido cayó dentro de la copa, encendido, las llamas eran azules—. Ahora tomaré esta fresa, la mojo en la leche condensada y empapo su punta con la canela. Ruth, por favor, ya sabes qué hacer. Jack, tú también. —Ruth echó sobre la barra una línea de tequila y por encima un camino de canela molida, mientras Jack atenuaba las luces del local. Seguidamente, Alison puso la copa frente a Liam y metió dentro una pajita de metal—. Ahora, Inglesito, demuestra de qué estás hecho y bébela entera y, al final, no olvides tomarte la fresa. —Liam se acercó a la copa y Ruth prendió el camino de tequila y canela de la barra, el fuego era potente, de un azul eléctrico que, junto a las chispas de la canela, al quemarse hicieron de aquel momento algo mágico. Bebió de la copa sin parar, mientras miraba el gesto agradable de Alison, quien disfrutaba al leer la grata sorpresa cuando los sabores impregnaron las papilas gustativas del extranjero.

El bar estalló en aplausos y vítores cuando Liam tragó la fruta.

—¡Demonios! —rugió Liam— ¡Esto sí que es orgásmico!

A partir de ahí, todo fueron cocteles, risas, juegos de dardos y canciones en un karaoke rodeado de mucho deseo no complacido.

* * *

Alison no pudo esconder las lágrimas que le provocó la despedida de sus amigos. Por suerte, su Greaselightning ahora viajaría con ella, pues Popeye le había acoplado un pequeño remolque a la autocaravana y sujetó allí la moto, esa preciosa Harley que tanto había echado de menos. Abrió la puerta del vehículo y Teddie y Diddie se tiraron sobre ella. Pobres animales, se habían pasado varias horas metidos en el vehículo, afortunadamente habían dejado el techo abierto y abundante agua y comida en sus cacharros. Sin embargo, ese recibimiento era una obvia regañina en forma de ladrido.

—Está bien, está bien. Nos lo tenemos bien merecido, pero no neguéis que habéis pasado unas buenas horas de sueño y juegos. A saber qué habéis hecho en nuestra ausencia.

En realidad, Alison intentaba hablar lo más claro posible. Estaba bastante perjudicada por el alcohol ingerido y lo justo era poner la correa a los yorkshires y dejarlos andar un poco, pero solo de pensarlo el mareo y el movimiento de la carretera aumentaban de manera considerable.

Echó una ojeada a Liam. Aquel hombre no estaba mucho mejor que ella. Se tambaleaba mientras esperaba agarrado a la puerta del vehículo a que su compañera subiera los tres peldaños que lo separaban de la cama, el sofá o mismamente el suelo, qué más daba. Leyó el ruego en los ojos de la fotógrafa. Lo último que le apetecía era una nueva bronca. Su objetivo era dormir, o al menos intentarlo, si ese balanceo parecido al de un barco dejaba de menear su cerebro.

Chasqueó la lengua, dejó escapar un largo suspiro y alargó la mano en busca de las correas que estarían tiradas al lado de la puerta. Bingo, los perros se pusieron como locos saltando a su alrededor, después de unos cuantos intentos enganchó las anillas y se marchó sin mediar palabra. Tenía la boca pastosa y quería acabar con todo aquello con rapidez, por lo que, cuanto antes se pusiera manos a la obra, antes terminaría aquel infierno. Era como un castigo.

Paseó por el *parking*, pero Teddie no estaba muy de acuerdo con esa ridícula vuelta, quería más. Tiró de la correa dejando bien claro que su intención era ir hacia los matorrales. Así se vio Liam, haciendo malabares para no caer de bruces por pisar un simple guijarro. Se sentía como un piloto de avión novato tratando de encontrar el horizonte en el marcador, girar, girar y girar sin dar nunca en la diana. Comenzó a protestar, a exigir a los perros que se apiadaran de él, que ya llevaban veinte minutos yendo hacia ninguna parte. Diddie se paró e hizo sus cosas… luego Teddie, animado por la perra, también relajó el vientre y, ya más contentos, Liam pudo dar la vuelta y tomar el camino de regreso con la mala suerte de, efectivamente, tropezar con una piedra, caer sobre unos matorrales repletos de pinchos y, además, ¡sufrir la mordedura de una serpiente!

Los ladridos de los perros alertaron a Alison, quien se había metido a ducharse antes de acostarse, no quería meterse en la cama con la mugre que llevaba encima, litros de salpicaduras de diferentes licores, especies y frutas trituradas. Sacó la cabeza por la ventana y observó que Teddie y Diddie venían hacia la caravana ladrando y sueltos. ¿Dónde estaba Liam?

Asustada, enseguida se preocupó, con la borrachera que llevaba podía haberse caído y haberse golpeado la cabeza. Se le pasó de todo por la mente, y nada era bueno.

Salió de la caravana con tan solo unas chanclas de dedo, un albornoz y una toalla liada en su cabeza como vestimenta y con urgencia animó a los animales a que la llevaran hasta el presentador. No daba con él, los perros daban vueltas alrededor de sus torpes pies, todavía perjudicados por el alcohol. Comenzó a vociferar su nombre, no llevaba linterna, por fortuna la noche tenía una espléndida luna que iluminaba los arbustos que iban arañando sus piernas y sus pies. Pero poco le importaba, el no obtener respuesta la estaba poniendo de los nervios.

De repente, los perros salieron disparados hacia un matorral, Alison los siguió y descubrió que Liam estaba despatarrado tras él. Se agachó, sin importar que las piedras se clavaran en sus rodillas.

Respiraba. Estaba desmayado y era imposible saber si tenía algún golpe, maldijo no llevar una linterna o el móvil; cualquiera de las dos cosas hubiese sido genial, pero no, ella tenía que salir como las locas. Nerviosa, pronunciando su nombre una y otra vez sin obtener respuesta, comenzó a palpar su cuerpo, no quería moverlo, no sabía si tenía alguna fractura grave.

—Oh, Dios, Liam. ¿Qué cojones te ha pasado?

Su nerviosismo iba en aumento conforme sus manos se llenaban de una sustancia pegajosa que cubría algunas zonas del cuerpo de Liam. Su mente se dispuso a conjeturar, a hacerse películas… Una paliza, el ataque de un oso, un rinoceronte, incluso un dinosaurio, razonamientos sin sentido que a ella la estaban poniendo de una manera incapaz de pensar.

Llegó al límite de sus nervios, tanto como para darse cuenta de que lo primordial era mantener la calma: esa era la única salida. Respiró hondo, profundo, cerró los ojos y llegó a la conclusión de que lo más acertado era ir de regreso al vehículo, coger su teléfono y llamar a emergencias.

—Hey, Liam —dijo a sabiendas de que no le escuchaba—, tengo que dejarte unos minutos solo. No quiero, pero tampoco puedo moverte, no sé si estás malherido… ¡Por dios, esto es un desastre! Te prometo que vuelvo enseguida, no te muevas de aquí, ¿vale?

Fue a ponerse de pie, pero la mano de Liam abrazó con apenas fuerzas su tobillo.

—No me dejes solo. Solo dame unos minutos.

—Hey, me tienes muy asustada, ¿qué te ha pasado? ¿Te has caído? ¿Tienes algo roto? ¿Una pierna?, ¿un brazo?, ¿la cabeza?

—Para… para… Me da vueltas el cerebro… Solo dame unos segundos para hacer un reconocimiento interno.

Alison abrazaba la mano de Liam fuertemente, como así consiguiera que no se volviera a desmayar. Estaba arrodillada junto a él, la cara cerca de la suya, en sus ojos se podía ver el horror que le estaba suponiendo todo aquello. Liam no pudo evitar acariciar su rostro, no supo por qué, solo necesitaba sentir el calor y la suavidad de su piel. Pocas habían sido las personas que lo habían mirado de aquella manera, con una preocupación verdadera, como si le importara de verdad. Alison puso su mano sobre la de él para evitar que la alejara de allí y sonrió, pese a su natural descaro, de manera tímida. Aquello que estaba pasando, eso que ocurría entre ellos, era algo imparable, quizá fuese debido al miedo que había pasado y ahora, al verlo despierto y

alerta… no sabía darle una explicación fehaciente, solo quería que dejara la mano allí, continuar sintiendo el aroma de su piel, reposar su rostro sobre su palma y dejarse llevar. Olvidar aquello de no querer nada con él. Mandar al infierno sus recelos. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan bien, la verdad es que debía admitir que nunca se había sentido tan imperfectamente bien. Los dos allí tirados en mitad de la nada, rodeados de naturaleza, Alison medio desnuda, preocupada, Liam podía estar herido y, no obstante, era uno de los mejores momentos que habían vivido en toda su vida. Los perros se acercaron a lamer la cara del presentador, ambos rieron y el embrujo, de algún modo, se desvaneció un poco.

—Bien, ¿debo seguir preocupada?

—Creo… —Liam se incorporó sobre sus codos—. Creo que todo está bien.

Alison suspiró dejando salir todo el estrés acumulado en pocos minutos. Estaba bien. Esas palabras le supieron a gloria. Luego se acuclilló frente a Liam y le tendió la mano como invitación a incorporarse.

—Cariño, menos mal que no hay luz; si no, contaría con unas vistas inusuales, aunque seguro que preciosas y apetecibles.

Alison lo miró extrañada, luego siguió la mirada de su compañero de viaje y cerró las piernas de golpe, entre avergonzada y molesta.

—Eres… —se levantó *ipso facto*—. ¡Eres un cerdo!

Y, sin añadir nada más, tomó el camino de regreso, dejando bien patente, por sus enormes zancadas y la forma de pisar el suelo, que estaba muy cabreada.

Liam quedó sonriendo, esa mujer lo tenía loco. Loco. Pero loco de verdad. Sus altibajos, ¿esos?… Dios, qué mujer.

Palpó la zona donde creía haber sufrido la mordida de la serpiente, pero nada halló. Se levantó como pudo, tomándose el tiempo necesario para no volver a desmayarse. Inspiró y exhaló varias veces, miró alrededor y constató que la serpiente se había largado. Un escalofrío recorrió su cuerpo, tanto como para zarandearlo. Sentía un chichón en la cabeza, rasguñaduras por el cuerpo y todavía estaba bajo los efectos del alcohol. Estaba hecho un desastre y, encima, ahora sabía que le tocaba lidiar con la fotógrafa solo por su estúpida ocurrencia. Pero ¿es que no se le podía hacer ninguna broma? Tenía la cuerda muy corta alrededor de su cuello. Y es que Ricitos de oro siempre tenía la escopeta cargada, esperando el momento para dispararla, se daba cuenta que desde un par de días atrás no le dejaba pasar ni una. Pero, como ella, él no se dejaba amilanar tan fácil, no cambiaría su forma de ser.

Los perros correteaban entre sus piernas. Con el mejor mandato directo que pudo obtener de su interior, los mandó a la caravana. Los animales salieron corriendo hacia el *parking*. Las luces de la caravana estaban encendidas, vio cómo la puerta se abría a lo lejos, los perros entraban y, a los dos minutos, las luces se apagaban.

Sí, estaba muy cabreada.

Cuando llegó, abrió la puerta. Por suerte, no estaba cerrada a cal y canto; su primer temor se había disipado. Luego tuvo el tiento de encender las luces, pero percibió que Alison estaba en su

cama y que no querría ser molestada. Del mismo modo, decidió dejar la ducha para la mañana. Mejor dejar las cosas como estaban.

Teddie y Diddie levantaron las cabezas de su cama y lo miraron, creyó intuir que con rencor. Vaya, pues sí que había metido la pata. Nadie disfrutaba con su presencia. Se fue a su cama y se tiró sobre ella, no se quitó la ropa, ni siquiera deshizo las sábanas. Solo te tiró allí y miró al techo, no daba tantas vueltas como creía que iba a suceder, estaba quieto como la respiración de Alison, como el exterior. Estaba agotado. Hizo recuento del día. Debía reconocer que había sido un día extraño. Había discutido, sentido miedo, había ido de paquete en una Harley, se había reído, había jugado, había cantado hasta casi quedar afónico. ¿Quién le iba a decir que algún día cantaría junto a un grupo de moteros en un karaoke? ¿Quién le iba a decir que algún día terminaría abrazado a uno de ellos diciéndole «te quiero»? Ja. Aquel día había sido delirante. Y todo gracias a ella, Alison. Giró su cara hacia la cama sobre la cabina del conductor. Ricitos de oro estaba mirando a través del tragaluz. Ese gesto suspicaz desaparecido de su halo y rostro, en él solo se encontraba vulnerabilidad. ¿Qué pensaría? Era bonita, su perfil, la blancura de su piel, aunque tatuada en muchos, demasiados, lugares, llamaba la atención. Tenía el rostro limpio, no había maquillaje, nada de rabillos en los ojos, ni carmín en sus labios. Era perfecta con todos sus defectos.

—Lo siento —dijo sin saber cómo. No había contado con pedir perdón, pero ella… ella estaba allí y se veía tan indefensa.

Un largo silencio siguió a aquellas palabras y cuando ya creía que su intención era ignorarlo, se pronunció relajada:

—De por sí, aquel viaje fue más que una despedida. Me iba de España para vivir en el otro lado del mundo. Miles de kilómetros me iban a separar de mi tierra y todo lo hacía por amor. Ya te puedes imaginar por qué y por quién lo hice. De veras, fue un trabajo hercúleo lograr convencerme a mí misma de que era lo mejor y de que, además, era mi deseo. Lo dejé todo: trabajo, amigos y mi hogar.

»Me monté en el avión feliz, por fin ilusionada por comenzar esa nueva vida. Todo iba bien, el innombrable fue dulce, se pasó la mayoría del tiempo hablándome de los lugares a los que iríamos, de los parques, de las avenidas, de sus amigos. En fin, me hizo un esquema bastante interesante de lo que me esperaría en esa ciudad. Eso despejó los recelos que aún quedaban retorciéndose en mi interior. Di mis paseos por el pasillo, comimos y reímos hasta la saciedad, hasta quedarme dormida. No sé cuánto tiempo pasó, solo recuerdo despertar al chocar contra la ventana, mientras el cabrón de ese ser iba bien atado a la silla. Estábamos sufriendo unas graves turbulencias. Me hice una brecha en la frente, pero, entre el estupor del sueño y la sorpresa, no daba con la tecla de cómo ponerme el cinturón. Escuchaba los gritos de los niños y algunos pasajeros adultos, la cosa se iba poniendo más negra conforme pasaban los segundos. Las azafatas no estaban. Las luces del interior se apagaron y ocuparon su lugar las de emergencia. Todo era un caos. Yo era un caos. Le pedí ayuda al imbécil, pero el estúpido solo sabía decir que le iba a manchar de sangre su carísima camisa. No sé cómo no me di cuenta ahí de que lo mejor era no continuar con esa relación tóxica. Yo… —La manera en que tragó saliva resonó en todo el

vehículo—. Yo me tapé la herida con las manos, por supuesto que debía evitar ensuciar su camisa, ¡por el amor de Dios, era lo más importante! —Soltó el aire por su nariz con furia—. Continué presionando la herida mientras que con la otra me agarraba fuerte al reposabrazos, una nueva turbulencia me hizo saltar del asiento consiguiendo otro golpe con la silla delantera; mi mejor opción fue hacerme un ovillo en el suelo, entre el asiento de delante y el mío, sentía clavarse en mí los plásticos y las palancas; de mi garganta no salía ni un solo grito, la orden de tranquilizarme por parte de mi futuro esposo hizo que me avergonzara de mí misma por perder el control, por ponerme en evidencia. Continué allí, agarrando mi cabeza con los brazos, con el mentón apoyado en mis rodillas, mientras mis dientes castañeaban unos contra otros por el miedo. —Liam observó cómo cerraba los ojos fuertemente y se tapaba la boca con la mano, parecía como si tratara de detener el llanto. Pasaron unos segundos y, después de poner la mano sobre su pecho, continuó—: Poco a poco todo se fue calmando, los gritos sofocando y las azafatas haciendo recuento de daños. Ni que decir tiene que me costó lo inimaginable volver a sentarme en mi sitio, encima aguantando las palabras desaprobatorias del innombrable. Qué estúpida fui, no sabes cuánto me odio por eso. Por permitir tantas cosas… —Frunció los labios.

»Desde entonces he evitado en la medida de lo posible y por todos los medios a mi alcance montarme en cualquier transporte que surca los cielos, lo último que se me pasa por la cabeza es meterme en un avión y confiar mi alma a los dioses. Yo… solo… —resonó en el habitáculo el temblor de su garganta al tomar aire.

»En fin, ese es mi miedo.

Con las mismas se giró y quedó de espaldas a Liam. La conversación se había acabado. Pero en ese momento, un torrente de emociones arremetió contra él. Lo único que deseaba era subir aquellas escaleras y abrazarla, pedirle perdón de corazón, que entendiera que lo sentía de veras, que había sido un estúpido al reírse de ella. Deseaba fervientemente que comprendiera que la entendía y que la apoyaba con cada fibra de su ser.

Percibió el movimiento de sus hombros, estaba llorando en silencio, lágrimas silenciosas que brotaban de su alma herida. Aquel asunto era bastante escabroso. Anhelaba con todas sus fuerzas enjugar sus lágrimas, limpiarlas con ternura usando su propia camisa, como ya lo hizo una vez. Pero se sentía desorientado, perdido en el laberinto de sus propios fantasmas. No sabía si ella ansiaba su presencia, si esperaba que subiera esas escaleras; lo más probable era que lo rechazara.

Un suspiro cargado de pesar escapó de sus labios y, en un gesto de resignación, se giró a su vez, dando la espalda a la mujer que lo consumía con su dolor. En aquel momento, comprendió que era necesario otorgarle intimidad y espacio para sanar. Era lo mejor que podía hacer por ella, aunque su corazón se desgarrara en cada latido.

Por su parte, Alison solo esperaba escuchar los pasos de Liam acercándose a ella, que la abrazara, sentirse segura en sus brazos, como ya unas cuantas veces había hecho. Necesitaba desesperadamente que él limpiara sus lágrimas, que la rodeara con ternura y le asegurara que todo estaba bien, que no era estúpida ni ridícula por sentir ese miedo. No obstante, el eco de los

pasos de Liam nunca llegó a sus oídos, como tampoco la rodeó su calor masculino. Solo pasaron los segundos y minutos, y con ellos llegó el sueño.

Etapa 5



Estados de Nuevo México y Arizona:
De Santa Fe a Holbrook

La nariz de Alison se despertó antes que ella; la caravana estaba rodeada de un aroma delicioso. Estaba más cansada que de costumbre, parecía como si no hubiese dormido lo suficiente, pero aquel olor, aquel olor la guiaba como si fuera una marioneta. Se levantó de la cama en busca de los manjares que olían de manera tan maravillosa. Debía tener el pelo revuelto y los ojos llenos de legañas, pero le daba igual; ni siquiera fue al baño a espabilar su cuerpo, nada de lavarse los dientes ni refrescarse la cara, solo se sentó en el sillón a la espera de que por arte de magia el plato y su taza de café aparecieran frente a ella. Y así fue. Aquellos *pancakes* tenían una pinta delirante, de manera mecánica tomó el bote de sirope de arce que también había aparecido al lado de su plato y dejó caer una generosa cantidad sobre las tortitas, haciendo que se derramara por los lados.

Pocos eran los que sabían lo mucho que le gustaba disfrutar de ese manjar. Adoraba hacer una montaña con varias capas y luego echar por encima el caramelo para ver cómo resbalaba por los bordes; así, tal y como estaba haciendo en ese preciso instante. Sabía que incluso estaría bizqueando. No recordaba haber comprado ningún paquete, pero poco le importaba. Lo importante es que en unos segundos disfrutaría de un bocado. Mientras el suntuoso líquido caía hacia el plato, sorbió de la también esplendorosa taza de café que humeaba frente a ella. Solo se dio cuenta de que Liam era el cocinero/camarero, cuando se sentó en el sofá contrario para, seguidamente, montar su propia montaña de *pancakes* dorados y esponjosos; aunque, por supuesto, junto a su plato se encontraba una taza de té. Inglesito…

Era obvio que su compañero los había hecho para ir allanando el terreno hacia un perdón. Es que lo conocía como si lo hubiese parido.

Por su parte, Liam optó por guardar silencio mientras llevaba a cabo todas aquellas acciones, deleitándose en la visión de Alison, atontada y despeinada, que se presentaba ante él con total naturalidad. Le encantaba esa sensación de paz, la idea de poder quedarse allí para siempre, contemplando su rostro recién despertado, con los ojos achinados y los mofletes sonrojados. Era perfecta. Un momento que deseaba congelar en el tiempo. Cada detalle de su apariencia

desvelaba su vulnerabilidad, y Liam se encontraba fascinado por ello. Era un instante precioso, cargado de emociones, uno que pensaba guardar en su memoria para siempre.

Pasaron unos minutos durante los que no dijeron nada, solo gozaron de su desayuno. Alison miraba por la ventana, estaba muy oscuro; al parecer, el presentador había decidido comenzar la ruta mucho antes de lo habitual. Si bien no le importaba, estaba cómoda a pesar de lo ocurrido la noche anterior. Haber sido sincera con Liam no le había causado la inquietud que había temido al principio; para nada. Lo que sentía era libertad, podía mostrar su miedo sin temor, pues ningún gesto de Liam daba la sensación de que tuviese pensado mofarse de ella. Además, estaban las tortitas. ¿Qué más se podía pedir?

—Me dan miedo las serpientes, los caballos, hasta esas pequeñas alimañas —confesó el presentador señalando a Teddie y Diddie, que estaban bajo la mesa poniendo cara de lástima para ver si así conseguían algún suculento bocado—. Así, tal cual. Cualquier tipo de animal. Pero las serpientes… no soporto estar cerca, ni siquiera suponer que pudiera haber una a una milla a la redonda. Y no, no sé a qué es debido, solo sé que me entra de todo por el cuerpo si pienso en ellas. Mira, solo hablar sobre esos bichos ya se me pone el vello de punta.

Alison miraba a Liam con atención, ahora más espabilada después de esa sorprendente declaración. Entendía por qué le estaba confesando aquello; quería quedar en la misma posición que ella, miedo por miedo, así la balanza quedaba equilibrada, y ella se lo agradecía con toda el alma. Aquel hombre era toda una caja de sorpresas inesperadas.

—Anoche —prosiguió cortando con tenedor y cuchillo un pedazo de tortita mientras Alison se la comía a bocados pringándose las manos—, cuando llevé a los perros a hacer… sus cosas, bueno, era obvio que estábamos muy borrachos y que temía caerme de bruces sobre cualquier arbusto. Pero no fue por eso por lo que me desmayé: lo hice al ver una serpiente del tamaño de Manhattan. Te lo juro, era enorme, incluso llegué a pensar que me había mordido.

—¿Lo hizo?

—Ah, no, qué va. Mi imaginación con respecto a esos bichos es bastante creativa. Y creí de forma tan intensa que lo iba a hacer que incluso sentí sus colmillos clavarse en mi pierna. —Se sostuvieron las miradas unos segundos—. Ese es mi miedo, Alison. —Concluyó sorbiendo de la taza humeante a la vez que la apartaba por lo caliente que estaba.

La chica hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Justo lo que había pensado: la balanza se había equilibrado. Y ninguno de los dos pensaba decir nada más sobre ello.

—¿Cómo es que has decidido salir tan temprano? —preguntó, echando un rápido vistazo a la oscuridad de la noche—. No creo que a estas horas haya nada abierto en Santa Fe que podamos visitar.

—Ah, eso. No estamos en Santa Fe —aclaró distraído mientras echaba más sirope sobre las tortitas—. Estamos en Albuquerque.

Alison parpadeó varias veces y arrugó la nariz sin comprender qué ocurría allí.

—Mmmm… —De repente, el resto de sus neuronas se desertaron—. ¡Que no, qué! —exclamó cuando asimiló la información— Explícate, Inglesito.

El reportero dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a tragar el enorme bocado que se había

metido en la boca mientras hacía un gesto a Ricitos de oro para que le diera un segundo.

—Ayer, en el bar de The Life and Death MC —pasó su lengua por una muela tratando de quitarse un trocito que se había quedado por ahí—, Jack me comentó acerca de un evento que se iba a producir hoy en Albuquerque, creyó que podía ser interesante para el documental. —Tomó la taza humeante—. Solo ocurre una vez al año, así que me desperté a eso de las cuatro de la mañana para poder llegar a tiempo para hacer unas tomas y luego continuar la ruta de hoy. —Le dio un nuevo sorbo al té—. ¡Joder, qué caliente está esto! ¡Para lograr tomarlo voy a tener que alicatarme la boca! —Alison soltó tal carcajada que parte del café que estaba bebiendo salió en una explosión por su nariz y su boca.

Liam comenzó a reír a su vez mientras le acercaba una servilleta de papel para que se limpiara y él recogía lo esparcido por la mesa.

—Dios, Ricitos de oro…

—Perdona —dijo entre risas—, pero es que a veces sueltas cada cosa.

Volvieron a reír.

—Bueno, yo también tengo mi aquel, ¿sabes?

—Ya lo creo que sí.

Quedaron en silencio unos segundos mientras sonreían, esa situación amena estaba pasando a ser otra cosa y Liam no la quiso dejar pasar.

—En fin, que, si conseguimos terminar pronto, lograremos descansar un día como Dios manda, que falta nos hace, y quizá, solo quizá, conseguir tener esa cita que me prometiste. —Levantó las cejas varias veces, mirándola con complicidad.

La fotógrafa se había quedado muy sorprendida. Mientras ella dormía, el reportero se había despertado y había hecho un recorrido de una hora con el cuidado de no despertarla; claro, para eso contaba también con que había caído rendida en la cama, pero, si ella lo estaba, él también tenía que estar reventado. No obstante, lo había hecho, además de incluso preparar el desayuno. Muy sorprendente, sí.

—Vaya, Inglesito, pues sí que te has levantado con brío esta mañana. Además, lo tienes todo muy organizado, un aplauso para ti. —Aplaudió suavemente con la punta de los dedos.

—¿Brío?

—Luego.

Quedó claro que más tarde le explicaría qué era eso y se concentró en su conversación.

—Ya ves —inclinó la cabeza cortés—, para que veas que yo también puedo hacer un buen trabajo.

—Y dime, don buen trabajo —dijo mientras hacía el amago de llevarse a la boca el café, pero al final dejándolo a un lado—, ¿qué piensas hacer con todo lo que teníamos planeado ver y hacer en Santa Fe? Era uno de los grandes lugares que teníamos que visitar.

El reportero tomó aire de manera sonora y lo soltó relajado apoyando el mentón en su mano.

—¿Sabes qué?, que me he dado cuenta de que me importa un, ¿cómo dices tú? —Frunció el ceño rebuscando en su mente—. Ah, ya, que me importa un carajo lo que manden los de la

productora. Cogeremos fotos y vídeos de por ahí —continuó dando un toque al teléfono—, haremos un corta y pega, ponemos mi voz de fondo y listo.

—Eso es plagio —indicó la fotógrafa con el cuchillo en alto.

—Bah, ¡a la mierda con todo ya! También tenemos derecho a disfrutar. Y, si al final deciden echarme, pues, ¿cómo es eso otro que dices?: ¿qué me quiten lo *bailao*? Pues eso, que me lo quiten, pero yo ya lo he disfrutado. —Satisfecho consigo mismo, se metió dos trozos de tortita juntos, unos que estaban bien bañados en sirope, tanto que incluso a Alison le dio un poquito de asco; eso tenía que estar tan dulce como una cucharada de azúcar directa al paladar.

—Vaya, me estás dejando con la boca abierta. ¿Has sufrido una abducción alienígena o algo? ¿Tienes fiebre? —Hizo el amago de tocarle la frente.

Liam le tomó la mano y la dejó con delicadeza sobre la mesa.

—No, Ricitos de oro, solo que ya estoy harto de seguir las normas. Quizá se me haya pegado algo de ti.

Alison lo acompañó en su sonrisa.

—Ya que lo dices, no estaría nada mal —concluyó—. Bueno, ¿y se puede saber qué vamos a ver?

Liam sonrió de oreja a oreja, se echó hacia delante y murmuró:

—Ahora me toca a mí sorprenderte, así que ponte algo cómodo que ya casi estamos. Pero, antes, me gustaría que contestaras una pregunta que está a punto de hacerme estallar el cerebro. —Alison lo miró intrigada—: ¿Por qué hemos ido por ahí con el culo destrozado al montar en bici si tenías una moto?

La fotógrafa sonrió con sinceridad.

—Porque mis chicos del club la estaban reparando —evidenció, como si no fuera obvio que, si hubiese estado bien, hubiese acudido a la boda de Luján montada sobre su precioso corcel.

—¿Y por qué no hemos alquilado una, en vez de esos cacharros?

—Porque soy superfiel a mi Greaselightning.

—Eso es un poco…

Alison lo cortó; sin embargo, su tono no fue agresivo.

—Mejor déjalo, no puedes llegar a entender mi relación con ella. Aunque espero que algún día lo comprendas.

Liam la observó de manera penetrante, ¿ese último comentario daba a entender que esperaba tenerlo en su vida?

Quiso hacer un comentario, pero al final lo dejó pasar. No estaba preparado para unas frases que podrían resultar hirientes debido a lo pasado, pero sí que se le quedó grabado profundamente. Abrazó ese último apunte: «Espero que algún día lo comprendas» y lo guardó como si fuera una promesa velada.

Pasaron el desayuno charlando sobre esos otros sitios que debían visitar aquel día. Le hubiese gustado ver un poco más a fondo esos pueblos del Estado de Nuevo México que rodeaban a Santa Fe, aquellos que un día poblaron colonos españoles; ya lo haría en otra ocasión. Alison agradeció el delicioso desayuno y se sorprendió al enterarse de que Liam no solo había calentado

los *pancakes*, por si fuera poco también había hecho la masa; lo único que había añadido artificial era el bote de sirope de arce, que esperaba estuviese bueno porque se lo había encontrado al fondo del armario y ninguno de los dos lo había comprado… Continuando con las marranadas, por fin Liam entró en la ducha; por supuesto, primero tuvo que dar explicaciones acerca de los arañazos que recorrían su cuerpo, era como si se hubiese peleado con un tigre. Alison tampoco se quedaba atrás, tenía las piernas y pies llenos de pequeños cortes. Aquella charla provocó un momento tenso, los recuerdos de su acercamiento, sus sentimientos, saber la preocupación que sentían el uno por el otro, tocaba sus fibras sensibles. No obstante, dejaron correr aquel instante pasional, como si nada hubiera pasado. No habían hablado sobre ello, pero parecía como si ambos estuviesen de acuerdo en dejar correr un poco el tiempo, en ir poco a poco, en darse un respiro después de la gran discusión que tuvieron, que hizo que el hechizo casi se rompiera, aun cuando estuviesen manteniendo eso de la cita.

Bajo el calor de la ducha y con los ojos cerrados mientras se enjabonaba la cabeza, a su mente regresó la imagen de Alison acuclillada junto a él con aquel rostro, primero, de preocupación y, luego, de tranquilidad al entender que estaba bien. Recordó la manera en que la toalla que llevaba liada en la cabeza cayó al suelo y cómo su pelo rizado y húmedo brillaba como plata bajo la luna. Quizás ella no había sido consciente de cómo los mechones rozaban su pecho por la cercanía de sus rostros; posiblemente, no fue consciente de cómo se le había abierto el albornoz para dejar al descubierto el canal que separaba sus senos; y, de seguro, tampoco intuyó el hambre voraz que lo recorrió al entender que bajo aquella tela no había nada más que desnudez. Fue por eso por lo que hizo aquella broma, esa que logró que Alison se marchara refunfuñando.

Se aclaró el pelo y tomó el gel, pasó sus manos por su cuello, sus hombros, el pecho, la barriga hasta que llegó a esa zona que estaba bastante alegre esperando sus consideraciones…

Una vez más los golpes en la puerta y las protestas de Alison acerca de que un día se iban a quedar sin agua; si ella supiera lo que sucedía en esa ducha… Si ella hubiera sido consciente de cuán presente estaba en cada caricia. Igual que tenía el poder de exasperarlo fuera de ella, dentro era una delicia pensar en sus curvas pronunciadas y esa boca generosa que ya había probado.

Una vez saciado, salió de allí y vio que su compañera de viaje estaba fuera jugando con los perros, haciéndoles fotos con la cámara y el móvil y que, además, un par de caravanas más ocupaban el lugar. Seguro que le estaba enviando un buen reportaje a su prima Luján. Sonrió al acordarse de ella, esperaba que su luna de miel estuviese resultando de lo más placentera… sonrió una vez más.

Al rato Liam dio el aviso de que ya podían partir. Recogieron todo y pusieron rumbo hacia donde fuera que iban.

Para ese día, Alison había decidido ponerse algo más cómodo. Escogió un pantalón de pitillo de tres cuartos, un top de leopardo amarrado al cuello y su chupa de cuero, junto a las botas vaqueras que habían suplantado a sus viejas y preciadas converses rojas. Cuánto las echaría de menos. Y para su pelo, esta vez se decidió por una coleta alta y un pañuelo rojo como felpa.

Teddie y Diddie siguieron durmiendo, era demasiado temprano y ese par de bocados durante el desayuno de madrugada, más el breve juego afuera, les había saciado lo suficiente como para

dormir a pata suelta. Cuánto los envidiaba. Por su parte, tenía un poco de resaca y suponía que Liam también, por lo que llegó a la conclusión de que muy increíble tenía que ser aquello que iban a ver como para sacrificar esas horas de sueño.

La carretera comenzó a llenarse de coches que parecían ir en la misma dirección. No se veía ningún pueblo alrededor, ni siquiera casas, hasta que llegaron a un puesto donde había que pagar una entrada.

—¿Dónde me has traído, Inglesito?

Liam sonrió.

Había carpas por todos lados, personas que cruzaban el camino, coches aparcando en cualquier lugar y las luces de varios fuegos desperdigados aquí y allá. La fotógrafa frunció el ceño, ¿qué era todo aquello? Sintió la excitación general.

Tras aparcar, Liam volvió a sonreír y, al percibir que Alison aún no se había dado cuenta de lo que ocurría alrededor, le indicó uno de los fuegos más cercanos.

La fotógrafa miró hacia allí. Había varios vehículos rodeando un enorme fuego, pero no lograba entender lo que pasaba hasta que las luces de un coche alumbraron todos los colores que iban creciendo hacia el cielo.

—Dios, Liam, ¿son globos de aire caliente?

Liam afirmó, encantado al ver la expresión de sorpresa. Alison todavía conservaba esa inocencia por la que cualquier persona mataría, una que la hacía ser un ser único y atrayente.

—¡Estamos en el festival de globos más importante del mundo!

—*Oh, my God!* —exclamó mirando alrededor. Ahora sí los veía, estaban rodeados de grupos de personas que inflaban globos, otros que llegaban ilusionados por comenzar a llenar los suyos, gente que solo iba allí para observar esa maravilla.

—Más de 500 globos surcarán hoy los cielos de Albuquerque —dijo complacido consigo mismo porque, por una vez, había sido él quien hubiera organizado algo diferente y esperaba que sorprendente para su compañera.

—¡Madre mía, Liam, pero qué bonito! Y qué original. Me encanta que hayas decidido saltarte todos esos monumentos, esto es… ¡Genial!

Lo abrazó un segundo, un segundo que al reportero le supo a gloria, luego se colgó de su brazo y, pegados como si se tratara de una pareja de novios, se fueron acercando a algunos grupos de personas. La gente contemplaba cómo los globos se iban llenando, primero con enormes ventiladores que los inflaban hasta que ya podían meterles el fuego que calentaría ese aire que lograría mantenerlos suspendidos en el aire. Familias enteras disfrutaban del momento. Era una verdadera maravilla asistir a todo aquel despliegue de colores, aquellos fuegos que alumbraban la noche mientras amanecía y los coches seguían llegando. Cientos de personas ocupaban el terreno. Todas sonrientes, todas reunidas con una sola misión: pasar un día especial.

El amanecer fue pidiendo paso a la noche, mostrando la estampa de la subida de varios globos. Uno tras otro fueron circulando, tiñendo el cielo de colores, mientras la gente los contemplaba con alegría. Alison tomaba fotos, pequeñas instantáneas insuperables: la cara de aquel niño que, de seguro, asistía por primera vez; la de aquella mujer que, orgullosa, veía cómo su globo subía

majestuoso, cómo ocupaba el aire; la de aquel anciano que estaría recordando aquellos tiempos en los que trabajaba afanado en lograr que el suyo fuese el más vistoso. Alison le dijo a Liam que iba a dar una vuelta por ahí.

El reportero ya estaba acostumbrado a sus escapadas, sabía que cuando hacía eso era porque le había asaltado la inspiración. La vio marchar, la palabra «Tequila» tras su espalda lanzaba destellos entre las luces de los coches y los fuegos.

Hizo un repaso mental de lo que habían vivido hasta el momento. ¿Cuántas cosas, en realidad, podría contarle Ricitos de oro? No era tonto, se repitió que sabía que no era la primera vez que circulaba por la Ruta 66. Lo dejaba claro el hecho de que conociera a gente a cada paso, personas que la apreciaban, en las que había dejado una huella inolvidable. ¿El por qué se lo ocultaba? No tenía ni idea, suponía que algún día hallaría la respuesta. Por el momento, prefería seguirle el juego. Y por eso mismo había decidido darle esa sorpresa. El propio Popeye le había dicho que a ella le encantaría, poco antes de terminar la charla que mantuvieron en la barra del bar.

Recordó al motero sentado a su lado, bebiendo uno de los cócteles que había preparado Alison sin descansar. No supo cuántos hizo, pero verla tras la barra meneando la coctelera, observar cómo su mente trabajaba mezclando licores e infusionando distintos productos, para él fue todo un hallazgo, uno bastante excitante, por cierto. En ninguno de sus viajes había vivido algo semejante y aquello era digno de los mejores *bartenders* del mundo.

—Eh, Liam —Jack hablaba a media voz, tranquilo, pero con contundencia, dejando en el aire esos puntos suspensivos que daban paso a conjeturas—, me ha sorprendido que Alison apareciera por el bar —continuó, con la copa en todo momento en su mano—; no por aparecer, sino porque llegó enfadada. Hacía mucho tiempo que no la veía así.

—Yo… bueno, sí, habíamos discutido —admitió en el mismo tono, no creyera el motero que se iba a amilanar porque le doblaba el tamaño.

—La cuestión no es que hubieseis discutido, sino que ella estuviese enfadada.

Liam se mostró pensativo mientras cataba el nuevo cóctel que Alison le había preparado, no entendía qué quería decir. Y, por otra parte, ¡demonios, qué bueno estaba eso! Observó el líquido en donde se mostraban bien definidos las diferentes capas de licores.

—No soy hombre de muchas palabras y, por lo que veo y respeto, tú no eres hombre de dar explicaciones a quien no conoces. —Liam afirmó con seriedad mientras se llevaba la copa a la nariz—. Alison no se enfada con cualquiera —agregó en tanto hacía girar la copa entre sus dedos —, solo con aquellos que le hacen daño de verdad, aquellos que les importa dentro de su corazón, los que pueden decepcionarla.

Liam se tomó un segundo para tratar de comprender aquellas palabras.

—Comprendo.

—¿Seguro? —Popeye dejó de mover la copa y lo miró retador—. Si se ha molestado en desperdiciar su tiempo enfadándose contigo es porque le importas y, por lo que pude comprobar, más de lo que incluso puedas merecer. —Lo miró de arriba a abajo, no con desprecio, sino analizándolo—. Pero eso ya es cosa mía —concluyó llevándose la copa a los labios.

Liam hizo girar el taburete para quedar frente a Jack. Ahora era él el que media al hombre.

Aquel motero no necesitaba enfadarse, no necesitaba gritar. Era como un dogo de Burdeos cuando entra al veterinario: todos los perros alrededor pueden ladrarle y ladrarle, él ni se inmuta, solo llega y se tumba porque sabe que con solo un bocado podría partirlos en dos. El periodista podía haberse presentado como un hombre cobarde; sin embargo, no lo era. Lo que pasó en el *parking* donde tenían aparcada la autocaravana podría haberle pasado a cualquiera con dos dedos de frente. Ellos llegaron, un par de decenas de hombres que rodearon el vehículo, con caras de mala leche y un comportamiento dudoso. Cualquiera se habría asustado y el que no, solo sería por ser un demente. Pero eso había sido allí en el descampado. Quizá si llegaban a entrar en pelea pudiera salir mal parado, pero había entendido que el tal Popeye era un hombre justo y que, si en todo caso llegaban a las manos, sería algo entre los dos, nadie intervendría. No obstante, esa misma justicia que creía poseer lo hacía entender que era un hombre con quien se podía hablar y, en este caso, era necesario dejar claro que no, no era un cobarde y que sabía defenderse ya fuera con palabras o con puños. Aunque esperaba no tener que llegar a esto último.

—Eso que has dicho está de más —le dijo con las manos entrelazadas y el codo apoyado en la barra—. Puedes ser muy grande, pero, aunque parezca que me acojono ante hombres como tú, ten por seguro que, cuando se trata de defender a quien me importa, me ciego y mi razonamiento se diluye como agua entre los dedos. Así que no te permitas opinar sobre si merezco esto o aquello. Te lo admito porque sé que la quieres y no puedes permitir que le hagan daño.

Jack se tomó un largo segundo mirándolo y luego afirmó con la cabeza; al parecer, la conclusión a la que llegó, lo que creyó intuir, era suficiente para dejar las cosas como estaban.

El reportero volvió a girar el banco y cogió de nuevo la copa. Tenía que ocupar las manos con algo.

—Solo te diré una cosa más al respecto, un consejo —Liam lo miró de reojo—: Tequila es sensible, pero también fuerte y, al igual que ama, aborrece. Si en algo te importa su amistad o lo que sea eso que tenéis, no la tientes; sus límites son desconocidos y en cualquier momento que considere que el daño ha sobrepasado su límite, te dejará sin mirar atrás.

Liam se quedó pensativo. Esa información era muy valiosa y tenía que encontrar el momento para poder pensar en ella con más detenimiento. El periodista asintió agradecido y confesó mientras miraba a Alison agitar de nuevo la coctelera:

—La estoy conociendo y estoy intentando encajar su forma de ser, comprenderla. Lo último que quiero es hacerle daño.

—Bien, entonces ya está todo dicho. —Le golpeó la espalda, afable—. Si ella es tu amiga, yo soy tu amigo. —Entrechocaron las copas y comenzaron a hablar de otras cosas, entre ellas el asunto de la ONG. Así de simple, entre hombres todo era sencillo. Habían medido sus «meadas» y listo.

Regresando al presente, consideró que Ricitos de oro tenía suerte. Contaba con grandes amigos que la protegían. Él, sin embargo… Fue a perderse entre la gente. Hablaría con algunas personas y haría algunas entrevistas y, por qué no, también intentaría disfrutar alejado del trabajo.

Alison estaba fuera de sí. Su entusiasmo estaba llegando a puntos desconocidos. Ver a tantas personas diferentes disfrutando de esa fiesta, comiendo juntos, compartiendo y relatando

vivencias increíbles, la tenían asombrada. Conforme pasaban los minutos, más globos había en el aire y más gente a su alrededor. Esperaba poder encontrar a Liam entre todo aquel tumulto. Odiaba volar, pero ver la alegría y el deseo en todos los que estaban allí le hacía tener ganas de montarse, aunque eso nunca fuera a suceder. Imposible, solo de pensarlo como algo serio se cagaba las patas abajo.

Mientras andaba y charlaba con algunas personas, se daba cuenta de la cantidad de extranjeros que había, cada grupo hablando en su propio idioma, una mezcla de todo el mundo unido por algo mágico, bello, y se preguntó si no podía ser así con lo demás: esas guerras, esa hambruna, las desgracias.

Apartó ese pensamiento a un lado, aquel era un día de alegría y no podía permitirse la tristeza. Comenzó a andar de vuelta, el Inglesito debía estar en el mismo sitio donde lo había dejado, pero no, en su lugar había un grupo de mujeres todas disfrazadas de vampiresas riendo y cantando mientras inflaban su globo. Les preguntó por él, pero se encogieron de hombros, no tenían ni idea de quién era y, con los cientos de miles de personas que llegaría a haber en aquel llano, le sería imposible encontrarlo. Comenzó a ponerse nerviosa. Cogió el teléfono para llamarlo, pero aún no se habían intercambiado los números. El Inglesito no aparecía y sus nervios estaban ya causándole estragos. ¿Por qué no podían haberse quedado juntos? Si es que al final tenía que dar la razón al *pijito*: era una loca. Fue a la caravana, quizá estaría allí esperando, pero no, tampoco hubo suerte. Resuelta a encontrarlo, le pidió a uno de los organizadores que lo llamara por los altavoces. Así lo hizo, esperó unos cuantos minutos, volvieron a repetir la llamada… y nada; a saber dónde andaba el Inglesito. De ese modo, el organizador le advirtió que era muy posible que no pudiera escucharlo: el ruido de la gente cantando, gritando, la música de algunos vehículos y la algarabía general lo hacían imposible, por lo que la mejor idea era preguntar a uno de los policías de Albuquerque que iba a caballo. Marchó hacia donde le había indicado y allí los encontró en línea: seis caballos y seis jinetes policías con sus uniformes y sus sombreros de guardias forestales. Se acercó al que estaba en un extremo y le hizo señas para que se aproximara. Era bastante atractivo, por lo que, coqueta, le expuso lo que le sucedía, quizá así lo animaría a ayudarla. El muchacho la miró de arriba a abajo desde su altura y la invitó a montar en el caballo. Reto conseguido. Por supuesto, aceptó; uno, era la primera vez que se iba a montar en un caballo y no iba a dejar pasar la oportunidad; dos, era la primera vez que iba a montar en un caballo policía, ¡Dios, cuando contara eso a sus amigos!; tres, el tío estaba buenísimo, ¿por qué no gozar un poco de su compañía?; y cuatro, el tío estaba para mojar pan, ¿por qué no dar celos al Inglesito? Por mucho que lo hubiese perdonado, todavía escocían sus palabras y le pareció justo hacerlo rabiar; eso si lo encontraban.

Con la ayuda de otro policía, logró montarse; para su suerte, el agente la colocó delante, así podría tener unas vistas interesantes del alrededor.

Comenzaron a galopar, tranquilos, el andar del caballo hacía que el movimiento de sus caderas se marcara de manera exagerada. Debía dejarse llevar, relajarse para no hacerse daño, aunque el roce con cierta parte del hombre que tenía pegado atrás era bastante notable. El agente aguantaba las bridas del caballo con una mano, mientras que la otra la tenía apoyada sobre su pierna con los

dedos cerca de la cintura de su pasajera. Alison sintió cómo subía la temperatura, no quería pensar mal, pero, al detenerse en ello, se preguntó si eso era normal, si acaso se había equivocado. La gente los miraba al pasar, no todos, solo aquellos que se paraban para dejarles el camino libre.

—¿De dónde es?

—De España, aunque llevo un tiempo en Estados Unidos.

—Española, qué exótico.

—Ah, ¿sí? —preguntó extrañada, para ella exótica era una tortuga enorme de las Galápagos, un bicho hoja, incluso ya puestos un maorí, pero ella…

Dejaron de hablar un par de minutos, algo embarazosos por cierto, mientras seguían avanzando con paso firme pero tranquilo, evitando así poder hacer daño a alguien. Había muchos puestos de comida, de *souvenirs,* incluso juegos de tiro con arco y tómbolas.

—¿Esto es legal? Es decir, puedo ir montada con usted.

—Llámeme Rick. Bueno, depende de cuál sea la urgencia; en este caso considero que la urgencia merece mi absoluta atención —dijo mientras comenzaba a hacer círculos sobre la piel de su cintura desnuda, al parecer el traqueteo le había subido la chaqueta.

—Vaaleee… —murmuró comenzando a sentirse un poco incómoda—. Y dígame —intentó echar el trasero un poco adelante, con la intención de alejarlo de ese hombre que se tomaba esa clase de libertades—, ¿cree usted que podremos encontrar a mi amigo?

—Lo veo difícil, puede que tardemos horas.

El policía meneó un poco las caderas, lo justo para que Alison volviera a escurrirse para atrás. Aquella situación se estaba convirtiendo en algo raro y poco apetecible.

—No quisiera robarle tanto tiempo, supongo que tendrá otras emergencias que atender más importantes que la mía.

Ni corto ni perezoso, Rick volvió a menear sus caderas, ¿qué, era, aquello duro, que, estaba, chocando, contra su espalda?

—En realidad me gustaría poder atenderla como se merece —le dijo cerca de su oído.

¡El tipo se estaba empalmando!, pero qué asco, ¿en serio?

Alison sintió que las arcadas podían hacerle vomitar sobre la crin del caballo, tenía que escapar de ahí, alejarse; pero ¿qué se había creído ese tipo?

—¡Ahí, ahí! —exclamó señalando a la primera dirección que se le ocurrió.

—¿Qué?

—¡Ahí está mi amigo! —dijo mientras intentaba bajarse aún con el caballo andando.

—¡Espere, espere, que se puede hacer daño!

—¡Quita, que me quiero bajar! —Trató de quitarse las manos del agente de encima.

El hombre apartó las manos a los lados.

—¿Entonces es verdad que busca a su amigo?

Alison volvió a intentar bajarse mientras decía:

—Pues claro, zopenco, ¿qué te habías creído?

La fotógrafa se giró y lo miró con el ceño fruncido.

—Pues…

—¡Por Dios, eso es lo que hacen las chicas en estas fiestas!

—Bueno, no —contestó avergonzado—, yo pensé que… Bueno, usted me estaba haciendo ojitos y…

—¡Mi madre, hay gente para todo! Ojitos ni ojitos. Bájame de aquí —ordenó intentando levantar la pierna sobre la cabeza del caballo. Estaba dispuesta a tirarse si hacía falta.

—Sí, sí, deme un segundo.

El policía la ayudó a bajar. Alison lo miró enfadada.

—Lo siento, pensé que… Le pido disculpas, señora.

—¿Señora? Fufff —resopló, lo de señora era la gota que colmó el vaso—. En fin, gracias por el… viaje.

—Por favor, no me demande —rogó, pero Alison ya había salido andando.

El policía, desconcertado, se dio la vuelta y se alejó con el mismo paso tranquilo, erguido, orgulloso, nadie diría que acababa de ser rechazado.

—Menudo salido asqueroso —comenzó a decir Alison hablando a viva voz, pero consigo misma mientras andaba para atrás viendo cómo se alejaba el agente—. Es que, de verdad, lo que no me pase a mí no le pasa a nadie. —Se giró y se chocó con alguien.

—¡Alison, por fin!—exclamó Liam al ver que la persona con la que se había tropezado era la misma que intentaba localizar—. Te he estado buscando por todas partes. Tienes que venir, nos han invitado a subir.

—¿En globo?

—Sí —afirmó contento, todavía sin creerlo.

—¡De eso nada!

—Por favoooor —rogó dejando la última sílaba suspendida en el aire.

—No puedo, ya lo sabes.

Liam cogió a Alison del brazo y la obligó a seguirlo, ella tiraba hacia el otro lado, trataba de hincar las botas en la tierra, pero la humedad matutina que había sobre el césped la hacía resbalar como si estuviese haciendo esquí.

—Déjame, Liam, por favor. ¡No puedes obligarme! —forcejeó.

—No seas infantil, estoy seguro de que te gustará.

—Que no, Liam, ¡que no!

—Eh, tú, ¿estás molestando a la señorita? —preguntó un hombre que se acercaba a ellos con cara de enfado.

—Yo… pues…

—Señorita, ¿le está molestando este hombre?

—No, no —negó vehemente. Al parecer estaban dando un buen espectáculo.

—¿Seguro? —preguntó todavía desconfiado.

—Sí, seguro, no se preocupe. Es solo una diferencia de pensamientos.

—Mfmfmfffmmmm… —Los observó receloso.

Liam miró a Alison y le soltó el brazo como si le quemara, ella se palmeó la ropa como

poniéndosela bien y decidió ir tras el Inglesito que había salido escopeteado hacia delante, ignorando al hombre que todavía los observaba marchar.

—Eh, ¿por qué me dejas sola? —Trató de sujetarlo, pero Liam apartó el brazo. No estaba enfadado con ella, pero tampoco le gustaba la sugerencia que se había planteado.

—No lo hago, pero ese tipo ha insinuado que… —su mirada se había ensombrecido, demasiado para ser honestos, algo desproporcionado—. Me he sentido fatal por lo que ha sugerido. Yo jamás maltrataría a una mujer.

—Hey, no exageres.

—¿Has visto su cara y la de los demás? —preguntó cabizbajo. Se le notaba muy molesto y avergonzado.

—No —negó extrañada ante el comportamiento de su compañero, ni siquiera la miraba al hablar.

—Pues entonces… Estaban todos mirándome con mucha mala leche, dándolo todo por hecho —dijo más para sí que para ella en tanto se observaba las manos, luego la miró—, así que… no… no exagero —habló como si para él fuera superimportante que ella lo comprendiera—. Sabes que yo jamás te haría daño de esa manera, ¿verdad?

—Lo sé —contestó extrañada.

Alison entendió que esa manera de comportarse no se debía solamente a algo fortuito, a ese único altercado. La tristeza en su mirada la había puesto alerta.

—No les hagas caso —dijo pasando su brazo por el de él, era necesario sacarlo del boquete donde se había metido—. Anda ven, olvidemos lo que ha pasado y cuéntame qué es eso de que nos han invitado a volar en globo.

Liam sonrió, pero su sonrisa no llegó a sus ojos. Sin embargo, como agradecía el esfuerzo de la muchacha, trató de continuar con el día como si nada, expulsando una vez más esas sombras del pasado que aparecían cada vez con más frecuencia. De ese modo, tras un esfuerzo por dejar de lado lo ocurrido, le explicó que cuando ella se fue, decidió dar una vuelta y entabló algunas charlas e hizo diferentes entrevistas. Le mostró el móvil dando a entender que lo tenía todo grabado. Cuando ya había decidido regresar para buscarla, vio a este grupo tan adorable que, al final, después de una agradable e instructiva charla, decidieron invitarlos a subir.

—Pero, Liam, yo no puedo, es puro terror.

—Ricitos de oro, imagínate lo que sería grabar algunas tomas desde ahí arriba, las vistas, el cielo repleto de globos. Fascinante, una verdadera maravilla.

—Lo sé, pero no puedo —confesó apesadumbrada.

—Alison, te necesito. —La tomó de las manos, en su cara un gesto de ruego—. Tú eres la única que puede realizar este trabajo como Dios manda, una cosa es grabar unas pocas entrevistas con el teléfono y otra desperdiciar la oportunidad de mostrar algo en todo su esplendor.

—Liam, es terror, ¿vale? —Y ese mismo miedo se reflejó en su rostro—. Puro horror. Es que solo de pensarlo se me aflojan las piernas.

El reportero la miró y evaluó la situación. Tenía razón, estaba siendo egoísta, era como si a él

le quisieran poner una boa alrededor del cuello. No podía pedirle algo así.

—Tienes razón. —Chasqueó la lengua—. Pero, de todas formas, ven conmigo, yo me subiré, ya veré si hay alguien que pueda ayudarme. Tú puedes quedarte abajo con el resto del grupo, son personas muy agradables.

Llegaron al lugar y Alison no pudo reprimir la sonrisa que mostró su boca al ver el grupo. Tanto hombres, mujeres y niños estaban disfrazados de vacas lecheras con sus barrigas y sus buenos pezones prominentes incluidos, con sus capuchas, sus orejas y cuernos, y sus parches blancos y negros. Y en el lugar donde tenía que haber un precioso globo de rayas o cuadros de colores, se encontraba uno con forma de vaca, con sus patas y todo. El periodista presentó al grupo y viceversa. Una mujer que tenía un niño pequeño en brazos se acercó a ella y comenzaron a hablar. Les ofrecieron café caliente y una variedad de dónuts que estaban en una caja sobre una mesa plegable, donde también había termos, vasos y platos. Bajo la mesa se podían ver unas cuantas neveras de playa. Desperdigadas por el lugar, también se podían ver sillas, y de uno de los vehículos salía música que algunos presentes bailaban, incluso a esa temprana hora de la mañana. Era lógico considerar que pensaban estar allí durante todo el día.

Alison comenzó a estar interesada. De ese modo, la mujer, de nombre Catherine, le contó que llevaba mucho tiempo acudiendo al festival y que su familia fue de las primeras en apuntarse. El motivo de disfrazarse como vacas venía porque se dedicaban precisamente a eso: tenían una granja de vacas lecheras y, como aquel que dice, ese era el único día al año en el que se tomaban un descanso y sacaban su globo a pasear. Cat le comentó que dentro de nada podrían subir.

—Oh, yo no voy a subir.

—Creía haber entendido que sí.

—Oh, no, te agradezco mucho el ofrecimiento, pero será Liam quien suba. Yo… —rebuscó en su mente algo que decir que fuera creíble y no la delatara— no quisiera quitarle el puesto a otro.

—No lo harás, en realidad, ya que este año no puedo subir yo.

Alison la miró extrañada y Cat se señaló la barriga. Como estaba cargando con el niño e iba disfrazada, no se había dado cuenta de la enorme barriga que en realidad tenía.

—Oh, vaya. Eso todavía me da más miedo.

Ambas rieron.

—Este año subirá mi hijo mayor por primera vez. —Indicó a un chaval que andaba por ahí revoloteando alrededor del globo, obviamente nervioso—. Y me gustaría que alguien cuidara de él.

Alison miró a la mujer, entre extrañada y conmovida.

Un hombre mayor que estaba sentado en una de las sillas se levantó y comenzó a mirar las cuerdas de la cesta y el interior del globo, que ya flotaba en el aire, en tanto los allí presentes contenían el aliento. Cat le explicó que era el abuelo, experto en globos, y que era tradición que él diera la última palabra antes de echarlo a volar. El anciano negó con la cabeza y un silencio sepulcral los rodeó.

—El globo no puede volar, le falta uno de los pesos.

Todos miraron a otro hombre que había por allí. Este cerró los ojos y se llevó las manos a la

cabeza, angustiado, a la vez que soltaba por su boca palabras que las resumiremos en sapos y culebras.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja a Cat.

—Trevor debería haber echado un peso más este año —murmuró la mujer, preocupada—. Al no subir yo, se hace indispensable para nivelarlo.

Se le había olvidado y los allí presentes no daban crédito a su mala suerte.

—Este año no habrá vuelo —sentenció el abuelo mientras se acercaba a una urna que había por allí y ponía la mano sobre la tapa.

La tristeza suplantó a la fiesta de inmediato y todos se quedaron quietos sin saber qué hacer. Pasaron los minutos y nadie hacía o decía nada. Cat se disculpó, dejó al niño en el suelo y comenzó a recoger sin dar más tregua al sufrimiento.

—¿Os vais? —preguntó Alison extrañada.

—Será lo mejor —contestó sin dejar de trabajar—, esto es tradición, quedarnos sería sufrir. Hemos esperado todo un año para este día.

A la fotógrafa esa clase de cosas la destrozaban: ver que la gente perdía sus sueños por una tontería que podía tener remedio, no soportaba que las personas se dieran por vencidas tan fácilmente.

—Pero podéis quedaros, disfrutar viendo a los demás, pasar un día en familia —dijo en tono alegre, aunque apremiante.

—Soltar el globo es algo más que todo eso: es sacrificio, pérdida de dinero de nuestro trabajo. Este año era algo importante —indicó la urna—: la abuela murió hace poco y teníamos pensado echar sus cenizas ahí arriba, tal y como ella pidió. Si no hay vuelo, debemos volver a la granja y la abuela deberá esperar.

La mente de Alison trabajaba a destajo, tenía que haber una solución, era necesario hacer que esas personas hicieran lo que habían venido a hacer, no podía permitir que tiraran la toalla tan fácilmente. Observó a Liam que, empecinado, hablaba con el esposo de Cat y el abuelo. Era obvio que también trataba hacerlos cambiar de idea.

Fue tras Cat, que había ido hacia donde estaba el resto reunido, y le dijo:

—Pero debe haber alguna solución, quizá alguien pueda ir en tu lugar. —Alison señaló alrededor.

Cat la miró un segundo de arriba a abajo. El resto, al ver lo que estaba haciendo, comenzó a sonreír y a afirmar con la cabeza, mientras la fotógrafa, al comprender lo que pasaba por sus mentes, comenzaba a negar con la cabeza.

—Oh, no. No, no, no… —dijo caminando hacia atrás. ¿Cómo había pasado aquello? ¿Se había puesto a sí misma la zancadilla?

—Hazlo por nosotros, por favor. Lo vas a disfrutar —rogó una chica joven que estaba abrazada a un muchacho con lágrimas en los ojos.

Liam se acercó a su compañera.

—Tómatelo como un acto de buena voluntad.

El anciano tomó la urna en brazos, como si estuviese acunando a un bebé, con verdadera

devoción y cariño, y dijo con una voz partida que caminaba entre la esperanza y la tristeza:

—La verdad es que nos harías un gran favor si lo hicieras. Necesitamos un pasajero más para nivelar la cesta. Las cenizas de mi esposa esperan, fue su última voluntad.

La fotógrafa no podía dar crédito a lo que ocurría. ¿Por qué a ella? A ver, ¿por qué? No podía ver que el anciano estaba a punto de llorar, que ella era su única esperanza.

Alison miró al Inglesito en busca de apoyo y comprensión. Quizás él podía encontrar otra manera.

—Liam, tú conoces mi fobia, ponte en mi lugar.

—Y lo hago.

Todos los allí presentes la miraban con aquellos gestos suplicantes, con la esperanza ocupando el lugar que antes había ocupado la tristeza. Pero ella no podía, su miedo era real, algo con lo que había vivido mucho tiempo. Esas personas no se imaginaban lo que le estaban pidiendo, lo que esperaban de ella era un imposible. Uno de los niños, de unos nueve años de edad, se acercó y se puso frente a ella.

—Señora, por favor —suplicó.

Era obvio que se trataba del hijo de Cat, aquel que iba a hacer su primer vuelo, el que minutos antes estaba tan contento. Sintió como si en aquel festejo se juntaran demasiadas emociones contrapuestas: las cenizas de la abuela que darían paso a la nueva generación con el primer vuelo del chiquillo. Y todo recaía sobre sus hombros. Volvió a mirar al pequeño, quien tenía las manos juntas frente a sí, como si estuviera rezando mientras gesticulaba un «por favor» tras otro con sus labios. La fotógrafa miró a Liam; Dios, ¿podría hacerlo?

El periodista se acercó y la tomó de las manos bien fuerte, como para mostrarle su fuerza, y se acercó a su rostro para establecer contacto visual y así conseguir que sus palabras calaran hondo en ella.

—No te soltaré. Conmigo estás a salvo.

Alison tragó saliva mientras escudriñaba la profundidad de su mirada buscando la verdad.

Entretanto, aparecieron unas mujeres agarradas de la mano de otro niño de unos seis años. Llevaban puestas camisetas a rayas blancas y negras, pantalones blancos y silbatos colgando de sus cuellos, donde también tenían varias chapas anunciando otros grupos y lugares, y un cartelito que mostraba sus nombres. Solo les hizo falta preguntar cuántos subirían y mirar a la cesta para negar con la cabeza. De nuevo la tristeza se coló en la reunión. El niño menor se acercó a Alison y se puso junto a su hermano, y con sumo descaro le preguntó a la mujeres si Alison podía ser la solución. Asintieron.

Liam dio un nuevo achuchón a las manos de la fotógrafa.

—Tú puedes, Ricitos de oro, confío en ti.

Las manos le temblaban, aquellos ojos infantiles suplicantes la estaban matando. Cat fue hacia ellos y les pidió con dulzura que no insistieran y los fue a apartar de allí. Los niños fueron tras su madre, el mayor comenzó a llorar y el anciano a su vez también mostraba los ojos húmedos.

—¡No! —No podía creer lo que iba a decir—: Está bien… está bien, lo haré —dijo derrotada.

El grupo estalló en risas mientras ella temblaba de los pies a la cabeza. Cuánta diferencia en

sus estados de ánimo. Liam la mantuvo pegada a él mientras las señoras vestidas de rayas inspeccionaban el aparato a fondo. Le explicaron que su trabajo era asegurarse de que el globo cumplía todas las normas reglamentarias y, una vez hecho, decidían si podía volar. Un par de minutos les llevó proclamar que ya estaba listo para despegar. Sin demora, se comunicaron por *walkie-talkie* con otras compañeras para evitar así posibles colisiones con globos cercanos a la hora de despegar. Se las conocía como Zebras y eran muy simpáticas y amables, además de muy graciosas, aunque Alison apenas lo percibió, pues no era capaz de quitar los ojos de la cesta.

Se dejó guiar por Liam hasta la entrada de la enorme canasta. Le costó darle un pequeño empujón para que entrara. Estaba en babia, no era capaz de pronunciar palabra. Sentía el pulso en sus sienes, en su garganta. El marido de Cat les indicó sus posiciones.

—Bien, chicos —dijo una de las zebras—, agarraos que estáis a punto de despegar. Y recordad: a partir de ahora tenéis dos horas. No seáis traviesos ni nos hagáis enfadar.

El niño de nueve años afirmaba muy concentrado. Su sonrisa ocupaba gran parte de su cara, era la manifestación humana de Cheshire, el gato de *Alicia en el país de las maravillas*. Sus ojos brillaban en tanto se agarraba fuerte al filo del canasto. Fue entonces cuando la fotógrafa se dio cuenta de que ella también estaba agarrada tan fuerte que el cañizo se le estaba clavando en las manos, pero no pensaba soltarse.

Aquel chiquillo la miró y sonrió sumamente agradecido. Alison le devolvió una tímida sonrisa. Estaba tan asustada… Una de las inspectoras hizo sonar el silbato y, de repente, un gran fogonazo de fuego, junto a un gran estruendo, hizo que Alison saltara.

—Yo… yo… necesito bajar. —Hizo el amago de irse, pero sus piernas no respondían, parecía como si hubiesen echado raíces en el suelo. Un suelo pequeñito que pronto flotaría en el aire.

La cesta comenzó a moverse. Su cuerpo daba saltos, el suelo se estaba alejando, pero todavía podía saltar; sin embargo, sus dedos no querían soltarse. Estaba agarrada con tanta fuerza como cuando un bebé agarra algo que es casi imposible quitárselo.

De repente dio un nuevo respingo. Liam se había acercado a ella por detrás y la había rodeado por la cintura. Agradeció el calor de su cuerpo, su cercanía, pero más agradeció las palabras que dejó caer sobre su oreja:

—No te soltaré, te lo prometo. Estoy contigo y no pienso soltarte.

Ricitos de oro estaba tiesa como un palo, rígida. Su cuerpo temblaba bajo el suyo. Qué valiente era, pero sobre todo qué bondad tan grande. Estar a su lado era un continuo aprendizaje. No le gustaba nada verla tan vulnerable. Claro que no la dejaría, pasaría aquello junto a ella, la acompañaría, sería su bastón, su parapeto.

El suelo se estaba alejando más rápido de lo que había imaginado. Varios cientos de metros la separaban del seguro terreno.

—Abre los ojos, Alison —comenzó a susurrarle el Inglesito al oído. No creía haber tenido los ojos cerrados, ¿acaso estaba imaginando cosas?—. Observa tu alrededor, cuánta belleza.

Temerosa, comenzó a abrirlos y su primera acción fue mirar hacia abajo. Alison se tambaleó.

—No, no mires abajo. —La sujetó con más fuerza—. Observa el entorno. ¿Has visto cuántos globos? Es una verdadera maravilla, todos esos colores. Ahora comprendo por qué viene gente

de todo el mundo. Esto es una vivencia increíble. Fíjate en las montañas —la voz de Liam era aterciopelada, delicada. Sabía que quería distraerla y se lo agradecía desde lo más profundo de su alma. La tenía sujeta con fuerza, pero no llegaba a hacerle daño. Era más una firmeza, una pared donde podía apoyarse, unos brazos en que los que podía sujetarse sin temor a caerse—. Mira, allí y allí, también allí. Dios santo, ¿qué es eso? —Dejó sus ojos marchar hacia donde le indicaba. Le sorprendió ver que muchos de los globos que estaban ahí arriba tenían diferentes formas, unas muy sorprendentes y bastantes graciosas, tanto como para sacarle una tímida sonrisa. Y es que el ser humano podía ser bastante original cuando se lo proponía. Flotando en el cielo pudo ver la cabeza de Darth Vader, una cebra, Yoda, la tortuga de Mario Bros y hasta un dragón que, junto con la vaca en los que ellos iban subidos, completaban un hermoso cielo colorido. El ruido del fuego al quemar el gas de la bombona volvió a estremecerla. Y sintió cómo le faltaba el aire, estaba volando, lejos del suelo.

—Hey, tranquila —todavía abrazándola por detrás, apartó el pelo de la muchacha a un lado y puso su rostro a la altura de ella—. Respira conmigo, vamos. Lo estás haciendo tan bien.

Así lo hizo, se concentró en la voz de su compañero, aquel que le estaba dando una seguridad absoluta. Respirar en cuatro, contener en siete, soltar en ocho mientras el viento zarandeaba su cabello.

Repitió el ejercicio varias veces. El oxígeno que consiguió meter en sus pulmones la ayudó a despejarse y así conseguir estabilizarse.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo excitado que estaba el niño. Miraba aquí y allá, apuntaba con el dedo. Saludaba a las personas de otros globos. El marido de Cat hablaba con él, también entusiasmado, pero de repente se puso serio.

—Ya es la hora, Joseph —le dijo al niño.

El hombre maniobró un poco y se alejó de los otros globos. Joseph cogió la urna donde iban las cenizas de su abuela. A su tía se le saltaron las lágrimas mientras el otro joven que completaba la tripulación la cogía de la mano.

Alison y Liam se sintieron unos intrusos, testigos de una ceremonia que otros debían ocupar.

El padre del niño le pidió que abriera la tapa. Fue justo en ese momento cuando Alison se olvidó de dónde estaba. Aquello era tan íntimo. Se le cortó la respiración cuando la muchacha comenzó a recitar unas palabras, para terminar diciendo:

—Vuela libre, mamá. Que el viento te recoja en su seno y te muestre el mundo.

El hombre hizo un gesto con la cabeza y Joseph comenzó a derramar las cenizas por fuera del cesto, dejando que estas se unieran a una corriente de aire que pasaba por allí y siguieran su cauce; tal y como la muchacha había dicho: el viento la recogió en su seno.

Hombre, niño, muchacha y joven se fusionaron en un abrazo, haciendo que Liam y Alison los acompañaran en ese duelo que estalló en sonrisas envueltas en lágrimas. De algún lado apareció una botella de champán y repartieron copas de plástico. Y en aquella mañana del primero de octubre brindaron por la vida pasada de la abuela, una repleta de momentos inolvidables, por una mujer que vivía el día a día con intensidad. Luego repitieron el brindis, pero esta vez en forma de bautizo para Joseph, un nuevo navegante en los cielos.

Por fin la fotógrafa consiguió relajarse, al menos un poco. Permitió que Liam la soltara, las palabras de la chica hacia la abuela le habían insuflado algo de valor. Quería ser recordada como alguien valiente, y no había mayor prueba que aquella, para demostrarse a sí misma que podía hacerle frente a lo que fuera. Aquello pasó, sí, y no fue bueno, pero no podía vivir con miedo toda la vida. Aquel era el momento, era el lugar, y tenía que aprovechar el instante para continuar su camino, para desprenderse de esa lacra, quitarse ese peso de encima. Porque no fue el avión, ni siquiera las turbulencias; en realidad, fue Connor y su manera egoísta de comportarse. Liam le limpió una lágrima, al parecer se había puesto a su lado sin darse cuenta. Le sonrió con orgullo. Estaba orgulloso de ella.

La fotógrafa observó cómo el reportero quitaba la tapadera de la lente de la cámara y le echó una foto; más tarde estaría orgullosa de verla. Luego, le tomó de la mano y entrelazó los dedos, y ambos, juntos, se dispusieron a enfrentar esos demonios como uno solo, porque juntos eran invencibles.

* * *

El aterrizaje, a pesar de lo que Alison había supuesto, resultó ser suave, nada de tumbos o saltos. El vagón se deslizó y se detuvo. No podía negar que su lucha había sido intensa en todo momento. Incluso cuando logró relajarse, el miedo seguía ahí, empujando y exigiendo mantener su protagonismo intacto. Pero la fotógrafa realizó un gran ejercicio mental y emocional. Pensó en la abuela, esa mujer de la que aquella familia hablaba maravillas, de la que decían que llevó por lema toda su vida vivir el día a día, beber de cada situación, aunque fuera mala, aunque fuera desastrosa, de todo se aprendía. Todo era necesario para ser mejor persona, para ejercer la empatía y el amor propio. Quererse a uno mismo era la fórmula mágica para ser feliz y amar a los demás, pues uno entiende cómo quiere ser amado, cómo quiere ser respetado y cómo quiere ser recordado. La vida era una como una vela, espléndida al principio, a la que, conforme pasa el tiempo, le van saliendo arrugas en forma de cera derretida adherida a su cuerpo primigenio. Podía soplar el viento, podía venir la lluvia, pero la vela no se rendía, debía seguir ardiendo. Y, si se apagaba, podía contar con esos buenos gestos y así tener la ayuda de una mano amiga que volviera a encenderla. Y su luz brillaría una vez más y su fuego ardería calentando a los demás, hasta que al final de su vida se fuera apagando poco a poco, lentamente, dejando atrás un camino lleno de recuerdos y vivencias que su gente recordaría con alegría.

De algún modo, se vio reflejada en esas palabras: así era ella. No por dejar buenos recuerdos en las personas, eso quedaba a juicio de cada uno, pero sí quería ayudar, realizar buenas acciones, hacer lo que le gustaría que hicieran con ella. Ser noble, empática y tratar de vivir la vida, disfrutarla. Reír, soñar, llorar, gritar. Vivir. Vivir hasta desgastar la vida.

La abuela, sin conocerla, había conseguido que Alison se enfrentara a ese demonio. Dudaba que pudiera volverlo a hacer, pero si se daba la ocasión y no podía evitarlo sabía que lo haría.

Al bajar del globo, todos se fundieron en un abrazo. El anciano, Cat y el niño pequeño los esperaban en la zona de aterrizaje. Agradecieron mil y una veces su sacrificio. La abuela volaba

libre, surcaba los cielos descubriendo nuevos lugares, nuevos paisajes, otras culturas.

Los invitaron a pasar el día con ellos, pero tuvieron que rehusar. Debían continuar el viaje, cumplir con el propósito diario. El anciano pidió a Alison que se acercara y, con manos temblorosas, le puso una chapa en la chaqueta. En ella rezaba sobre un fondo de manchas blancas y negras: «La mejor vida es la que se vive». Parecía ser el lema de ese grupo y le dieron la bienvenida como nueva integrante. Hicieron lo mismo con Liam. Este, sonriente y agradecido, tomó de la mano a Alison y, tras despedirse, marcharon de regreso a la caravana. Iban en silencio, embriagados de sensaciones, todavía en una nube, como si flotaran. De tarde en tarde se miraban, miradas esporádicas y rápidas, caprichosas y carnales. Su atracción seguía ahí, aquello era inevitable.

Mientras caminaban todavía agarrados de la mano, la fiesta a su alrededor continuaba. Había miles de personas pasando en torno a ellos, pelotas que eran lanzadas con la intención de derribar unos bolos, gente que comía, la música incesante, arremolinadas unas melodías con otras, timbales, risas, bailes. Era un compendio de energía inmejorable. Llegaron al vehículo y Liam, caballeroso, le dio paso a Alison. Los perros los saludaron meneando sus colas y dando saltitos alrededor. La puerta al cerrarse, amortiguó el ruido del exterior.

Alison estaba pegada a la mesa, de espaldas a Liam. El ambiente estaba cargado, echaba chispas, casi se podían ver recorrer las superficies del habitáculo, se habían ido acumulando mientras avanzaban entre la multitud. El presentador fue hacia ella y no tuvo reparos en volver a abrazarla por detrás. La fotógrafa se dejó hacer, incluso dejó caer su cabeza y la apoyó en su hombro. Dejaron pasar unos segundos, se estaba a gusto, para qué romper ese silencio. Disfrutaron un poco más del momento, se lo merecían.

—Estoy muy orgulloso de ti.

De inmediato, a Alison se le hizo un nudo en la garganta. Esas palabras eran sinceras, las notó surgir desde lo más profundo de su compañero.

Una lágrima comenzó a caminar por su mejilla. Estaba orgulloso y ella también. Lo que había hecho no era moco de pavo, pero lo había logrado.

—Eres un ejemplo a seguir. —Notó su voz ronca junto a su oído y el retumbar de su corazón chocando contra su caja torácica—. Yo… te pido perdón por esas cosas que te he dicho, por esos momentos en los que mi boca ha pronunciado esas estupideces. No las mereces…

Sin dar más protagonismo a las dudas, se giró sobre sí misma y juntó sus labios con los de ese hombre que se había confesado, el único que le había pedido perdón con el corazón en la mano.

Se devoraron. Sus manos volaban por sus cuerpos, sus rostros, sus cabellos. Sus lenguas danzaban una con otra en un frenesí de deseo, se inspeccionaban, aprendían el cómo y el cuándo. Las yemas de sus dedos exploraban con avidez cada centímetro de su piel, estudiando su tersura, lo laxo, lo templado y lo candente. Combinaban sus respiraciones, intercambiaban su aliento y oían sus gemidos, reclamando apaciguar el deseo.

Liam la tomó en brazos y la sentó sobre la mesa, continuando así su exploración. No contento con eso, volvió a cogerla y la llevó hasta su cama, donde continuaron con sus besos y caricias. ¿Sería ese el momento?

El beso fue tornándose más calmado, más suculento. La necesidad impetuosa inicial se fue saciando, permitiéndoles saborear sus labios con tranquilidad, hasta que solo sus miradas continuaron explorando el interior de sus pupilas. Más allá de esa oscuridad habitaban sus almas, y en ellas se perdieron, entendiendo que lo que ellos tenían, que lo que allí ocurría era algo especial y que sí merecían esa oportunidad, por mucho que sus alarmas opinaran lo contrario.

—Sabes que me debes una, ¿verdad? —susurró Alison rostro con rostro casi pegados.

—Mi valiente, Ricitos de oro, pagaré mi deuda con alegre obediencia —contestó Liam mientras acariciaba el mentón de la muchacha.

Alison afirmó con media sonrisa y se acurrucó a su lado. Liam podía ser muchas cosas, a veces arrogante, otras presuntuoso y la mayoría prejuicioso, pero con ella… con ella era Liam más que con nadie, también cariñoso, afable y, por qué no, un poco loco.

Etapa 6



Estado de Arizona:
De Holbrook al Gran Cañón y Williams

Recorrieron las millas convenidas: pasaron por Laguna, Grants, Bluewater y Gallup, se despidieron de Nuevo México y entraron al estado de Arizona. Vieron Lupton, Sanders y llegaron a Holbrook. Durante el trayecto visitaron Rancho Hotel, abierto desde 1937, lugar temporal de las estrellas de Hollywood de la pantalla en blanco y negro. Pararon en Indian Cavern, un negocio que tenía la mitad en Arizona y la otra en Nuevo Mexico. Además, pasaron la mayor parte de su tiempo en el Parque Nacional Petrified Forest, que, como su nombre indica, se trataba de un lugar donde había una gran concentración de madera petrificada en mitad de un desierto de arena intensamente roja, para luego pasar la noche a las afueras de Holbrook. Fue como visitar el planeta Marte.

No, no pasó aquello que parecía que iba a pasar. Después de besarse como si se les fuera la vida en ello, se quedaron dormidos, abrazados, relajados, a pesar de la fiesta que se vivía en el llano de globos. Entre ellos la cosa iba así, lenta, aunque no por ello menos pasional. Pero se habían dado cuenta de que cada uno todavía tenía heridas del pasado que necesitaban cicatrizar y respetar.

Sí, es cierto, durante el recorrido de la etapa cinco se tomaron de la mano, intercambiaron miradas cómplices y tímidas, así como besos robados escondidos tras alguna esquina. Al llegar a la caravana, era tarde y estaban cansados. Cenaron, dieron un paseo con Teddie y Diddie, y tras un empalagoso «buenas noches» y el intercambio de varios besos, cada uno durmió en su cama, dejando suspendido en el aire su verdadero deseo.

Alison soñaba con sentir los dedos de Liam en su espalda, con que subiera la escalera y la hiciera suya bajo la luz de las estrellas que veía a través de la ventana del techo; y Liam soñaba con subir, con quitarle ese pijama de calabazas, con contar cuántos tatuajes tapaba su ropa, con devorarlos. Fue una noche larga en la que nada ocurrió y en la que ocurrió de todo, pues esa espera aumentó la necesidad y la tentación hacia lo prohibido.

—En serio, Inglesito, esto empieza a preocuparme —advirtió Alison después de ver que le había dado tiempo a fregar los platos del desayuno y a arreglar un poco la caravana, y que el

Inglesito seguía sin salir del baño—. Ayer no rellenamos el tanque de agua, y el día anterior tampoco, y tú no haces más que estar ahí dentro. Por Dios, ¿es que no tienes conciencia?

Liam salió de la ducha secándose el pelo con una toalla y con otra cubriendo sus caderas. Alison contuvo la respiración, era la tentación bíblica personificada en aquel espacio reducido.

El reportero se agachó para plantarle un furtivo beso en los labios que dejó a la fotógrafa más muda si cabía.

—¿De verdad quieres saber por qué tardo tanto? —preguntó sobre sus labios—. ¿Quieres que te haga una descripción exacta o te vale con imaginarlo?

La mujer abrió la boca todo cuanto daba de sí. Se quedó allí quieta, con la confesión del presentador todavía jugueteando sobre sus labios, mientras este se daba la vuelta y se perdía tras la cortina de su dormitorio, no sin antes dejar caer la toalla que rodeaba sus caderas, mostrando a Alison lo esplendoroso de su fornido trasero.

Comenzó a boquear como un pez.

—Pe… pe… ¡Eres un asqueroso!

—Ja, ja, ja.

Liam se carcajeaba sin parar.

—¡Habrás limpiado todo… eso!

—Ay, Ricitos de oro, ¿por quién me tomas? —se lo escuchaba divertido a través de la cortina.

—¿Por un cerdo? ¿Por qué me lo has dicho? Ahora no querré hacer nada ahí.

Liam asomó la cabeza por una rendija de la cortina.

—¿Por si te quedas embarazada?

—Fufff, ¡guarro, más que guarro!

Alison le tiró el trapo de la cocina a la cara mientras también sonreía, y el reportero dejaba la cortina caer, perdiéndose de nuevo en la intimidad de su habitación.

—Ja, ja, ja. ¿Y quién te dice que lo que te he dicho sea verdad? A lo mejor es una broma.

—Mira, Inglesito, dejemos el tema y comencemos el día. Pero que sepas que mi percepción sobre ti ha bajado varios peldaños.

—Todo el mundo se masturba, ¿tú no?

Alison prefirió callar. Normalmente, debería ser ella quien llevara la batuta en ese tipo de conversaciones, hacer que el Inglesito se sonrojara con su descaro, pero ¿esto? Jamás se lo habría esperado de él.

Todavía no había salido y Alison rio para sí, la verdad es que tenía su gracia. Por fin se estaba abandonando a cuanto tuviera bien sobrevenirle, por fin estaba disfrutando del viaje. Él no se había dado cuenta, pero hacía días que los perros dormían junto a él, que no se mostraba como un ser superior, llevaba las botas tejanas con gran soltura, ya no se quejaba tanto y reía sin parar. Tenía ocurrencias, bromas graciosas, era como si hubiese vuelto aquel chico que conoció el día de la boda de Luján. Además, para ser sincera, sí que se masturbaba, solo que con el Inglesito ahí mismo todavía no lo había hecho.

Levantó una de sus cejas, él podría reírse todo lo que quisiera, pero si supiera lo que le tenía preparado no reiría ni para dentro.

Ese día se desviarían de la ruta, vale que el Gran Cañón no pasaba por la Carretera Madre, pero era demasiado su atractivo como para dejarlo atrás. Debían realizar su trabajo, luego volverían a la 66.

Mientras el reportero terminaba de vestirse, la fotógrafa se entretuvo limpiando a fondo las cámaras. A su mente le vino la imagen de una vaquera del lejano oeste limpiando su rifle. Desde que comenzaron esa aventura no les había prestado el cuidado que merecían y las lentes estaban sucias. Los dedos de Liam no solo terminaban dentro de su bragueta, también manchaban lo que no debían. Sonrió para sí. Qué descarado y cuánto le gustaba esa versión.

—¡Taráááááá!

Alison se sobresaltó ante tal despliegue de alegría en forma de melodía y se giró para mirar al Inglesito, extrañada. Ahí estaba frente a ella, con su pantalones chinos y ¿una camiseta? Arrugó el entrecejo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el Inglesito?

—Ja, ja, ja. ¿Qué?, ¿no te gusta? —preguntó mientras estiraba la camiseta mostrando el dibujo que tenía en total plenitud.

—Eehhh, ¿sí?

—¿Sí? ¿Qué clase de respuesta es esa?

Alison parpadeó sin saber qué contestar a eso, en tanto Liam, por su parte, taconeaba tratando de hacerlo con salero, como si fuese un bailarín de flamenco o vete tú a saber, y tocaba las palmas, con mucho malaje, pero lo intentaba, a la vez que repetía un olé y un *arsa* de vez en cuando.

La fotógrafa comenzó a reír, la situación era bastante cómica. Cada vez reconocía menos a ese nuevo Liam, pero le agradaba mucho esos pequeños cambios que estaban haciendo que se soltara la melena y tuviese ese tipo de ocurrencias. Quién le iba a decir al Inglesito que terminaría en mitad de esa minúscula caravana que tanto había odiado en un principio, bailando; bueno, intentando dar unos pasos de baile. Era delirante y le encantaba que así fuera. Pero el porqué de aquello se le escapaba de las manos.

—A ver, Inglesito, ¿qué intentas hacer y por qué?

—¿Yo? Creo que está bastante claro: estoy haciendo un zapateo. —Alison afirmó mientras hacía un buen esfuerzo por contener la carcajada que estaba a punto de explosionar—. Y el porqué, pues creo que queda bastante claro. —Señaló el dibujo de la camiseta donde aparecía el rostro de un hombre bastante conocido a nivel mundial—. La vi hoy en aquella tienda de *souvenirs* y la compré a escondidas para darte una sorpresa. Pensé que te gustaría. Después de la sorpresa inicial al ver que aquí, en los Estados Unidos, pudieran tener una camiseta de mi nuevo ídolo, no dudé ni un segundo en comprarme una. Pero, vamos, Alison, que me acabas de cortar el rollo.

—Bueno, Inglesito, me parece genial que seas superfan de ese hombre, pero ¿estás seguro de que sabes quién es?

—Oh, *please*, que si sé quién es. *Of course*, Ricitos de oro, no hace falta que me pongas a prueba. Es el señor Camarón de la Isla, ¿quién si no iba a mostrar ese pelo y ese arte? —dijo

Liam con un muy marcado acento inglés que hacía tildar la palabra en lugar incorrecto y casi desaparecer la «r» española, algo así como *Cámauon*.

Alison estalló en carcajadas, unas tan fuertes y continuas que apenas la dejaban respirar. Tuvo que sentarse porque en cualquier momento podía caerse al suelo de la risa.

Ricitos de oro no paraba de carcajearse y eso no era malo, solo que era bastante obvio que se estaba riendo de él. Bueno, podía llegar a entenderla, ese taconeo distaba mucho de un bailaor profesional, pero al menos había puesto todo su empeño. Y, para ser sincero, la verdad era que verla tan contenta se hacía contagioso y, si para que llegara a estar así había que hacer el tonto, pues lo haría. Sus ojos brillantes, esa sonrisa de oreja a oreja producto de una absoluta diversión, ese rubor que coloreaba sus mejillas; era tan bonita. Estaba doblada sobre sí mientras lo señalaba sin poder mediar palabra, y él mismo comenzó a reír sin parar, por un momento había visualizado lo que ella había visto: un hombre al que le repelía hacer el ridículo y que sin embargo no había dudado en ponerse una camiseta de Camarón de la Isla y dar zapatazos frente a ella sin ningún tipo de pudor.

Recordó aquel primer día cuando se conocieron, cómo estuvieron de la misma manera después de salir corriendo de la iglesia, eso le hizo reír con dulzura.

Pasaron los segundos y poco a poco comenzaron a retomar la compostura.

—¡Ay, Inglesito, esto es demasiado para un cuerpo solo!

—Me alegra hacerte reír.

—Sí, me has hecho reír. Pero, querido Liam, ese de ahí no es Camarón.

Liam frunció el ceño y miró su camiseta con atención.

—¿Cómo que no? ¡Por supuesto que lo es!

—No, Inglesito, siento decírtelo, pero no. —Liam volvió a mirar su camiseta con aquella carita tan inocente que a Alison le dio lástima. En realidad, se había divertido, pero, para una vez que el reportero se soltaba la melena total, odiaba ser ella quien le diera la mala noticia, pero más odiaba que lo dijera por ahí y otros se rieran de él—. Ay, Inglesito, ese no es Camarón de la Isla… —La miró con aquellos ojitos que por un momento quiso mentirle, pero no, él era su amigo, podía llegar a ser algo más. Se lo tenía que decir—. Ese que está en tu camiseta es Che Guevara.

Si eso podía ser posible, Liam arrugó más su entrecejo, se quitó la camiseta y la estiró sobre la mesa, dejando expuestos aquellos maravillosos pectorales que Alison no se cansaba de admirar y esa otra tableta de chocolate que componía su abdomen, uno que la fotógrafa fantaseaba con medir con la yema de sus dedos. No obstante, de regreso al momento, pudo observar cómo el ceño de su compañero fue demudando a unas cejas extremadamente elevadas conforme pasaban los segundos.

—*Shit*!

—Exacto, una mierda muy grande.

—*God*, Alison…

—Lo siento, sé con la ilusión que te la has comprado y…

Las palabras de Alison fueron apagándose conforme el reportero iba pasando de la incredulidad

a la sonrisa, y de la sonrisa a un estallido de carcajadas como antes le había pasado a Alison, provocando que la fotógrafa volviera a reír casi sin resuello, tanto que tuvo que servirse un vaso de agua.

—*Well*, supongo que se parecen, porque no me dirás que no se dan un aire…

Alison se acercó para observar la camiseta que todavía estaba estirada sobre la mesa.

—La verdad es que, si le quitamos la gorra y lo miramos de lejos, pueden llegar a confundirse. —Liam resopló algo apesadumbrado, arrugó la camiseta y fue a dirigirse a su habitación en busca de otra cosa que ponerse—. Inglesito, te prometo que algún día te llevaré a un tablao flamenco, aunque sea aquí en América.

El presentador la miró con ojos dulces y sonrió agradecido; esa promesa llevaba implícitas tantas cosas que le hizo estremecer el corazón.

—Te tomo la palabra. —La acercó hacia sí y selló el acuerdo con un beso lento y profundo que dejó a su compañera con un calentón de narices.

Sin embargo, los minutos pasaban y no podían andarse por las ramas, así que comenzaron a rodar, dejando nuevas promesas silenciosas suspendidas en el aire. Pasaron por Winslow, donde pintada en la calzada había una señal enorme de la 66; hicieron una visita relámpago al Meteor Crater Entreprises, museo y zona exterior donde pudieron apreciar el inmenso cráter que dejó un meteorito hace más de 50.000 millones de años, algo único que les impresionó sobremanera. Y de ahí se dirigieron a tomar el desvío al Gran Cañón.

Alison sabía que para poder verlo hacían falta varios días, pero tendrían que conformarse con uno solo, por lo que esperaba poder realizar tomas lo suficientemente atractivas para que bastaran. Por otro lado, quería ver la cara de Liam al descubrirlo; era algo asombroso, sobrecogía el corazón, esa fuerza de la naturaleza tan aplastante.

Todo en América tenía un precio y la entrada al Great Canyon no iba a ser menos. Al ser una ruta por carretera con miradores y demás, pudieron entrar con la autocaravana. Llegaron al South Rim, primera parada dentro del parque, aparcaron y, deseosos, fueron a asomarse al mirador. Pero Alison, no contenta con las vistas, tomó la mano del Inglesito y, después de una señal de silencio, lo condujo hasta una zona algo alejada del área del mirador y que estaba llena de matorrales. Era obvio que sabía dónde iba. Seguidamente, lo guio por un casi imperceptible sendero que dejó varias marcas de algunos pinchos en los pantalones del reportero y que desembocaba directamente en unas piedras ausentes de protección. Ante aquella sensación de vértigo, Liam dio un paso atrás, buscando un lugar donde agarrarse. La visión ante sí era verdaderamente intimidatoria. La fotógrafa se asomó un segundo y, tras meterse unos cuantos mechones de pelo tras la oreja volteó hacia el periodista y lo tomó una vez más de las manos.

—Ricitos de oro, no creo que esto sea buena idea. Por algo está apartado del mirador oficial. —Estiró un poco el cuello para asomarse y se echó hacia atrás una vez más, embutiéndose entre los matorrales y árboles—. Puede que incluso ponga una queja, porque esto no es seguro para los visitantes.

—Venga ya, Inglesito, no empieces con tus tonterías. —Miró hacia la zona del mirador—. Y no hables tan fuerte, que nos van a pillar.

—Yo casi que me voy a ir yendo.

Liam se giró con la intención de regresar de inmediato.

—Anda, no seas tonto —consiguió agarrarle una mano—. Ven, que te va a encantar. Más bien lo vas a flipar —tiró un poco de su brazo—. Si yo lo puedo hacer, tú también. Te prometo que no va a ser peligroso. ¿Confías en mí?

Liam, la miró y recordó cómo ella había confiado en él tan solo un día atrás. Cómo se había entregado a superar su mayor miedo y cómo simplemente fue tras él, lo siguió y casi no puso objeción. ¿Cómo no confiar en ella?

Después de un leve movimiento de cabeza afirmativo por parte del presentador, Alison le hizo dar un par de pasos y luego le señaló el suelo para que se tumbara boca abajo. De ese modo, se arrastraron hacia el filo del saliente con sendos corazones golpeando sus cajas torácicas de manera apabullante. La fotógrafa volvió a agarrar la mano del reportero y le dio un apretón, luego se miraron a los ojos.

—¿Preparado?

Liam volvió a asentir después de tomar una profunda bocanada de aire. Aquella loca iba a ser su perdición.

Empujaron contra el suelo la punta de sus zapatos una vez más, acortando los pocos centímetros que los llevaron a sacar sus cabezas por el precipicio.

Inmediatamente, algo comenzó a girar dentro de sus cráneos mientras el estómago les daba un vuelco. La sensación de vértigo aumentó de manera considerable, pero todo aquel estado de inseguridad merecía la pena por ver lo que tenían ante sí. Era algo difícil de expresar, de definir, algo que estaba fuera de su vocabulario, uno en el que una sola exclamación estaba presente: *FUCK!*

Alison no se perdió ni una de las expresiones del Inglesito. Y es que aquello era algo que la dejaba sin palabras, incluso a ella. La magnitud de aquel paisaje, las imponentes formas de las montañas y el abismo que se extendía ante ellos, eran simplemente impresionantes.

Se sentían pequeños e insignificantes frente a la grandiosidad de la naturaleza. Era como si el tiempo se detuviera, mientras absorbían la majestuosidad del Gran Cañón. La inmensidad del precipicio les recordaba la fragilidad de la existencia humana, haciéndolos sentir insignificantes.

Comprendían por qué este lugar era considerado una de las maravillas del mundo. La belleza era abrumadora, y cada detalle, desde los colores cambiantes de las rocas hasta las sombras que se proyectaban sobre el cañón, contribuía a crear una escena de ensueño. Era como si el tiempo y el espacio se fundieran en un solo instante, y Alison se sintió agradecida de poder compartir aquel momento con Liam.

El corazón de la fotógrafa latía con fuerza, inundada por una mezcla de emoción y gratitud. Sabía que aquellos minutos, tendidos en la cima del mundo, se quedarían grabados en su memoria para siempre. Era un regalo del destino haber encontrado a alguien dispuesto a compartir su pasión por la aventura, aunque ni él mismo lo supiera. Liam se lo había demostrado cada día, era un aventurero y estaba un poco loco. Parecía ser bastante similar a ella, y él ni siquiera se había dado cuenta.

En ese silencio compartido, una vez más Alison se sorprendió al sentir que había descubierto algo más que un compañero de viaje. Había encontrado a alguien que despertaba en ella emociones que creía olvidadas.

Pasaron largos minutos allí tendidos, disfrutando de todo ese esplendor, hasta que se dieron cuenta de que todavía seguían agarrados de la mano y que sus emociones estaban a flor de piel.

—Será mejor que nos pongamos en movimiento si queremos continuar con las actividades programadas del día —dijo Alison sin dejar de abrazar aquella delicada, aunque fuerte, mano varonil.

Liam volvió a asentir, si bien, en su fuero interno deseaba quedarse así para siempre, agarrando su mano, teniéndola cerca, sintiendo su calor y su aroma.

Lograron regresar al punto de partida ilesos. Allí mismo había una especie de torre con un edificio, algo así como un museo con pinturas, fotos y carteles explicativos.

Subieron a la cima de la torre, desde donde las ventanas ofrecían una vista impresionante del cañón; ahora sí, con mucha más seguridad.

—Es una pena no poder mostrarte el resto —dijo la fotógrafa un poco decepcionada mientras miraba con ilusión a través del vano—. Aparte de donde hemos estado —comentó en un susurro —, los miradores más adelante tienen menos turistas y son francamente extraordinarios. Esos de tu productora son unos imbéciles, si supieran todo lo que podríamos sacar de esta excursión. —Infló sus mofletes—. Todavía no entiendo por qué tenemos tan poco tiempo. —Miró al presentador. Liam se encogió de hombros—. Bah. Hubiésemos podido hacer *rafting*; oh, te habría enamorado. Pero, bueno, al menos más tarde iremos a esa fiesta del chile, creo que al final podemos sacar provecho del día de hoy y hacer un montaje de vídeo atractivo. —Echó una ojeada a una aplicación que tenía abierta en el móvil—. Mira, dentro de un rato hay organizada una ruta corta andando que sale de aquí mismo, puede que de ahí logremos obtener algo interesante.

—Yo también lo siento, pero así son ellos.

Alison lo miró, el Inglesito estaba mirando la pantalla de su móvil con gesto extrañado.

—Hey, ¿qué te pasa?

—No, nada —se guardó el teléfono.

Alison miró la hora y le entraron las prisas.

—Ven, que te voy a enseñar algo.

Lo cogió de la mano y lo llevó hacia una de las habitaciones que había en la parte de abajo. Entraron por una puerta de emergencia.

—¡*Bloody hell*, Alison, como nos pillen nos multan, que estos americanos no se andan con tonterías! —exclamó entre susurros cerrando la puerta con cuidado tras de sí.

—No te preocupes por eso. Tú no hagas ruido.

Liam caminaba mirando a todos lados, cualquier ruido lo ponía alerta, mientras Alison se movía por allí como pez en el agua. Llegaron a una puerta donde se leía en un cartel «No pasar»; sin embargo, la fotógrafa giró el pomo y entró tirando a la vez del Inglesito. Una vez dentro, la

cerró. Al presentador le costó un poco darse cuenta de dónde estaba: había jaulas, unas de alambre y otras de cristal. Empezaron a entrarle sudores fríos, notó cómo se le abría la barriga.

Intentó decir algo a su acompañante, pero la voz no le salía del cuerpo.

—¿Elijah? —preguntó Ricitos de oro a la nada.

—Aquí, Tequila.

Alison miró a Liam y le hizo un gesto para que la siguiera. Él le dio un pequeño tirón en el brazo para llamar su atención.

—¿De verdad? —preguntó cauteloso.

—Ya lo creo, Inglesito —Afirmó levemente con la cabeza.

Alison comenzó a andar hacia el lugar de donde había provenido la voz, mientras Liam avanzaba mirando con recelo todas aquellas jaulas vacías.

—¿Dónde me has traído? —preguntó entre dientes.

—A pagar tu penitencia.

Doblaron una esquina y se encontraron con un hombre de color que llevaba recogidas sus rastras en una cola baja, era ancho y alto, estaba subido en una escalera, cogiendo algo que había sobre un mueble.

—*What´s up?* —Los saludó con la cabeza metida dentro.

Alison hizo las presentaciones.

—Enseguida bajo. Es que Dorothy está un poco traviesa y hoy me está dando trabajo.

Liam dio un codazo a Alison y le preguntó lo más bajo que pudo entre dientes:

—Por casualidad, ¿Dorothy no será un ratón, eh?

La fotógrafa sonrió y negó con la cabeza.

Elijah y ella comenzaron a hablar mientras aquel tipo terminaba de hacer lo que fuera que estaba haciendo.

—Eh, ¿Liam? —lo llamó Elijah mirando por encima de su hombro.

—Sí.

—Necesito tu ayuda. Esto pesa mogollón.

Alison escondió la cabeza en el pecho tratando de esconder su sonrisa maliciosa, mientras que el Inglesito no se daba cuenta e iba en ayuda del muchacho.

Se puso al pie de la escalera, a la espera de que Elijah le diera, supuso que una caja o algo así. El chico rebuscó un poco más y comenzó a sacar algo. Liam todavía no tenía claro de lo que era, hasta que el otro se giró con rapidez y le puso alrededor de su cuello un peso enorme.

Se sintió desorientado mientras aquel peso que estaba maltratando sus cervicales se movía sobre sí mismo tímidamente. Por instinto, condujo las manos hacia eso y se encontró tocando un cuerpo, como un gran músculo frío, el poder que emanaba de él era delirante.

Las piernas le flaquearon al instante, Alison no paraba de reír a carcajada limpia.

Intentando no moverse, como pudo, bajó lentamente la cabeza y observó que lo que tenía alrededor era una enorme boa de color amarillo. Recorrió el cuerpo con sus pupilas hasta que vio cómo el animal levantaba su cabeza lentamente, mientras de su boca salía aquella lengua bífida: afuera, adentro, afuera, adentro sin parar. Sintió como si se fuera a desmayar, como si el suelo se

moviera bajo sus pies. El pulso de su corazón tomó protagonismo en su cabeza, golpeando, una especie de tambor que no colaboraba con su estabilidad.

Miró de nuevo a Alison. Ni siquiera lo había avisado; si le hubiera preparado, al menos se habría hecho a la idea, pero no, ella, como siempre: lo hacía todo a la locura. Sintió cómo le faltaba el aire, el cuerpo de la serpiente continuaba moviéndose sobre sí mismo, lo sentía. Supo que algo no iba bien cuando Alison se acercó.

—Eh, Inglesito, ¿estás bien?

No podía respirar, la serpiente estaba apretando un poco su cuello, ¿quería asfixiarlo?

—Quítamela de encima —dijo como pudo, casi sin resuello.

—Per…

—¡Que me la quites, joder!

Alison apremió a Elijah a que lo hiciera. Cuando se vio liberado, preguntó por la salida y se marchó. No le dirigió la palabra a nadie ni siquiera una mirada reprobatoria.

La fotógrafa se disculpó con el muchacho y corrió tras su compañero.

¿Qué había hecho?

Se encontró al periodista sobre una piedra, bajo la sombra de uno de los pocos árboles que había por allí. Se sentó a su lado y dejó correr algunos minutos.

—Lo sabías, te lo dije —le recriminó—. Ha sido una puñalada trapera, no me esperaba esto y menos de ti.

La fotógrafa soportó las palabras con entereza, aunque por dentro la estaban dañando.

—Eres casi la única persona que conoce mi fobia… Dime, ¿cómo has podido hacerme algo así?

De nuevo se hizo el silencio, ella quería contestar, pero estaba reuniendo las palabras acertadas. Y sabía que, por más que lo pensara, solo existía una única vía.

—Lo siento. Quería que vivieras esta oportunidad, conozco a Dorothy de hace tiempo, es muy buena y…

—¿Estás hablando de ese bicho como si fuese humano? —preguntó, dando a entender que Alison era tonta.

—Liam, no es eso. Es que…

—¿Sabes qué? —Se levantó—. No tengo ganas de hablar, quiero irme de aquí. Esto ha sido una equivocación… como siempre. —Miró a la fotógrafa con desprecio.

—¿Qué quieres deci…?

Pero Liam ya se había incorporado y, con las manos metidas en los bolsillos, se dirigía al lugar donde habían aparcado la caravana.

Fue tras él, no con intención de hablarle. Sabía que en ese momento necesitaba su espacio, pero, si tenían que regresar al camino, debía montarse en el vehículo. Liam ya estaba sentado al volante y ella decidió no ocupar el puesto de copiloto, por lo que se fue directa a su cama. Tenían que darse espacio. Entendía el enfado del reportero. Elijah había sido un bruto. Cuando habló con él, le dijo que el presentador tenía fobia a los reptiles, que fuese con cuidado y va el muy capullo y… ya ajustaría las cuentas con él más tarde por teléfono.

Oyó cómo el presentador, por primera vez en todo el viaje, conectaba el sistema de navegación rumbo a Williams.

Durante el camino, que consistía prácticamente en una sucesión de líneas rectas como las que salen en las películas, no se dirigieron la palabra. La fotógrafa se sentía fatal; si eso se lo hubiese hecho Liam a ella, no se lo habría perdonado jamás. Pero ¿en qué estaba pensando? Elijah había sido un verdadero imbécil, pero ella tampoco se quedaba atrás. A ver cómo arreglaba eso. La realidad era que no sabía ni qué decirle, cómo pedirle disculpas, cómo hacerle entender que no era su propósito asustarlo, sino ayudarlo a enfrentarse a su miedo, como había hecho él el día anterior. Menuda metedura de pata.

Se puso boca abajo. Por la ventana de la cocina podía ver que el paisaje estaba rodeado de pinos, todo era llano, qué diferencia tan abismal con respecto al lugar donde habían estado hacía rato.

La caravana dio unas sacudidas. Anduvo un poco más entre meneos y balanceos. Luego se paró. Escuchó la puerta de Liam abrirse, pero no se cerró. La voz femenina del navegador no paraba de repetir que diera media vuelta y que girara a la derecha. La puerta volvió a cerrarse y el vehículo continuó con el incómodo ajetreo hasta que definitivamente se paró. Alison ni siquiera se propuso preguntar o mirar. Estaba tan compungida que prefería mil veces que se la tragara la tierra y evitar así estar en esa situación.

Liam llamó a los perros y salió del coche.

Alison dejó pasar algunos minutos antes de decidir salir detrás. Miró a través de la claraboya, la tarde estaba cayendo. ¿Qué rondaría por la cabeza del reportero? Había leído la decepción en sus ojos cuando la miró con tantas preguntas, pero sobre todo era ese porqué el que la estaba matando. Ese porqué que se había quedado atascado en la punta de la lengua de su compañero. La tristeza en su mirada. Y luego la dureza que la había suplantado, allá en la roca cuando marchó de regreso.

Bajó de la cama, envuelta en un aura repleta de vacilación e inseguridad. No importaban sus miedos. No importaba si quería estar allí, si aquella situación le causaba cobardía. Lo que importaba era que le había hecho daño a su amigo, a Liam, y que era de recibo disculparse, aguantar lo que tuviera a bien decirle o reprocharle.

Miró por las ventanas. No lo veía. Respiró varias veces y se atusó el pelo, preparándose para bajar. Los nervios la corroían.

Miró por los alrededores. El Inglesito no estaba, a él sí que se lo había tragado la tierra. Esperó un poco fuera y cayó en la cuenta de que no estaban en un camping de autocaravanas, sino en mitad del bosque. Se dirigió a donde supuso debía estar la carretera. Había una valla y un camino conformado por el paso de un vehículo. Al parecer, el Inglesito había decidido entrar en terreno privado. Cerca de donde habían aparcado, pudo ver que había troncos de árboles talados y un poco más allá se divisaba lo que parecía un lago. Estaba empezando a hacer frío. Los colores del cielo estaban empezando a ser devorados por la oscuridad y el olor de los pinos se intensificó hasta abrir sus bronquios. Decidió meterse dentro, era obvio que el periodista necesitaba su tiempo a solas.

No tenía hambre, pero supuso que hacer una buena cena podría ser la antesala a su disculpa, tal y como había hecho Liam al prepararle los *pancakes*.

Miró en la pequeña nevera.

No supo cuánto tiempo había pasado, solo que afuera ya era de noche y que su preocupación había aumentado de forma considerable conforme pasaban los minutos sin que Liam diera señales de vida. Tiró de la cadena y empezó a lavarse las manos, hacía unos minutos que había dejado la cena lista y dispuesta sobre la mesa. En la parte de atrás de uno de los muebles había encontrado un par de velas, de Navidad, pero velas al fin y al cabo, y las puso en el centro de la mesa. Escuchó cómo los perros ladraban frente a la puerta del baño.

Desde luego, Ricitos de oro se había esmerado con la cena. En la mesa había dispuesto unos platos, todavía humeantes de lo que parecía *risotto* de queso *cheddar*, y como acompañamiento había dispuesto unos tomates *cherry* asados espolvoreados con hierbas. La botella de vino ya estaba destapada y, para culminar el banquete, la luz de dos velas que no tenía ni idea de dónde habían salido, una con forma de árbol lleno de bolitas de colores y otra, un Papá Noel que había vivido tiempos mejores.

Si era su forma de comenzar a pedir disculpas, iba por buen camino.

La puerta del baño se abrió y ambos se miraron. Alison bajó sus ojos al suelo y comenzó a andar hacia el fregadero.

—Estaba preocupada —dijo amedrentada.

En cierto modo, verla así hacía que Liam se sintiera también mal. Quiso acariciar aquella mano que temblaba mientras intentaba lavar un cucharón, pero se retuvo. Era necesario hablar.

—Hemos ido a dar un largo paseo.

Alison no dijo nada a eso; no obstante, cabeceó todavía sin mirarlo, mostrándole a Liam su asiento, invitándolo a comenzar a cenar. Mientras se sentaba, sacó el pienso de los perros y lo repartió en sus cacharros. Luego se lavó las manos con suma tranquilidad.

Era obvio que Ricitos de oro quería dilatar el momento de sentarse frente a él. Estaba tan… no era ella. Su halo transmitía tristeza, incertidumbre.

—Por favor, siéntate, la comida se te va a enfriar.

Aun con la cabeza gacha y la mirada huidiza, se sentó, y a Liam se le partía el alma verla así.

El reportero echó el vino en las tazas de hojalata, y Alison cogió el tenedor y comenzó a menear el arroz sin llegar a decidirse a llevárselo a la boca.

Liam la observaba, estaba muy nerviosa. Su pierna debajo de la mesa se movía sin parar. El mareo que le estaba dando a la comida y, ¿tenía la barbilla arrugada en un puchero? No podía dejar pasar más tiempo, era necesario hablar.

—Alison…

—Lo siento, Liam. Me he comportado como una imbécil. Entiendo que no quieras perdonarme.

—Bueno, yo, también he estado pensando. Acepto tus disculpas. Siendo sincero, la jugarreta que me has hecho ha sido una auténtica…

—¿Putada?

—*Ajam*.

—Si sirve de algo, la cosa no debería haber ido así. Conozco a Elijah y a Dorothy desde hace tiempo. Lo llamé para pedirle que te dejara interactuar con ella. Le dejé bien claro que tenías fobia a los reptiles y que debíamos ir con cuidado. Yo… solo quería ayudarte. Mi intención era que tuvieras una buena experiencia… Como la mía ayer cuando volamos en el globo.

—Entiendo. Entonces todo es culpa de Elijah.

—Sí… Bueno… No. Entiendo que debería haberte puesto sobre aviso.

Liam afirmó con la cabeza, dando a entender que eso precisamente era lo que había esperado de ella.

—Yo tenía todo el derecho de decidir si quería o no. ¿Sabes lo que sentí? ¿Te puedes imaginar lo que ha supuesto para mí?

Alison apretó los labios, estaba a punto de llorar.

—Está bien, tranquila. Sé que ya te has martirizado tú sola bastante, como también sé que no había sido tu intención que las cosas sucedieran tan…

—¿Bruscas?

Liam volvió a hacer un gesto de afirmación.

—Estaba muy enfadado… aún lo estoy.

—Lo sé y lo entiendo.

—Vamos a ver si esta cena puede hacer que mi enfado desaparezca.

El móvil del Inglesito comenzó a sonar. Miró la pantalla y levantó una ceja. En su rostro creyó ver un gesto de desagrado y colgó. Luego lo silenció y lo puso boca abajo.

—¿Todo bien?

—Sí… —dudó—. Son los de la productora.

—¿No lo coges?

Liam negó con la cabeza y cogió los cubiertos.

Efectivamente, la cena estaba deliciosa. Cambiaron de tema. No pensaba volver a tocar el de la dichosa serpiente. Sin embargo, Alison no volvió a ser ella. Estaba triste, su metedura de pata la había afectado de veras. Y aunque Liam agradecía que así fuera, no le gustaba ver y sentir eso por parte de ella. Necesitaba a la Alison alegre. Solo ella podía contagiarle esa alegría. Tenía que darle tiempo.

Acabaron la cena, si bien la fotógrafa apenas había tomado bocado.

Se levantó para poner su plato a un lado del fregadero mientras sacaba un *tupper* donde poder echar lo que le había sobrado, pero, cuando fue a cogerlo del estante de arriba, la mano de Liam cubrió la suya. Lo tenía detrás, cuerpo con cuerpo pegado.

—Déjame ayudarte —su voz había bajado el tono, se había presentado ronca, sensual, atractiva, y a Alison le hizo despertar su libido *ipso facto*.

Quedaron un instante con las manos unidas y, tras un par de segundos, Liam la hizo girar sobre sí. Alison todavía ocultaba su mirada, acarició su mentón y la hizo mirar hacia arriba, le apartó el pelo de la cara y ella solo cerró los ojos. Su contacto le hacía bien, lo necesitaba, y el calor de sus labios envolvieron a los suyos, se besaron. Con tranquilidad.

—Lo siento —susurró, apartando sus labios.

—Ya está olvidado —le dijo, para luego depositar un beso sobre su frente.

—Tú fuiste tan amable ayer, que yo solo quise devolverte el favor.

—No te preocupes, ya lo he comprendido. Ahora olvidemos el asunto, ¿vale?

Alison lo abrazó fuerte y se quedaron así unos minutos. El ruido de los perros jugando los alejó de ese intermedio.

El reportero se ofreció a fregar los platos mientras Alison entraba en la ducha.

El agua que caía por su cuerpo iba alejándola del dolor sobre lo ocurrido. Menos mal que el periodista la había comprendido y, sobre todo, creído. Recordó lo que le había dicho aquella mañana, la razón por la que se demoraba tanto durante sus baños. Bajó la mano a su pubis, solo imaginar al Inglesito tocándose la ponía a mil. Rozó su clítoris una vez; ¡Dios, estaba tan mojada!, y no por el agua de la ducha precisamente. Se imaginó al reportero tocándola así, mientras la miraba a los ojos, mientras pasearía un dedo por su hendidura, así como lo hacía ella. ¿Se habría masturbado pensando en ella? La voz del Inglesito cantando llegaba hasta sus oídos. Sonrió, por fin estaba contento. Por fin la nube negra que había sobre ellos se había marchado, ¡como también se había marchado el agua que caía de la alcachofa! Alison abrió y cerró el grifo varias veces. El Inglesito había dejado de cantar y de la ducha no salía ni gota de agua. Alargó el brazo para comprobar la del lavabo. ¡¿Se habían quedado sin agua?!

—¡Ingleesiiitoooo!

Un «ups» se escuchó desde el otro lado de la puerta.

¡Al final se habían quedado sin agua y ella tenía todo el cuerpo lleno de jabón, por no hablar de su pelo repleto de champú y un orgasmo a medio camino! Era imposible quedarse así. Hizo un recuento, quizás tendrían alguna botella guardada por ahí, puede que una garrafa en una de las despensas trasera. No, no recordaba nada.

Si es que se lo veía venir, lo había repetido mil veces durante el viaje. ¡El Inglesito y su necesidad de jugar con su pito!

Se envolvió el cuerpo en la toalla y salió como un toro de miura de allí. Las gotas de champú y pelo chorreando caían sobre sus hombros, en sus ojos se estaba formando una tormenta de esas que hacían historia.

—Te lo dije, una y mil veces te lo repetí y te lo pasaste por el arco del triunfo. Y ahora soy yo la que se queda sin agua. ¡¿Qué hago yo ahora?!

—¿Lo siento? —dijo Liam encogiéndose de hombros y con un gesto de suma culpabilidad en la cara.

—Si es que parece que hasta lo has hecho adrede. ¡Aparta!

Alison abrió la puerta de la caravana y se perdió en la noche. Liam la vio marcharse, no sabía qué hacer. ¿Adónde creía que iba Ricitos de oro sin zapatos, sin ropa y con el cuerpo lleno de jabón?

De inmediato le vino la imagen del lago.

Salió tras ella. Iba delante pisando bien fuerte el suelo, no entendía cómo no se clavaba las agujas de los pinos que tapaban la tierra como una sábana. Le estaba ganando terreno, no quería dejarla sola, era de noche, la luna iluminaba el camino, pero no sabía si podía haber alguien por

allí, o un animal, vete tú a saber. Cierto era que él precisamente no era el más indicado a la hora de tratar con animales, pero por Alison lo haría, se enfrentaría a lo que fuera.

La vio llegar a la altura del agua. Ni corta ni perezosa se deshizo de la toalla, regalándole al presentador unas vistas increíbles de su espalda, piernas y trasero, donde en uno de sus cachetes terminaba un tatuaje que parecía subir por un costado hasta terminar en su hombro y el cual no supo identificar. Por todos los demonios, Alison era una diosa, la palabra pecado a su lado se quedaba muy corta.

No llegó a la altura del agua, sino que se quedó rezagado, apoyado en un tronco mientras la fotógrafa daba gritos en tanto iba entrando muy lentamente recordando a toda la familia de Liam y no en el buen sentido, repitiendo una y otra vez que el agua estaba helada, al poco logró zambullirse entera y comenzó a enjuagarse.

Por fin se había acostumbrado a la temperatura del agua y había logrado quitarse todo el jabón del cuerpo. Se sentía tan a gusto allí que comenzó a nadar, la verdad es que era una gozada poder bañarse desnuda bajo la luz de la luna, rodeada de la única balada que envolvía la noche: el roce de aquella tímida corriente que pasaba entre las ramas de los pinos, alguna rana que cantaba a las estrellas, el sonido de las ondas del agua al cubrir la superficie tras su paso. La noche salvaje la envolvía.

Se dio la vuelta para quedarse flotando cara a las estrellas. Aquel viaje estaba siendo raro e intenso. En muy pocos días había vivido apasionadamente todo cuanto la ruta podía ofrecer y aún le quedaba el final, el momento de llegar a la última señal que daba fin a la 66. Un partido de béisbol, Teddie gruñendo a Liam para, al par de días, comérselo a besos, tanto como para ignorarla; su sonrisa al ir de paquete en su Greaselighting*;* el gesto de celos al verla bailar con John; su cara de orgullo al verla bajar del globo y esa otra de decepción al saberse traicionado.

Se puso de pie mirando a las lejanas montañas. Decía haberla perdonado, pero no sabía si era verdad, la había besado y abrazado, le había dicho que el asunto estaba zanjado; sin embargo, no sabía si creerlo, puede que esa espina se quedara clavada, puede que en algún momento volviera a reprochárselo, cualquier excusa sería buena para sacarlo y hacerle daño. En efecto, ella había sido la que había obrado mal, pero ¿estaría pagando por ello por la eternidad? Sintió como el agua se ondulaba tras de sí. Los brazos de Liam la envolvieron. También estaba desnudo. Dioses, qué agradable sentir el calor de su cuerpo.

Rodeó su cintura y se quedó allí. Alison cerró los ojos y le mostró su cuello, invitando a Liam a besarlo. Así lo hizo, dejó un camino de besos desde el hombro hasta la base de su oreja, paseó sus manos de su cintura a sus caderas. Se giró para quedar cara a cara y así comenzar aquello que los dos habían estado evitando por ese largo tiempo y que, no obstante, se resumía a solo unos días. Juntaron sus bocas mientras Alison remetía sus dedos en los mechones de su cabello, acercándolo más, pegándolo más a su cuerpo. Estaba enardecido, su miembro chocaba con su bajo vientre, llamando a la puerta de la carne, despertando a la pasión, insistiendo una vez más en la necesidad de ser saciado. Alison sonrió sobre la boca del hombre, pero enseguida continuó el beso y bajó las manos por su espalda, dando buena cuenta de su envergadura, de su poder, de los músculos que se delineaban sobre el esqueleto de sus huesos. Por fin, Liam pudo entender

que sus pieles se reconocían y que sus cuerpos despertaban a la pasión de una manera tierna a la vez que salvaje. Tiró levemente del pelo de la muchacha para poder llegar con más soltura a sus clavículas, donde mordisqueó. Con descaro, pesó uno de sus senos y se entretuvo en castigar aquel duro pezón ensartado con un delirante *piercing*, arrancando de la garganta de su compañera suspiros de placer junto a un ruego que lo incitaba a no parar. Ciego, llegó hasta aquella montaña sugerente y probó la tersura de su juventud.

La boca del Inglesito era la entrada a las puertas del pecado, divina tentación que conseguía sacar temblores de sus órganos. Se dejó llevar en el momento que sintió la lengua rodear con parsimonia la aureola oscura que encumbraba su seno, meneando su piercing con delirante habilidad. Descarada, tomó su miembro con la mano, una talla nada decepcionante la sorprendió; estaba duro, erguido, majestuoso, se elevaba orgulloso y comenzó a moverlo, a jugar con él, sacando de Liam gemidos enloquecidos que dejaba caer sobre su aliento. Un minuto escaso permitió tal tormento, la cogió en brazos haciendo que sus piernas rodearan su cintura, a la vez que ella rodeaba su cuello con los brazos, intentando hacer más llevadero el peso y el equilibrio. Nada los separaba ya, ninguna excusa sería lo bastante contundente como para no terminar lo que ya no tenía regreso. Alison se irguió levemente, permitiendo así mejor acceso.

—Mírame —rogó Liam sobre sus labios—. Quiero verte mientras entro dentro de ti por primera vez.

Por supuesto, obedeció. Esas palabras ardientes, ese ruego, era imposible no concederle aquello.

Con suma delicadeza, mientras con una mano la aguantaba por el trasero, con la otra pasaba sus dedos por su hendidura, por el valle de su pubis, atormentaba un poco su clítoris, procurando lamentos y gemidos, mientras no apartaban sus ojos el uno del otro. Para luego, una vez conocido el terreno, dirigir su miembro hacia la cueva de promesas hechas carne. Poco a poco, y aún con las miradas enlazadas, fue introduciéndose en ella. Pudo observar la dilatación de sus pupilas, aquella boca entreabierta sorprendida ante las sensaciones, quiso suponer que incluso sorprendida por su tamaño, por la manera en que sus cuerpos encajaban convirtiéndose en uno solo.

Diablos, aquel hombre entraba en ella con una tranquilidad que estaba poniendo a prueba su paciencia. Iba llenándola, consiguiendo así que pudiera ser consciente de cada centímetro que entraba en ella, de cada pulgada rebasada, conociendo su interior. Tenía los labios hinchados, quería morderlos, chuparlos, arañar su espalda, dejar la marca de sus dientes sobre su hombro. Pero, aun con esas necesidades reclamando ser atendidas, esa forma de hacerla suya, como queriendo dejar huella en cada uno de los actos, como queriendo dejar en su recuerdo cada momento vivido, hacían que solo se quedara allí, unidos por los ojos, recogiendo cada una de las sensaciones que sentía el otro al ir completando la unión hasta llegar al fondo, hasta no poder entrar más.

Comenzaron a moverse, lentos, tranquilos, gozando de cada embestida, luchando porque el agua que cubría sus cuerpos no los hiciera perder el ritmo. Se robaron besos, chocaron dientes y pellizcaron sus carnes conforme aumentaban el ritmo.

—Estoy a punto. —Alison lo miró y afirmó impetuosa, dando a entender que a ella le pasaba lo mismo—. Mírame, Ricitos de oro, entrégamelo todo.

Y así lo hizo, intercambiaron sus orgasmos, tocaron con la punta de sus dedos el cielo, derramaron sus jadeos, comprendiendo que aquella unión iba mucho más allá de lo hasta ahora conocido.

Se fueron calmando, volvieron a intercambiar tímidas sonrisas y besos que incitaron a repetir lo experimentado.

De repente, un chapoteo a lo lejos llamó la atención del Inglesito. ¿Sería una culebra?

—Tranquilo. —Alison llamó su atención, pasando la lengua por su esternón—. Seguro que es el Gran Espíritu del lago, que nos da su bendición.

Liam la acunó en brazos y la sacó del agua, todavía desnudos. Sin soltarla para evitar que sus pies se pincharan, la llevó hasta la caravana, donde la depósito sobre su cama y por fin pudieron dar buena cuenta del sabor de sus sexos, del verdadero tacto de su piel, del auténtico calor de sus cuerpos y del sudor que había reemplazado a la humedad de aquel Lago Kaibab. Allí, bajo la mirada del Gran Cañón, hicieron promesas sin palabras, no juradas, pero sí deseadas.

Etapa 7



Estado de Arizona y California/Nevada:
De Williams a Barstow/Las Vegas

No se despertaron abrazados; sin embargo, sus piernas estaban enredadas. Todavía dormida, Alison empujaba la cara de Liam con una mano, y este iba despertando poco a poco debido a los lametones que Diddie prodigaba a sus dedos y a los suaves mordiscos que Teddie daba en sus pies. Necesitaban salir a hacer sus cosas. Con cuidado de no despertar a su ¿novia?, ¿pareja? Ese era un asunto a tratar, quizá más adelante. Lo que sí tenía claro es que ya no concebía un futuro sin ella. Lo que sentía era demasiado profundo, estaba enamorado y no pensaba dejarla marchar. Se levantó frotándose el lado de la cara donde Alison le había demostrado su cariño en forma de puño. Hasta dormida era peligrosa. Sonrió. Estaba despatarrada, como su madre la trajo al mundo. Era perfecta dentro de su imperfección. Tenía la boca un poco abierta y respiraba profundamente. Se sintió como si la conociera de toda la vida, como si hubiesen compartido ya años juntos, y le gustó la idea de poder llevarlo a cabo, de hacer que eso funcionara. Cogió los pantalones de su pijama, levantó con cuidado la cortina, se los puso y tocó la pantalla del teléfono que había sobre la mesa para ver la hora. No era demasiado tarde, pero eso no fue lo que llamó su atención, sino el mensaje de texto que se veía en la pantalla: «Te lo advertí. Tú te lo has buscado». Era el móvil de Alison y aquel un mensaje bastante amenazador. Miró hacia la cortina cerrada y meneó la cabeza sin llegar a comprender qué era aquello. Abrió la puerta para que los perros salieran mientras él los observaba apoyado en el quicio. No sabía si era adecuado tratar el asunto con ella, quizá se molestaría por haber visto el mensaje. Todavía no la conocía tan a fondo como para soltárselo a bocajarro, se dijo que encontraría el momento y la manera. No iba a permitir que alguien hiciera daño a su chica.

Unas manos femeninas rodearon su cintura.

—Buenos días, Inglesito.

—Eh, buenos días, preciosa.

Liam se giró y le dio un buen beso, de esos que podían hacer derretir el hielo. Teddie y Diddie, al oír a Alison, regresaron al vehículo y la saludaron. Luego, les echó su comida y pulsó el móvil. Arrugó el entrecejo y, después de maldecir en voz baja, lo puso boca abajo en un rincón de la diminuta cocina. A continuación, suspiró, se colgó una tensa sonrisa y así comenzaron el

ritual de cada mañana, con la salvedad de tomarse su tiempo en dejar impregnada la silueta de sus cuerpos en cada rincón.

—Empiezas a pinchar.

Liam la miró con gesto interrogativo y Alison se señaló el bigote.

—Ah, más tarde me afeitaré, pero es que ese baño… En serio, es como el de un liliputiense. Además —dijo mientras la abrazaba y pasaba sus labios por el bigote de ella—, me parece que tú también necesitas un repaso.

—¡¿Eh?! —exclamó tocándose la zona después de darle un empujón—. ¡Yo no necesito nada de eso, idiota! Hace años que me hago el láser y mi cuerpo es un templo carente de vello.

—Eso sí que lo puedo corroborar.

—¡Marrano!

Se dieron un beso apasionado y Liam comenzó a rebuscar en los muebles algo para desayunar.

—¿Sabes? Cuando era pequeña, con unos once o doce años más o menos, ya se me marcaba el bigote. Yo… Bueno, desarrollé muy joven y ya tenía las hormonas revueltas. A lo que voy, pues… —Se quedó pensativa un segundo—. Sí, creo que fue con doce años, ya rozando los trece, si recuerdo bien. En fin, resulta que tenía el bigote bastante… eh, marcado. —Liam se giró y la miró aguantando la obvia risa que le producía aquello—. ¡No te rías! Ja, ja, ja. —Lo acompañó estirando sus labios—. Te resumo: los niños, ya sabes, la edad tonta, empezaron a meterse conmigo y yo le dije a mi madre que quería quitarme el vello porque me daba vergüenza ir con ese mostacho que, oye, no era mucho y yo en realidad soy rubia, así que no era para tanto; no obstante, ya me lo habían dicho. Era como si lo viera y lo sintiera ahí, un ser ajeno a mí, pegado encima de la boca. ¡Pero si creía verlo hasta cuando pasaba por un escaparate y me miraba de reojo! —Al ver que el Inglesito se ponía colorado aguantando la carcajada, no pudo evitar romper en una—. Ja, ja, ja. ¡No te rías, tonto! Ja, ja, ja. —Consiguió continuar hablando entre risas—. Al día siguiente, mi madre me había comprado una crema depilatoria, porque decía que no era conveniente usar la maquinilla, por eso de que el pelo crece más fuerte y abundante. Yo no tenía ni idea de esas cosas, lo que sí sabía era que mis amigas se hacían la cera; así que le hice caso y me la eché. En el bote ponía que esperara de unos cuatro a cinco minutos, pero yo quise dejarlo un par más, tenía tanto complejo que debía asegurarme de que desapareciera por completo.

—Oh, *God*, me lo veo venir.

Alison afirmó con los ojos chispeantes.

—Aquello comenzó a quemar, pero yo me dije que eso era bueno porque seguro que estaba exterminando todo ese pelo infernal. —Escuchó la explosión de la risa de Liam y le indicó con un gesto que parara, porque de lo contrario no podría continuar—. Transcurrido el tiempo que consideré oportuno, me pasé la espátula, y dolía, vaya si dolía. Me miré al espejo y lo tenía bastante colorado, enseguida me eché agua y la crema hidratante que venía junto a la otra, la calma fue instantánea. Qué gustito sentí. Me pasé el día en casa, ya que todavía estaba un poco colorado. —Hizo una pausa.

—¿Eso es todo?

—Calla, calla que ahora viene lo mejor. Aquella noche pasé un calor de narices, pero, a pesar de estar megacansada por no haber podido pegar apenas ojo, yo me propuse pasar la tarde en la calle para que vieran que ya no tenía mostacho, que el cepillo que tenía sobre el labio había sido erradicado. —Liam volvió a hacer una mueca aguantando la risa—. Craso error; pues cuando salí a la calle, mis amigas me miraron raro y empezaron a reírse. Luego llegaron los chicos, y ni corto ni perezoso, se acercó el cabecilla y señalando mi bigote, comenzaron a acompañar a las chicas. Yo no sabía qué ocurría; si tenía el mostacho, malo; si no lo tenía: también, ¿qué mierda querían de mí?

Liam se puso serio, no le gustaba ni un pelo pensar que alguien se reía de su Alison.

—Pues no le veo la gracia.

—Ni yo tampoco, pero ahora sí la vas a ver. —Le hizo un gesto con la mano—. Era verano, y yo no tuve otra cosa que hacer que rasurarme el bigote. Imagina, era verano —puntualizó—, ¿te das cuenta de lo que ocurría?

El presentador lo valoró un momento y negó. En él solo se había quedado la sensación de que se habían reído de su chica.

—No.

—¡Pues que estaba más negra que un tizón y mi bigote era blanco como el culito de un bebé!

—Ja, ja, ja…

—Ja, ja, ja… ¡Había estado tanto tiempo bajo la sombra de aquel arbusto de pelos que no le había llegado ni un rayito de sol!

Estallaron en carcajadas sin parar, tanto como para estar así un buen rato. Cierto, la historieta que había contado Ricitos de oro tenía sus más y sus menos, pero la inocencia de la juventud, el imaginarla tan guapa con ese morenazo y la zona del labio superior blanca como la nieve… Eso no tenía precio.

—Lo que no entiendo es por qué mi madre no me dijo nada. Claro, dentro de la casa no se notaba tanto, pero en la calle, a pleno sol, imagina la fachada de una casa blanca que te deslumbra: pues eso era mi bigote, deslumbraba a los demás.

De nuevo comenzaron a carcajearse, la situación, esa manera de contar las cosas, Alison era única, se reía de ella, lograba hacer de un drama algo hilarante.

Después de unos minutos en los que Liam contó alguna anécdota juvenil, lograron desayunar, gracias a una botella de agua que habían encontrado en el frigorífico. Más tarde tendrían que rellenar el tanque y hacer acopio de más botellas como prevención; aunque ahora se suponía que el Inglesito no tendría la necesidad de hacer tanto gasto de agua… entiéndase el por qué. También pudieron asearse, «el lavado del gato» lo denominó la fotógrafa, gracias al agua del lago. Y pusieron rumbo a Williams, que estaba apenas a unas millas.

El día anterior tendrían que haber asistido a una fiesta del chile. Cerca de allí, en Flagstaff, existía una asociación con miembros de todos lados del mundo que organizaba concursos y fiestas, y que destinaba parte de lo ganado para ayudar a diferentes fundaciones. Cualquier miembro podía usar el soporte de la asociación para organizar un evento en cualquier punto de Estados Unidos, por lo que no pensaban perderse el poder plasmarlo. Este tipo de

acontecimientos era un modo de vida para los estadounidenses, ya fuese con el chile, con algo tan diferente como el baloncesto, como competiciones de barbacoas, la fiesta del maíz; cualquier excusa era buena para reunirse, para festejar y vivir en hermandad y comunidad. Por suerte para ellos, el organizador había desarrollado un evento de tres días y ese, precisamente, era el último, por lo que podrían asistir. De todas maneras, el viaje previsto para esa jornada constaba de apenas unas 143 millas, un paseo comparado con lo anterior, ya que no había demasiado que ver. Por lo que se dijeron que no había mal que por bien no viniera y que el no haber podido asistir el día anterior les daba la oportunidad de poder dilatar su estancia en la fiesta; lejos del alcohol claro está, pero podían disfrutar como unos turistas más sin tener que llevar a cada instante la cámara en la mano.

Aparcaron el vehículo en las afueras de Williams y se dirigieron en moto hacia la fiesta. Trayecto que el Inglesito aprovechó para hacer un buen reconocimiento del trasero de la piloto, una mujer que estaba encantada con esa clase de atenciones. Como todo acontecimiento americano, la risa y la algarabía estaba constantemente en su cenit, la juerga nunca decaía. Se perdieron entre el gentío. La música, una vez más, salía potente de los altavoces que rodeaban la plaza, donde se encontraba un escenario con una mesa larga frente a un fondo negro con el dibujo de un chile rojo gigante envuelto en llamas. Alrededor había barras donde se servían bebidas y comida, así como otros puestos donde se podían comprar *souvenirs*. Y también había una caseta donde se recogían las donaciones y donde se podía apuntar la gente para participar en las distintas competiciones.

—Estos americanos están locos, lo mismo le dan chile a los niños que a los mayores.

—Bueno, para aquellos que crecieron con esto, es algo normal. Además, los niños solo compiten con pimientillos que apenas escuecen.

—No me lo creo —la abrazó y le dio un beso en la punta de la nariz—, ahora me dirás que también participas en competiciones de este tipo.

—*Nop*; yo no participo. —Le dio un beso en la barbilla y se separó—. Aunque no te negaré que en su momento participé en algunas.

—No sé qué te pudo llevar a eso.

—Es algo… —Valoró la respuesta un segundo—. Es largo de contar y no tengo ganas de amargarte la fiesta.

Una vez más, el teléfono de Liam volvió a sonar y de nuevo lo cortó. Un segundo de duda y luego la nada, se guardó el aparato y lo ignoró por completo. Alison no quiso volver a preguntar quién era, entendía que estuviese enfadado con los de la productora y no quería saber cuál iba a ser el siguiente cambio. Estaban a las puertas de la meta y no deseaba que todo el trabajo realizado pudiese llegar a ser anulado.

—Bueno, supongo que encontraremos el momento. —Le guiñó un ojo.

Comenzaron a caminar por el lugar, se propusieron ejecutar el trabajo sin prisa, pero sin pausa, reservando tiempo para poder disfrutar con libertad.

Hicieron algunas entrevistas y consiguieron hablar con el organizador. Algunas personas que realizaban donaciones les comentaron que aquel evento iba dirigido a la ayuda de la construcción

de colegios destinados a niños con síndrome de Down. Pasaron un par de horas y por fin pudieron darse el merecido descanso, donde se consagraron al baile, a los abrazos y a las muestras de cariño en público. Alison estaba completamente entregada, dispuesta a darlo todo por ese hombre; sus sentimientos habían conseguido sobrepasarla, haciéndole comprender que Liam era mucho más de lo que había conocido hasta el momento, que él era el hombre con el que deseaba volver a soñar que era posible un felices para siempre. Lo que ocurrió la noche anterior marcaba un antes y un después entre ellos, y estaba deseando ver a dónde los llevaría.

Después de un rato, comenzaron a llamar a los concursantes adultos para que tomaran posiciones. Liam y Alison estaban en primera fila, querían poder tener acceso a lo que ocurría de primera mano y así lograr hacerse con imágenes potentes.

El sufrimiento de los participantes era contagioso: sus caras, la manera en que algunos llegaban a vomitar en cubos de metal, los sudores y la forma en que el público aplaudía para infundirles el ánimo que les era tan necesario. Uno tras otro, los chiles iban aumentando su grado de picor, para pasar a quemazón, llegando a ser insoportable y, uno tras otro, los concursantes iban bajando del escenario para recibir atención médica en un puesto cercano.

Solo quedaban dos: un hombre y una mujer. El hombre trataba de que las lágrimas no fueran muy acuciantes; sin embargo, la mujer las mostraba con orgullo y entereza.

—No logro entender esta competición, no puedo lograr discernir por qué se prestan a este sufrimiento.

—Yo sí, sí que lo entiendo… —dijo Alison intercambiado la mirada con la mujer, tratando de transmitirle los arrestos que ya escaseaban.

El último chile ya estaba entre sus dientes, un Carolina Reaper o Don Pedrito, el más picante del mundo. Quien abriera antes la boca para mostrar que había sido el primero en lograr tragarlo saldría vencedor. El chico masticaba, cogiendo y sacando aire sin parar de entre sus labios, parecía un barco de vapor que en vez de humo exhalaba fuego; la chica masticaba, meneándose sin parar en la silla, se levantaba y se sentaba nerviosa. Pidió un cubo, parecía que iba a vomitar, pero logró aguantarse. Y entonces, el muchacho abrió la boca y sacó la lengua. ¡Ya había ganador! No obstante, la mujer, aun siendo la perdedora, continuó masticando hasta tragarse el resto. Después bajó del escenario y se dirigió directamente a Alison para fundirse en un abrazo.

—Lo has hecho muy bien, Jenny. Eres una campeona.

La muchacha lloraba desconsolada en el hombro de Alison, la abrazaba con fuerza mientras alguien le daba una botella de agua que ella rechazaba sin parar.

Luego, se alejó para ser atendida por los médicos.

—La conocías, ¿eh?

Alison afirmó y le dijo que había quedado en reunirse con ellos en unos minutos.

Pasó el tiempo, en el que, entre carantoñas aquí y allá, alguna referencia al vello facial por la que Liam se llevó un capón, y la nueva puntualización a la ausencia de ese aplauso típico americano que Liam había visto en las películas y que no terminaba de ocurrir, se entretuvieron entrevistando a algunos participantes. Y es que no podían evitar tocarse, acariciarse, profesarse las muestras de ese amor que había sorprendido a ambos. Algo que había ido cociéndose poco a

poco. Que se había visto atacado por las inseguridades y un pasado complicado, tambaleando su futuro, pero que, gracias a que era puro, había salido victorioso.

—¡Alison! —Jenny le dio un nuevo abrazo, al igual que a Liam, al que fue presentado.

—De nuevo, una locura.

Jenny frunció los labios y se llevó una botella bien fría de agua a la boca.

—Supongo que aquí tu amigo, tiene muchas preguntas. —Lo miró, sonrió e hizo un gesto gracioso con la cabeza—. Está bien, comencemos.

Jenny accedió a una entrevista sincera, prácticamente le pidió a Alison que se la hiciera, ya que era importante que se conocieran sus porqués.

De manera íntima, contestó a cada una de las dudas del Inglesito, quien poco a poco iba demudando su semblante incrédulo por uno de comprensión y respeto.

Así, Jenny explicó que la razón por la que comenzó a participar en competiciones fue debido a su antigua adicción a las drogas y al alcohol. Estaba completamente atrapada, se estaba autodestruyendo lentamente, robando a sus familiares y amigos. Hasta que un día intentó atacar a su propio padre con un cuchillo solo porque él le dijo que ya no le daría más dinero y que debía buscar ayuda en un centro de rehabilitación. Esa situación la enloqueció y la llevó a hacer lo que hizo: se escapó, vagó por las carreteras andando, se prostituyó e hizo cosas que era mejor olvidar, aunque le fuera imposible. Se convirtió en algo que contaba con menos valor que la basura. Pero un día conoció a alguien que la sacó de las calles, alguien que creyó en ella. Estaba tan mal que ni siquiera reconoció a su propio padre, quien la buscó durante meses sin darse por vencido. Eso le insufló la suficiente fuerza como para poner toda su atención en recuperarse, y así lo hizo. Luego, para calmar a sus demonios, encontró en las competiciones de chile una especie de salvación. Llorar mientras lo comía, sufrir esa quemazón era la manera de resarcirse, de perdonarse y de sentirse viva.

—Entiendo que la mayoría de las personas no comprenda el motivo, que no relacione una situación con la otra, pero sé que aquellos que han convivido con la muerte saben de lo que hablo, y que solo ellos entenderán que esto es lo que me demuestra que sigo estando viva y bien.

Poco después, la vio alejarse de allí para fundirse en un abrazo con un hombre que seguro era su padre. Sin duda, Jenny se había ganado su respeto.

—Es increíble que algo que jamás habría creído que pudiera estar relacionado —dijo anonadado y satisfecho—, de repente, haya cobrado sentido. Ahora comprendo por qué me dijiste que tú sí la entendías. —Al igual que él, al rememorar el momento en que todo acabó con su ex y se comió un bote entero de manteca de cacahuete, pero aquel comentario se lo guardó para sí.

—Sí, la entiendo. Supongo que cada uno tiene sus motivos —contestó mirando hacia donde estaba Jenny—. Puede que la mayoría lo haga para poner a prueba sus límites, pero luego estamos los otros, los que necesitamos ahogar nuestros pensamientos, perdonarnos, perdonar, pagar con algo nuestro sufrimiento.

Liam detuvo sus pasos, sorprendido.

—¿Por eso antes me dijiste que en su momento también tuviste la necesidad de competir?

Alison afirmó. Abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró, dejó vagar sus ojos alrededor de la plaza tratando de buscar la manera y las palabras que dieran sentido a un pasado que todavía dolía.

—Supongo que recuerdas que ya te conté acerca de la manera en que vine a América. Traía conmigo mucha ilusión y pena por dejar mi vida atrás, pero esa ilusión por empezar algo nuevo junto al hombre que amaba podía más que todas esas cosas negativas. Quería fotografiar nuevos momentos, instantes solo nuestros, descubrir esta tierra y ser feliz junto a él. Todo fue maravilloso, Connor parecía comportarse bien, aunque tenía esos arrebatos en los que no sabía si hacía bien o mal, momentos en los que me quedaba con la duda de si se estaba riendo de mí, de si estaba moldeándome a su gusto con bonitas palabras y acciones. —Negó con la cabeza sin darse cuenta de la expresión sorprendida de Liam, una expresión que también mostraba su comprensión por lo que había experimentado en carne propia—. Llegó la boda, ya te puedes imaginar lo preciosa que fue. Todo estuvo supervisado por mí. Supongo que, después de la de tu prima, te habrás dado cuenta de lo perfeccionista que soy. Fue un día precioso, los invitados estaban encantados, la decoración, la comida, la música, todo fue perfecto… excepto el novio.

»Todo pasó durante uno de los descansos del grupo musical. Pronto despediríamos a los invitados y yo quería dar una sorpresa a mi marido, por lo que fui a revisar la *suite* nupcial.

Todavía al recordar, un picor desagradable se adueñaba de sus ojos, amenazando con dejar lágrimas salir. La *suite* donde supuestamente pasarían su primera noche de casados, allí, en esa enorme habitación donde una botella de champán reposaba en una esquina, sumergida en hielo, junto a una gran cesta de frutas exóticas; allí, donde la esperaba el albornoz que cubriría su piel después del baño que la relajaría tras gozar de su marido; en esa habitación, sobre las sábanas satinadas donde deberían haberse amado hasta el amanecer, los descubrió Alison: Connor tras la cantante empujando su verga, embistiéndola sin piedad mientras ella se dejaba hacer a cuatro patas, mostrando a Alison el vaivén de sus enormes pechos hipnotizadores.

—Fue una noche maldita, a la que, por otro lado, debo estar agradecida, porque al menos pude descubrir quién era en realidad Connor Brooks. —Chasqueó la lengua—. De alguna forma, agradezco haber tenido la ocurrencia de comprobar que todo lo que había preparado para sorprender a mi esposo estaba en su lugar. Y sí, estaba en su lugar… junto con la fulana que me iba a dejar la cama caliente para cuando yo llegara. —Sonrió con ironía y tristeza, pero enseguida se puso seria.

»Después de eso, estuve mucho tiempo perdida. Parte de mí se quedó allí, en esa *suite*. Me largué, dejé el papeleo en manos de Luján. —Miró al suelo—. Me perdí por los caminos de esta nueva tierra que aún desconocía; me perdí para poder reencontrarme. —Se mordió el labio, nerviosa—. Pasé mucho tiempo preguntándome qué había hecho mal. Echándome la culpa de lo ocurrido. Me decía que, si lo hubiese tratado mejor, si le hubiese hecho caso a cada una de las cosas que él decía que estaban mal en mí y era necesario cambiar, tal vez no hubiese tenido la necesidad de serme infiel. Llegó un momento en el que creí fervientemente que yo no estaba bien, que era la culpable de todo, que no lo había atendido como se merecía.

»Estaba tan sola —susurró sintiendo un leve escozor en sus ojos.

—Pero ¿y tu familia, tus padres? ¿Por qué no regresaste a España?—preguntó acariciando su hombro, reprimiendo la necesidad de abrazarla bien fuerte. No podía dar crédito que alguien hubiese sido capaz de hacerle tanto daño. Y la furia lo consumía. Odiaba que su Alison todavía pudiera sufrir por aquello, que esa persona de su pasado aún tuviese el poder de hacerla sentir mal. Aunque en realidad la entendía mucho más de lo que ella podía imaginar. Sus brazos se tensaron.

—Ja —carcajeó sarcástica una sola vez—. Creo que para la última pregunta sabes la respuesta: mi miedo a volar ancló mis pies al suelo. En cuanto a las otras, dime, ¿cuántas veces me has escuchado hablar con ellos? ¿Cuántas me has escuchado llamarlos? —Liam negó con la cabeza —. Creo que hace ya unos meses que no sé nada de ellos. Después de su divorcio, mis padres encontraron nuevas parejas y se fueron a vivir a lados opuestos del mundo, kilómetros que también me alejaron de ellos. Por lo que sus visitas se reducen a una al año. Y eso, con mucha suerte, porque pueden pasar dos en los que nadie respira para saber de su hija la mayor.

Liam frunció el ceño. ¿Qué clase de vida destructiva vivía Ricitos de oro? ¿Por qué nadie la había protegido? Su frustración iba en aumento.

—Exacto. —Juntó sus labios en una fina línea ladeada—. También existe una hermana cinco años menor que se casó con un ricachón de esos de lista de ricos, muy muy ricos, desapareciendo de la misma manera que lo hicieron mis padres. ¿Quieres saber lo más irónico? Que fui yo quien los presentó… —Suspiró y se metió un mechón de pelo tras la oreja.

»Con que imagínate la suma del desastre que tenía a mi alrededor: unos padres y una hermana que apenas saben de mí, y un divorcio en el que mi esposo me echaba la culpa de todo. Me sentía un fracaso, una especie de terremoto capaz de destrozar todo cuanto tenía alrededor con un solo pestañeo. Luego llegaron las preguntas: por qué yo, por qué a mí. Y más tarde las afirmaciones: nadie me quiere, no merezco el amor de nadie, no sé amar. —Sin poder aguantar más, la atrajo hacia sí para abrazarla, para hacerle entender que ahora sí había alguien que la cuidaría como se merecía, mientras ella recogía el mensaje, agradecida, y llena de amor.

»Sé que te parezco una loca —se separó un poco y ancló sus ojos a los de Liam—, un desastre; y para esas afirmaciones solo tengo una respuesta: sí, soy todo eso y más. —Mostró una sonrisa sincera—. Porque cuando comencé a ver la luz, me dije que nadie me haría sufrir nunca más, que viviría cada día como si fuese el último. Durante ese tiempo que recorrí la Ruta 66, me hice un tatuaje en cada lugar donde me establecí por un tiempo. —Comenzó a hablar animada mientras iba señalando cada uno de los tatuajes correspondientes—: Fui limpiadora en el estadio de los White Sox, me convertí en motera, aprendí a hacer unos cocteles deliciosos en un casino, me bautizaron en una ritual indio, aprendí a bailar *country* en un bar de carretera y ayudé a un grupo ecologista a salvar animales en peligro. Conocí a mucha gente, personas buenas, todas diferentes que lo único que tienen en común es su gran corazón. Y sí, competí en un campeonato donde me abrasé la boca comiendo chiles, donde, por loco que te parezca, arrojé toda mi rabia, me quemé las entrañas como si así estuviese quemando lo que me quedaba de ese pasado que dejé atrás. Gasté mis balas haciéndome daño a mí misma para sentirme viva; en esa competición lloré por el dolor físico, pero, sobre todo, por el daño causado a mi alma. Y cuando terminé, sentí cómo se

iban recomponiendo los pedazos que había dejado sobre el escenario, ahora más vivos e inquebrantables. Me sentí más yo que nunca en toda mi vida. —Tomó aire y lo soltó y, con aquel gesto, su tono alegre fue acompañado de otro que denotaba orgullo.

»Sí, Inglesito, tenías razón. Conozco casi cada palmo de la Carretera Madre. —Señaló con el mentón hacia su moto—. Mi Greaselightning ha sido mi fiel compañera y aquellos llamados los chicos del Club de la vida y la muerte, mis ángeles de la guarda. Voy y vengo como me da la gana, a nadie doy explicaciones. Los que me conocen saben que soy un espíritu libre y que todavía estoy sanando los resquicios de ese pasado con el que ahora estoy aprendiendo a convivir.

Liam no pudo decir nada; en sus ojos, a pesar de la soberbia con que se expresaba, se intuían algunas lágrimas reprimidas. Simplemente la abrazó lo más fuerte que pudo sin lastimarla.

—Yo estoy aquí, y no pienso ir a ninguna parte —dijo sobre su oído—. Te prometo que nunca jamás te haré daño.

—No hagas promesas que no puedas cumplir. —Alison se limpió con coraje la esquina de uno de sus ojos.

—Si lo digo es porque estoy dispuesto a cumplirlo.

Alison se tomó un segundo para analizar su gesto y su mirada, para intentar saber cuánto de verdad había en sus declaraciones. Y las creía, cada una de sus palabras eran sinceras, y el Inglesito no podía ni imaginar cuánto las agradecía.

Afirmó con la cabeza. Unos días atrás no se habría ilusionado, pero ahora simplemente lo dejaría fluir, porque estaba dispuesta a correr el riesgo de amar como lo hacía y ser amada como se merecía. Sin embargo, no podía evitar cavilar en lo asimilado hasta el momento: había aprendido mucho, escuchado demasiado como para saber que cualquier cosa podía ocurrir, cualquier bache podía cruzarse en tu camino para poner a prueba las promesas; unas que, por lo general, no suelen contar con unos cimientos lo suficientemente sólidos como para no romperlas con facilidad. Siempre hay excusas para ello, nada es blanco o negro, también están los matices y luego nosotros, además, añadimos los filtros.

* * *

Todavía le costaba creer lo que había ocurrido. Faltaba poco para alcanzar Las Vegas, necesitaba llegar lo antes posible para ver si ese periodista que trabajaba para su cadena podía hacer algo para contener la noticia antes de que todo explosionara.

¡Maldita hija de perra! Se la había jugado a base de bien y, aun así, el estómago se le contraía al recordar su cara reflejada en el espejo retrovisor, repleta de dolor, al verlo dejarla tirada. Y es que no era para menos: lo que había hecho no tenía nombre.

Al regresar a la caravana después de la fiesta del chile, los de la productora volvieron a insistir con varias llamadas, conferencias que volvió a ignorar prestando atención a asuntos más íntimos, como hacerle el amor a Ricitos de oro sin pensar en nada más que en complacerla. Necesitaba demostrarle que lo que le había dicho era cierto, que él estaría ahí con y para ella. Por su parte, la

fotógrafa se sentía agradecida. Estaba contenta por haberse sincerado con el Inglesito, por haberle contado los secretos más profundos de su alma, por haberse abierto a él; porque estaba segura de que no la decepcionaría, al menos había apostado lo que más importancia tenía en que aquello saldría bien, que no era otra cosa que su corazón.

Habían acordado hacer de nuevo un reajuste en las últimas etapas para poder disfrutar el resto del día por completo. Pronto llegó la noche y de nuevo las insistentes llamadas desde Inglaterra; llamadas, benditas fueran, que al final decidió contestar. Alison, por su parte, se llevó a los perros a dar un paseo mientras él atendía la conferencia.

Los productores estaban como locos. Le reprocharon no haber contestado antes. Hasta la redacción les estaban llegando noticias y fotos que lo dejaban en muy mal lugar, a él y, por ende, y más importante a ellos, sabía que no dudarían en darle la patada y lavarse las manos si la cosa se ponía fea. Liam no entendía nada y, ante tal derroche de preocupación, les pidió que le enviaran todo el material, porque hasta donde él sabía no tenía nada que esconder. Unas tras otras las imágenes se fueron sucediendo: Liam agarrando fuerte a Alison del brazo, Liam obviamente discutiendo con ella, Alison llorando mientras él le mostraba una mueca desagradable, Liam saliendo de la torre del Gran Cañón muy enfadado, seguido de Alison con gesto de preocupación; de nuevo gritándole, y una vez más el rostro triste de la muchacha, y todo en diferentes escenarios, los paisajes de la ruta. La tensión era palpable, era como si el amor que una vez los unió se desvaneciera entre las grietas de los momentos difíciles. Aquellas instantáneas capturaban un fragmento de su supuesta tormentosa relación.

—¡¿Qué es esto?! —les preguntó a sus jefes, frenético.

—Tu tumba, si no se para de inmediato.

—Pero yo no he hecho nada, ¡todas esas fotos están sacadas de contexto! —gritó, tirando de algunos mechones de su pelo. No podía ser cierto, aquello debía de ser una equivocación.

—¿Seguro? ¿De qué conoces a esa chica? Solo de este viaje. ¿Pondrías la mano en el fuego por ella? Porque desde luego ninguno de los que estamos aquí lo haría. De ella solo hemos logrado averiguar que es una muchacha que no suele comprometerse con nada y que nunca tiene un trabajo estable. —Hizo una pausa—. Lo hemos visto antes, es un *modus operandi* más habitual de lo que piensas, estamos acostumbrados a estas cosas, pero hay que erradicarlo a la de ya. No podemos permitir que nuestro nombre se vea salpicado, ¡¿lo entiendes?! —Se escuchó un golpe sobre la mesa—. El cómplice de la chica, esa zorra que te ha estado engañando durante todo este tiempo, nos ha pedido una suma de dinero que debemos abonar cuanto antes. —¿Un cómplice? Liam no podía dar crédito y, no obstante, las pruebas estaban ahí, frente a él, bien dispuestas en el carrete de su teléfono, por mucho que le costara considerarlas como reales. Y, sin embargo, aun así, no podía darlas por veraces, no después de lo que había vivido hasta hacía poco más de veinte minutos atrás—. Si lo hacemos, todo esto será una anécdota más que dejar bien guardada en la caja fuerte; de lo contrario, tu carrera está acabada… ¡Ya en su momento debimos dejar que te fue… —La persona al otro lado del teléfono empezó a toser violentamente, su voz se quebró y se escucharon breves pausas entre cada espasmódico estallido.

—Déjame a mí, Charles. —Hubo una pausa y luego el sonido de una puerta al cerrarse. Era

obvio que Charles se había marchado. Martin continuó en voz baja, evitando así que lo escucharan más allá de esas cuatro paredes—. Ya sabes aquellos rumores que hubo sobre un posible maltrato hacia tu ex. Virginia sigue aquí, no te ha perdonado por salir airoso de aquello…

—¡Porque yo no hice nada de lo que dijo! —exclamó, apretando fuerte sus mandíbulas, tanto como para que ese músculo superpuesto tan peculiar se intuyera bien marcado cerca de su mentón.

—Lo sabemos —condescendiente, afirmó una nueva voz que supo ubicar a través del altavoz. Elisa siempre lo había apoyado, aunque su voto apenas contara—. Pero puede venirle muy bien que esto salga a la luz y en ese mismo segundo tu vida se arruinaría para siempre. Juntarían ambas historias y adiós: una sola lágrima por parte de Alison en un programa de televisión y *kaput*. Por no decirte que Charles no tendría problema en echarte a los perros de inmediato. Si se está conteniendo es solo por…

—Lo sé: gracias a tu presión. Pero, aun así, yo tengo pruebas: Virginia no puede hacer nada, esto le salpicaría a ella mucho más que a mí.

—Tal y como están las cosas, la prensa rosa se cebaría con vosotros, pero, sobre todo, contigo.

Liam no podía dar crédito, los engranajes de su cabeza trabajaban a destajo tratando de encontrar dónde estaba la trampa. Lo que había sentido hasta el momento era real, lo sentía real, no podía ser cierto, ella no habría sido capaz de hacer algo así… Su mente luchaba por encontrar una explicación plausible, buscaba desesperadamente una razón que justificara las impactantes revelaciones que había escuchado. Su corazón se debatía entre la incredulidad y el deseo desesperado de que todo fuera una confusión, una malinterpretación. ¿Cómo podía reconciliar la imagen que tenía de ella con la posibilidad de que hubiera actuado de esa manera? Liam sabía que necesitaba respuestas, pero temía lo que pudiera descubrir.

A su mente vino el recuerdo de aquellas llamadas misteriosas que ella no contestaba, las ocultaba, las discusiones por teléfono tratando de que no se enterara de lo que hablaba; estar seria y, de repente, comportarse como si nada pasara. ¿Había estado viviendo una pantomima?

Había caído. ¡Había caído como un verdadero idiota! Todo había ocurrido frente a su nariz.

Todavía confuso, le indicaron los pasos a seguir. Tenía que ir a Las Vegas, allí había un compañero que lo ayudaría con todo lo necesario, y tenía que hacerlo rápido. Charles quería poner fin pronto a ese problema y, si solo había dado una oportunidad a Liam, había sido gracias a Elisa. El periodista sabía que su puesto en la productora pendía de un fino hilo que se resquebrajaba a cada hora pasada.

Le estaba costando creerlo, volvió a mirar las fotos, las pruebas de la traición que se enredaban con los momentos tiernos como un torbellino. Tenía que hacer algo, tomar una decisión. Por un lado, deseaba hablar con ella, pedirle explicaciones. Quizás había una buena razón que pudiera dar algo de cordura a lo que tenía frente a sí. Pero ¿qué explicación podía haber para tener entre sus manos la bomba que lo haría estallar por los aires? ¿Cómo podía llegar a entender que habían estado siguiendo sus pasos durante todo el camino?

De nuevo, otro fogonazo de realidad ante él: las veces que la fotógrafa desaparecía con la excusa de ir a hacer fotos. La verdad es que no siempre sabía dónde estaba. ¿Podría ser ese el

momento en que se veía con su cómplice?

Todo parecía cuadrar, conforme pasaban los segundos esas fotos iban encajando en la traición, en los momentos vividos que había tenido frente a sí, señales que había dejado pasar y que ahora se volvían contra ella como los dedos de un jurado señalando su culpabilidad. La realidad se desdibujaba ante sus ojos, transformándose en una pesadilla de la que no podía despertar.

La ira comenzó a inundar su ser, el dolor y la decepción se mezclaban en su interior. Estaba tan enfadado… Sin permitirse dudar ni un segundo más ante tales evidencias, cogió la maleta de Alison, esa en la que no se había fijado hasta ahora, una repleta de pegatinas de viajes de varios sitios del mundo. Le había mentido hasta en eso, y él había picado el anzuelo. Metió la ropa de la fotógrafa de cualquier manera, tiró sus botas fuera, cogió los platos de los perros y los arrojó por las escaleras.

Lo que le había hecho no tenía nombre, era imperdonable. Prácticamente lo estaba acusando de maltratador, de haber abusado de ella y, por mucho que todavía le costaba digerir que aquello era verdad, no pensaba quedarse ni un segundo más allí. Dejó la maleta tirada sobre el terreno y, como pudo, bajó la moto del remolque. No pensaba quedarse con nada que pudiera complicar aún más las cosas. Por desgracia, sabía en qué podía derivar todo ese enredo y, por ende, conocía lo que debía evitar.

El nudo de dolor de su garganta se confundía con el de la rabia.

Justo cuando encendió las luces del vehículo para marcharse de allí, llegó ella corriendo, gritándole feliz que esa noche podrían ir al lago a ver la lluvia de estrellas, que había visto unas cuantas y que…

Su gesto cambió al ver sus cosas desparramadas sobre la sábana de agujas de pino.

—Liam, ¿qué es esto? ¿Qué pasa? —Sonrió con picardía y bromeó—: ¿Estás haciendo limpieza a fondo?

El presentador dejó la puerta del coche abierta al bajar, no se acercó demasiado a ella, no sabía si podían estar grabándolo, quizá todavía estuviera por allí su cómplice. A saber si justo venía de estar con él.

—Lo que estoy haciendo es resumen de daños —contestó mirándola con verdadera repulsión y profundo dolor—. Ya te has salido con la tuya: lograste enviar las fotos a la productora, ¡menuda extorsionadora de mierda! —Fue a acercarse un poco, pero recordó que no debía hacerlo—. Si tanta falta te hace el dinero, solo tienes que trabajar, pero, claro, ¿qué podía esperar de una chica como tú? Loca e irresponsable, una mala persona que no es de fiar. ¿Dónde está tu cómplice, eh? Vienes de verte con él, ¿verdad? —Echó una ojeada a la oscuridad—. No sé cómo no me he dado cuenta antes, algo en mí me lo ha estado advirtiendo todo el tiempo. —Observó cómo Alison dio un par de pasos hacia él con las manos abiertas, un gesto que denotaba confusión y pesar. El periodista se echó hacia atrás, enseñándole la palma de su mano para que parara su avance, alejando de sí la necesidad que tenía de preguntarle, de dar una oportunidad a una posible explicación. El recuerdo de Virginia y el sufrimiento vivido por su culpa se lo impedía —. No te acerques, quédate donde estás. No voy a permitir que puedas sacar tajada de este último encuentro. Noooo… querida —negó enérgicamente con el dedo—, estás muy equivocada

y, supongo, que también alegre. ¡Pronto tendrás el puto dinero en el banco! ¡Eres mala y una gran mentirosa embaucadora! —El rostro de Alison se contraía con cada una de las palabras que penetraban en ella como las estacas de un frente de guerra, una guerra de la que desconocía el detonante—. Lo has hecho muy bien, un papel perfecto. ¡Pobre del hombre que caiga en tus manos! Si el asunto de tu ex tiene algo de verdad, no sabe el pobre de la que se ha librado. Ahí te quedas, Alison —escupió su nombre con rabia desatada—, si es que ese es realmente tu nombre.

El vehículo dio media vuelta y comenzó a andar. Después de unos segundos de desconcierto, Alison corrió tras la autocaravana. Por unos minutos, fue detrás de él persiguiéndolo, llamándolo a gritos que arañaban la quietud del aire, hasta casi partirse la garganta, hasta que se dio cuenta de que era imposible alcanzarlo, de que cada paso que daba parecía alejarla aún más de él. El dolor en su costado y la falta de aire así se lo advertían. ¿Qué había pasado? ¿Por qué le había dicho todas esas cosas sin sentido? ¿Por qué la había dejado tirada de esa manera cruel? Ni siquiera le había dado la oportunidad de hablar, de responder a esa sarta de afirmaciones demenciales dichas de esa manera burda y colérica, dispuestas a hacer el mayor daño posible.

Estaba sola, una vez más abandonada bajo unas razones que no comprendía. El único hecho irrefutable era que se había ido, dejándola sola en mitad de la nada. Abandonada en medio de la desolación de un paisaje que reflejaba su corazón destrozado.

—Prometiste que no me abandonarías —susurró al aire, sintiendo cómo su corazón se iba resquebrajando. Las promesas se habían hecho añicos.

Se le saltaron las lágrimas, nada de aquello tenía sentido. Los perros continuaban ladrando en dirección a donde se había ido Liam, pobres animales. Pero aquella maldita esperanza que siempre vivía en ella hizo que decidiera esperar unos minutos más. Tal vez todo era una broma, de mal gusto, pero broma, al fin y al cabo. No obstante, allí nadie aparecía. El pequeño llano de pinos se sumió en un silencio sepulcral, a excepción de aullidos y el ulular de los búhos. La noche era un poco más oscura, la luna llena había cambiado.

Arrastrando los pies, volvió a la zona donde sus pertenencias yacían dispersas sin orden: una maleta mal cerrada dejaba asomar algunas prendas, los cacharros de los perros boca abajo y su moto, su Greaselightning, la única que quedaba cuando llegaba la tormenta, la única que quedaba cuando pasaba el vendaval. Miró a los perros, no tenía modo de transportarlos. ¿Qué podía hacer? El frío nocturno prometía que esa noche sería considerable, el otoño finalmente estaba haciendo acto de presencia.

Se permitió pensar un rato, intentar comprender qué había pasado y por qué. Nada le hacía entender sus palabras. Esa manera de mirarla, de hablarle… ¡no era normal! Allí tenía que haber algo más y por Dios que lograría saber qué era.

Habían pasado un día increíble. Se habían dicho aquellas cosas tan bonitas. Sintió cómo se abría a ella, sus palabras habían sido sinceras. Esa manera de hacerle el amor, de mirarla. Todo fue perfecto hasta que lo dejó solo para que hablara con la productora. La sensación de abandono se instaló en su pecho, mezclándose con la confusión y la decepción. Aquellos instantes compartidos habían sido tan intensos, tan genuinos... ¿Cómo podía haber cambiado todo tan rápidamente? Se preguntaba si había sido solo una ilusión, si las palabras y los gestos de afecto

habían sido fingidos. La confianza que había comenzado a florecer en su interior se vio golpeada por la sombra de la duda, haciéndole cuestionar si realmente conocía a aquella persona que creía amar.

Comenzó a dar vueltas, a tratar de despejar su mente. No, el Inglesito debía tener un motivo de peso para hacer y decir lo que dijo. No podía creer que la hubiesen traicionado una vez más; no Liam, eso la destrozaría. Necesitaba escarbar, entender por qué. Necesitaba aferrarse a la promesa de que él nunca le haría daño, al menos no sin una buena razón.

Miró el teléfono y se le pusieron los pelos de punta. Todavía no había borrado el mensaje de la pantalla principal: «Te lo advertí. Tú te lo has buscado». Ansiosa, lo desbloqueó y fue a la sección de mensajes. Una por una, las fotos fueron apareciendo: Liam besándola, abrazándose, bailando juntos, y todas ellas acompañadas de mensajes hirientes y amenazantes: «Si no eres para mí, no serás de nadie», «Jamás permitiré que otro tome lo que me pertenece», «Tú y yo juntos, así lo juramos», «Deja de jugar, mi paciencia tiene un límite», «Ya te has divertido bastante, es hora de volver a casa». Con manos temblorosas, abrió el último de aquella mañana, ese que le había enviado en forma de correo y que todavía no había abierto. Ahí estaba la contestación a sus preguntas: una tras otra las fotos que habían sentenciado su relación con Liam, que daban a entender que había sido maltratada por su Inglesito. Se llevó la mano a la boca, el horror suplantó a todo lo demás.

Había intentado recurrir al contacto cero. Apenas había hablado con Connor. Desde luego, había intentado ignorar cada mensaje, cada sonido del teléfono. Sabía que había sido él, todo apuntaba a sus malas mañas. Aquel ardid llevaba su marca. No necesitaba nada más que leer cada mensaje y ver cada foto. El dolor y la furia se mezclaron en su interior, formando una tormenta de angustia.

Un temblor recorría todo su cuerpo, zarandeándolo, haciendo que apretara las mandíbulas. Desde la primera llamada, sabía que había sido el marido de Luján el que le había pasado su nuevo número. No quiso decirle nada por no estropear su luna de miel, pero eso no se le hacía a la mejor amiga de su esposa, como evidenciaba lo que estaba ocurriendo.

El Inglesito se había creído la farsa, y lo entendía, sobre todo al constatar que no estaba equivocada. Junto con las fotos, estaba el texto que el innombrable había enviado a la productora, donde la hacía cómplice de ese delito, y uno más abajo, solo dirigido a ella, donde le decía que lo olvidaría todo si volvía con él. ¡Maldito cabrón!

Se sentía tan frustrada. ¿Es que nunca se iba a librar de ese degenerado?

Trató de tranquilizarse. En ese momento, debía tener su mente clara para poder pensar. Sopesó sus opciones, consciente de las implicaciones devastadoras que se avecinaban. Si regresaba con Connor, Liam quedaría exonerado de esas infames acusaciones. Si no lo hacía, toda aquella enorme bomba explosionaría, llevándose al Inglesito por delante.

Volvió a desbloquear el teléfono y a leer los mensajes y mirar las fotos.

¿Quién en su sano juicio jugaba con ese tipo de asuntos? ¿Quién podía creerse con la potestad de manejar la vida ajena? Connor, Connor Brooks, por supuesto.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al caer en la cuenta de que el desgraciado podía estar por allí

vigilándola, y ahora estaba sola. Con recelo y, debía confesar, también con miedo, observó el alrededor. No había ningún vehículo cerca, pensándolo bien dudaba que estuviera por allí. Connor Brooks en realidad era un cobarde que no se enfrentaría a la soledad más solemne que da la aplastante naturaleza en una noche que podía llegar a ser cerrada.

Sin embargo, no contenta con eso, se armó de valor y, temblando, arrancó la moto y alumbró en varias direcciones por si las moscas. Nada, parecía estar todo despejado.

Ahora un poco más tranquila suspiró, miró a los perros, a su moto, giró su muñeca y paseó la yema de sus dedos sobre el tatuaje donde se leía «Nutria de río» en lengua osage. Recordó el día en que la bautizaron en aquella ceremonia ancestral, las palabras de la abuela mientras el humo de las plantas envolvía su cuerpo: «Nutria de río, que el Gran Espíritu sea tu guía, que ilumine tu camino. Cuando las aguas te arrastren y derriben tu hogar, reconstrúyelo de nuevo. Cuando estés lejos, regresa siempre a tu familia. Y cuando uno de ellos esté en peligro, defiéndelo hasta la muerte».

Un vendaval de emociones agitó su ser. Sabía que el momento de la verdad se acercaba, un abismo se abría ante ella. Debía elegir su camino con valentía, aunque las consecuencias fueran desgarradoras.

Se quedó callada un rato, pensando, dando vueltas a aquello que la tenía entre las cuerdas. Su instinto primario era desaparecer, dar carpetazo. Si Liam se había marchado sin siquiera dejarla hablar, sin pedirle explicaciones, no se merecía que ella perdiera el tiempo y mancillara sus sentimiento por él. Hacía tiempo que se había prometido a sí misma que nunca más permitiría algo así. Se merecía que lucharan por ella. Se merecía que creyeran en ella. Pero tenía que reconocer que algo la retenía; de otro modo ya se habría montado en su Greaselightning y habría puesto rumbo opuesto al Inglesito para no volver a verlo nunca más. Su mente estaba demasiado embotada para poder discernir una salida. Tenía que tranquilizarse, buscar paz en toda esa guerra, silencio en todo ese ruido interior.

Trató de controlar su respiración, contar los segundos y escuchar el alrededor. Su mente debía tener total claridad, por mucho que la asustase estar sola en aquel lugar, abandonada por el hombre al que había confiado su amor.

Las tímidas corrientes de aire tomaron protagonismo, el leve movimiento de la hojarasca y las agujas de pino cantaban en la noche, y el frío comenzó a rodearla, ofreciendo frescura a sus miembros y su cabeza embotada.

—Gran Espíritu, hazme una señal —susurró al viento con esperanza.

Pasaron unos segundos y desde el agua le llegó el sonido de un chapoteo, similar al que hubo mientras se unía a Liam por primera vez, bajo la mirada imponente del Gran Cañón.

Sonrió y en sus ojos empañados por el dolor y la traición, también se acomodó la determinación. Ya no era aquella muchacha que salía huyendo, ya no era la que daba todo por sentado. Ella tenía respuestas, las que seguro necesitaba Liam para entender que no tenía nada que ver con esa jugarreta, que ella era la víctima y él el daño colateral.

Brooks no se saldría con la suya, no si ella tenía la fuerza para luchar; y vaya si la tenía. Solo esperaba contar con el tiempo suficiente para poder parar todo aquello. No volvería a permitir

que el innombrable fuese de nuevo su titiritero. Lástima no poder contar con su número de teléfono para dejarle las cosas claras. El muy cretino la había estado llamando con número oculto. Menudo cobarde. Eso sí, no había dudado en enviarle un *mail* con todas las imágenes sacadas de contexto. No pensaba contestar de vuelta, ya había aprendido que era mejor actuar con pies de plomo. Lo guardaría, sería la prueba de su traición, una que la ayudaría a desenmascararlo, a demostrar a Liam que ella también estaba siendo extorsionada.

Buscó el contacto de Elijah, era la persona más cercana y adecuada para que cuidara de Teddie y Diddie. Sabía que no podrían estar con mejor persona, que amaba a los animales por encima de los humanos. Era consciente de que Luján se enfadaría, que le recordaría lo irresponsable que era, que no podía seguir así y blablablá, pero esta vez tendría algo que decir de vuelta: uno, los perros habían quedado en las mejores manos; y dos, si su marido no hubiese metido las narices donde no lo habían llamado, nada de eso habría pasado. No solo estaba en peligro el trabajo del presentador, también su reputación; y ella perdería al amor de su vida.

* * *

Alison se quedó a dormir en casa de Elijah, solo unas horas, las suficientes para poder rebasar millas sin temor a tener un accidente debido al cansancio y a los nervios que supo mantener a raya tras la barrera. No podía permitirse estar nerviosa, se dijo a sí misma que todo saldría bien. No le sería difícil encontrar a Liam, solo tenía que seguir la ruta y daría con él en unas pocas horas. Luego, le explicaría lo ocurrido, le mostraría los mensajes, se abrazarían y habría un «felices para siempre». Trataba de convencerse a sí misma una y otra vez, repitiendo aquel desenlace como un mantra.

Se levantó de madrugada y comenzó a rodar, decidida a enfrentar el desafío que se avecinaba. Volver a recorrer la Carretera Madre montada en su Harley era cosa de otro mundo. Las millas pasaban de manera diferente, el viento susurraba secretos en sus oídos, los aromas del camino se infiltraban en su ser. La sensación del asfalto se transmitía hasta sus huesos, era como formar parte de ella. La hacía sentir fuerte, la hacía sentir que podía llegar hasta el final, que lo lograría. La carretera se convirtió en su cómplice, extendiéndose ante ella como un lienzo en blanco; y ella, con su determinación a flor de piel, trazaba cada curva y recta con convicción.

Sí, lo confesaba: estaba nerviosa, expectante. Quería poder tener el poder de doblar la carretera sobre sí y atravesarla, conseguir que las millas se redujeran por arte de magia. Estuvo en diferentes *parkings* de autocaravanas, pasó por Ashfork, Seligman, Valentine hasta llegar a Kingsman. Casi se le salieron los ojos de las cuencas al fijarse en el filo de la carretera. Quizás Liam había aparcado por allí. En Kingsman paró a desayunar, no por tener hambre, en realidad tenía el estómago cerrado, sino más bien para preguntar si alguien había visto al Inglesito y su caravana. Un lugareño le comentó que había visto un vehículo similar, pero que no llevaba remolque e iba hacia Las Vegas. La fotógrafa lo descartó de inmediato, tenía que seguir adelante.

Siguió rodando, parándose en *parkings* y en los pocos lugares de interés que conformaban ese tramo, pensando que quizá el Inglesito los estaría visitando. Es decir, él tenía un trabajo que

hacer, supuso que no iba a dejar el documental a un lado por ella. Sabía lo importante que era para él, al igual que conocía que los de las productora querían el trabajo hecho cuanto antes mejor y seguro que ahora, con todo ese meneo, estarían echando chispas y le habrían apretado aún más el lazo alrededor del cuello, pues no podía olvidar que ya se estaba promocionando en televisión. Pasó por Yucca, Topock y Needles hasta llegar a Barstow, donde decidió parar. Tenía el culo molido y no había señales de vida del Inglesito por ningún lado.

Quería seguir, de veras que necesitaba seguir adelante, pero sabía que eso solo la haría cometer una imprudencia. Estaba demasiado cansada. Habían sido muchos kilómetros y más horas de las previstas, entre paradas y desvíos a los *campings*. Era imposible que Liam hubiera llegado más lejos que ella, no si estaba realizando el documental. Su moto era más rápida, se movía con más soltura, podía entrar a todas partes, así que dudaba de que estuviera más lejos. Lo mejor sería encontrar un motel y pernoctar, esa era la única opción sensata. Las lágrimas amenazaban con brotar, pero las contenía con firmeza. No había espacio para la debilidad. Mañana sería otro día, ese en el que todo se arreglaría, porque la esperanza era lo último que se permitiría perder.

* * *

Por fin llegó a Las Vegas de madrugada. Había dejado el remolque a las puertas de un taller a la altura de Seligman. Era un verdadero estorbo estar pendiente de él, no tenía tiempo para sandeces. Fue un trayecto pesado y tortuoso. El tiempo parecía haberse detenido, la oscuridad de la carretera, esa inmensa e interminable línea recta que atravesaba el desierto de Arizona; sus pensamientos, la imagen recurrente de aquellas fotos, las instantáneas de la traición. Cada imagen era una herida abierta, una prueba irrefutable del engaño que había sufrido.

¡Qué necio había sido! ¿Cómo no se había dado cuenta? Al final, todo se resumía a lo mismo. Desde un principio había tenido claro que Alison no era de fiar. Su instinto se lo había repetido en varias ocasiones, pero los encantos de ella, esos que de seguro eran fingidos, le habían nublado la razón.

¿Cómo había podido llegar a imaginar que una mujer así tendría buen corazón? ¿A cuántos habría estafado?

Se había abierto a ella, le había contado cosas que pocos sabían, se había divertido, se había dejado llevar y entregado a aquel viaje con el corazón abierto en canal, dispuesto a recibir el amor de la fotógrafa, reprimiendo otros impulsos, acallando a su razón. Y ahora, el dolor de la traición y la decepción lo embargaban. Sentía como si su corazón estuviera expuesto en un escaparte sin vitrina, vulnerable y maltratado. Había confiado en alguien que no lo merecía y ahora se encontraba pagando el precio de su propia ingenuidad.

Otra vez había sufrido así, otra vez había sido traicionado de la manera más vil. Los productores se lo recordaron, siempre cargaría con ese sambenito. Virginia, su ex, también lo había traicionado. Lo había engatusado, presentándose como una mujer tierna que escondía sus verdaderas intenciones detrás de bonitas palabras que solo servían para manipularlo, para destruir lo que realmente era. Le hizo creer como una verdad absoluta que le debía agradecer el

haberlo elegido, el ayudarlo a perder peso y el haberlo ayudado a encontrar trabajo en la productora dirigida por su padre. Maldita hija de puta.

Por suerte no se habían casado, ella no creía en el matrimonio. Sin embargo, sí que se habían comprado un coche de alta gama juntos y una buena casa en un elegante barrio de Londres. Pero llegó el momento en que Liam se dio cuenta de que no la amaba y de que no podía seguir con la relación. No quería continuar con un engaño. Le costó mucho tiempo tomar la decisión, noches sin dormir y días llenos de preocupación y frustración, pero, al final, en un arranque de valentía que sacó de no supo dónde, se lo dijo. Fue sincero y comenzaron a ir a terapia de pareja por petición de Virginia. Y él, una vez más, la creyó. Se dijo que sí, que solo podía ser un bache en su relación, algo que podrían arreglar si él cambiaba. Lo extraño fueron las insinuaciones durante esas sesiones: «Liam se vuelve muy impulsivo cuando discutimos», seguido de «empiezo a tener miedo de él». Y luego llegó el día en que el reportero dijo que ya no podía más, que esa relación no iba a ningún lado. Cuando llegaron a casa, se metió en la ducha, al poco escuchó un estruendo enorme y, asustado, salió a la habitación. Virginia tenía la ropa desgarrada. Fue hasta ella para ayudarla y le gritó que no la tocara, que no le hiciera más daño. En sus brazos, tatuados al igual que los de Alison, (¡diablos, es que no podían ser más iguales!), habían aparecido manchas oscuras y algunos mechones de su pelo estaban a sus pies. La cama estaba revuelta y la lámpara de la mesita de noche rota al haber impactado contra la ventana. Le preguntó fuera de sí qué había pasado, si acaso había entrado alguien a robar. En ese momento, llamaron a la puerta y la Policía entró en tropel.

Jamás podría olvidar cómo se lo llevaron a comisaria, cómo aquella zorra sonrió cuando los vio ponerle las esposas y él no supo decir ni una palabra. Todo por querer quedarse con el coche y la casa. Su obsesión por lo material era desmesurada, una consumidora con la que cualquier multinacional hacía el agosto. ¿Lo más hiriente? Que ella tenía dinero de sobra para vender esa, quedar a partes iguales y comprar una mucho mejor. Sin embargo, era egoísta y malcriada, y su capricho tenía que ser saciado. Aunque hoy sabía que su único propósito era hacerle daño.

Por suerte, contaba con la cámara de vigilancia, una que se activaba, entre otras razones, si algo impactaba contra los cristales, creyendo así que estarían forzando las ventanas para robar. Las imágenes de la cámara consiguieron que el escándalo no saliera a la luz. Fue un auténtico bochorno ver cómo se pegaba a sí misma y se volvía loca destrozando todo lo que había a su alrededor: una actriz de diez. Por su parte, no la demandó y le cedió todo a ella, no quería entrar en polémicas, solo quería alejarse tanto como pudiera.

Sin embargo, la productora no la despidió. ¿Cómo hacerlo si era la hija de uno de los antiguos directivos que, aunque ya estaba jubilado, sí que tenía algo de mano en ciertas decisiones importantes? Además, era íntimo amigo de Charles, por lo que continuó dentro como encargada de contenido. Liam quiso marcharse, presentó su carta de dimisión, estaba dispuesto a hacerlo, pero, a pesar de todo lo ocurrido, se quedó. Dos razones lo ataban a la empresa: Virginia se había encargado durante años de minar su autoestima, convenciéndolo de que no valía lo suficiente como para encontrar un trabajo comparable al que tenía, ninguna empresa lo contrataría. Claro, todo dicho con bonitas palabras, palabras que en realidad escondían una gran crueldad. Y dos: le

aseguraron que, si se quedaba, jamás coincidirían y así le propusieron recorrer el mundo rodando documentales. Por supuesto, todo aquello se debía a que preferían tenerlo dentro para controlar cualquier movimiento que pudiera perjudicar a Virginia. De nuevo le asaltaba la pregunta de por qué, si desde aquel incidente nunca habían vuelto a coincidir, ahora, en ese preciso momento, estaba obligando a la cadena a apretarle de ese modo las clavijas, con ese viaje de vértigo y sin ayuda. Porque por mucho que le juraran que ella no tenía nada que ver, estaba seguro de que así era. A esas alturas del viaje, Liam ya había asumido que se había vuelto un estorbo y que su programa tenía que ser eliminado, eso lo tenía claro. Lo que le faltaba por averiguar era la razón.

Pero de regreso al instante que estaba viviendo, el punto más importante a tratar era el de la presente jugarreta. Otra vez traicionado por otra mujer, otra vez acusado del mismo delito. Jamás sería capaz de ponerle la mano encima a nadie. La violencia era algo que aborrecía por completo, huía de ella con vehemencia, especialmente después de la falsa acusación de Virginia. Debía evitar que aquella nueva difamación viera la luz.

A la mañana siguiente, se pusieron manos a la obra. Las Vegas era enorme, pero su colega se movía por allí como pez en el agua. Le aconsejó que primero fueran a un abogado, quizá podrían hacer algo. Al principio fue reticente, solo quería mandar el dinero y ya; no obstante, Philip lo persuadió para que aplazara lo del banco, no perdían nada con ir a preguntar.

El abogado les aconsejó dejar el caso con ellos un par de días para poder estudiarlo a fondo, después de ese tiempo ya verían si tenían algo que hacer. Charles puso el grito en el cielo, pero al final dio el visto bueno.

El día pasó volando, Philip lo llevó a visitar mil y un casinos que, en vez de distraerlo, le recordaban a esa… arpía, embustera e impostora.

Llegó la noche y con ella nuevos recuerdos: el rostro de Alison, sus labios, ese cuerpo de infarto, aquel pelo de colores, su sonrisa, aquel gesto de éxtasis al llegar al orgasmo. ¡¿Su cuerpo también lo estaba traicionando?!

Se sentía solo y desprovisto de una parte de sí mismo, como si al haberse alejado de ella también hubiese dejado una parte importante de él atrás. No podía ser posible, no podía ser que todavía tuviese pensamientos cariñosos hacia ella. Por dios, ¡¿estaba loco?!

Sin embargo, no podía evitarlo. Su amor por Alison era genuino y le resultaría difícil olvidarla. A pesar de todo el daño y la traición, una parte de su corazón seguía aferrada a los recuerdos compartidos y a los sentimientos que hasta hacía pocas horas los había mantenido unidos. Era una batalla interna constante entre el deseo de olvidarla y el anhelo de recuperar lo que habían perdido.

Con el escozor de las lágrimas reprimidas en los ojos y un nudo en la garganta, Liam se prometió a sí mismo que encontraría la fuerza para seguir adelante. Aunque el amor verdadero no desaparece fácilmente, sabía que debía sanar y dejar que el tiempo curara sus heridas. Con cada amanecer, se esforzaría por reconstruir su vida sin la presencia tóxica de Alison, recordando que merecía un amor sincero y verdadero, uno que no le hiciera sufrir ni traicionara su confianza. Pero eso solo pasaría cuando todo aquello terminara.

* * *

Ojalá pudiera llamarlo, pero tenía dos problemas: por raro que parezca, no tenía su teléfono y estaba segura de que, aunque lo tuviera y lo llamara, no lo descolgaría. Pero, joder, ¿por qué no se los habrían intercambiado? Al menos, si lo hubiesen hecho, el problema se resumiría a uno y estaba segura de que intentaría probar, aunque fuese rechazada.

Estaba desayunando en el motel cuando sintió la vibración de su teléfono. Tenía miedo de mirar la pantalla, tanto como, por otro lado, ponerle las pilas al malnacido de su ex. Sacó el aparato del bolsillo pequeño de la única mochila que se había quedado, con un par de mudas y poco más, para el resto del viaje, y con cara de pocos amigos descolgó.

—Hola, Luján —saludó en tono plano.

—Hey, ¿qué tal estás?

—¿No es de noche donde estás?

—Bueno, se hace un esfuerzo por saber de mis pequeños, ¿se están portando bien? —quiso saber, rebosante de felicidad.

Alison hizo una pausa, ¿quería decirle la verdad o no? Desde luego, no quería hacerle daño, pero es que estaba tan enfadada y desolada… Además, quería corroborar si había sido el esposo de Luján o, lo que es lo mismo, el mejor amigo de Connor, quien le había dado su teléfono.

—¿Alison? *Oich*, parece que se ha perdido la cobertura. ¿Hola?

—Sí, sí, sigo aquí —contestó notoriamente fastidiada. No podía eludir mostrarse así; de todas maneras, tampoco quería evitarlo.

—Pensé que te había perdido.

—No. —Suspiró malhumorada y resuelta a decir la verdad cuanto antes—. Verás, he tenido que dejar a Teddie y a Diddie a cargo de un amigo.

—¡¿Quéééééé?!

Después de escuchar y aguantar una serie de palabrotas, más el sermón que ya sabía de antemano, se dispuso a contarle por qué se había visto en la tesitura de tomar esa decisión. Le confesó que entre su primo y ella había surgido algo y que su ex la había estado molestando durante todo el viaje a base de llamadas, mensajitos y fotos; que, en un momento dado, incluso se había asustado, era como si la hubiera estado persiguiendo; el muy psicópata seguro que había contratado a alguien para que la vigilara, solo así podía dar explicación a las fotografías que le había mandado.

—¡¿Y qué tiene eso que ver con mis bebés?! ¡Si es que nunca te los tuve que haber dejado! —Estaba segura de que, si pudiera llevarlo a cabo, ahora tendría la fuerte mano de Luján apretando su brazo.

—En eso tengo que darte la razón. —Frunció los labios, enfadada.

—¡Desde luego te has ingeniado una excusa muy pobre para convencerme de que la idea de abandonar a mis perritos con un extraño es la mejor del mundo!

La fotógrafa se había separado el teléfono de la oreja mientras decía esto último, estaba harta de soportar sus gritos y de que diera cero importancia a lo que le estaba contando. ¿Qué clase de

amiga era para no dar importancia a lo que le había contado? Dejó que dijera algo más y luego, una vez constató que había terminado, se lo volvió a acercar al oído. Ya no habría más miramiento por su parte, por lo que comenzó a expresarse de manera incisiva.

—¿Está tu marido ahí?

—Sí —contestó mordaz.

—Pon el manos libres, tengo que preguntarle algo superimportante.

—No, que está medio dormido.

—Mira, Luján —comenzó a increparle en tono de pocos amigos—. Tú puedes amar con locura a tu esposo, pero yo no tengo por qué aguantar los sermones que corresponden a otros. Pon el manos libres y despiértalo —ordenó.

Hubo una pausa, luego se escuchó un traqueteo y unos balbuceos soñolientos.

—Ya puede ser de suma importancia lo que tengas que decir. Porque lo de mis bebés… me será difícil perdonarte, Alison.

La fotógrafa ignoró el último comentario. Carecía de paciencia y de ganas.

—¿Mark?

—Hey, Ali.

Notó cómo se le dilataban los agujeros de su nariz, su enfado iba *in crescendo* porque sabía la respuesta; vaya si la sabía, y como fuera capaz de mentirle… Uff.

—Tengo que hacerte una pregunta y necesito que seas supersincero.

—Sí, claro, lo que quieras —se escuchó su voz pastosa de recién levantado.

—Mark, promete que me dirás la verdad —le advirtió.

—Que sí, que sí, lo que sea, pero rápido, que quiero dormir.

—¿Le diste a Connor mi nuevo número de teléfono?

Una pausa. Una larga y pesada pausa que decía tantas cosas que no era necesario ni conocer la contestación.

—Eeeeehhh… —pronunció dubitativo.

—¿Se lo diste? —insistió la fotógrafa, no por ella, sino porque quería que lo escuchara su amiga.

—¡Por Dios, Mark, no me lo puedo creer! —exclamó Luján furiosa y decepcionada.

—Sí, Ali, se lo di.

Se hizo el silencio.

—Alison, esto es… lo siento —se disculpó la recién casada en un tono donde se mezclaba la rabia hacia lo que había hecho su esposo y la vergüenza ante lo que este le había hecho a su amiga, además de cómo ella misma le había hablado.

La fotógrafa no contestó. Quería dejar claro todo lo que había pasado, para así rebasar ese obstáculo y continuar con lo que de verdad importaba: encontrar a Liam.

—Ahora que ya sabemos eso, te diré que, gracias a ti, Mark —puntualizó implacable—, Brooks me ha estado acosando durante todo el camino. Que, gracias a tu esposo, Luján, tu primo se ha creído que he jugado con él, que incluso lo estoy extorsionando con sacar ciertas fotos que lo comprometen de tal manera que puede perder su trabajo y hasta su bienestar. Que gracias a tu

marido y porque Liam me abandonó en mitad de la nada llevándose la caravana, no podía atender a los perros como se merecen y que mi mejor opción era un veterinario que ama a los animales por encima de todo y que cuenta con mi plena confianza. Que voy detrás de Liam para intentar arreglar las cosas y para tratar de desenmascarar al degenerado del mejor amigo de tu marido, que nos está extorsionando: a él por dinero y a mí bajo la amenaza de que, si no vuelvo con él, lo sacará todo a la luz. Una enorme y grave mentira que deja a Liam como un maltratador.

De nuevo, el incómodo silencio mientras se escuchaba la fuerte respiración de la fotógrafa, quien intentaba aguantar aquellas lágrimas producto de la frustración y el dolor al darse cuenta de que su mejor amiga quizá no lo era tanto.

—Yo, Alison… ¡Por Dios, Mark, ¿qué has hecho?!

—Lo único que sé —tomó aire y se mordió el labio, estaba a punto de llorar y no quería, eso no ayudaría en nada— es que necesito saber dónde está, pero no tengo su teléfono.

—Yo te lo paso —se ofreció de inmediato–, solo te pido esperar unas horas para que llame a mi madre y pedírselo. Y, Alison… —Pasó un segundo—. Sopesa que puede que no te lo coja.

—No lo sabré hasta que lo intente.

—Mi primo… —Desde el otro lado, se hizo patente la forma ruidosa en que tomó aire, en que su garganta temblaba—. Él… no puede pasar por esto otra vez. Yo… de veras que estaba supercontenta porque os fuerais juntos de viaje. Se merece ser feliz, y tú también. Conozco vuestras vidas, y ambos habéis sufrido cosas muy parecidas. Él también carga con una innombrable, ¿sabes?

—Llegué a esa conclusión hace unos días. Solo de pensar que puede volver a sufrir por mi culpa… Yo… —Apretó las mandíbulas—. No tengo por qué, pero quiero que sepas que mis sentimientos hacia Liam son sinceros. Y no sé qué le pudo ocurrir con su ex, pero quiero que entienda que no soy como ella. Y, antes que todo eso, al menos quiero poner todo de mi parte para que el desgraciado Brooks no se salga con la suya.

* * *

El nuevo día pasó lento. Liam insistió a Philip para que pagaran al extorsionador, pero este solo le pedía paciencia, esperar a que los abogados les hablaran. La productora, a pesar de saber de primera mano lo que ocurría, continuaba adelante con el proyecto del documental. ¿Sus razones? Solo una: Virginia insistía en que el proyecto estaba programado para ayer y él no estaba dando la talla. Y como no sabía nada acerca del altercado, tenían que seguir adelante para evitar males mayores al presentador. Pero la tele era como un colador, siempre había alguien dispuesto a filtrar información. Estaba a punto de tirar la toalla. Estaba cansado. Esa manera de trabajar no era ni medio normal. ¿Cómo pretendían que se concentrara en ir de viaje, hablar con la gente y hacer fotitos? Por si fuera poco, ahora estaba solo. Philip ni siquiera podía acompañarlo en el final del viaje, le había salido una urgencia, lo que se traduce a que le había llegado un chivatazo de que la estrella del momento estaba en Las Vegas acompañada por alguien nuevo. Así que

pasó el día solo. Philip se puso en modo *paparazzi* y, aunque lo acompañó en su caza un rato, la verdad es que ese tipo de periodismo no le gustaba nada y terminó por irse a ningún lugar en concreto.

Al final de la mañana decidió mover ficha. Charles le había mandado un nuevo mensaje preguntando si se sabía algo ya. Además, Liam quería seguir adelante, terminar con aquella locura, finalizar el documental y pasar página. Mientras sus pies estuvieran pisando suelo americano, no sería capaz de pensar con claridad. Sus sentimientos hacia aquella mujer llena de tatuajes todavía eran tiernos, una locura, pues buenos y malos se liaban como una trenza. Los malos eran muy malos, pero los buenos momentos vividos eran maravillosos.

Todavía tenía impregnado en su olfato el olor de su piel, todavía era pronto para olvidar.

Abrió el mensaje que aquel malnacido había mandado a la redacción: no ponía nombre, solo un número de cuenta. En Las Vegas había miles de bancos en los que poder hacer la gestión y sus fondos eran lo suficientemente abundantes como para ser él el que respondiera por el error de haberse enamorado. De ese modo, acallaría varias bocas y terminaría con todo aquello de una vez. El estrés al que estaba sometido era enorme y en cualquier momento podía llegar a colapsar.

Entró en la primera entidad financiera que vio. Habló con el encargado, la suma era cuantiosa y la gestión debía ser supervisada en privado. Le hicieron unas preguntas, prepararon el papeleo, todo fue rápido, igual que el aguijón que se le clavó en el corazón al comprender que Alison lo había traicionado. La imaginó riéndose de él junto a ese otro hombre, muertos de risa por haberse salido con la suya. Estaba a punto de firmar la transacción; sin embargo, ante esa imagen de la fotógrafa riéndose de él, se tomó unos segundos sopesando si debía llevarla a cabo, si no sería mejor darle un guantazo sin manos. Pidió al encargado unos minutos con la excusa de necesitar ir al baño. Entró directamente para echarse agua en la cara y refrescar sus pensamientos. Se miró en el espejo, el agua goteaba de su nariz y barbilla, tenía bolsas en los ojos y una honda tristeza en la esquina de sus cejas, estaba derrotado. Lo que le habían hecho…

Se incorporó, ¿por qué tenía que ser siempre él el que diera el brazo a torcer?

Prestaría batalla, no dejaría que esa gentuza se saliera con la suya.

No obstante, se tomó un segundo más y se dio cuenta de que estaba equivocado, de que, si no les enviaba el dinero, todo saldría a la luz y su vida se convertiría en una gran batalla; sí, de locura. De periodistas como Philip en la puerta de su casa, a todas horas recordando su equivocación, a todas horas en la televisión haciendo supuestas acusaciones de maltrato. Seguro salía a la palestra otro aprovechado o aprovechada que lo acusaría de haberle hecho lo mismo, aunque no lo hubiese visto en toda su vida, y así su tumba sería cada vez más honda.

Su teléfono comenzó a sonar, miró la pantalla, no conocía el número, lo ignoró. Al minuto sonó otra vez, quizá fueran los abogados.

—Dígame.

Alison tenía el teléfono en la mano, lo agarraba con fuerza. Hacía poco más de unos minutos que Luján se lo había pasado. Miraba la pantalla, nerviosa. El número estaba ahí, el teclado y los puntos suspensivos mostrando que se estaba realizando la llamada. Esperó con el corazón en un puño, ¿contestaría? Supuso que sí, él no tenía su contacto y en la pantalla le saldría uno

desconocido. ¿Le colgaría al escuchar su voz? Bueno, lo entendería, pero no deseaba que ocurriera. Tenía todas las ilusiones puestas en que la dejara hablar. Quizá estaba conduciendo y no podía coger el teléfono, pero bueno, estaba el manos libres, ¿no?

Los tonos se sucedieron sin respuesta. Tomó aire, las manos le temblaban, pero agarraba el aparato con tanta fuerza que era imposible que se le cayera. Dejó pasar unos minutos, en los que se entretuvo en controlar su respiración, mientras miraba ese número en la pantalla y la tecla esperando ser rozada. Cientos de escenarios se le pasaron por la mente, posibilidades en las que salía victoriosa y esas otras en las que perdía el juego por completo.

Rozó la pantalla y los timbres del teléfono volvieron a llenar su alma de ilusión.

Y desde Las Vegas, Liam esperaba una respuesta.

—Hola, Liam.

Etapa 8



Estados de Nevada y California:
De Barstow a Santa Mónica/De Las Vegas a Santa Mónica

Al principio, el presentador se extrañó al escuchar la voz que le llegaba a través del altavoz del aparato. Sonaba urgente, impaciente, y le soltó una retahíla de frases desordenadas, casi sin resuello. La información era abundante y estaba desordenada. En un par de ocasiones, trató de interrumpirla, trató de dejar claro que no entendía nada, pero la voz a través del teléfono iba escalando decibelios, no era una riña, solo se escuchaba excitada, con la necesidad de decirlo todo de una sola vez. Más bien parecía temer que le colgara. No recordaba haberle dado el número a su prima. Había hablado con ella en la boda, sí, pero hacía años que no tenían una relación profunda. En efecto, de pequeños habían pasado el tiempo de vacaciones como uña y carne, era por eso por lo que en aquel momento no podía evitar imaginar que la persona que le hablaba era aquella niña que siempre iba disfrazada de princesa, pero no una princesa cualquiera con vestuario de medio pelo. ¡Qué va! Como cuando era pequeña, llevaría un traje enorme hecho con kilos de telas vaporosas de color rosa.

Por su parte, a Luján le ocurría lo propio. A su mente vino aquel niño que andaba con aparatos en los dientes y gafas que le conferían un aire de ratón. Pero enseguida recordó a ese hombre convertido en todo un *sex symbol*, prácticamente irreconocible, si no fuera por aquellos ojos azul cielo que aún guardaban aquel gesto travieso, delator de lo que en realidad era: un tormento de niño que no paraba quieto ni un segundo, pero al que, a pesar de todo, todos querían a rabiar, pues era muy cariñoso.

El periodista iba captando palabras sueltas, frases en un principio carentes de sentido y que poco a poco iban ganando significado conforme su mente se esforzaba en concentrarse. Algo sobre Alison, sobre un engaño, sobre haber metido la pata hasta el fondo. Pero nada quedaba claro.

—¡Espera, mujer! —gritó al aparato para que, de una vez, callara. Por Dios, se iba a asfixiar—. Tómate un respiro porque de verdad que no entiendo nada. —Soltó el aire ruidosamente entre sus labios apretados—. Luego hablamos, ¿vale? Estoy en el banco y me están esperando. Dame unos veinte minutos.

—Ni se te ocurra pagarle a ese tipo ni un solo centavo.

—¿Qué? ¿Cómo sabes…?

Comenzó a hablar otra vez como una loca.

—Oh, Dios, no sabes cuánto lo siento… lo sentimos —se corrigió—. Pero ha habido una gran confusión. Mi marido le dio el teléfono a Connor y él la ha estado acosando y, joder, de ahí viene todo.

—Vale, no entiendo ni una palabra.

Fue a insistir en que él la llamaría luego. No obstante…

—Alison es inocente.

No hubo nada más que decir, había conseguido toda su atención, porque con solo esas palabras su esperanza suplantó a todo lo demás.

—Prima, necesito que me cuentes todo lo que sabes desde el principio, de manera ordenada y sin prisas.

Luján tomó aire y, con toda la tranquilidad de la que pudo cargarse, comenzó a contarle a Liam lo que conocía por parte de Alison y, luego, lo que ella misma había averiguado. Efectivamente, Mark le había pasado el número a Connor y este, cuando su marido lo había llamado para pedirle explicaciones, se lo confesó todo mientras se reía, creyendo que Mark lo apoyaría al pensar que su amigo todavía creía que Alison le pertenecía; estaba loco si creía algo así, al parecer no se conocían lo suficiente. Cierto, durante el tiempo que Alison estuvo perdida, un par de veces Brooks hizo referencia a ella, sobre que tenía ganas de verla, que esperaba que regresara pronto y entrara en razón, pues se había dado cuenta de que la amaba de verdad. Esa fue la causa por la que le dio su número; además, no podía evitar pensar que incluso se había acostado con él pocos días atrás y, si a eso añadía que Alison era un poco inestable, llegó a la conclusión de que los que se pelean se desean. Sintió lástima por él, supuso que había cambiado y que sus intenciones eran nobles. Por suerte, habían decidido grabar la conversación; eso, junto con las pruebas de Alison, serían suficientes para meterle un buen susto con la ayuda de su bufete de abogados; por supuesto, Brooks viéndose entre la espada y la pared había jurado que daría marcha atrás y que, estaba segura, en ese preciso instante estaría redactando un nuevo correo retirando lo dicho. Mark le pidió perdón, dijo estar muy decepcionado, que no había esperado algo semejante por parte de aquel que había considerado su mejor amigo. Y Liam, él solo sentía una felicidad inmensa. Sin embargo:

—Oh, Luján, las cosas que le dije, cómo la traté... —las palabras se ahogaban en su garganta mientras cerraba los ojos, sumido en un remolino de emociones. Con una mano temblorosa, se masajeaba el tenso cuello y daba vueltas sin parar, intentando encontrar una forma de aliviar su angustia—. Si tan solo hubieses visto su mirada, aquellos ojos cargados de preguntas y decepción. La tristeza en su rostro, la forma desesperada en la que la vi correr detrás de la caravana, gritando mi nombre. Yo... yo la abandoné en aquel bosque, ¡la dejé tirada en mitad de la nada! —la impotencia y el arrepentimiento se reflejaban en su voz entrecortada. Dio una patada furiosa a una de las puertas del baño, sintiendo una pena aún más profunda que antes. Había quebrantado su promesa de nunca abandonarla poco después de haberlo jurado—. Arrojé todas sus pertenencias a la calle, la dejé con Teddie y Diddie, sabiendo que le sería imposible

llevarlos en la moto. La abandoné sin importarme ponerla en peligro. —Se dejó deslizar por la pared, incapaz de sostenerse en pie, hasta quedar sentado en el frío suelo—. ¿Cómo podrá perdonarme?

Luján sintió un nudo en la garganta. Necesitaba un momento para tragar su propia culpabilidad. Las lágrimas amenazaron con desbordarse mientras su conciencia la atormentaba con cada palabra hiriente que había lanzado, con cada pensamiento incrédulo enfocado hacia su mejor amiga. La sombra del remordimiento se cernía sobre ella. Sin embargo, tenía que luchar por recuperar la compostura; en ese momento había cosas más importantes que su propio remordimiento. Inspiró profundamente, dispuesta a transmitirle a su primo un rayo de esperanza en medio de la tormenta.

—Liam, Alison será muchas cosas: una loca, aventurera, a veces irresponsable, pero cuando ama lo hace de verdad. Ni siquiera piensa en que la abandonaste, ella te está buscando para explicártelo todo. Justo antes de llamarte le di tu teléfono, así que puede hacerlo en cualquier momento.

La esperanza desplazó con energía al resto de emociones negativas.

—¿En serio? ¿Después de lo que le hice todavía me busca? —La tristeza dio un buen golpe en su corazón. Era un capullo.

—*Ajam*.

—Tengo que hablar con ella —urgente se pasó una mano por la cara—, ir a buscarla, explicarle las cosas. ¿Le has contado lo que habéis averiguado?

—No, he querido llamarte a ti antes para evitar que hicieras la transacción.

Liam asintió a la imagen del espejo, su expresión reflejando una mezcla de determinación y anhelo.

—De acuerdo, entonces no se hable más, saldré de inmediato a buscarla.

* * *

Alison arrancó la Harley; las vibraciones del motor sacudieron ligeramente sus piernas. Había metido su mochila en una de las alforjas, mientras que de la otra había sacado el casco y se lo había puesto. Se incorporó un poco, cerró la cremallera de su chupa y ajustó sus pantalones de cuero. Estaba lista para rodar hasta Santa Mónica y, esta vez, no pensaba parar. Solo tomaría una breve pausa a mitad de camino para estirar las piernas y luego continuaría hasta el final.

Liam no había contestado su llamada, cualquier razón sería plausible. No estaba dispuesta a dar nada por sentado, al igual que no estaba dispuesta a desaparecer. Lo habría hecho antes, poco tiempo atrás, pero ya no. Iba a plantar cara al vendaval, y por eso mismo le dejó un mensaje de voz en el contestador en el que había depositado algunas de sus esperanzas:

«Liam, sé que estarás enfadado. Lo entiendo… Pero yo no tengo nada que ver con lo que ha hecho ese ser. Él quiere que vuelva a su lado, dice… dice que, si lo hago, te dejará en paz. Y yo… posiblemente no lo creas, pero he valorado hacerlo y así conseguir que se olvide de ti, aunque eso suponga sacrificar el resto de mi vida. Pero hay algo más fuerte que me lo impide…

Y sé que quizá sientas tanto dolor que hayas olvidado lo que hemos pasado juntos. Me… me gustaría recordártelo y así entiendas que… que yo… —sus palabras casi se quebraron en un sollozo desgarrador, el peso de la angustia amenazaba con aplastarla, pero no era momento para eso, tenía que ser fuerte—. Sin embargo, ahora lo importante no es que pienses en nosotros, sino que no le hagas caso, no le envíes el dinero. —Apretó el teléfono fuertemente contra su frente, tratando de encontrar fuerzas en medio del caos. ¡Brooks no podía salirse con la suya! Ese malnacido no podía salir vencedor. Tomó aire, sintiendo cómo el coraje y la determinación ardían en su interior, y lo soltó con furia.—. ¡Por favor, Liam, escúchame con el corazón! Te suplico que no te dejes manipular por sus mentiras retorcidas. Por mi parte, te apoyaré en todo, diré la verdad ante el mundo si hace falta. Voy de camino a Santa Mónica, espero verte allí… Aunque estoy casi segura de que no llegarás a escuchar este mensaje, ¿quién lo hace hoy en día? —una mezcla de tristeza y esperanza inundó su voz temblorosa—. Pero, si lo haces, quiero que sepas que te quiero, te quiero como a ningún otro hombre he querido, y que estoy asustada. Me da miedo sufrir, pero sé que juntos podemos sanar nuestras heridas y construir algo nuevo y precioso, solo de nosotros».

El viento había tomado un cariz frío a su alrededor, haciendo eco del torbellino de emociones que embargaba su alma. Las sombras de la incertidumbre bailaban en el rincón más oscuro de su mente, mientras el destino urdía su red implacable. El recuerdo de lo pasado, de cómo habían tejido sus lazos con sumo cuidado, le hizo entender que Liam se había convertido en su refugio en medio de la tempestad. Sin embargo, ahora estaba en peligro de desvanecerse en las garras de un enemigo despiadado.

El nudo en su garganta se había vuelto tan grueso que le resultaba imposible seguir hablando. Tragó saliva, guardó el móvil y, bajo el eco de su declaración, comenzó a rodar con la esperanza por bandera. Porque tenía que ser así, no podía permitir que la duda y el desasosiego fueran las estrellas de su historia. Ella era una mujer fuerte y nada ni nadie iba a frenarla. No les iba a conceder ni un segundo de protagonismo. Lo tenía tan claro en su cabeza: iba a llegar a la última señal de la Ruta 66, aquella que marcaba el final de un largo camino, ese que no solo se componía de una carretera, sino de emociones, sentimientos contrapuestos y el descubrimiento de algo más profundo, y allí lo esperaría, porque debía llegar, tenía que ir si quería terminar su trabajo. Solo esperaba que, al verla, no diera media vuelta.

El ensordecedor rugido del motor se imponía sobre cualquier otro sonido, ahogando incluso los pensamientos más intrusivos. Cada milla que pasaba era un pulso de vida, una batalla contra el tiempo que amenazaba con escaparse entre sus dedos. Tomó la ruta más rápida y corta, pasó por Victorville, se detuvo a reponer fuerzas en una desolada estación de servicio regentada por un señor mayor y continuó, abrazando las imágenes que evocaba su imaginación, las del reencuentro. Sin embargo, en medio de la alocada carrera contra una carretera que se hacía interminable, ocurrió lo impensable: un pinchazo en la rueda trasera hizo que la moto temblara y perdiera velocidad. Alison sintió cómo el corazón dejaba de latir en su pecho, sus manos temblorosas apretaron con fuerza el manillar mientras luchaba por mantener el equilibrio. La incertidumbre y el miedo se apoderaron de ella, amenazando con nublar su objetivo. ¿Llegaría a

tiempo a Los Ángeles? ¿Podría reunirse con Liam en Santa Mónica antes de que fuera demasiado tarde?

La desesperación se apoderó de Alison mientras se miraba a sí misma, impotente ante la situación. No podía permitirse el lujo de dejar de rodar, cada minuto contaba y Liam estaba esperando en Santa Mónica. Con determinación, se aferró al manillar y tirando de las fuerzas de una voluntad de hierro, empujó la moto hasta llegar a un taller solitario que se alzaba en medio de la nada.

Su voz tembló al explicarle al mecánico la urgencia de la situación El muchacho, con su rostro curtido por el sol y las manos llenas de grasa, la miró con compasión al escuchar su exigencia. Sin embargo, sus palabras no trajeron consuelo. No tenían la rueda necesaria en el taller, pero conocía a alguien que podía acercarla. El único inconveniente era que no sabía cuánto tardaría en llegar. La derrota amenazaba con aplastarla, el día se desvanecía rápidamente y ella se sentía impotente. Sus esperanzas se desvanecían con cada segundo que pasaba. ¿Y si Liam llegaba a Santa Mónica y no la encontraba allí? La idea era devastadora, como un golpe en el estómago. El miedo y la desolación amenazaban con romperla por completo. El mundo parecía estar en su contra. Y lo que más rabia le daba era pensar que la meta ya estaba cerca, que casi podía tocarla con la punta de sus dedos.

Por su parte, a Liam le quedaba un viaje bastante largo. Decidió no cambiar de coche, evitando cualquier distracción. Había perdido preciosos minutos explicándole al empleado del banco que había decidido cancelar la transacción. En cuanto a Philip, lo llamó conforme iba hacia la caravana, le dio una breve explicación de lo sucedido y quedaron en hablar una vez todo se aclarara. También se puso en contacto con Elisa, la única persona de confianza en la empresa, quien le confirmó que, en efecto, el susodicho había retirado todas las amenazas y que, si quería, podían iniciar los trámites legales para denunciarlo, pero Liam se negó. Prefería evitar un escándalo. Lo más sensato era poner tierra de por medio y continuar hacia su objetivo. Quizá, si lograba encontrar… No, mejor dicho, cuando se viera con Ricitos de oro, si ella quería tomar cartas en el asunto, lo haría sin poner impedimentos. Pero, por el momento, su meta inmediata estaba clara: tenía que encontrarla.

Rebosante de anhelo y esperanza, se adentró en el vehículo. Inhaló profundamente, sintiendo cómo su pecho se oprimía por la tensión y los nervios que lo consumían. Luchó por contener las mariposas revoloteando frenéticamente en su estómago, amenazando con escapar de su control. Una sonrisa de éxtasis absoluto se trazó en sus labios, reflejando la alegría que inundaba su ser. Daba gracias porque todo se hubiera aclarado, revelando la verdad oculta tras el velo de la oscuridad. Daba gracias por lograr desenmascarar a ese tipo, por entender que siempre había estado equivocado y porque Alison había demostrado ser mucho más astuta que él, pues ella estaba luchando por la verdad.

Daba gracias por haber conocido su amor, por haberlo disfrutado, y se arrepentía amargamente de su comportamiento deplorable, todo debido a sus prejuicios. Qué fácil le había resultado creer en la mentira, qué simple había sido etiquetar a Alison como una embustera y oportunista, una niñata carente de principios. Ella, que le había demostrado ser una mujer de los pies a la cabeza,

que le había enseñado que había gente buena, amigos en los que poder confiar; una mujer, que le había demostrado que dejarse llevar de vez en cuando era bueno, hasta saludable.

Paró a mitad de camino, en Barstow. Necesitaba un café con urgencia, no por sus nervios, los cuales tenía desbocados, sino para mantener el ritmo del viaje. Cada milla recorrida sin ella pesaba como una losa sobre su espíritu, dejando un vacío abismal en aquella caravana diminuta. El silencio era ensordecedor, y el eco de las conversaciones pasadas resonaba en su mente como una cruel burla.

—Eh, muchacho, tú no eres de aquí, ¿cierto? —Liam negó con la cabeza hacia el anciano que, sentado en su butaca bajo el techo de la gasolinera donde había parado a repostar, lo miraba con curiosidad. —Hace unas horas, una muchacha bien guapa, por cierto, preguntó si había visto a alguien con tu misma descripción pasar por aquí. Tienes los ojos azules, ¿no?

Liam asintió emocionado.

—¿Le dijo algo más? —preguntó acercándose para pagarle.

El anciano movió la cabeza.

—Que, si un Inglesito pasaba por aquí, le dijera que lo estaba esperando al final de la Carretera Madre. ¿Eres tú ese Inglesito?—preguntó, cerrando uno de sus ojos mientras contaba el dinero.

—Sí, lo soy.

—Bien, me alegra haber podido entregar el recado.

—No se imagina lo que esto significa —dijo, abrazando sus propias manos.

—Por tu expresión, creo que sí. Ve a por ella, chaval, ese tipo de mujeres no se dejan escapar.

El periodista meneó la cabeza. Su corazón estaba a punto de estallar. Lo estaba buscando, preguntando por él, dejando recados en manos de desconocidos. ¿Se podía dar más muestra de amor que aquella? La certeza de que Alison lo esperaba al final de la Carretera Madre inundaba su ser, y una determinación inquebrantable se apoderó de él. Nada ni nadie lo detendría en su afán por reunirse con ella.

* * *

Atascos interminables, semáforos que parecían burlarse de su impaciencia, la inminencia del atardecer y la urgencia avasalladora de llegar cuanto antes. Por comprobar si, como su alma quería creer, lo estaría esperando. Si ese fuera el caso, habría estado allí sola durante varias horas. ¿Se habría arrepentido?

Recordó aquello que le dijo Jack: «Tequila es sensible, pero también fuerte y, al igual que ama, aborrece. Si en algo te importa su amistad o lo que sea eso que tenéis, no la tientes; sus límites son desconocidos y en cualquier momento que considere que el daño ha sobrepasado su límite, te dejará sin mirar atrás.»

Su imaginación lo estaba traicionando. Saber que estaban tan cerca, todas esas avenidas llenas de coches, el tictac incesante del reloj, los recuerdos de todo lo que le dijo, no solo la última vez, sino durante todo el viaje por la Ruta 66. Las veces que la insultó, haciéndole entender que las mujeres como ella no eran de fiar. Las veces que se había mostrado como un hombre altivo. Las

ocasiones en las que había sugerido que era una chica inestable e irresponsable. De nuevo, el dolor en su mirada se clavó en él como una espada oxidada. ¿Cómo podría perdonarlo? ¿Cómo podría olvidar todas esas heridas que habían desgarrado su corazón?

Su ilusión, conforme se acercaba al muelle de Santa Mónica, se fue desinflando como si la realidad lo hubiese golpeado con fuerza. Nadie en su sano juicio perdonaría sus desplantes, sus comentarios despectivos, su abrupta despedida, el abandono y, aún más, al entender que lo que le había contado sobre aquel desgraciado, sobre el innombrable, como ella lo llamaba, resultaba ser cierto. El tipo la había traicionado no una, sino dos veces, ¿y acaso no era lo mismo que él le había hecho?

Una mujer despechada, una mujer que había sufrido lo que ella, no podía perdonar.

Continuó rodando y aparcó en un *parking* habilitado en el mismo muelle. No pudo evitar mirar hacia donde debería estar la señal, buscando esa cabeza de colores, pero no había rastro alguno de ella ni de la señal. Aún le quedaba un tramo por recorrer a pie y sus niveles de esperanza estaban tocando ya el suelo. Sus piernas temblaban debido a la intensa presión, la incertidumbre y el deseo de que ella estuviera allí, junto con la posibilidad real de que no lo estuviera.

Comenzó a andar con algo más de premura; cuanto antes se diera cuenta de que lo había perdido todo, mejor. Así podía comenzar a llorar por su negligencia y su amor fracasado.

El gentío andaba de aquí para allá sobre los tablones que componían aquel muelle lleno de tiendas. Niños comiendo helados, personas que pasaban circulando en patines, familias enteras riendo por a saber qué, parejas que se agarraban de la mano con ternura; un bullicio que le impedía ver si ella estaba allí, sentada en una de las terrazas, o tal vez paseando por la playa de arena blanca y fina; incluso si podría estar haciendo fotos a los pájaros o a cualquier chuminada que ella considerara increíble y que luego así lo fuera. El enfoque de la vida de Alison era especial: veía belleza en donde nadie más podía apreciarla. Su perspectiva de la vida era tan peculiar como fascinante.

Logró ver la señal a pocos metros de distancia, pero no había ni rastro de ella. Se sintió desinflar como un globo sin anudar. No estaba, la había perdido. De repente, el gentío, como por arte de magia, se abrió en un *impasse*, como si Moisés hubiese abierto las aguas con su cayado. Sus ojos captaron el destello de las letras en su espalda: Tequila, y sobre ellas, su pelo de colores desordenado. Estaba apoyada en la señal y se llevaba el teléfono a la oreja.

Su móvil comenzó a sonar y miró la pantalla, una vez más era aquel número desconocido. Decidió contestar, pero no pronunció palabra alguna. Estaba realmente abrumado, superado por la avalancha de emociones.

—¿Liam? —dijo la fotógrafa, con expresión perpleja, alejando el teléfono de su oreja para observar la pantalla antes de volver a acercarlo.

»¿Hola? Sé que estás ahí. Entiendo que no quieras hablar conmigo… Lo que has visto… esas fotos… esos mensajes, son suficientes para que no creas en mí. Lo entiendo, de veras, pero debes creerme… Yo… no tengo nada que ver, ha sido mi ex. Tenía tantas cosas que contarte, que decirte y ahora me quedo en blanco. Supongo que esperaba que no llegaras a coger el teléfono… Liam, te prometo que yo no… que…

La llamada se interrumpió y con ella se murieron todas sus ilusiones. Alison aspiró de manera entrecortada, sintiendo el nudo apretado en su garganta y en su estómago, a punto de romper en un llanto. Su boca se frunció junto a su barbilla, los músculos de su cara comenzaron a contraerse y una lágrima solitaria emprendió el camino descendente. No había posibilidad, Liam no quería saber nada de ella. Todo el estrés del viaje, el momento del pinchazo, ser testigo de cómo el día se iba consumiendo mientras esperaba la rueda en mitad de la nada y luego, el quemar gomas y gastar frenos debido a su velocidad, con la esperanza de llegar a tiempo a Santa Mónica, todo aquella ansiedad había sido para nada.

Aun con los ojos nublados por las lágrimas, se dijo que no podía permitir que eso sucediera. Si no quería saber nada de ella, al menos tenía que intentar evitar que enviara el dinero. Volvió a desbloquear el teléfono y, cuando estaba a punto de pulsar el botón de rellamada...

Primero llegó su aroma, aquel que conocía tan bien después de todas esas horas y días juntos en aquel diminuto habitáculo, y luego sintió sus brazos rodeando su cintura, envolviéndola en un abrazo que le transmitía la ansiada sensación de seguridad y calma. Había llegado, estaba allí con ella, abrazándola. Inclinó la cabeza hacia atrás, como ya lo había hecho en otra ocasión, apoyándola en su hombro. Cerró los ojos. No quería abrirlos por si se trataba de una mala jugarreta por parte de su imaginación. Sintió el dulce tacto de sus labios sobre su cuello y aquel camino de diminutos roces que siguieron desde ese primer contacto hasta llegar a su oreja, desencadenando un torrente de emociones en su interior.

—Mi chica salvaje, mi Ricitos de oro —susurró, su aliento caliente cayendo sobre su piel erizando todo cuanto quedaba a su paso, arrasando con el dolor, exterminando el sufrimiento—. Claro que te creo, como debí hacerlo desde el primer momento. Soy yo quien debe disculparse; a mí al que, en todo caso, debes perdonar…

Alison se giró sobre sí, quedando cara a cara con el reportero.

—Oh, Inglesito, podría darte una buena patada en el culo; sin duda te la mereces —dijo sonrojada, con los ojos llenos de lágrimas mientras en su boca se aposentaba una sonrisa—. Pero tengo varias razones para no hacerlo.

—¿Cuáles? —preguntó, enamorado.

—Todavía nos queda por grabar la última parte del viaje. —Liam afirmó e hizo un gesto para que siguiera, en tanto le limpiaba una lágrima con sus labios—. Además, estoy intrigada por saber qué viene después.

—Ya van dos, ¿la siguiente? —preguntó, acariciando con la yema de sus dedos el perfil de su mandíbula, provocando que Alison tragara con dificultad debido a la sensación que le producía su tacto.

—Todavía tengo que enseñarte algunas expresiones españolas superimportantes.

—Desde luego que sí —sonrió—. ¿Alguna más?

—Hemos recorrido miles de millas y no hemos tenido *ni una sola cita* —dijo levantando una ceja de manera seductora.

Y en ese atardecer, bajo la señal que marcaba el final de la Ruta 66, Alison y Liam se fundieron en un beso. El beso que daba el pistoletazo de salida a una nueva vida juntos.

Epílogo



Estado de California:
Los Ángeles

Un año había pasado desde aquel maravilloso y extraño viaje. Después de reencontrarse bajo la señal donde se leía «Santa Mónica, 66, End of the Trail», decidieron regresar a donde lo habían dejado. Fue un regreso lleno de momentos de pasión desenfrenada, palabras inolvidables y explicaciones fundamentales.

Durante cada tramo, se sumergieron en un remolino de emociones intensas. Sus cuerpos se enlazaban con un fervor ardiente, como si el tiempo que habían estado separados hubiese acumulado un deseo irrefrenable. Cada caricia era un recordatorio de su conexión inquebrantable, cada beso era un sello de amor y redención.

En medio de sus encuentros apasionados, compartieron confesiones profundas y revelaron sus más íntimos temores. Se abrieron el uno al otro de una forma como nunca antes habían hecho, liberando las cargas del pasado y construyendo un futuro basado en la confianza y el entendimiento mutuo.

Las palabras que pronunciaron resonaron en sus corazones como un eco eterno. Promesas de compromiso absoluto y una determinación inquebrantable de enfrentar cualquier obstáculo juntos. Cada explicación, cada verdad revelada, fortaleció los cimientos de su relación, consolidando su amor en una fortaleza indestructible.

Juntos, se embarcaron en una aventura aún más grande: la construcción de una vida llena de felicidad, complicidad y la esperanza de amor duradero.

Y entre toda aquella vorágine de sentimientos, lograron encontrar el tiempo para abordar la situación que había estado a punto de separarlos para siempre, por lo que no volvieron a tener noticias del innombrable. Alison decidió llamarlo y dejarle bien claro que, si volvía siquiera a pensar en ella, no dudaría en usar todo lo que tenía cuando recurriera a la ley. Por su parte, Mark los llamó mil veces para disculparse, ya que su única acción había causado incertidumbre y por pocas desemboca en un enorme problema. Si bien, hay que decir que todo esto causó una pequeña brecha en su amistad con ambos, una que tenía que ir curando poco a poco.

Terminaron el documental y realizaron el montaje. Podrían haber enviado el material a los chicos de Inglaterra, pero Alison insistió en ser ella quien lo hiciera. Finalmente, tuvo la

oportunidad de contarle a Liam a qué se dedicaba en realidad. Sí, había sido camarera, *bartender*, había estado involucrada con grupos ecologistas, entre otras cosas, y sí, se había permitido el lujo de quedarse en la ruta, de vivirla cuantas veces quisiera, de dejar un trabajo y coger otro, simplemente porque podía, pues su verdadero trabajo se lo permitía. Como fotógrafa *freelance*, bajo el seudónimo de Dereck Palmer, ganaba una fortuna y muy pocos sabían que ella era la autora de esas increíbles fotografías que aparecían en las mejores revistas del mundo. Para Alison, la libertad era lo más importante en su vida. A través de su anonimato, podía salvaguardar esa libertad, aprender y experimentar sin restricciones. Ese era el secreto de su éxito.

Y ahora estaban allí, vestidos de gala, en un enorme teatro donde se celebraba la más importante entrega de premios dedicada a los documentales. Al escuchar la siguiente categoría, se cogieron de la mano y se miraron, aquello era de, por y para ellos. Su lucha, su sueño.

Liam finalmente había cortado todo vínculo con su antigua productora. El último incidente le abrió los ojos y decidió que no tenía por qué tolerar las tonterías de Virginia, incluso si ni siquiera la veía. Fue ella quien presionó para que el documental saliera antes de tiempo, en un intento de desacreditar la profesionalidad del reportero; y su padre, quien había dejado claro que quería *The Pilgrim´s land* fuera del catálogo, de ahí la actitud de Charles. Por suerte, la misma Virginia tampoco quería seguir trabajando para la misma empresa, por lo que todo se resolvió de manera extrañamente amistosa. Incluso le permitieron quedarse con los derechos del documental y reemplazaron el que habían estado anunciando por otro que habían grabado anteriormente como una precaución en caso de problemas con las grabaciones. Todo bastante sospechoso. Al poco tiempo, la verdad salió a la luz cuando anunciaron a bombo y platillo un nuevo programa de viajes presentado por Virginia y su nueva pareja, titulado: *Cielo de Amor, Luna de Miel: Viajes Inolvidables para Parejas*. Vaya, al parecer todos estaban enterados de sus intenciones menos él. Menudo juego sucio.

No obstante, Ricitos de oro no permitió que cayera en depresión. Gracias a sus palabras de ánimo, buscó otra empresa y, sin más, lo contrataron. Qué razón había tenido: al parecer, sí que poseía un nombre reconocido en el mundillo. Alison tenía un don especial y se sentía empoderado, capaz de todo.

Echó la vista atrás y recordó su infancia, como si aquellos días hubieran ocurrido siglos atrás. Desde entonces, su vida había cambiado tanto que casi los había olvidado. Fue feliz, sí, a pesar de las carencias económicas… Si bien, hoy en día tenía todo lo que quería, su esfuerzo le había costado llegar a ser el hombre que era. Su esfuerzo le había costado poder optar a tener lo que quisiera cuando quisiera. Y por esa misma razón, tanto él como Alison decidieron que era hora de dar un giro a su trayectoria.

Consiguieron que la nueva productora aceptara incluir en su catálogo a *The Pilgrim´s soul*, una serie de documentales donde se recorría el mundo con un presupuesto mínimo: durmiendo al aire libre, llenos de mugre y calentándose alrededor de una hoguera. Y, sinceramente, eso era lo mejor que Liam había vivido: se sentía vivo y, si encima contaba con la suerte de poder hacerlo con la loca de Ricitos de oro, nada mejor podía pedir a la vida. La propia fotógrafa se lo dijo:

«Aunque trates de esconderlo, tu alma es peregrina y está encerrada bajo capas de tela de cachemir y seda que te ahogan sin piedad». De ese modo, Ricitos de oro pudo seguir completando su maleta con más pegatinas de viajes, pero ahora de verdad, pues en eso también se había equivocado. El equipaje de Alison estaba compuesto por recuerdos de los viajes de sus amigos, a unos les traían imanes y a ella pegatinas. Y gracias a que cada vez se sentía más cómoda volando, podía ser ella la que eligiera *in situ*.

La fotógrafa sonrió al ver el brillo en los ojos del Inglesito mientras el nombre ganador esperado se hacía de rogar. Recordó que, a pesar de sus constantes peleas, su actitud superior y su comportamiento pedante y descuidado en el trabajo, sin decirle nada, Liam había comenzado a grabar las conversaciones que ella había tenido con la gente de los pueblos que encontraban, conversaciones que supuestamente quedaban fuera de cámara. Tenía una gran colección de fotos de ella en los diferentes monumentos más importantes, otras eran desenfadadas, como aquella en la que estaba tirada sobre una de las señales que había pintada sobre el asfalto, y esa otra haciendo el ganso en un cruce que señalaba todas las direcciones. Luego estaban aquellas pocas que le había robado mientras dormía, esas eran las que rebosaban amor, uno que el Inglesito iba sintiendo por ella, aumentando días tras días conforme rebasaban millas.

Y eso era precisamente el documental: una mezcla de Liam siendo *The Pilgrim´s land* y de Alison siendo… pues eso, Alison. Se combinaba el presentador serio, lleno de conocimientos, fechas e historia, con las anécdotas que Ricitos de oro conseguía de la gente, de la de a pie; esas crónicas que solo están escritas en las palabras que quedan suspendidas en el aire, transmitidas de boca a boca, de padres a hijos, contadas frente a hogueras y nubes de caramelo calentadas con su calor.

—Y el ganador es…

Ambos estaban nerviosos, lo habían hablado, se habían hecho a la idea de que no pasaba nada si no salían vencedores, aun así, apretaron sus manos.

—¡*The Pilgrim´s soul*, con el documental *Hecha la Ruta cumplido el reto*!

Todo el mundo se giró hacia ellos mientras se fundían en un gran abrazo, Liam besó los labios de Alison y ella lo animó a subir al escenario. Él tiró de ella, quería que lo acompañara; sin embargo, rehusó. Era su momento, se lo merecía. La fotógrafa no quería aplausos, como ya lo demostraba al esconderse tras Dereck Palmer, no deseaba ser el centro de atención. Liam lo haría bien, sería el mejor representante para dar las gracias sin que se le saltaran las lágrimas.

Lo vio subir las escaleras con seguridad mientras se abrochaba el primer botón de su traje de chaqueta. Estaba tan guapo, todavía le seguía cautivando aquella mirada altiva, aquel proceder altanero… para luego hacerla derretir con solo guiñarle un ojo cuando se mostraba tal cual era, con sus defectos y virtudes, con sus luces y sus sombras. Por un momento, echó de menos aquella colección de pantalones chinos, era como si un día hubiese entrado a la tienda y se hubiese comprado uno de cada color. Sonrió.

En la pantalla grande comenzaron a mostrarse imágenes sueltas del documental: un desayuno a principio de viaje, un camino flanqueado por maizales, el horizonte recortado en un hermoso

atardecer con Teddie y Diddie como testigos. Imágenes preciosas que tantos recuerdos hermosos les traían.

Después de saludar a los presentadores, recogió el trofeo y lo levantó orgulloso, fija su mirada en Alison. Su Ricitos de oro. Luego se acercó al micro.

—Quiero dar las gracias a la productora por hacer posible la emisión del documental y a mis padres por disculpar mis ausencias. Este ha sido uno de los mayores retos que ha puesto a prueba tanto mi instinto periodístico como los años que llevo en esta profesión. Aún no puedo creer que todo esté grabado con una de esas cámaras compradas en la tienda de *souvenirs* de un hotel. —El público se echó a reír.

»En este documental me he abierto a sentir y a vivir. Desde el primer día confieso que me costó recuperarme, fueron muchas millas, la mayoría del tiempo las pasé con resaca; comí peyote, bailé *country*, participé en una ceremonia nativa e incluso me enamoré del flamenco. Y todo gracias a alguien a quien necesito destacar por encima de todos los demás, porque sin ella jamás habría llegado tan lejos, sin ella y su *capacidad inigualable de captar los sentimientos.* —La fotógrafa sonrió en complicidad por lo que aquella frase significaba, una que ya había rodeado en una famosa revista que mostraba una de sus muchas instantáneas fotografiadas durante su vida —. Alison. Tú me enseñaste que miles de millas pueden parecer una decena si vas en buena compañía. Me has mostrado que la fachada de una persona puede esconder al alma más pura, que la vida hay que vivirla día a día, momento a momento, aunque estos duelan, porque los momentos bonitos así son mejor valorados. —Y tras él continuaban mostrándose imágenes de ellos y la ruta, una sucesión de momentos inolvidables.

»Gracias a ti comencé a comprender que el qué dirán solo sirve para hundirnos, que no está mal saltarse alguna norma sin importancia, que cada día es necesario reír al menos una vez, que hay que ver el lado bueno de las cosas, pero, sobre todo, el lado bueno de las personas. Que no debemos juzgar si no queremos ser juzgados. Que el amor puede ser malo solo si no sabemos encajarlo; solo si no sabemos llevarlo.

»Pero, sobre todo, gracias por mostrarme el camino para volver a ser el que un día fui, por hacerme entender que la tierra desnuda es hermosa y que dormir bajo un cielo estrellado contigo el nirvana. —Y justo cuando terminó de hablar, la gran pantalla mostró la foto en la que se veían unos bonitos ojos azules enredados en la oscuridad de la noche, los ojos de Liam, en sus pupilas reflejada la hoguera de aquellos indios osage que le abrieron sus puertas y debajo una frase: «La mejor vida es la que se vive».

Alison estaba llorando, lágrimas de alegría y de orgullo por ese hombre resbalaban por sus mejillas mientras él bajaba para culminar con un beso aquel *impasse* de su vida.

La gente comenzó a aplaudir de más lento a más rápido. Finalmente, había ocurrido el esperado típico aplauso *in crescendo* americano, y Liam y Alison sonrieron sobre sus labios, porque todavía no habían vivido aquello y en algún momento de la ruta tenía que ocurrir.

Agradecimientos

Nuevos agradecimientos que dar, una aventura más en la que tengo que decir adiós a esos personajes que tanto me han divertido durante el tiempo en que nos hemos acompañado. Por ello, y aunque parezca ridículo, doy las gracias a los protagonistas de esta historia, Alison y Liam, por mostrarme que la esperanza es lo último que se pierde y que la sonrisa es un bálsamo para el alma.

Doy las gracias a mi editora, Gala, por recorrer este camino cogidas de la mano. Gracias por hacerme sentir bien acogida.

Agradezco a mi *community manager*, Majo, el estar ahí siempre, no importa cuándo. Siempre me ayudas, das ideas y me apoyas y aconsejas. Eres grande.

Gracias a Gema, mi siempre lectora cero: una amiga que me acompaña desde hace tanto tiempo que no recuerdo ni cómo empezó. Eres mi familia. Gracias por tus consejos, por leer a deshoras, por arañar minutos de tu día para mí. Por eso, y mucho más, este libro está dedicado a ti.

Gracias a Rocío, sí a ti, mi vecina, mi amiga, por comprender mis ausencias y mis audios de longitud extrema, por sacarme sonrisas y hacer que me evada en más de una ocasión.

A María, mi amiga en la distancia, por tus opiniones, por dar claridad a la nebulosa que de tarde en tarde me invade, por empujarme a seguir con un ánimo interminable.

A mi familia, a mis padres, a mis hermanos y mis cuñadas, por creer en mí, por pensar que puedo con todo. Eso solo me hace ser más fuerte y constante. Gracias. Y gracias también al resto de mi familia, esa que en la distancia siempre tiene una bonita palabra que ofrecerme.

A mis hijos, sois todo para mí. Os amo y adoro ver cómo crecéis y os convertís en personas maravillosas.

A mi marido, ese hombre que está a mi lado en todo, que me empodera, que me hace creer que soy increíble, que lucha por mis sueños tanto o más que yo. Te quiero.

Y una vez más, gracias a ti, lector/a. Sin ti, nada de esto sería posible. Sin ti, no existirían mis ganas.

GRACIAS

E. M. Torres

Índice

Prólogo 9

Etapa 0 11

- Grand Prix 11
- Boxes 27
- Calentando motores 44

Etapa 1 73

- Estados de Illionis y Misuri: 73
  - A Chicago 73
- De Chicago a San Luis 109

Etapa 2 143

- Estados de Misuri, Kansas y Oklahoma: 143
  - De San Luis a Tulsa 143

Etapa 3 183

- Estados de Oklahoma y Texas: 183
  - De Tulsa a Amarillo 183

Etapa 4 227

- Estados de Texas y Nuevo Mexico: 227
  - De Amarillo a Santa Fe 227

Etapa 5 267

- Estados de Nuevo México y Arizona: 267
  - De Santa Fe a Holbrook 267

Etapa 6 301

- Estado de Arizona: 301
  - De Holbrook al Gran Cañón y Williams 301

Etapa 7 329

- Estado de Arizona y California/Nevada: 329
  - De Williams a Barstow/Las Vegas 329

Etapa 8 371

- Estados de Nevada y California: 371
  - De Barstow a Santa Mónica/
  - De Las Vegas a Santa Mónica 371

Epílogo 385

- Estado de California: 385
  - Los Ángeles 385

Agradecimientos 393